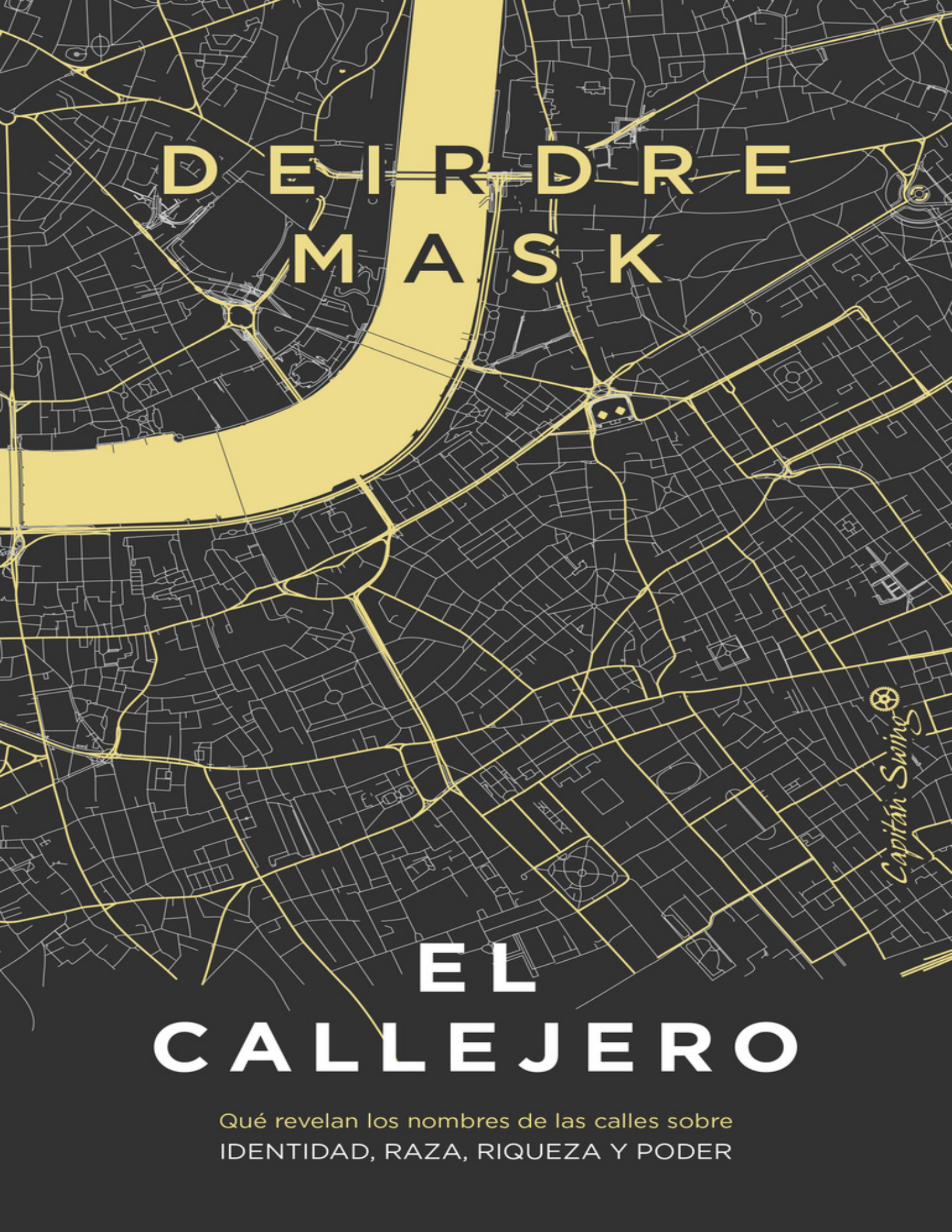


DEIRDRE MASK

EL CALLEJERO

Qué revelan los nombres de las calles sobre
IDENTIDAD, RAZA, RIQUEZA Y PODER

EL CALLEJERO

Qué revelan los nombres
de las calles sobre identidad,
raza, riqueza y poder

DEIRDRE MASK

Traducción de

María Porras Sánchez

Capitán Swing

EL CALLEJERO

Qué revelan los nombres
de las calles sobre identidad,
raza, riqueza y poder

A Paul, como él bien sabe.

«En Lübeck, el 20 de marzo [de 1933], arrestaron a muchas personas amparándose en la llamada custodia protectora. Poco después comenzaron a renombrar las calles».

Willy Brandt,
Links und frei: Mein Weg 1930-1950
(Izquierda y libre. Mi camino, 1930-1950)

Introducción

La dirección postal sí importa

Nueva York,
Virginia Occidental y Londres

Algunos años el 40 por ciento de las leyes locales aprobadas por el Consejo Municipal de Nueva York son modificaciones del nombre de las calles.[1] Considéralo por un instante. El Consejo Municipal es el órgano legislativo de la alcaldía. Tiene cincuenta y un miembros que supervisan el sistema educativo y el cuerpo de policía, los más grandes del país. Toman decisiones sobre urbanismo en una de las zonas más pobladas del planeta. Su presupuesto es más elevado que el de muchos estados; los supera a todos, salvo once, en número de población. Por si fuera poco, desde el siglo XIX las calles de Nueva York exhiben números y nombres, como Stuyvesant y el Bowery, que datan de cuando Manhattan era poco más que un puesto comercial holandés.[2]

E insisto: hay años en que el 40 por ciento de todas las leyes locales aprobadas por el Consejo Municipal de Nueva York son modificaciones del nombre de las calles.

El Consejo Municipal suele ocuparse de añadir denominaciones honoríficas al callejero. Por eso, cuando paseas por la ciudad, quizá levantes la vista y compruebes que estás en la calle 103 Oeste, pero también en Humphrey Bogart Place. También te puede pasar en Broadway con la 65

Oeste (Leonard Bernstein Place), en la 84 Oeste (Edgar Allan Poe Street), o la 43 Este (David Ben-Gurion Place). Hace poco, el consejo aprobó el Distrito de Wu-Tang Clan en Staten Island, Christopher Wallace Way (nombre real del rapero Notorious B.I.G.) en Brooklyn y Ramones Way en Queens. Solo en 2018 el Consejo Municipal añadió 164 nombres al callejero.[3]

Pero en 2007, cuando el Consejo Municipal rechazó una propuesta para nombrar una calle en honor a Sonny Carson, un activista negro, las protestas no se hicieron esperar. Carson había fundado el Black Men's Movement Against Crack (Movimiento de Hombres Negros contra el *Crack*), había organizado manifestaciones contra la brutalidad policial y había impulsado una mayor participación de las comunidades en los colegios. Pero también aprobaba el uso de la violencia y apoyaba ideas inequívocamente racistas. Después de que una mujer haitiana acusara al dueño de una tienda coreana de agredirla, Carson organizó un boicot contra todas las tiendas de alimentación coreanas, en el que los manifestantes alentaban a los clientes negros a no gastar su dinero «con gente que no se parece a nosotros». Cuando le preguntaron si era antisemita, Carson respondió que era «antiblanco. No limites mis antis solo a un grupo de personas».[4] El alcalde Bloomberg declaró: «No se me ocurre nadie más indigno de una calle en esta ciudad que Sonny Carson».[5]

Pero las personas a favor de poner su nombre a una calle argumentaron que Sonny Carson había organizado a la comunidad de Brooklyn mucho antes de que Brooklyn le importase a nadie. El consejero Charles Barron, un antiguo pantera negra, dijo que Carson, veterano de la guerra de Corea, clausuró más antros de *crack* que todo el Departamento de Policía de Nueva York. No juzguen su vida ni sus declaraciones más incendiarias, pedían sus partidarios. En cualquier caso, Carson era una figura controvertida también para la comunidad afroamericana. Cuando el consejero Leroy Comrie se abstuvo de votar para cambiar el nombre, Viola Plummer, la ayudante de

Barron, dio a entender que su carrera política terminaría con un «asesinato».[6] A Comrie le asignaron protección policial (Plummer insiste en que no lo dijo literalmente, sino que se refería al asesinato de su carrera).

Cuando el consejo finalmente rechazó la propuesta para dedicarle la calle a Carson (al mismo tiempo que aceptó otras para darle una a Jerry Orbach, actor de *Ley y orden* y otra al coreógrafo Alvin Ailey), unos cientos de residentes de Brooklyn tomaron el cruce de Bedford con Stuyvesant y colocaron su propio rótulo de avenida Sonny Abubadika Carson en Gates Avenue. El consejero Barron señaló que Nueva York había honrado históricamente a hombres dudosos, incluido Thomas Jefferson, un esclavista «pedófilo». «Nos volveríamos locos si nos pusiéramos a cambiar los nombres de las calles para librarnos de estos esclavistas», declaró ante la multitud enfurecida.[7]

«¿Por qué los líderes de la comunidad pierden el tiempo preocupándose por el nombre de una calle?», se preguntaba Theodore Miraldi, un hombre del Bronx que escribió al *New York Post*.[8] Una excelente pregunta, señor Miraldi. ¿Por qué nos preocupa el nombre de una calle?

Luego volveré al tema. Primero, otra historia.

No tenía previsto escribir un libro entero sobre los nombres del callejero. En realidad, solo me disponía a escribir una carta. Residía en el oeste de Irlanda y le había enviado una tarjeta de felicitación a mi padre, que vive en Carolina del Norte. Pegué un sello en el sobre y cuatro días más tarde la tarjeta apareció en el buzón de mis padres. Se me ocurrió un pensamiento no demasiado original: debería haberme salido mucho más caro. ¿Y cómo se repartían las ganancias Irlanda y Estados Unidos? ¿Habría un contable en algún cuartucho interior de la oficina de correos que dividía los peniques entre los dos países?

La respuesta a esa pregunta me condujo a la Unión Postal Universal (UPU). Fundada en 1874, la Unión Postal Universal, con sede en Berna, Suiza, es la segunda organización internacional más antigua del mundo.

Coordina el sistema postal internacional. Pronto me perdí en su página web, que me sorprendió por la cantidad de contenidos interesantes, desde artículos sobre banca *online* y detección de narcóticos en los envíos a entradas más ligeras sobre el Día Mundial del Correo o concursos epistolares internacionales.

Cuando contesté mi propia pregunta —la UPU tiene un complejo sistema para decidir qué tarifas aplica cada país por hacerse cargo del correo internacional—, me topé con una iniciativa llamada Addressing the World, An Address for Everyone (Dirigirse al Mundo, Una Dirección para Cada Persona). Hasta entonces no sabía que millones de personas carecen de una dirección postal fija. Según la UPU, las direcciones postales son una forma muy económica de sacar a las personas de la pobreza, y les facilita el acceso al crédito, al voto y a los mercados internacionales. Y este problema no solo se da en los países en vías de desarrollo. No tardé en averiguar que hay zonas rurales de Estados Unidos donde no tienen direcciones postales. Cuando volví a casa de visita, le cogí prestado el coche a mi padre y fui hasta Virginia Occidental para comprobarlo con mis propios ojos.

El primer problema con el que me topé fue encontrar a Alan Johnston. Era un amigo de un amigo que había solicitado una dirección postal a las autoridades del condado. La calle donde vive nunca ha tenido nombre y su casa tampoco tiene número. Como la mayoría de las personas que residen en el condado de McDowell, tiene que ir a buscar su correspondencia a la oficina de correos. Cuando intentó que le enviaran un ordenador a casa, la empleada de Gateway le pidió una dirección postal. «Tiene que vivir en una calle —le dijo—. Tiene que estar en algún sitio». Llamó a la compañía eléctrica y metió a un comercial en la llamada para confirmar la ubicación de Johnston. A veces los repartidores lo encontraban, otras veces no. A veces tenía que ir en coche hasta Welch (población: 1.751 habitantes), a seis kilómetros de distancia, para encontrarse con un repartidor nuevo de UPS.

Las indicaciones que Alan me dio para llegar a su casa llenaban media página, pero tomé mal la primera salida. Fue entonces cuando descubrí que los habitantes de Virginia Occidental tienen una creatividad pasmosa para dar indicaciones. Un hombre que trabajaba a pecho descubierto en el jardín cruzó a toda prisa una calle atestada para avisarme de que girara a la izquierda pasado el hospital. Terminé girando a la derecha y me vi en un camino lleno de vides silvestres. A cada kilómetro que avanzaba, el camino se estrechaba. Retrocedí por donde había venido y vi a un hombre apoyado en su camioneta, en medio de un calor pegajoso. Bajé la ventanilla.

—Estoy buscando Premier —le dije el nombre del pequeño núcleo urbano no incorporado donde vive Johnston. Él me observó primero a mí y luego al sedán negro de mi padre.

—Pues andas un poco desencaminada —contestó, con toda la razón. Le pedí indicaciones, pero él negó con la cabeza—. Si no te acompaño, no lo encontrarás nunca.

Desoyendo mis protestas, este extraño apagó el cigarro, se subió a la camioneta y me guio más de un kilómetro hasta una carretera donde vi la vieja emisora de radio que Johnston me había señalado como punto de referencia. El hombre hizo sonar el claxon y se desvió, yo me despedí con la mano hasta que lo perdí de vista.

Ahora sabía que estaba cerca. Johnston me había indicado que si pasaba por delante de B&K Trucking, me habría pasado de largo. Pasé delante de B&K Trucking y di media vuelta. Dos trabajadores municipales estaban rastrillando el arcén cuando me detuve a preguntar si iba en la buena dirección.

—¿A qué B&K Trucking se refería? —me preguntaron, secándose el sudor—. Hay dos concesionarios con ese nombre en esta carretera.

Pensaba que estaban de broma, pero lo decían en serio a juzgar por su expresión. Después, vi una camioneta roja aparcada en el arcén. Un reverendo anciano ataviado con una gorra de camionero estaba sentado en

la cabina. Intenté describirle adónde iba y, luego, esperanzada, le dije que iba a visitar a Alan Johnston.

—Ah, sí, Alan —dijo, asintiendo—. Sé dónde vive. —Se detuvo a pensar cómo indicarme. Por fin, preguntó—: ¿Sabes dónde vivo yo?

Pues no. Por fin, encontré el desvío, abrupto y sin señalizar, que conducía al camino de acceso de la casa de Alan, y estacioné junto a un autobús celeste que había restaurado con su mujer. Alan, apodado Cathead por sus amigos por su parecido con unas galletas enormes típicas de Virginia, había construido una buena vida entre esos caminos serpenteantes y pedregosos que la gente de la zona conoce como «barrancos». Tenía una casa confortable y robusta de madera en mitad de los bosques con las paredes tapizadas de fotos de su esposa y sus hijos. Su padre había trabajado en las minas de carbón cercanas y su familia nunca se había mudado. Rasgueaba la guitarra mientras conversábamos, llevaba puesto un mono vaquero y se recogía el pelo entrecano en una coleta.

Estaba claro que necesitaba un nombre para su calle. ¿Se le ocurría alguno?

—Hace muchos años, cuando iba a la escuela —me dijo—, vivía mucha gente apellidada Stacy en este barranco. Desde entonces, la gente de aquí lo llama Stacy Hollow.

Virginia Occidental ha abordado un proyecto que lleva en marcha varias décadas para generar direcciones postales. Hasta 1991, quienes vivían en las afueras de los pueblos de Virginia Occidental lo hacían en calles sin nombre. Entonces el estado descubrió que la operadora de telefonía Verizon inflaba sus tarifas y, como parte de un acuerdo poco común, la compañía accedió a pagar quince millones de dólares a cambio de poner, literalmente, Virginia Occidental en el mapa.

Durante generaciones, la gente había circulado por su estado echándole imaginación. Las indicaciones ocupaban párrafos. Busca la iglesia blanca, la iglesia de piedra, la iglesia de ladrillo, el viejo colegio, la vieja oficina de

correos, la vieja serrería, el desvío ancho, el mural grande, el salón de tatuajes, el restaurante *drive-in*, el contenedor pintado como una vaca, la camioneta abandonada en mitad del campo. Por supuesto, si vives ahí, lo más normal es que no necesites indicaciones. En los caminos de tierra que serpentean entre los valles y los cauces secos, todo el mundo conoce a todo el mundo.

Los servicios de emergencia han exigido medios más formales para encontrar a la gente. Cierra los ojos e intenta explicar dónde está tu casa sin usar tu dirección. Ahora vuelve a intentarlo, pero esta vez finge que has sufrido un derrame. Alguien llama a una ambulancia y describe una casa con gallinas en el patio, pero en Virginia Occidental todas las casas tienen gallinas en el patio. En esos caminos, según me contaron, la gente se asoma al porche y saluda a los forasteros, de manera que la ambulancia no sabía quién estaba saludando sin más y quién los estaba llamando. Ron Serino, un bombero de piel atezada de Northfork (población: 429 habitantes), me explicó que a todo el que llamaba le decía que permaneciera atento a la sirena del camión. Comenzaba un juego del escondite por los caminos de los barrancos. «¿Frío o caliente?», preguntaba a quienes lo esperaban al otro lado del teléfono.

La oficina de correos tiene números asignados a muchas calles de Virginia Occidental por considerarlas vías rurales, pero esos números no aparecen en ningún mapa. Como me dijo un trabajador de emergencias: «No sabemos dónde queda eso».[9]

Ponerle nombre a una calle no es un desafío, pero ¿y si son miles? Cuando lo conocí, Nick Keller, un hombre de voz suave, era el coordinador del condado de McDowell para el proyecto de nomenclatura de las calles. Su oficina había contratado a una compañía de Vermont para la campaña, pero el esfuerzo quedó en nada y la compañía dejó atrás cientos de tiras amarillas de papel con direcciones asignadas que Keller no podía conectar con casas reales (tengo entendido que los habitantes de Virginia Occidental,

muchos de los cuales se ganan la vida con el carbón, no contestan las llamadas si ven un prefijo de Vermont, temiendo que sean los ecologistas). Keller estaba a cargo de nombrar personalmente miles de calles del condado. Buscó ideas por internet y se hizo con nombres de lugares lejanos. Trató de unir los lugares con nombres históricos. Se quedó sin árboles y sin flores. «Pasarán generaciones y la gente seguirá maldiciendo mis nombres», me dijo.

Keller encargó rótulos y los instaló personalmente con una almádena, una tarea que sabía hacer bien después de pasarse la infancia cortando leña del bosque. Cada condado llevó a cabo su propia estrategia para bautizar sus calles. Algunos optaron por darle un enfoque académico y leyeron libros de historia local para encontrar nombres adecuados. Trajeron listines telefónicos de Charleston y Morgantown. Cuando una buscadora necesitaba nombres cortos que cupieran en el mapa, su secretaria buscó en páginas web de Scrabble. Tiraron de creatividad. Un empleado me dijo que una viuda, «un pedazo de mujer», acabó viviendo en Cougar Lane (calle de la Maciza). Otros se toparon con los restos de una fiesta al fondo de otra calle. Bingo: Beer Can Hollow, o barranco de la Lata de Cerveza.

Otro coordinador me dijo que se sentaba en la calle durante casi una hora, con la cara entre las manos, devanándose los sesos buscando un nombre.

—Es como elegir el nombre de un bebé, ¿no? —le pregunté.

—Solo que no tienes nueve meses para hacerlo —me dijo con un suspiro.

Y eso sin contar con las contribuciones ciudadanas. Los habitantes del condado de Raleigh debían aprobar el nombre de su calle. Los residentes de otros condados optaron por darle un toque más ecléctico, por decirlo así. Por lo visto, había gente interesada en vivir en Crunchy Granola Road (calle Granola Crujiente). Otra comunidad luchó por mantener el nombre informal de la calle: Booger Hollow (barranco del Moco). ¿Y cuando el vecindario

no se pone de acuerdo? «Los amenazo con Crisantemo», me dijo un coordinador, con una sonrisa traviesa.

Una vecina intentó llamar a su calle la «calle Estúpida». ¿Por qué? «Porque esto de los nombres es una estupidez», declaró con orgullo.

Esto me lleva a una cuestión de fondo. Muchos habitantes de Virginia Occidental no querían direcciones postales. A veces se debía a que no les gustaba su nuevo nombre (un agricultor en el estado de Virginia se enfureció cuando le pusieron a su calle el nombre del banquero que le negó a su abuelo un préstamo en la Gran Depresión).[10] Pero a menudo no tiene nada que ver con el nombre, sino con el hecho de nombrarla. Todo el mundo conoce a todo el mundo, aducían quienes protestaban una y otra vez. Cuando un hombre de treinta y tres años falleció por un ataque de asma después de que la ambulancia se perdiera, su madre dijo en el periódico: «No tenía más que pararse y preguntarle a alguien dónde vivíamos». (¿Sus indicaciones para forasteros?: «Llegas al campo de béisbol de Coopers, giras a la izquierda en la primera carretera, coges el desvío pronunciado a la derecha y tiras montaña arriba»).[11]

Pero, como me contó Keller: «Te sorprendería saber cuánta gente no te conoce a las tres de la mañana». Un paramédico que se presentara en la casa equivocada en mitad de la noche podría ser recibido con una pistola apuntándole a la cara.

Una agente de emergencias me dijo que había intentado hablar del proyecto con los mayores del condado de McDowell, un porcentaje cada vez más elevado de la población ahora que la gente joven se marcha a lugares con mejores perspectivas laborales. «Hay gente que me dice que no quiere tener dirección —me contó—. Yo les digo: “¿Y si necesitas una ambulancia?”».

¿Qué le contestan? «No necesitamos ambulancias. Podemos cuidar de nosotros mismos».

«La nomenclatura no es para cobardes», dijo un coordinador ante una convención nacional. Muchos empleados enviados a nombrar las calles de Virginia Occidental se han encontrado con hombres en 4x4 esperándoles con escopetas.[12] Un funcionario municipal se las vio con un hombre que llevaba un machete en el bolsillo trasero. «¿Cuánto ansiaba esa dirección?».[13]

He hablado con gente que interpreta la falta de direcciones postales como un síntoma de atraso en una comunidad rural, pero yo no comparto esa impresión. El condado de McDowell es uno de los condados más pobres del país, pero también representa una comunidad sólida donde los ciudadanos conocen a sus convecinos y la rica historia de su tierra. Ven cosas que los forasteros no ven. En Bartley (población: 224 habitantes), por ejemplo, los residentes toman como punto de referencia para sus indicaciones la antigua escuela, que ardió hace veinte años. Yo, por otra parte, uso mi GPS para circular por la ciudad donde me crie. Me he preguntado si veríamos nuestros espacios de forma diferente si no tuviéramos direcciones postales.

Y, lejos de ser una extravagancia, los miedos de los vecinos suelen estar justificados, incluso son razonables. Las direcciones postales no son solo para los servicios de emergencia. También existen para que puedan encontrarte, vigilarte, cobrarte impuestos e intentar venderte cosas que no necesitas por correo. La desconfianza que los habitantes de Virginia Occidental sentían hacia el proyecto de nomenclatura era muy semejante a la de los europeos del siglo XVIII que se rebelaron cuando sus Gobiernos les pegaron un número en la puerta, una historia que cuenta este libro.

Otros habitantes de este estado, como Alan Johnston, también ven beneficios razonables en que te encuentren en Google Maps, al igual que los europeos del siglo XVIII aprendieron a apreciar el sonido de las cartas al caer por la ranura de la puerta. Hablé con Alan unas semanas después de abandonar Virginia Occidental. Había llamado al teléfono de emergencias y

había descrito su casa a una empleada, que encontró su nueva dirección en el mapa.

Alan vive ahora en la calle Stacy Hollow.

La última historia por el momento. Poco después de escribir sobre Virginia Occidental, estaba buscando casa en Tottenham, un barrio obrero al norte de Londres. Mi marido y yo nos acabábamos de mudar a la ciudad, pero no encontrábamos casi nada que nos gustara con nuestro presupuesto. Tottenham es un barrio diverso y bullicioso donde los restaurantes caribeños, las tiendas de productos *kosher* y los carniceros *halal* comparten las calles. En torno al 78 por ciento de sus residentes pertenecen a minorías y hay más de 113 etnicidades representadas en un espacio que equivale al 3 por ciento de Brooklyn en tamaño.

Tottenham ha corrido una fortuna desigual. Allí comenzaron en agosto de 2011 unos disturbios que culminaron con la muerte de cinco personas y se extendieron por toda Inglaterra, espoleados por un tiroteo en el que un policía mató a un hombre de veintinueve años. Las tiendas de alfombras, los supermercados y las tiendas de muebles ardieron y la policía arrestó a más de cuatro mil personas acusadas de saqueo, incendio y agresión.[14] A día de hoy, las tasas de paro y de criminalidad de Tottenham siguen siendo desproporcionadas. Pero cuando visitamos a unos amigos que acababan de mudarse allí, vimos que su barrio estaba lleno de familias jóvenes de todo el mundo. Poco después, fui a ver un adosado de dos habitaciones que acababa de salir a la venta.

La calle estaba limpia y vi a mis posibles vecinos podando los setos y plantando flores en los jardines. En un extremo de la calle había un *pub* acogedor, al otro, una escuela pública imponente con aula al aire libre y piscina. Estaba a cinco minutos de un parque frondoso con una pequeña zona de juegos, pistas de tenis y senderos protegidos por la sombra de los

plátanos. La casa estaba plantada en uno de los códigos postales más diversos del Reino Unido y probablemente de toda Europa.

La agente inmobiliaria, Laurinda, me hizo pasar y comprobé que la casa era tan bonita como la había descrito por teléfono: suelos de parqué, ventanas saledizas y chimenea en cada habitación, baño incluido. Me hizo un recorrido rápido: la casa ya tenía ofertas, de modo que debíamos apresurarnos.

Me gustaba muchísimo. Pero había algo que me mosqueaba: ¿de verdad podría vivir en Black Boy Lane, el pasaje del Chico Negro?

Nadie sabe en realidad de dónde salió el nombre del Chico Negro. Aunque las grandes olas de migrantes negros llegaron al Reino Unido después de la Segunda Guerra Mundial, en Gran Bretaña la población negra no era una novedad. Shakespeare escribe sobre dos personajes negros e Isabel I tuvo sirvientes y músicos negros. Al parecer, entre la clase alta estaba de moda comprarse un niño negro. A menudo actuaban como «ornamentos humanos» y tenían la misma función decorativa que los tapices, el papel pintado o los caniches.[15]

Los británicos fueron unos de los más prominentes comerciantes de esclavos del mundo, pero la mayoría de los africanos con los que traficaban no terminaban en Inglaterra (los africanos británicos eran sirvientes, Inglaterra tenía «un aire demasiado puro como para que los esclavos respirasen en él»). En su lugar, los barcos británicos que traficaban con esclavos partían de Bristol o Liverpool llenos de productos británicos para comprar esclavos africanos. Atestados de hombres y mujeres, los barcos ponían después rumbo a las Américas e intercambiaban su cargamento humano por azúcar, tabaco, ron y otros bienes del Nuevo Mundo que traían a Europa. Hay estimaciones que afirman que los británicos transportaron a 3,1 millones de personas de esta manera al otro lado del océano.[16]

Entre los integrantes del movimiento abolicionista había antiguos esclavos, como Olaudah Equiano, cuya biografía de 1789 fue todo un *best*

seller. En ella narraba su captura en Nigeria y fue uno de los primeros libros escritos por un africano y publicados en Inglaterra. Pero seguramente el líder más visible del movimiento era William Wilberforce, hijo de un adinerado comerciante de lana. Wilberforce, que definió su «intensa conversión religiosa» como un detonante de su abolicionismo, medía apenas 1,65, pero tenía métodos para realzar su estatura. «Vi a una especie de gamba subirse a la mesa —escribió James Boswell, el biógrafo de Samuel Johnson—. Pero a medida que escuchaba, iba creciendo y creciendo hasta que la gamba se transformó en ballena». Durante dieciocho años Wilberforce logró que se aprobara una ley tras otra para erradicar el comercio de esclavos, hasta que por fin consiguió aprobar su abolición en 1807. La Cámara de los Comunes le dedicó una ovación en pie. Veintiséis años después vio aprobada la ley que liberaba a todos los esclavos del Imperio británico.

Wilberforce estaba entonces en su lecho de muerte, apenas lograba mantenerse consciente. En un determinado momento recobró la conciencia. «Siento un gran desasosiego», le dijo a su hijo, Henry. «Sí —parece que le dijo Henry—, pero tienes los pies afianzados sobre la roca».[17] «No me atrevo a decir tanto —repuso Wilberforce—, pero espero haberlo logrado».[18] Wilberforce murió a la mañana siguiente y fue enterrado en la abadía de Westminster.

No pujamos por la casa de Black Boy Lane. Quizá fuera por la cocina anticuada, quizá no estábamos listos para comprometernos o quizá sí que fuera el nombre de la calle. Soy afroamericana, mis antepasados viajaron en el vientre de esos barcos. Y el nombre de la calle evocaba una época reciente de Estados Unidos en la que a cualquier hombre negro, sin importar su edad, se le podía llamar «chico» (lo de reciente va en serio: «No queremos que el botón esté al alcance del dedo de ese chico», dijo el congresista por Kentucky Geoff Davis en 2008, en referencia al arsenal nuclear estadounidense; «ese chico» era Barack Obama).[19]

Pero hay quienes aseguran que el nombre no tiene nada que ver con el comercio de esclavos, que era un apodo para el rey Carlos II, un monarca de piel oscura. No llegué a conocer a ningún vecino de la calle molesto con el nombre. Cuando se lo comenté a un señor mayor que estaba arreglando el jardín, se echó a reír y dijo que era un tema recurrente para romper el hielo.

En cualquier caso, me sentí encantada cuando por fin compramos un piso en Hackney, otra zona diversa al norte de Londres, próximo a otro parque frondoso y con una cocina igual de vieja. Pero esta vez el nombre de la calle cerró el trato: Wilberforce Road.

Después de escribir sobre Virginia Occidental en *Atlantic*, la gente comenzó a compartir sus propias experiencias con las direcciones postales: una calle en Budapest que cambiaba de nombre cuando cambiaba el rumbo político, los riesgos de circular sin direcciones en Costa Rica, una petición para un cambio de nombre en un pueblo.[20] Quería saber por qué a la gente le importaba tanto y por qué me alegraba tanto de que Alan Johnston viviera en Stacy Hollow Road, un nombre cargado de significado para él.

Esto me lleva a la pregunta con la que abría este libro. «¿Por qué los líderes de la comunidad pierden el tiempo preocupándose por el nombre de una calle?», preguntó el señor Miraldi en plena polémica por la calle de Sonny Carson. Supongo que he escrito este libro para descubrirlo. He averiguado que la nomenclatura de las calles está vinculada a la identidad, la riqueza y, como en el ejemplo de la calle de Sonny Carson, a la raza. Pero casi siempre tiene que ver con el poder: el poder de nombrar, el poder de transformar la historia, el poder de decidir quién cuenta, quién no y por qué.

Hay libros que tratan sobre algún detalle insignificante que cambió el mundo: el lápiz o el mondadientes, por ejemplo. Este no es así. Es una historia compleja de cómo el proyecto ilustrado para nombrar y numerar las calles coincidió con una revolución sobre cómo nos comportamos y cómo conformamos nuestras sociedades. Pensamos en las direcciones postales como herramientas funcionales y administrativas, pero también transmiten

una narrativa más importante: cómo el poder ha mutado y se ha extendido a lo largo de los siglos.

Lo argumento con historias; por ejemplo, las calles que llevan el nombre de Martin Luther King, los métodos de señalización en la antigua Roma y los fantasmas nazis en las calles de Berlín. Este libro viaja del Manhattan de la Edad Dorada al Londres victoriano y al París revolucionario. Pero para comprender lo que significan las direcciones postales, primero tengo que aprender qué significa vivir sin una.

Así que vamos a comenzar en la India, en los suburbios de Kolkata.

---

[1] Este porcentaje data de una época en la que los responsables políticos votaban las denominaciones honoríficas una a una. En los últimos años, el ayuntamiento agrupa las medidas que afectan a la nomenclatura de las calles y reúne todos los cambios en dos votaciones anuales. Véase Rose-Redwood, Reuben S., «From Number to Name: Symbolic Capital, Places of Memory and the Politics of Street Renaming in New York City», *Social & Cultural Geography* 9, n.º 4 (junio de 2008), p. 438, disponible en: https://doi.org/10.1080/14649360802032702.

[2] Para más información, véase Feirstein, Sanna, *Naming New York: Manhattan Places and How They Got Their Names*, Nueva York: NYU Press, 2000.

[3] Gannon, Devin, «City Council Votes to Name NYC Streets after Notorious B.I.G., Wu-Tang Clan, and Woodie Guthrie», *6sqft*, 27 de diciembre de 2018, disponible en: https://www.6sqft.com/city-council-votes-to-name-nyc-streets-after-notorious-b-i-gwu-tang-clan-and-woodie-guthrie/.

[4] Santora, Marc, «Sonny Carson, 66, Figure in 60's Battle for Schools, Dies», *The New York Times*, 23 de diciembre de 2002, disponible en: https://www.nytimes.com/2002/12/23/nyregion/sonny-carson-66-figure-in-60-s-battle-for-schools-dies.html.

[5] Edozien, Frankie, «Mike Slams Sonny Sign of the Street», *New York Post*, 29 de mayo de 2007, disponible en: https://nypost.com/2007/05/29/mike-slams-sonnysign-of-the-street/.

[6] Paybarah, Azi, «Barron Staffer: Assassinate Leroy Comrie's Ass», *Observer*, 30 de mayo de 2007, disponible en: https://observer.com/2007/05/barron-stafferassassinate-leroy-comries-ass/.

[7] Randall, David K., «Spurned Activists "Rename" a Street», *City Room* (blog), *The New York Times*, 17 de junio de 2007, disponible en: https://cityroom.blogs.nytimes.com/2007/06/17/spurned-activists-rename-a-street/.

[8] «Sonny Side of the Street? No Honoring a Racist», *New York Post*, 3 de junio de 2007, disponible en: https://nypost.com/2007/06/03/sonny-side-of-the-streetno-honoring-a-racist/.

[9] Rose-Redwood, Reuben, «With Numbers in Place: Security, Territory, and the Production of Calculable Space», *Annals of the Association of American Geographers* 102, n.º 2 (marzo de 2012), p. 312, disponible en: DOI:10.1080/00045608.2011.620503.

[10] *Ibid*., p. 307.

[11] WVVA TV, «911 Misconceptions Uncovered», 10 de septiembre de 2010.

[12] Rose-Redwood, «With Numbers in Place».

[13] *Ibid*, p. 311.

[14] Rogers, Simon, «Data Journalism Reading the Riots: What We Know. And What We Don't», *Datablog: UK Riots 2011*, *The Guardian*, 9 de diciembre de 2011, disponible en: https://www.theguardian.com/news/datablog/2011/dec/09/data-journalismreading-riots.

[15] Sandu, Sukhdev, «The First Black Britons», *BBC History*, disponible en: http://www.bbc.co.uk/history/british/empire_seapower/black_britons_01.shtml.

[16] «British Transatlantic Slave Trade Records: 2. A Brief Introduction to the Slave Trade and Its Abolition», National Archives, disponible en: http://www.nationalarchives.gov.uk/help-with-your-research/research-guides/british-transatlantic-slavetrade-records/.

[17] En referencia al versículo 2 del salmo 40 de la Biblia: «Me sacó de la fosa infernal, del barro cenagoso; afianzó mis pies sobre la roca y afirmó mis pasos». (*N. de la T*.).

[18] La conversación en el lecho de muerte se describe en: Belmonte, Kevin, *William Wilberforce: A Hero for Humanity*, Grand Rapids: Zondervan, 2007, p. 333.

[19] Phillips, Kate, «G.O.P Rep Refers to Obama as "That Boy"», *The New York Times*, 14 de abril de 2008, https://archive.nytimes.com/thecaucus.blogs.nytimes.com/2008/04/14/gop-rep-refers-to-obama-as-that-boy/.

[20] Mask, Deirdre, «Where the Streets Have No Name», *Atlantic*, enero-febrero de 2013, https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2013/01/where-the-streetshave-no-name/309186/.

DESARROLLO

01

Kolkata

¿Cómo pueden transformar los
suburbios las direcciones postales?

Una mañana calurosa y embriagadora de febrero en Kolkata (antes conocida como Calcuta) di un paseo con Subhashis Nath, un trabajador social, hasta el Banco de Baroda en Kalighat, uno de los vecindarios más antiguos de la ciudad. Esquivamos a los vendedores que pregonaban su té humeante y conos de *jhal muri*, un aperitivo a base de arroz inflado, lentejas, frutos secos y unos tropezones muy sabrosos sin identificar. Algunos conductores de *rickshaw* descalzos desayunaban en la acera, mientras los oficinistas pasaban a su lado apresuradamente.

En el fresco interior del banco, Subhashis adelantó a una multitud que aguardaba sentada en sillas de metal en fila a ser atendidos por la subdirectora del banco, vestida con un sari blanco impoluto y con la raya del pelo pintada de bermellón. Esta sonrió a Subhashis y le hizo entrega de un taco de formularios de las nuevas cuentas de los vecinos de Chetla, uno de los suburbios de la ciudad. En todos los formularios faltaban datos, como una firma o el nombre de soltera de la madre. Se parecían a los que yo misma había rellenado para abrir una cuenta —nombre, número de teléfono, ingresos— con un hueco adicional para la huella dactilar y una

foto cuadrada tamaño pasaporte en una esquina. Y, claro, una línea en blanco para la dirección postal del solicitante.

Subhashis es coordinador de proyectos en Addressing the Unaddressed, una ONG cuya misión es dotar de direcciones postales a todos los suburbios de la India, comenzando por Kolkata. Ronda la treintena y por su aspecto lo tomarías por un emprendedor en tecnología en lugar de un trabajador social. Esa mañana vestía con una camisa blanca ligera y vaqueros oscuros de buen corte, y en su pelo se adivinaban mechones castaño claro. Siempre parecía fresco y sosegado, como si pasease por las calles frenéticas dentro de su propio globo con aire acondicionado. Subhashis se guardó los formularios en la mochila y dio las gracias a la subdirectora.

Subhashis no trabaja en las zonas más pudientes de Kolkata, rodeado de clubes de *jazz*, centros comerciales y mansiones añejas de la era del Raj. Addressing the Unaddressed tiene una oficina pequeña e impoluta en la ciudad, con una hilera de zapatos junto a la entrada, un cuarto de baño estilo occidental y una fila de ordenadores nuevos. Pero él se pasa casi todo el día en los suburbios como Chetla, adonde nos dirigimos a continuación.

El tráfico en Kolkata es tan terrible que el Gobierno ha puesto en marcha hace poco una iniciativa para calmar los ánimos poniendo altavoces con música relajante, que suena tan atronadora que incluso se oye dentro de un coche con el aire acondicionado puesto.[21] Nada más salir del aeropuerto conté nueve medios de transporte distintos, un caballo incluido. Una figurita tallada del dios Ganesha, el de la cabeza de elefante, aquel que ayuda a sortear los obstáculos, se balancea en el salpicadero de todos los taxis amarillos. El personal de Subhashis, que suele visitar suburbios a varios kilómetros de distancia, me decía que se desplazaban en sus «onces», es decir, a pie.

Pero caminar hasta Chetla desde el banco nos habría llevado más tiempo del que disponíamos. Primero paramos un *tuk tuk*, un *rickshaw* motorizado de tres ruedas donde nos apretujamos con otros pasajeros sudorosos, y

finalmente un *rickshaw* tirado por una bicicleta. Por fin, nuestras onces nos llevaron hasta la entrada principal de Chetla, donde se oían voces infantiles cantando a coro procedentes de un colegio.

Chetla es un suburbio antiguo encajado entre un canal y las vías del tren. Ananya Roy, profesora de Urbanismo y autora de un estudio etnográfico sobre el desarrollo urbano en Kolkata, describe a los niños de Chetla jugando entre animales muertos putrefactos que arrojaba el canal. «Tenía que combatir el impulso de vomitar con todas mis fuerzas», confiesa.[22] Pero, a mi manera de ver, Chetla ofrecía un respiro frente a la ciudad. El suburbio está densamente poblado (en la mayoría de los suburbios de Kolkata hay trece habitantes por cada cuarenta metros cuadrados; diez metros menos que un estudio de tamaño medio en Manhattan), pero, quizá porque sus pobladores proceden en su mayoría del campo, tiene un aire rural. Los gallos cantan, las gallinas picotean en el suelo, las mujeres fríen cebollas al aire libre y los niños tocan instrumentos musicales hechos a mano en las vías, y se desperdigan cuando pasan los trenes.

Tan pronto como Subhashis y yo llegamos, las vecinas dejaron los guisos y la colada para agolparse en torno a su portátil. Él y su equipo habían pasado semanas dotando a cada casa de un código GO, una cadena de nueve dígitos que incluye números y letras ligada a la geolocalización del lugar. La cadena de números era un poco difícil de gestionar, pero nombrar las calles —o incluso decidir qué se consideraba calle en los callejones serpenteantes y a menudo ciegos de los suburbios— era una tarea que requería tiempo y dotes para la política. Por ahora, el número bastaría. El código se imprimía en una placa azul y blanca y se clavaba delante de cada chabola. Para entonces, más de 2.300 casas de Chetla tenían códigos GO asignados, lo que significaba que casi 8.000 personas tenían ya una dirección postal oficial.

Los suburbios parecían tener problemas más serios que la carencia de direcciones postales, como la falta de alcantarillado, de acceso al agua

corriente, de sanidad o incluso de tejados para protegerse del monzón. Pero la falta de direcciones privaba a quienes vivían en los suburbios de oportunidades para salir de ellos. Sin una dirección es casi imposible conseguir una cuenta bancaria. Y, sin esta, no puedes ahorrar dinero, ni pedirlo prestado, ni recibir una pensión del Estado. Varios escándalos dan cuenta de cómo los prestamistas y los bancos ilegales operan en los suburbios de Kolkata, donde algunos residentes se han suicidado después de perder los ahorros de su vida a manos de un timador. Con las nuevas direcciones habrá más residentes de Chetla que puedan conseguir tarjetas bancarias en las cuentas que Subhashis y sus empleados les han ayudado a abrir en el Banco de Baroda.

Más importante aún es la importancia de las direcciones para tu identidad. Cada habitante de la India debe tener una tarjeta Aadhaar, un carné biométrico que expide el Gobierno con un número de doce dígitos. Sin la tarjeta es imposible acceder a servicios como la atención al embarazo, las pensiones o incluso la escolaridad (una mujer de Kolkata interpuso una denuncia cuando le denegaron la tarjeta por falta de huellas dactilares, que había perdido en un incendio). Sin una tarjeta Aadhaar no puedes solicitar ayudas alimentarias; los activistas denuncian que las muertes por inanición en la India se deben a la falta de tarjetas. No es imposible conseguir una tarjeta Aadhaar en los suburbios, pero carecer de dirección lo hace difícil. El Gobierno permite que un «mediador» avale a alguien sin dirección para solicitar la tarjeta, pero ese mediador sí que debe tener una Aadhaar.[23] En 2015, el Gobierno reveló que solo el 0,03 por ciento de las tarjetas Aadhaar habían sido expedidas con este método.

Subhashis y yo nos apresuramos por el laberinto de Chetla en busca de las personas a las que les faltaba algún dato en los formularios bancarios. Encontramos a un hombre que se acababa de despertar de la siesta, ataviado con un paño sujeto alrededor de la cintura. Subhashis hurgó en su bolsa para sacar una almohadilla de entintar para tomarle la huella. Una mujer con un

aro en la nariz y un bebé en la cadera exigió saber por qué su marido no había recibido aún sus datos bancarios («Que espere a la semana que viene»). Un hombre se levantó de su partida de *carrom* y siguió a Subhashis para averiguar por qué le habían cerrado la cuenta («Tienes que depositar dinero durante los primeros meses; si no, se desactiva»). Un hombre se asomó a la puerta para hacerle una pregunta complicada sobre su nueva cuenta. Subhashis buscó la respuesta, pero no supo decirle. «¡Si creíamos que lo sabías todo!», rio el hombre.

Hace casi trescientos años, Job Charnock, un agente de la Compañía Británica de las Indias Orientales, decidió erigir un puesto de avanzada en un lugar que llamó Calcuta (Charnock era un hombre peculiar, un británico que adoptó las costumbres indias y que supuestamente se casó con una princesa de quince años que estaba a punto de arrojarse a la pira de su difunto esposo). En esa época, Calcuta era un conjunto de poblados junto a una marisma, un foco de malaria, pero tenía un puerto profundo en el río Hooghly que la hacía perfecta para exportar opio, añil y algodón. Pronto Calcuta se convirtió en la capital de la India británica.

Según los británicos, los nativos habían nacido para servir. A finales del siglo XVIII, Alexander Macrabie, gobernador civil de Calcuta, describió su servicio doméstico como sigue: un mayordomo, dos lacayos, once criados, un planchador para cada persona de la casa y ocho hombres para cargar con su palanquín, una especie de cama con dosel, por las calles de la ciudad. También incluyó cuatro peones, cuatro *hircarahs*, dos *chubdars* y dos *jemmadars*, que no sé muy bien de qué se encargaban. En total, eran ciento diez sirvientes para cuatro hombres ingleses.[24]

Los británicos distinguían entre la Ciudad Negra y la Ciudad Blanca. La Ciudad Blanca, donde vivían, estaba construida al estilo europeo y exhibía el mismo urbanismo que Londres. Las casas se asemejaban a los palacios y los templos griegos, con columnatas impresionantes. En la Ciudad Negra no había ni rastro de columnatas. La población de Calcuta se multiplicó por

cincuenta a lo largo de doscientos años, pero las viviendas solo se multiplicaron por once. No es de extrañar la expansión de los suburbios.[25]

Una vez cada década, las autoridades coloniales británicas hacían el censo de la India. Y una vez cada década, según el Gobierno, las casas de los indios debían numerarse, para certificar que no contaban a nadie dos veces. Pero la numeración permanente de Calcuta era casi imposible. Parte del problema consistía en definir qué era una «casa». Lo que constituía una vivienda en Gran Bretaña —una casa o un apartamento independiente— no era extrapolable a la India. Cada habitación podía albergar a una familia diferente y, por tanto, les correspondía un número diferente. Pero ¿qué pasaba si la habitación estaba dividida por una estera y compartida por dos familias? A los trabajadores indios del censo les traían locos las instrucciones: «No comprendo estos papeles. ¿Qué voy a hacer?», se lamentó uno.[26] El proyecto fracasó.

Quizá los británicos eran incapaces de comprender el funcionamiento de la ciudad india o quizá ni siquiera se molestaron en intentarlo. Richard Harris y Robert Lewis, que analizaron a conciencia los registros de la numeración colonial de las calles de Calcuta, sugieren que para los británicos la India «no es que se resistiera a ser comprendida, es que era incomprensible por definición».[27] Se negaron a entender cómo se movían los indios por sus ciudades o cómo vivían los nativos (los británicos ya sabían encontrar los lugares que les interesaban, como las oficinas y los hoteles). Como señalan Harris y Lewis, los británicos dependían de los líderes locales, eran ellos los que acudían a los vecindarios. Si una dirección postal es una identidad, a los británicos no les importaba quiénes eran los indios.

En teoría, la Kolkata poscolonial, que reniega del legado británico a través de su propio nombre, que ha reemplazado el de *Calcuta* para reflejar la pronunciación bengalí, lo tendría más fácil para dar direcciones a su población. La ciudad está volcada con las políticas de izquierdas desde hace

tiempo. Pero el Gobierno indio no se ha interesado más que el colonial por introducir direcciones postales en los suburbios. A principios de los años 2000, Ananya Roy descubrió que la Autoridad para el Desarrollo Metropolitano de Calcuta había llevado a cabo un estudio en veinte mil viviendas para determinar qué hogares necesitaban alimentos. ¡Estupendo! Pero cuando entrevistó al jefe del departamento, este admitió que el estudio excluía todos los asentamientos ilegales. «Nos preocupaba estar dándoles una legitimidad falsa a los ilegales si los estudiábamos —dijo—. No podemos reconocer su presencia».[28]

Los británicos a veces derruían los suburbios, pero lo hacían para trazar una carretera, por ejemplo, o para despejar nuevos terrenos para que los colonos pudieran instalarse.[29] Si bien no les preocupaba mucho el bienestar de los desplazados, nunca creyeron que fuera posible librarse de los suburbios. El Gobierno de Bengala Occidental (en manos del Partido Comunista hasta 2011, el más longevo de los Gobiernos comunistas surgidos de unas elecciones democráticas) creía en una India libre de suburbios y terminó por justificar que librarse de los suburbios era una forma legal de terminar con un «estorbo».[30] ¿Para qué tener en consideración un suburbio que no debería estar ahí y no iba a estarlo? Trazar mapas, nombrar las calles y contar a los habitantes de los suburbios equivalía, según algunos, a darles permiso para quedarse.

Fui a visitar a Paulami De Sarkar, por aquel entonces jefa de programas en The Hope Foundation, una ONG irlandesa que aboga por la protección de los niños de la calle de Kolkata. Los papeles que se apilaban en su escritorio evocaban el castigo de Sísifo. Bebimos un café caliente y dulce, presentado en una bonita bandeja, mientras la oficina bullía a nuestro alrededor. El Gobierno había demolido más y más suburbios. Pero, como ella me dijo con hastío: «Los suburbios nunca se irán».

La nomenclatura y el censo en los suburbios podrían suponer un rayo de luz al permitir a sus habitantes solicitar ayudas. Al usar las nuevas

direcciones que Addressing the Unaddressed les había asignado, me contó De Sarkar, la organización ha llevado a cabo un censo y ahora podían dirigir mejor sus esfuerzos. Por ejemplo, uno de los empleados de The Hope Foundation había relacionado el número de hijos varones en una familia con sus ingresos y el absentismo escolar para identificar áreas donde las tasas de trabajo infantil eran elevadas. Y las direcciones habían ayudado a los niños a conseguir certificados de nacimiento, sin los cuales no podían ir al colegio.

Cuando nos marchamos, Subhashis y yo almorzamos en el Hope Café, un restaurante que forma a personas que viven en los suburbios para trabajar en la hostelería. Pedimos el tradicional *thali* y lo acompañamos de salsa y arroz, que se cogen con las manos. Subhashis comprendía que a veces el Gobierno no quisiera dar direcciones postales. «Es como si tuvieras dos hijos —me dijo, entre plato y plato—. Uno ignorante y otro curioso. El niño curioso hace preguntas, pero el ignorante prefiere no saber».

El legado de la Madre Teresa es complicado en Kolkata. Muchas personas aducen que daba prioridad a las muertes católicas frente a las vidas hinduistas. Lo que sí logró fue la consagración de Kolkata como lugar de desesperación. Me faltan las palabras para describir la pobreza, pero otras plumas occidentales han tenido más éxito: «El lugar más perverso del universo», «una abominación», «la ciudad de la espantosa noche», un lugar donde el clima, según escribió Mark Twain, era «capaz de reblandecer hasta los picaportes de latón».[31] O, como Winston Churchill describió sucintamente: «Siempre me alegraré de haberla visto, por la misma razón que mi padre se alegró de ver Lisboa: porque no tendría que volver a verla».[32]

En la actualidad hay muchos visitantes, incluida la que escribe estas líneas, que se entregan a su encanto exuberante. El apodo de Kolkata, la Ciudad de la Alegría, no es irónico. Todos los habitantes de la ciudad que he conocido hablan con orgullo de la reputación intelectual y espiritual de la

ciudad, de sus escuelas de cine, sus espectaculares cafeterías, su animado ambiente político y sus valoradas universidades. Subhashis es un gran aficionado a la música y la literatura bengalís. Una mañana me trajo un grabado en madera del kolkatí Rabindranath Tagore, el autor del poemario *Gitanjali* (Tagore ganó el Premio Nobel de Literatura en 1913). En otra ocasión, me llevó a visitar un extenso mercadillo de libros, donde me eligió un fino volumen traducido de poesía bengalí para que me lo llevara a casa (también le tentó un libro con las letras de Bob Dylan, pero lo soltó cuando vio que costaba dos mil rupias).

Además, los suburbios pueden ser radicalmente diferentes. «Suburbio» es un término genérico que aglutina formas de asentamiento muy diversas. La mayoría de los suburbios, construidos a lo largo de canales, junto a las carreteras o en terrenos vacíos, son ilegales: los habitantes son, por tanto, okupas, porque viven sin autorización en los terrenos de alguien. Otros son *bustees*, barriadas legales, donde las viviendas suelen ser de mayor calidad y los inquilinos alquilan las parcelas.

Aun así, los suburbios guardan muchas similitudes: mala ventilación, falta de acceso al agua y escasez de baños o alcantarillado. Una definición del Gobierno describe las estructuras de un suburbio como «una piña», un término que me pareció más metafórico que técnico hasta que vi las chabolas apiñadas unas contra otras, para no volcar. Los tres millones de kolkatíes que viven en los cinco mil suburbios de la ciudad pueden considerarse afortunados: al menos tienen donde cobijarse. Los más pobres, los que viven en las aceras, duermen en las calles, los bebés acunados entre los cuerpos de sus padres. Aunque los *rickshaws* tradicionales técnicamente están prohibidos, todavía hay hombres descalzos y semidesnudos que tiran de ellos por las calles cochambrosas.

Algunos suburbios son más bonitos que otros. Los que están más cerca de la ciudad, como Chetla, tienen cientos de años y hay casas *pukka* de cemento, tejado de estaño y solería. En Panchanantala, un nombre que me

encanta repetir, veinte adolescentes vestidas con saris de colores brillantes cantaban sentadas ante un templo hindú, mientras la gente se arremolinaba a su alrededor comprando verdura y fruta en los puestos. No tengo una forma válida para evaluar la calidad de vida —no vi los baños, por ejemplo —, pero al menos se percibía el ajetreo alegre de la comunidad y siempre me sentí segura y bienvenida. No me sorprendió leer un tiempo después que cuando el hospital más próximo se incendió y murieron ochenta y ocho personas los residentes de Panchanantala se apresuraron a ayudar; cuando los guardas los apartaron, izaron escalas de bambú y fabricaron cuerdas con saris y sábanas para sacar a los pacientes por las ventanas.[33]

Pero después, Subhashis y su compañero Romio me llevaron a Bhagar, donde los rascacielos de basura te saludan al llegar. Las mujeres y los niños escarban en los montones de desperdicios en busca de cualquier cosa de valor, mientras continúan llegando filas de camiones para descargar. Los cerdos que hozaban en las calles eran una fuente de ingresos extra para las familias (los improvisados carniceros cuelgan las piezas sanguinolentas en sus chabolas rodeados de enjambres de moscas). Observé a una niña bañarse cuidadosamente en un lago negro que alguien me dijo que ardía por combustión espontánea a causa de los productos químicos de la basura. Y, aun así, hay gente que vive peor que los habitantes de Bhagar, según me contó Subhashis. Al menos la basura les proporciona una fuente de ingresos.

En Bhagar, Subhashis sacó el portátil y se secó la cara, tiznándose la camiseta con hollín del humo. Su equipo ya había repartido direcciones en Bhagar, pero Romio y él habían venido a actualizar las direcciones de las nuevas estructuras que se habían construido desde entonces. Los suburbios no paran de mutar; las casas son demolidas y vuelven a reconstruirse; las familias emigran del pueblo, pero luego retornan. Algunas familias nuevas vivían en los porches de las casas y dormían junto a las cabras. Subhashis y Romio les asignaban direcciones a todos, contrastando constantemente sus

datos con las nuevas edificaciones. Habían cambiado muchas cosas desde la última vez que habían estado. Me dio la sensación de que pronto tendrían que volver.

En la década de 1980, el Banco Mundial estaba calibrando uno de los motores de la falta de crecimiento económico en los países en vías de desarrollo: la tenencia insegura de la tierra. En otras palabras, no existía una base de datos centralizada de quién ostenta la propiedad de la tierra, por eso era difícil comprar o vender tierras o usarlas para conseguir un crédito. Y es difícil gravar si no sabes quién ostenta la propiedad. Lo ideal es que los países tengan catastros, bases de datos públicas que registran la localización, la propiedad y el valor del terreno. Un buen sistema catastral hace que sea sencillo comprar y vender la tierra, además de recaudar los impuestos correspondientes. Cuando compras un terreno, tú (y la agencia tributaria) puedes estar seguro de que solo te pertenece a ti.

Pero los proyectos catastrales que impulsaba el Banco Mundial solían fracasar. Los países pobres carecen de recursos para mantener las bases de datos actualizadas. Un catastro también puede ser corrupto si los funcionarios introducen la información incorrecta y privan a los dueños legítimos de sus derechos. Y, en lugar de crear un simple registro, las consultoras, muy bien pagadas, diseñaron avanzados sistemas informatizados que resultaban muy difíciles de mantener. Se invirtieron millones de dólares en proyectos interminables que no llegaron a ningún sitio.

Organizaciones como el Banco Mundial y la Unión Postal Universal dieron con un método más sencillo. No es solo que los países en vías de desarrollo carecieran de catastros, es que también carecían de direcciones postales. Las direcciones postales permitían que las ciudades «comenzaran por el principio».[34] Gracias a los nombres de las calles podías encontrar a los habitantes, recabar información, mantener las infraestructuras y diseñar mapas de la ciudad que cualquiera pudiera usar.

Los expertos comenzaron a entrenar a los altos funcionarios de manera intensiva para enseñarles la nomenclatura urbana. Chad, Burkina Faso, Guinea y Mali fueron de los primeros en adoptar direcciones postales. Los especialistas del Banco Mundial escribieron libros, diseñaron un curso *online* para nombrar calles e incluso patrocinaron un concurso para crear un juego de mesa que publicitara las ventajas de tener dirección postal (los burócratas se sentaron en sus salas de juntas para juzgar los treinta y cinco juegos que competían; *Necesito una señal* y *Urbes y Civitas* fueron los ganadores).

Los beneficios saltaban a la vista. Las direcciones postales proclamaban democracia, permitían que fuera más fácil registrarse para votar y mapear los distritos. Reforzaban la seguridad, ya que los territorios sin señalizar son pasto del crimen (un aspecto negativo: los disidentes políticos también resultan más fáciles de localizar). Las compañías de agua y electricidad se habían visto obligadas a crear sus propios sistemas para expedir facturas y mantener la infraestructura: las direcciones postales les facilitaban la tarea. Los Gobiernos podían identificar más fácilmente a los contribuyentes y recaudar lo que debían. Las investigaciones arrojaban una correlación positiva al cruzar los datos de dirección postal e ingresos, y los lugares con nombre tenían tasas inferiores de desigualdad que los anónimos.[35] Todo por un precio irrisorio.

Estos son todos los motivos por los que la ONG Addressing the Unaddressed, con sede en Irlanda, considera que su trabajo es tan importante. Meses antes de llegar a Kolkata me reuní con Alex Pigot, el carismático cofundador de la ONG, a ocho mil kilómetros de distancia. Nos vimos en las afueras de Dublín en un restaurante tailandés que sirve curri con el pan típico irlandés y tarta de manzana de postre. Alex es un distinguido hombre de negocios de cabello cano, barba gris y chaqueta de lino elegantemente arrugada. Comenzó como cartero de Navidad en Irlanda en los años setenta y luego puso en marcha un negocio de paquetería en los

ochenta. Los servicios de paquetería solo funcionan si las direcciones postales son correctas, de modo que se convirtió en un experto.

En una reunión, Alex conoció a una mujer irlandesa llamada Maureen Forrest, que había puesto en marcha una fundación llamada Hope Kolkata, cuyas oficinas yo visitaría después. Forrest le contó que estaba buscando ayuda para hacer un censo en los suburbios donde trabajaba su organización. Alex le ofreció su mayor experiencia: las direcciones postales.

No fue tan fácil como inicialmente pensó que sería. En Kolkata, las casas de muchos suburbios son del tamaño del apartado del restaurante donde estábamos comiendo, por eso tenía que retocar la tecnología. Tuvo que retirar las placas de plástico originales para los números porque a los vecinos les preocupaba que se cayeran de la puerta y las vacas se las comieran. Al principio, el equipo imprimió mapas de los suburbios y los completó con un nuevo código GO para cada casa, en grandes hojas de plástico para que la gente pudiera moverse por la zona. Pero pronto desaparecieron, ya que los vecinos usaban las hojas para tapar las goteras del tejado durante los monzones. Poco a poco, Alex y el equipo de Addressing the Unaddressed comenzaron a desarrollar sistemas que funcionaban.

Un día en Kolkata acompañé a Subhashis y sus compañeros a Sicklane, un suburbio cerca del puerto por donde pasan los camiones soltando polvo a todas horas, a diario. En un callejón tan estrecho que no pasan dos personas sin apartarse, un compañero de Subhashis iba con un portátil en la mano con un mapa del suburbio en la pantalla. Señalaba en el mapa dónde estaba la casa, pulsaba encima y aparecía un código GO. Leía el número en alto a otro empleado, que lo escribía con letra clara sobre la puerta de la casa, que en tiempos habría sido, casi con total seguridad, la de un baño de señoras. Luego volverían a instalar los números oficiales —unas placas gruesas y azules de un brazo de largo— encima de las puertas (después de que me

marchase de Kolkata, Addressing the Unaddressed se asoció con Google y, juntos, están utilizando el sistema de localización Plus Code de la compañía).

En otra zona de los suburbios, dos voluntarios de Addressing the Unaddressed, estudiantes de Derecho vestidos a la occidental con zapatillas deportivas, se paseaban tomando datos para un censo. Los estudiantes eran de la ciudad, pero pertenecían a la clase media y no habían estado nunca en los suburbios durante su voluntariado. Se reían como los adolescentes que eran, pero se desenvolvían con confianza. Incluso las personas mayores les trataban con deferencia cuando les hacían sus preguntas. El cuestionario del censo era una hoja de papel e incluía datos como el número de identificación de los residentes, sus instalaciones sanitarias, de dónde sacaban el agua. Los estudiantes iban de puerta en puerta, a veces despertaban con cortesía a hombres que echaban una siesta antes de ir a trabajar.

Una mujer con un sari morado al viento hizo señas al equipo. Ella también quería un número, pero la habían pasado por alto. Nos condujo a su zona del suburbio, encajada entre otras chabolas. En su habitación solo cabían una cama grande y algunos utensilios de cocina apilados con esmero. Dos personas dormían en la cama y otra dormía debajo, sobre el suelo de tierra. Sin un tejado en condiciones, estaba expuesta a los elementos.

Un niño con marcas de recién peinado vino a la puerta mientras se abrochaba la camisa. Contestó las preguntas sosegadamente de parte de su madre. No, no tenía número de identificación. No, no tenían tarjetas Aadhaar. Como casi todo el mundo que conocimos, sí que tenía teléfono móvil y le dictó el número a Subhashis despacio y con claridad. Su madre, que, como comprobaba ahora, estaba embarazada debajo de su abultado sari, no hablaba, pero sonrió y asintió con la cabeza en un gesto de despedida universal. ¿Qué podría hacer por ella una dirección postal?

¿Alguna vez tendría dinero para ingresar en una cuenta bancaria? Al menos, pensé, podría hacer que su familia y ella se sintiesen incluidas.

La inclusión es una de las armas secretas de las direcciones postales. Los empleados del Banco Mundial pronto descubrieron que las direcciones empoderaban a quienes vivían en ellas porque les permitían sentirse parte de la sociedad. Esto aplica perfectamente a las barriadas pobres. «Un ciudadano no es una entidad anónima perdida en la jungla urbana a quien solo conocen sus parientes y sus compañeros de trabajo: tiene una identidad establecida», escribe un grupo de expertos en un libro sobre nomenclatura. [36] Los ciudadanos deberían ser capaces de «localizar y estar localizables para las asociaciones y órganos gubernamentales» y también estar localizables para otros conciudadanos, incluso aquellos que no conocen. En otras palabras, sin una dirección tu comunicación se limita a la que compartes con gente conocida. Y a menudo la gente que no conoces es la que más te puede ayudar.

Este sentimiento de identidad cívica es todavía más importante en los suburbios, ya que estas personas viven, por definición, en los márgenes de la sociedad. También es motivo para recelar de organizaciones como Addressing the Unaddressed. En lugar de incorporar los suburbios al sistema postal preexistente de Kolkata, la ONG asigna un nuevo tipo de dirección que reserva solo para estas barriadas. No incorporan los suburbios al resto de la ciudad, podría incluso decirse que hacen lo contrario.

En cierto modo, comparto esa crítica. Sería mucho mejor si el sistema de nomenclatura pudiera unir estas dos Kolkatas que viven una junto a la otra. Me gustaba pensar que la gente de los suburbios estaba vinculada al resto de la ciudad, no solo a sus vecinos. Pero, mientras escribo, el Gobierno municipal no parece estar dispuesto a, ni ser capaz de, incluirlos. Por eso, de momento, tienen a Subhashis.

A las diez en punto, una noche, Subhashis y yo tomamos un taxi Ambassador amarillo hasta el final de una calle larga y oscura. Caminamos

despacio por las calles del mercado de Koley, donde las farolas eran azules y blancas, los colores de Kolkata. Los vendedores desplegaban su mercancía en esteras coloridas. Nunca antes había visto tanta variedad de verduras, me sentía como una cría, señalando las frutas y las hortalizas y preguntándole a Subhashis por el nombre. Algunas vendedoras iluminaban sus productos con lámparas de bombillas de colores: rojas para que los tomates pareciesen más jugosos, moradas para que las berenjenas brillasen más. Los pescados aleteaban cuando unas mujeres mayores los tocaban con un palo.

Allí fue donde conocimos a Salil Dhara. Es guapo, vagamente jipi, con el pelo a lo afro corto y unas gafas de pasta negra. Llevaba chancas y una camiseta donde se leía «Más que palabras» en letras impresas debajo de una imagen de unas manos unidas en plegaria. En su momento, Salil había estudiado Optometría. De estudiante lo enviaban a las aldeas a llevar gafas. Nunca había visto tal pobreza. Pacientes con una miopía básica que habían sufrido quemaduras graves en incendios porque no veían bien. Le pagaban con calabazas. Volvió a casa, dejó la optometría y estudió para hacerse trabajador social. Pronto se convirtió en director de un orfanato, donde chavales poco más jóvenes que él lo llamaban papá. Ahora vive cerca de los suburbios y trabaja para Hope Kolkata.

Caminamos más de un kilómetro hasta una cabaña achaparrada de cemento. Subhashis y Salil estaban allí para pedir permiso a la representante municipal para numerar las viviendas de un suburbio de su distrito. Ese era el primer paso en cualquier proyecto de nueva nomenclatura (después tocaba organizar reuniones con los vecinos, consultar con las personas mayores y explicar las direcciones a los residentes). Pero ahora, en el interior de la cabaña, la concejala se ocupaba de sus votantes. Había trabajado todo el día en el centro de la ciudad y ahora le tocaba hacer los deberes, escuchar las peticiones de las personas que aguardaban para verla. Esperamos en el exterior casi una hora,

escuchando a la multitud que se había congregado a nuestro alrededor en esa noche sin estrellas. Una niña con las pestañas enormes se adelantó y me estrechó la mano con valentía. Los bebés lloraban, las vendedoras del mercado voceaban a lo lejos y todo el mundo se aferraba a sus papeles.

Por fin nos tocó pasar y nos invitaron a sentarnos en unas sillas metálicas calentadas por las personas que habían pasado antes. La concejala llevaba un sari sencillo y gafas. La asistía un hombre vestido de blanco de los pies a la cabeza. Los votantes entraban en tropel. Enseñaban sus papeles, se los sellaban. El mecanismo de la burocracia.

Salil se levantó nervioso, aferrado a una carpeta roja. Dentro estaban las cartas de los demás concejales que habían aprobado el programa de nomenclatura en otras zonas de la ciudad. A través de sus gafitas cuadradas, la concejala lo observó con seriedad y realizó varias preguntas. Después de una conversación de unos minutos, firmó los formularios aprobando el proyecto.

Luego solicitó hablar conmigo. Sonrojada, me levanté y le pregunté qué opinaba de darle nombre a las calles, pellizcándome mentalmente por no tener lista una pregunta mejor. «Hay muchos criminales en esa zona —repuso con rapidez—. Así podremos encontrarlos». No dijo nada sobre cuentas bancarias o carnés de identidad.

Cuando salimos, eran casi las once. Subhashis me mostró la moto que me llevaría lejos de allí. Me negué a subir. Pensé en mis dos hijas, que en ese momento estarían jugando en nuestro tranquilo piso en una calle arbolada al norte de Londres. La pequeña no tenía ni un año, todavía tomaba el pecho y yo, para sacarme la leche, me había estado escapando a cualquier baño, sin importar lo humilde que fuera, por toda la ciudad. (Cuando se me rompió el sacaleches, Subhashis me llevó sin pestañear a una farmacia rebosante de frascos de medicinas, bacinas, vendas y muletas, apenas se distinguían las gafas del farmacéutico mirándote entre los montones de mercancías. Le dije a Subhashis que nunca encontraríamos un sacaleches en una calle

cualquiera de Kolkata, que debíamos coger un taxi amarillo que nos llevara al lujoso centro comercial occidental que quedaba más lejos. Pero el farmacéutico, sin mediar pausa, extrajo hábilmente un sacaleches perfecto de uno de sus montones. No era la primera vez que yo infravaloraba Kolkata).

No quería subir a esa moto sin casco, quería volver a casa con vida. Pero Subhashis insistió mucho en que ningún taxi iría hasta allí en mitad de la noche y era demasiado tarde para caminar. Así que me vi montada en la moto, sin casco, encajada entre dos hombres fibrosos, participando en el frenético *jazz* del tráfico de Kolkata.

Por fin llegamos a un sitio desde donde podíamos coger un taxi. El conductor nos llevó primero a una estación de cercanías, donde Subhashis se apresuró a coger el último tren, que le llevaría con su mujer y su hijo pequeño. Pero solo cuando se marchó me di cuenta de que había olvidado la dirección de mi hotel. No tenía la tarjeta que me habían dado en el hotel precisamente para esto (ni tampoco las llaves de la habitación). Mi teléfono móvil no funcionaba allí. No me quedaba más remedio que ir a la comisaría más cercana a pedir ayuda, y para eso tuve que cruzar a pie seis carriles atestados.

Los agentes de policía parecían intimidatorios con su ropa de camuflaje. Por suerte, un agente, que parecía un general con su birrete y su poblado bigote, hablaba un buen inglés (hasta entonces Subhashis traducía del bengalí). Después de examinar mi pasaporte, revisó un largo listado hasta que dio con el nombre del hotel. Al principio, comenzó a darme indicaciones basándose en puntos de referencia: pasa junto a este restaurante, gira en la tienda de zapatos. Yo lo escuchaba con atención. Pero cuando empezó a decirme que buscara el laboratorio de diálisis, comencé a agobiarme. Nunca lo encontraría. Me imaginé deambulando por las calles de Kolkata para siempre, buscando sin encontrar cómo se decía «laboratorio de diálisis» en bengalí.

Apiadándose de mí, el agente llamó a una escolta motorizada. Pensé que tocaba darse el segundo paseo de la noche en moto y sin casco. Pero fue peor aún. En la moto no había sitio para mí, la ocupaban dos inmensos agentes. En cambio, tuve que caminar junto a ellos por el arcén, sorteando *rickshaws*, *tuk tuks* y taxis amarillos que nos adelantaban zigzagueando. Por fin reconocí el hotel a lo lejos. Jadeando, me apresuré y me despedí agitando la mano tras adelantarlos, con la esperanza de colarme en el hotel y ocultar mi vergüenza a los amables empleados.

Pero no, los agentes se adelantaron y saludaron al portero antes que yo. Rápidamente, le contaron en bengalí mi patética historia, cómo no sabía la dirección, cómo había terminado en la comisaría y cómo había corrido junto a ellos por las calles de Kolkata. El portero me miró sorprendido y luego miró a los policías. Todos se echaron a reír con ganas, uno de los agentes incluso se tuvo que apoyar en las rodillas bajo las luces pálidas del hotel.

«¡Vaya! —pensé, ofendida—, ¡a quién se le ocurre perderse en Kolkata!».

Una vez en el interior de mi habitación, comprendí que nunca había estado perdida. Me dirigía a un sitio que tenía dirección, un hotel que existía en el directorio de la policía y, además, tenía un pasaporte estadounidense para demostrar que era la persona que decía ser. Las personas de los suburbios no (también tienen problemas para conseguir el pasaporte, para eso necesitas una dirección). La falta de direcciones era un hecho, no solo para quienes había conocido en Kolkata, sino para los miles de millones de personas que viven en suburbios en todo el mundo.

Esto sucedió poco después de acudir a Bhagar, la barriada que convivía con el imponente y humeante basurero. Mientras caminábamos por la carretera polvorienta de salida, Subhashis me contó que el principal problema de Bhagar era que no estaba bien comunicado con el resto de la ciudad. Al principio no entendí a qué se refería hasta que me di cuenta de

que hablaba de medios de transporte. Para llegar hasta el suburbio tuvimos que coger cuatro medios de transporte distintos y cruzar el río Hooghly, incluyendo un vehículo sin techo como los que suelen verse en los aeropuertos. Se estimaba que 150.000 personas (y 100.000 coches) cruzaban el puente voladizo cada día, y los engranajes de acero estaban comenzando a resentirse, en parte por culpa del *gutka*, una pasta de mascar que contiene tabaco entre otros ingredientes, que la gente escupe al puente. [37] Tuvimos suerte porque fuimos en taxi casi todo el trayecto, pero tuvimos que apearnos y continuar a pie para poder llegar al suburbio.

Ahora pienso que la comunicación funciona en ambos sentidos. Bhagar estaba aislado físicamente del resto de Kolkata, pero el resto del mundo también se veía privado de Bhagar. Además de los conductores de los camiones de basura, nadie podía ver cómo vivían aquellas personas. Al menos las direcciones eran una forma de decirles dónde.

---

[21] «Kolkata Traffic Worsens Despite Effort to Calm Drivers with Music», *Citiscope*, 1 de septiembre de 2015, http://archive.citiscope.org/citisignals/2015/kolkata-trafficworsens-despite-effort-calm-drivers-music.

[22] Roy, Ananya, *City Requiem, Calcutta: Gender and the Politics of Poverty*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 2003, p. 111.

[23] Ghosh, Padmaparna, «The World's Biggest Biometric ID Project Is Letting People Fall Through the Cracks», *Quartz India*, 4 de abril de 2018, https://qz.com/india/1243565/the-worlds-biggest-biometric-id-project-is-letting-people-fall-throughthe-cracks/.

[24] Winchester, Simon, *Simon Winchester's Calcutta*, Londres: Lonely Planet, 2004, p. 41.

[25] Kundu, Nitai, «The Case of Kolkata, India: Understanding Slums: Case Studies for the Global Report on Human Settlements 2003», 4, disponible en: https://www.ucl.ac.uk/dpu-projects/Global_Report/pdfs/Kolkata.pdf.

[26] Harris, Richard y Robert Lewis, «Numbers Didn't Count: The Streets of Colonial Bombay and Calcutta», *Urban History* 39, n.º 4 (noviembre de 2012), p. 653.

[27] *Ibid.*, p. 657.

[28] Roy, *City Requiem, Calcutta*, p. 27.

[29] Schenk, W. Collin, «Slum Diversity in Kolkata», *Columbia Undergraduate Journal of South Asian Studies* 1, n.º 2 (primavera de 2010), p. 108, disponible en: http://www.columbia.edu/cu/cujsas/Volume%20I/Issue%20II/W%20Collin%20Schenk%20-%20Slum%20Diversity.pdf.

[30] Véase, por ejemplo, Ghertner, D. Asher, *Rule by Aesthetics: World-Class City Making in Delhi*, Nueva York: Oxford University Press, 2015.

[31] Thomas, Frederic C., *Calcutta Poor: Inquiry into the Intractability of Poverty*, Nueva York: Routledge, 2015, p. 1.

[32] *Ibid*., p. 3.

[33] «Locals Spot Fire, Rush to Rescue», *Hindustan Times*, 10 de diciembre de 2011, disponible en: https://www.hindustantimes.com/kolkata/locals-spot-fire-rush-to-rescue/story-QbXQD75LOxRw7nuEWefJ8O.html.

[34] Farvacque-Vitković, Catherine *et al.*, *Street Addressing and the Management of Cities*, Washington D. C.: World Bank, 2005, p. 2.

[35] Unión Postal Universal, «Addressing the World — An Address for Everyone: The White Paper», Suiza, 2012, p. 41, disponible en: https://www.upu.int/UPU/media/upu/publications/whitePaperAddressingTheWorldEn.pdf.

[36] Farvacque-Vitković *et al.*, *Street Addressing and the Management of Cities*, p. 21.

[37] «Howrah Bridge Pillars Get Protective Cover against Gutka Sputum», *Hindu BusinessLine*, 2 de mayo de 2013, disponible en: https://www.thehindubusinessline.com/news/national/howrah-bridge-pillars-get-protective-cover-against-gutka-sputum/article23107406.ece.

02

Haití

¿Podrían las direcciones
detener una epidemia?

El primer día de su curso de Epidemiología en la London School of Hygiene & Tropical Medicine, el profesor Paul Fine me cuenta la historia de John Snow. Snow fue médico en el Londres victoriano y era un hombre tan puro como la nieve de su apellido: vegetariano, abstemio y soltero. Hijo de un carbonero, Snow no tuvo unos comienzos prometedores, pero su madre recibió una pequeña herencia y la invirtió en clases privadas para él y, después, para que entrara como aprendiz de un médico de Newcastle. Desde allí, Snow caminó cientos de kilómetros para regresar a Londres y matricularse en una escuela de Medicina.[38]

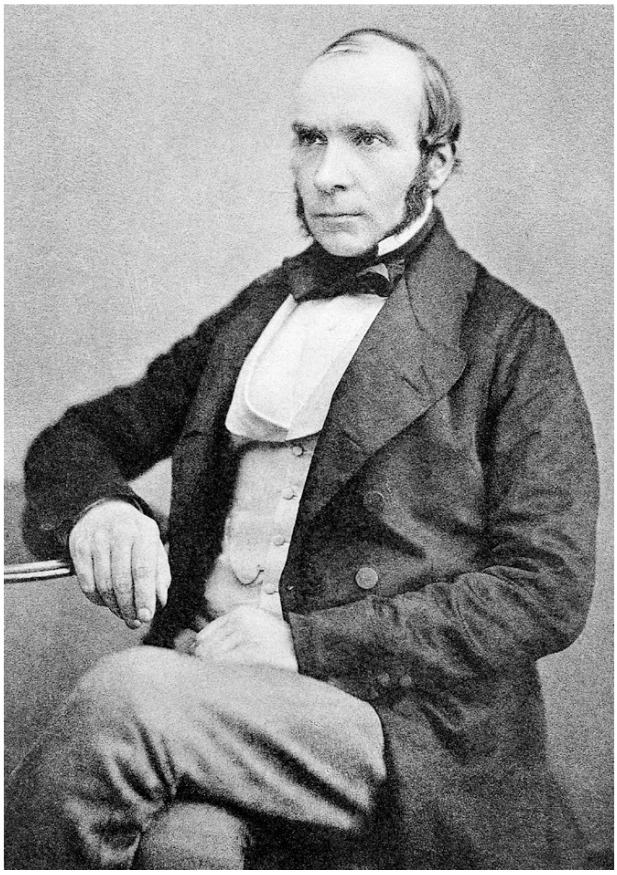
En poco tiempo se convirtió en un doctor de renombre y de confianza probada. Después de ser testigo de la primera intervención con éter en Inglaterra en la consulta de un dentista, Snow se convirtió en uno de los primeros anestesiólogos del país. Cuando la reina Victoria se puso de parto de su octavo hijo, el príncipe Leopold, John Snow estaba a su lado. El «bendito cloroformo —como lo llamaba la reina— era calmante, tranquilizante y una absoluta bendición» y puso de moda los partos sin dolor.[39] Tres años después, regresó para traer al mundo a una hija, la princesa Beatrice.

Pero Snow tenía una doble vida. Lejos del palacio de Buckingham, recorría las calles y las barriadas del Londres victoriano en pos de una misión alternativa, intentando averiguar cómo se expandía el cólera en la ciudad. El cólera es una enfermedad brutal y asquerosa. Puedes levantarte por la mañana de maravilla y morirte antes de irte a la cama. Los síntomas comienzan con una sensación de malestar. Después vienen los vómitos y la diarrea, a veces al mismo tiempo, mientras tu cuerpo evacua toda el agua. La sangre se espesa y no puede circular, los órganos comienzan a fallar, la piel se torna grisácea. Durante los brotes, los hospitales habilitaban camas de cólera para los pacientes: catres largos con un agujero estratégicamente situado a la altura de las nalgas con un cubo debajo para que cayera la diarrea. Como dijo Richard Barnett, historiador médico, «las víctimas tenían un 50 por ciento de probabilidades de morir de cagalera tras pasar solo un día o medio de infección».[40]

El cólera probablemente se originara en la India antes de expandirse por Oriente Medio y Rusia, pero no llegó a Inglaterra hasta 1831. En esa época no se sabía mucho de los gérmenes, ni de los microorganismos, ni de las enfermedades infecciosas. Pero la «teoría de las miasmas» —la creencia de que las enfermedades se transmitían por los vapores o los olores de los organismos en descomposición— prevalecía entre los médicos (así, *malaria* significa «aire malo», aunque debería ser «mosquitos malos»). Los olores, en otras palabras, no solo eran sintomáticos de una enfermedad, sino que eran la enfermedad.

Snow, que había tratado con mineros enfermos de cólera cuando era aprendiz en Newcastle, sabía que los síntomas comenzaban en el estómago, no en la nariz. Su hipótesis, que resultó correcta, era que la enfermedad se contraía al beber agua contaminada y comer con las manos sucias (la bacteria del cólera, *Vibrio cholerae*, fue descubierta por Filippo Pacini en 1854, pero su descubrimiento se ignoró durante más de treinta años, hasta

que Robert Koch halló el organismo por su cuenta en 1884, mucho después de las investigaciones de Snow).



John Snow.

Las pruebas de Snow eran circunstanciales. Le dio la pista un inquilino que enfermó después de utilizar las mismas sábanas que el anterior, afectado por la enfermedad. En otro brote, el cólera afectó a una hilera de casas, pero no al resto del barrio. Un perito descubrió que el depósito de agua de las casas infectadas —y solo de esas— estaba contaminado con aguas fecales. Cuando le echó un vistazo al agua putrefacta del pozo, Snow halló «varias sustancias que habían pasado por el canal alimentario sin ser digeridas, como huesos y pellejos de pasas y uvas y trozos de piel y cáscara

de otras frutas y verduras».[41] La muestra olía «a letrina». Los residentes de Albion Terrace estaban bebiendo sus propios excrementos.

Snow sabía algo sobre sus vecinos afectados por el cólera, algo que no había aprendido estudiando Medicina. Como Steven Johnson señala en su apasionante libro *El mapa fantasma*, Snow no solo era un turista de la salud pública que «acechase la muerte y la desesperación para luego retirarse a la seguridad de Westminster o Kensington». Solo vivía a unas calles de Broad Street, el centro de la epidemia. Y, aunque Snow fuera un médico que atendiera a la reina, su infancia había sido pobre. A diferencia de muchos otros médicos de familias más privilegiadas, no achacaba la enfermedad a los malos hábitos de las clases bajas. «Las muertes de pobres eran desproporcionadas y no eran imputables a un fracaso moral», escribe Johnson. «Morían porque estaban siendo envenenados».[42]

Conocí al profesor Fine —un *Snowfan* en toda regla— en Londres. La London School of Hygiene & Tropical Medicine fue fundada para formar a médicos que tratasen las enfermedades en las colonias británicas y, como el secretario colonial declaró en su momento, «lograr que los trópicos sean habitables para los hombres blancos».[43] Hoy, es una universidad de referencia mundial especializada en salud pública. Fine, catedrático en la universidad, es estadounidense. Abandonó Princeton para enrolarse como voluntario en las Fuerzas de Paz en Marruecos y luego regresó a la universidad. En su despacho, a solo unas manzanas del antiguo hogar de John Snow en Sackville Street, Fine me contó cómo este se había convertido en el padre de la epidemiología, el estudio de la enfermedad y de los factores que la determinan. Los epidemiólogos son, como Snow, «detectives de la enfermedad» que trabajan para saber cómo, dónde y por qué se propagan las enfermedades, y usan esta información para mejorar la salud pública.

En esa época la ciencia médica rechazó los argumentos de Snow de plano, pero él no cejó en su empeño y continuó afirmando que el agua

contaminada era la causante del cólera. En la época de Snow, los excrementos a veces se almacenaban en pozos negros, una especie de sótanos excavados bajo la casa, o a veces en depósitos en el exterior. El líquido se filtraba por unas ranuras dispuestas para tal fin, y en algún momento unos hombres retiraban los desechos sólidos y los vendían como fertilizante a los agricultores (en el siglo XVII, Samuel Pepys se quejaba en su diario de que el sótano de su vecino rebosaba provocando que cayera en el suyo «un gran montón de mierda»).[44] Otros pozos ciegos desembocaban en las alcantarillas que iban a dar directamente al Támesis, que entonces era la principal fuente de agua potable de Londres, contaminándolo con aguas fecales.

El Soho era un barrio especialmente mierdoso. En su día había sido una zona cotizada de Londres. Pero los ricos se fueron alejando de barrios como el Soho para instalarse lejos de la porquería de la ciudad. En la década de 1850, el Soho era una barriada pobre llena de sastres, tenderos, monjas y prostitutas y, como señala Richard Bennett, «disidentes exiliados como Karl Marx» (Marx, contemporáneo de Snow, escribió *El capital* a unas calles de distancia).[45] Como la vivienda escaseaba, la gente dormía por turnos, a veces hasta dos o tres en la misma cama. Un párroco le preguntó a una mujer cómo se las arreglaban para vivir tanta gente en la misma casa. Al parecer, le contestó: «Verá, señor, estábamos cómodos hasta que llegó el caballero y se instaló en medio».[46] En el centro de la habitación había un círculo de tiza, el hogar del caballero.

Por eso, cuando el cólera golpeó el Soho en 1854, se propagó con gran rapidez. «El brote de cólera más terrible que ha tenido lugar en este reino probablemente sea el de Broad Street, Golden Square», comienza Snow su libro sobre la enfermedad.[47] El brote mataría a más de seiscientas personas. Snow se encontraba en mitad de otra investigación sobre la enfermedad, estudiando la relación entre esta y el suministro de agua, pero este caso, apenas a unas manzanas de su casa, pronto invadiría su vida.

Por suerte para Snow, vivió en un tiempo en el que otra revolución estaba teniendo lugar en Inglaterra. En 1837, la Oficina General del Registro comenzó a inventariar las muertes y los nacimientos.[48] El Parlamento había creado el sistema para facilitar el traspaso de la riqueza heredada entre generaciones, pero tuvo un propósito accidental mucho más importante. Que hubiera un registro centralizado de nacimientos y defunciones mejoraría drásticamente la salud pública de la nación.

William Farr, responsable de organizar los nuevos datos, se había formado como médico. No era un profesional demasiado reputado, le interesaba más el lado académico. Pronto comenzó a escribir una serie de artículos de una nueva especialidad de la medicina: las estadísticas vitales. En 1837, siendo el responsable de los sumarios del registro, Farr se excedió en sus funciones y les pidió a los médicos que describieran detalladamente las causas de la muerte de cada paciente. Se había obsesionado con la vida y la muerte de los ingleses y recababa datos sobre las causas de la muerte y las profesiones de los fallecidos para buscar patrones que pudieran mejorar la salud pública.

Por primera vez, alguien podía saber con exactitud cómo morían los londinenses. Sin el cómo, como bien sabía Farr, no se podía investigar el porqué. «Las enfermedades son más fáciles de prevenir que de curar —escribió—, y el primer paso para la prevención es el descubrimiento de las causas».[49]

Estas estadísticas pormenorizadas fueron posibles gracias a las direcciones postales. Hacía mucho que había mapas de Londres, pero los números de los domicilios eran relativamente nuevos. En 1765, el Parlamento decretó que todas las casas debían ser numeradas y los números, pintados claramente sobre las puertas. Por eso, la Oficina General del Registro de Farr no solo sabía cómo moría la gente, también sabía dónde. Y me quedo corta al subrayar la importancia del dónde para la salud pública. Las direcciones hicieron posible identificar la enfermedad.

Era martes cuando Snow se presentó en el registro para recoger los certificados de defunción de las víctimas del brote de Golden Square. Cada certificado incluía la fecha, la causa de la muerte y, lo más importante, la dirección de la víctima. Se dio cuenta rápidamente de que casi todas habían muerto a poca distancia de Broad Street.

Mientras la gente huía del Soho —en seis días lo abandonaron tres cuartas partes de su población—, Snow se metió de lleno en su investigación y se puso a preguntar de dónde sacaban el agua los fallecidos. En los hogares de las víctimas más alejadas de Broad Street, las familias declararon que habían ido a beber a la fuente porque creían que el agua salía más limpia. Algunos niños desafortunados habían muerto después de beber un trago de camino a la escuela. Otras víctimas la bebieron sin saberlo: los camareros de los *pubs* del vecindario diluían las bebidas alcohólicas en agua de la fuente y las cafeterías vendían esa misma agua con una cucharada de polvos azucarados para convertirla en una bebida gaseosa.

Pero si el cólera estaba en el agua de la fuente, ¿por qué no todo aquel que vivía cerca de ella lo había contraído? Snow también tenía una respuesta para esto. En Poland Street había un asilo para pobres donde las mujeres tejían y cosían medias y los hombres cardaban lana, que estaba prácticamente rodeado por casas donde todos habían muerto de cólera. Pero en el asilo solo hubo cinco víctimas. Como señaló Snow, «si la mortalidad del asilo hubiera sido equivalente a la de las calles que lo rodeaban por tres lados, más de cien personas habrían muerto».[50] Cuando profundizó en su investigación, Snow descubrió que el asilo tenía su propia bomba de agua. Y los trabajadores de una fábrica de cerveza cercana también habían logrado sortear la enfermedad. El jefe le dijo a Snow que tenían su propio pozo y que, a fin de cuentas, sus hombres no bebían mucha agua: preferían el agua de malta.

Snow descubrió víctimas lejos de allí. Un médico le habló a Snow de un hombre de Brighton —a casi cien kilómetros al sur de Londres— que había acudido a Broad Street para visitar a su hermano enfermo de cólera. Llegó poco después de que falleciera este, almorzó un bistec con brandi, y después lo bajó con agua de la fuente de Broad Street. No estuvo allí ni veinte minutos… y murió unos días después.[51] Además, a oídos de Snow llegaron noticias de la muerte de la viuda Susannah Eley, en Hampstead, a muchos kilómetros de Broad Street. Sus hijos le contaron que a su madre le gustaba el agua de Broad Street, donde su marido había tenido en tiempos una fábrica de pistones; un carro le traía el agua de esa fuente a su casa a diario. Su sobrina, que vino de Islington a visitarla, también tomó esa agua y murió poco después.[52]

El jueves, solo dos días después de comenzar la investigación, Snow asistió a una reunión de un comité especial creado para investigar la epidemia y pidió que desmontaran la fuente. A los vecinos no les gustó, tal era la fama de su agua. Pero accedieron a desmontarla. La epidemia, que ya remitía, pronto cesó del todo.

Henry Whitehead, un amable párroco anglicano de veintinueve años que ocupaba su primer destino, tampoco creyó la teoría de Snow. Como él, conocía bien el Soho, y en su día a día como pastor acudía al barrio para atender a sus feligreses. Pensaba que Snow exageraba. Por eso se propuso llevar a cabo unas entrevistas más exhaustivas, visitando las mismas casas varias veces para recabar más información que desacreditase la teoría de Snow.

Pero, para su consternación, sus pesquisas no hicieron más que corroborar la hipótesis de Snow.[53] Salvo dos, los cincuenta y seis fallecidos que murieron en los primeros días del brote habían bebido agua de la fuente. Las casas más limpias se vieron más afectadas que las más cochambrosas, de modo que no era cuestión de higiene. Los ancianos habían sufrido menos bajas, sorprendentemente, pero lo más probable es

que se debiese a que nadie les llevaba agua. Los que vivían en las plantas bajas —en teoría, más cerca de los desagües y la pestilencia— padecieron igual que los de las plantas superiores.

Hacia el final de su investigación, Whitehead descubrió una víctima que había pasado por alto. «En el número 40 de Broad Street, el 2 de septiembre, una niña de cinco meses falleció de inanición después de cuatro días de diarrea». En su certificado de defunción no figuraba el cólera, pero la fecha fue justo antes del brote. La casa estaba al lado de la fuente.[54]

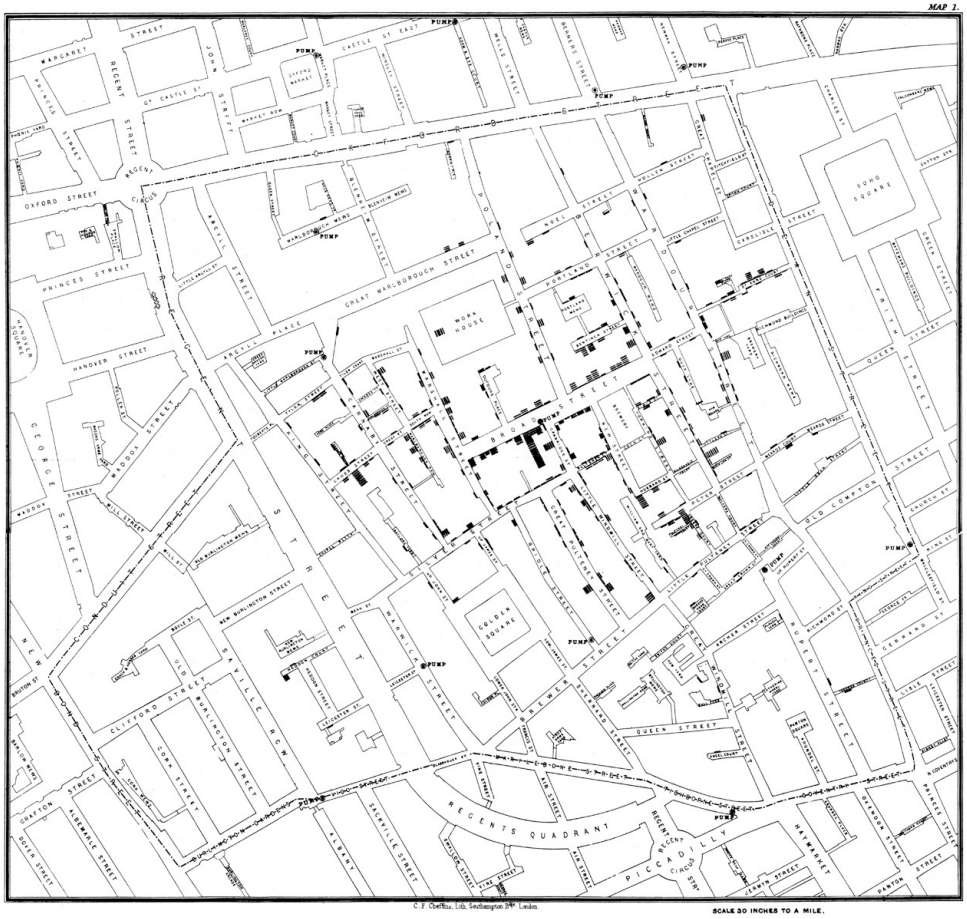
El mismo día en el que debía presentar su informe ante el comité especial, Whitehead fue a visitar a Sarah Lewis, la madre de la niña, Frances, al 40 de Broad Street. Había perdido a su hija y a su marido, agente de policía, por culpa del cólera. Mientras la pobre Frances estuvo enferma, su madre lavó los pañales y vació el agua en una alcantarilla frente a la casa. Un inspector, de formidable nombre Johosephat York, excavó la fuente y halló que las aguas fecales de la alcantarilla se filtraban en su depósito.

«Poco a poco y, he de reconocer, a regañadientes», escribió Whitehead más tarde, llegó a la conclusión de que «el uso del agua estaba conectado con el comienzo y la continuidad del brote».[55]

El primer paciente de cólera, el origen de la epidemia de Broad Street, fue un bebé.

Después de que el profesor Fine me contase la historia de John Snow, sacó su ejemplar de su libro, *On the Mode of Communication of Cholera* (Sobre las vías de transmisión del cólera) (Snow pagó doscientas libras por publicarlo y solo vendió cincuenta y seis copias).[56] Desplegó con cariño un mapa desgastado, que había sido reparado con cinta adhesiva, en mitad del libro. Era un mapa de la epidemia de Broad Street. El mapa estaba diseñado para otros propósitos, pero Snow lo adaptó para su propio uso, marcando cada muerte con una línea negra gruesa. Casi todas las líneas gruesas se amontonan como damas negras alrededor de la fuente. El mapa

era un elocuente argumento para justificar que esta era el origen de la epidemia.



Mapa de John Snow que muestra los casos en las inmediaciones de la fuente de Broad Street.

«Los mapas nos sirven para organizar nuestros datos —me dijo Tom Koch, experto mundial en el mapeo de las enfermedades, desde su despacho de Ontario—. Gracias a ellos podemos transformar nuestras ideas en un argumento tangible». Los libros de Koch describen la historia de los mapas, desde la Edad Media hasta los mapas del cáncer. En un ensayo, explica cómo los investigadores usaron la epidemiología espacial para descubrir el origen de la salmonela en los pasteles de crema de una pastelería de

Canadá.[57] «Pero los mapas no son mágicos —continuó—. Son las herramientas que utilizamos para localizar una serie de eventos separados y clasificarlos, para luego argumentar sobre esa clasificación. Cuantos más datos tengamos, más específicos podremos ser».

Snow, según Koch, no fue el primero en emplear mapas para estudiar las enfermedades.[58] En 1795, Valentine Seaman, que contribuyó a introducir la vacuna contra la viruela en Estados Unidos, marcó todos los casos de fiebre amarilla de Nueva York en un único mapa, luego señaló las ubicaciones de los vertederos y llegó a la conclusión de que ambos guardaban relación (por desgracia, el mapa no revelaba la relación de la enfermedad con los mosquitos). Para pasar el rato, los pacientes de un manicomio de Glasgow mapearon la epidemia de gripe de 1832. Pero el cólera, que algunos han llamado la primera gran enfermedad mundial, ha inspirado especialmente los mapas de especialistas, decididos a descifrar el gran problema de salud pública de la época. *The Lancet*, la prestigiosa revista médica británica, publicó un «mapa del progreso del cólera» en 1831, que mostraba la presencia de la enfermedad en varios continentes, con líneas rojas que conectaban las principales rutas con los brotes de la enfermedad. Los certificados de defunción habían incluido previamente más de cincuenta tipos distintos de cólera. El mapa de *The Lancet* lo presentaba como una única enfermedad por primera vez.[59]

Como epidemiólogo, el profesor Fine también ha diseñado bastantes mapas de enfermedades. Por ejemplo, se pasó doce años rastreando la lepra en África. De una fila de archivadores rojos relucientes sacó unas fotografías aéreas enormes de Malawi y las desplegó en la mesa. A falta de direcciones postales o de mapas oficiales de la zona, tenía que servirse de ellas. Le pregunté si creía que yo estaba en lo cierto sobre la relación de las direcciones y la salud pública. «Es obvio», me dijo, mientras enrollaba sus mapas. Mi idea no tenía nada de original. La localización y las enfermedades son dos hechos inseparables para los epidemiólogos.

Rellené un formulario (nombre y dirección, por supuesto), aboné quince libras y Fine me inscribió oficialmente en la Sociedad de John Snow. Con la inscripción venía una elegante taza con el rostro sobrio del doctor victoriano. Entonces Fine me enseñó el apretón de manos secreto de la sociedad (no lo revelaré, pero tiene que ver con cómo se acciona una bomba), y nos dimos un agradable paseo por el Soho hasta el *pub* John Snow, situado justo donde se erguía antes la fuente de Broad Street (ahora Broad Street se llama Broadwick Street). La visita al *pub* es un requisito obligatorio para pertenecer a la sociedad.

Paseamos junto a coctelerías y tiendas elegantes mientras toda la población activa de Londres se apresuraba a los *pubs* a tomar algo (Soho ya no es una barriada, ni tampoco el centro de la industria sexual de Londres, como sería más tarde; hoy día es más fácil encontrar un restaurante vegano o un hotel *boutique* que un *peep show*). Libres de sus escritorios, los fiesteros de la ciudad se aflojan la corbata, se remangan y guardan las chaquetas en los bolsos. Dentro, el *pub* estaba tan atestado que la gente salía a la calle, a fumar y a derramar pintas en los adoquines. Abriéndonos paso entre ellos, Fine y yo nos agachamos y examinamos con atención el lugar donde un día estuvo la fuente. El bebé de Sarah Lewis, Frances, había fallecido a unos pasos de ahí.

Una vez dentro, subimos a la planta superior del *pub*, donde se exponían objetos y fotos de John Snow en algunos de los reservados. Fine cogió el libro de visitas de la Sociedad de John Snow, custodiado detrás de la barra. Muchos de los que habían hecho este mismo peregrinaje eran epidemiólogos («¡No sabía que había un bar dedicado a nosotros!», había escrito un médico), pero otros eran *fans* de *Juego de tronos* y le declaraban su amor a un Jon Snow bien distinto.

No nos importó. Ni Fine ni yo podíamos dejar de hablar de nuestro John Snow. «Resolvió el caso en dos días. ¡Dos días!», me dijo el profesor Fine, mientras atacaba sus salchichas con puré de patatas. «Hoy en día se tardaría

más», dijo con una floritura del tenedor, como si fuera una broma. Pero resulta que Fine lo decía en serio.

Más de ciento cincuenta años después de que John Snow resolviera el caso de la fuente de Broad Street, Ivan Gayton, un experto en logística de Médicos Sin Fronteras recibió una llamada telefónica de una monja en Haití. El terremoto de 2010 se había producido unos meses antes. «La gente olvida la escala de ese desastre», me contó Ivan. Duró solo treinta y cinco segundos, pero mató, según algunas estimaciones, a más personas que las bombas de Hiroshima, Nagasaki y Dresde juntas, a poco más de mil kilómetros de la costa de Florida.

Ivan no sabía cómo había conseguido la monja su teléfono. Pero le contó que la gente se moría a toda velocidad en un pueblo y que necesitaba ayuda. Pero Ivan ni siquiera sabía con exactitud dónde estaba. Varias enfermeras prepararon un mapa rudimentario. De vez en cuando se detenían a preguntar: «¿Es aquí? ¿Es aquí donde está la monja?». Por fin, llegaron a un lugar donde terminaba la carretera y empezaba el agua. «Alquilad una puta barca», les dijo Ivan. Por fin llegaron en barca. Cientos de personas se arrastraban entre los arbustos, muriéndose. El cólera había golpeado Haití.

De niño, a Ivan le gustaban las aventuras, pero era demasiado tarde para ser pirata, demasiado pronto para ir a Marte y ninguna guerra iba con él. En cambio, organizó un sistema colaborativo para plantar árboles en su Canadá natal. Más tarde, optó a una plaza en Logística de Médicos Sin Fronteras, y resultó que se le daba muy bien hacer cosas que los médicos no sabían: construir hospitales, organizar el alojamiento y gestionar las clínicas. Pero, en muchos sentidos, se sentía un tipo normal de Saskatchewan que hablaba francés. En Haití estaba al frente de la logística de la operación humanitaria más importante a la que Médicos Sin Fronteras se había enfrentado nunca.

En Haití, el cólera se había propagado rápidamente. El cólera vive en el agua, pero también se propaga en la suciedad de las manos y de las sábanas y en las aguas fecales que contaminan el agua potable. Las instalaciones

sanitarias de Haití en 2010 no eran muy distintas de las del Soho en 1854. A menudo, el campo era el único baño disponible. Algunos afortunados tenían pozos ciegos. Unos hombres llamados *bayakou* se llevaban los residuos sólidos: uno bajaba al hoyo y otros esperaban arriba con cubos. A menudo tiraban estos excrementos al río o en campo abierto.[60]

Ivan y su equipo médico y de enfermería pudieron ocuparse de la mayoría de los enfermos de cólera que encontraron ese día (hoy día sabemos que el tratamiento del cólera es bastante sencillo, hay que rehidratar al paciente y, en algunos casos, darle antibióticos). «¡Bien, victoria!», pensó Ivan. Pero todas las semanas recibía una llamada como esa.

Parte del problema es que Ivan no sabía dónde estaban sus pacientes. Incluso antes del terremoto era difícil encontrar buenos mapas de Haití. Y no es el único país. En la actualidad hay grandes parcelas del mundo que no están bien cartografiadas, incluidas ciudades con varios millones de habitantes. No sorprende que estos lugares estén en algunas de las zonas más pobres de la Tierra. Cuando le preguntaron si había estadísticas sobre mordeduras de serpiente en Brasil, el científico Maurício Rocha e Silva contestó que no. «Donde hay serpientes, no hay estadísticas, y donde hay estadísticas, no hay serpientes».[61] Las epidemias suelen desatarse donde no hay mapas.

Como médicos que son, en Médicos Sin Fronteras intentan tener localizados a sus pacientes. Cuando llegan estos, les dan un formulario de ingreso. Lo rellenan con sus nombres, sus fechas de nacimiento. Luego se encuentran con la sección «Origen del paciente» o «Dirección». Ivan la llama el apartado «Poner por poner». Me puso un ejemplo: «“A una manzana del mango”. No es que sea muy útil».

Por eso llamó a Google y les preguntó si la compañía querría colaborar. Un empleado fue a una tienda de Best Buy en Brooklyn, abrió una bolsa y pidió al dependiente que se la llenara de dispositivos de GPS. Una vez en

Haití, el equipo de Google colaboró para realizar el mapeo sobre el terreno. Otro empleado diseñó un mapa preliminar para que Ivan pudiera introducir los datos de los pacientes en cada vecindario, y ponía un punto más pequeño o grande dependiendo del número de casos.

La misión de Ivan era combinar el historial de cada paciente con los nombres del vecindario, para impedir que el cólera se propagase de una persona a otra. Se trataba de ayudar a tratar a esos pacientes, no de encontrar el origen. Esa tarea recayó en Renaud Piarroux.[62]

El doctor Renaud Piarroux es profesor de Parasitología en la Sorbona, en París. Cuando era pediatra, dejó en su casa de Francia a sus tres hijos para tratar a 2.500 huérfanos enfermos de cólera en Goma (la actual República Democrática del Congo), que habían huido de la guerra en Ruanda. Después de aquello, pasó años viajando por el mundo para investigar y tratar las epidemias en muchos países africanos. Cuando el cólera estalló en Haití, el Gobierno haitiano invitó a Piarroux a investigar. Como buen epidemiólogo, comenzó a buscar el origen. Y todos los dedos apuntaban a un culpable sorprendente: Naciones Unidas.

Los cascos azules, que en Haití se conocen como Minustah, se establecieron en Haití en 2004 como medida para mantener la paz en la isla después de que Jean-Bertrand Aristide fuera restituido en el cargo después de haber sido obligado a abandonarlo en dos ocasiones. El Minustah no era popular entre los haitianos. Solo unos meses después del terremoto, un joven haitiano apareció ahorcado en un árbol en el interior de una de sus bases al norte del país. Se decretó que había sido suicidio, pero muchos lugareños no lo creyeron. Circulaban rumores por Haití sobre las tropas procedentes de distintos países, muchos de los cuales se corroborarían después. Se decía que los cascos azules violaban a mujeres, niños y niñas, atrayéndolos con comida o teléfonos móviles. A menudo, enviaban a los violadores de regreso a sus respectivos países para que se ocupasen de ellos.

Por eso, cuando estalló el cólera, comenzaron a circular rumores culpando a las tropas de Naciones Unidas de envenenar el río, posiblemente arrojando un polvo negro desde sus helicópteros. Parecía una fantasía, pero la sospecha de que algo malo sucedía en la base cercana a Mirebalais apuntaba en la buena dirección. Los cascos azules estacionados en ese campamento eran de Nepal, y en Nepal había un brote severo de cólera. De inmediato, Naciones Unidas negó que el cólera de Haití tuviera relación con su base, publicando un listado detallado de las medidas que seguían para deshacerse de las aguas fecales del campamento.

Las organizaciones internacionales estaban trazando mapas rudimentarios con las localizaciones de las víctimas. Piarroux había diseñado mapas de los casos del cólera en Haití y los utilizaba en las reuniones con los representantes de todas las organizaciones que podían ayudar: el Gobierno haitiano, la Organización Mundial de la Salud, el embajador de Cuba en Haití y diversas ONG. Pero, como Snow y Whitehead, Piarroux también investigaba sobre el terreno. Se alió con varios epidemiólogos haitianos y acudió a ver la base por sí mismo. Se quedó en el coche mientras sus colegas haitianos hablaban con la gente de la zona para que se sintieran más cómodos hablando sobre las fuerzas de paz. En el pueblo de Meille, donde la base estaba radicada, los vecinos les contaron que las tuberías de la base iban a parar a un afluente del río Artibonito, la principal fuente de agua para cientos de miles de personas.

El periodista de Associated Press Jonathan Katz halló también pruebas incriminatorias. En una nota de prensa, Naciones Unidas declaró que la base utilizaba siete tanques sépticos que una subcontrata vaciaba.[63] Pero cuando Katz llegó al campamento la gente del pueblo lo llevó a ver los tanques pestilentes. Katz observó una tubería de PVC rota que salía del campamento y vertía aguas fecales en el río.

Un agricultor le tocó el hombro y lo llevó al otro lado de la carretera, donde vivía con su familia en una casa de hormigón. Los pozos cercanos

habían sido convertidos en «relucientes piscinas de heces» donde, según le dijo a Katz, los cascos azules dejaban su «kaka».[64] El camión se llevaba las aguas fecales desde los tanques sépticos, subía la cuesta y descargaba en los pozos.

Después de viajar al lugar donde se habían manifestado los primeros casos de cólera, Piarroux sabía que había muchas probabilidades de que la base fuera el origen del brote. Arrojando un palo al agua, Piarroux comprobó lo rápido que el cólera viajaría corriente abajo. Según revelaron sus cálculos después, el agua había sido contaminada por una gran cantidad de aguas fecales.

«Lo que era muy muy increíble —me dijo, con su marcado acento francés— es que tanta gente argumentase que encontrar el origen era lo de menos». Un portavoz de un departamento de la OMS declaró ante los medios que estaban «concentrados en tratar a las personas, controlar la situación y salvar vidas».[65] Un epidemiólogo de los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades le contó al *New York Times* que no creía que esforzarse por encontrar el origen fuera «un uso adecuado de los recursos».[66] En Yemen, que, en el momento en el que escribo, todavía sufre un brutal brote de cólera, Piarroux nunca conoció a nadie que dijera que el origen era irrelevante. «No era normal, algo iba mal», me dijo.

Nadie salvo los cascos azules tenía permitido tomar muestras en la base. Y, en una presentación, Piarroux advirtió que sus mapas daban a entender que los primeros casos se habían producido río abajo, no en las proximidades de la base de Meille. Un mapa no mostraba los casos cercanos a la base. En el mejor de los casos, era engañoso.

Al mismo tiempo, Piarroux también se encontró con su propia teoría de las miasmas en Haití. Hay dos teorías sobre cómo el cólera llegó a Haití. La más obvia es la teoría de Piarroux: que vino de fuera del país. Pero otros epidemiólogos apostaban por otra teoría: que el cólera ya estaba en las

aguas de Haití, latente, y que el terremoto había desatado sus superpoderes, transformándolo en una epidemia.

Pero no había habido brotes de cólera en Haití en el último siglo. Y esta cepa era muy similar a la asiática.[67] Mirebalais, donde se dieron los primeros casos, estaba al menos a cien kilómetros del epicentro del terremoto. Si este hubiera reactivado el cólera, la epidemia habría comenzado allí.

El miedo a perjudicar la ya dañada reputación de los cascos azules en Haití había amordazado a la comunidad epidemiológica. Piarroux luchó por publicar sus hallazgos. *The Lancet* rechazó su artículo sin explicación, al mismo tiempo que publicaba un editorial titulado: «Cuando el cólera regresa a Haití, culpar no ayuda».[68] El *Emerging Infectious Disease Journal* aceptó el artículo, pero pasó por cinco revisores —en lugar de los dos o tres habituales— que atestasen su validez. Naciones Unidas asumió la culpa a regañadientes en 2016, pasados seis años de que fallecieran las primeras víctimas.[69] Las pruebas genéticas han confirmado que la de Haití era la misma cepa de cólera del sur de Asia.[70]

El cólera asoló Haití hasta el 4 de febrero de 2019, la fecha en la que se diagnosticó el último caso. Piarroux y los equipos de emergencia ante el cólera que organizó junto con el Ministerio de Salud, Unicef y varias ONG tuvieron que luchar más de ocho años para vencer la epidemia. Piarroux se marchó a estudiar el siguiente brote.

En 1874, Henry Whitehead decidió abandonar las duras calles londinenses y aceptó un puesto en un pueblo tranquilo en el campo, donde se mudó con su esposa y sus dos hijas. Sus amigos le hicieron un regalo y se lo entregaron en una cena especial en la Rainbow Tavern, después de la cual Whitehead dio un discurso sobre sus veinte años como sacerdote urbano. Sí, Whitehead habló de sus investigaciones sobre el cólera y las conversaciones que había mantenido con John Snow, de quien se hizo amigo. Según Whitehead, este le había dicho: «Llegará un tiempo en el que

los grandes brotes de cólera sean cosa del pasado y será gracias al conocimiento de cómo se propaga esta enfermedad por lo que desaparecerán».[71] Haití probaba que esta había sido quizá la única equivocación de John Snow respecto al cólera.[72]

John Snow no recibió un gran reconocimiento en vida. La profesión médica rechazó su detallada investigación. Al final, la epidemia de cólera en Londres remitió, pero no fue por su trabajo, sino porque los que creían que el mal olor causaba la enfermedad se cansaron del mal olor. Construyeron un complejo sistema de alcantarillado y limpiaron el Támesis.

Cuando Snow murió, en 1858, a los cuarenta y cinco años, *The Lancet* solo publicó: «Este conocido médico falleció al mediodía del 16 del mes corriente, en su casa de Sackville Street, de un ataque de apoplejía. Sus investigaciones sobre el cloroformo y otros anestésicos son muy valoradas por la profesión». El obituario no mencionaba nada sobre el cólera. El mapa de Snow, sin embargo, le sobrevivió en los libros de texto de Epidemiología. Piarroux, inicialmente rechazado por la comunidad médica, ha corrido una suerte distinta. En 2017 lo nombraron caballero de la Legión de Honor francesa.

Después de que Ivan Gayton abandonara Haití, la idea de cómo los mapas podían salvar vidas le perseguía. Ivan había pasado un tiempo trabajando en Sierra Leona durante el brote de ébola. Enviaba a sus equipos en moto, sin una idea precisa de qué se encontrarían. Rastrear la enfermedad era una tarea espantosa. «Es una afirmación arriesgada, pero lo pienso de verdad —me dijo Ivan—. Si hubiéramos tenido un diccionario geográfico de Sierra Leona y Liberia, podríamos haber detenido el ébola en seco». A esas alturas, lo creí.

Se asoció con organizaciones como la Cruz Roja británica y la estadounidense y Humanitarian OpenStreetMap. Pronto fundaron Missing Maps (Mapas que Faltan). La organización reúne voluntarios de todo el

mundo que usan imágenes de satélite desde su casa para localizar carreteras y edificios en lugares que no aparecen en los mapas.

«Mucha gente quiere ayudar, quiere implicarse de verdad, no solo donar dinero —me dijo—. Se ofrecen a tejer patucos para los bebés y esas cosas. Pero les digo que no, que no tejan patucos, el precio de llevar esos patucos hasta allí para repartirlos no justifica el beneficio que reportan. Pero gracias a Missing Maps pueden participar de verdad en un auténtico trabajo de campo. Es algo importante».[73]

Después de que los voluntarios tracen las calles y marquen los edificios, personas de la zona y voluntarios sobre el terreno, lápiz y papel en mano, comienzan a escribir los nombres de las calles y a verificar los mapas, a veces en moto. Van preguntando a la gente por el nombre con el que se conocen su calle y su barrio. Una vez consolidado este procedimiento, Missing Maps decidió no esperar a la siguiente crisis: antes de que esta llegara tendrían hecho el mapeo.

Decidí asistir a la fiesta que daba Missing Maps cerca de casa en Londres. En los salones del cuartel general de la Real Sociedad Geográfica, en el sur de Kensington, uno de los edificios victorianos más hermosos de la ciudad, los topógrafos voluntarios se sentaban en mesas plegables en lo que en su día me imaginé que sería la sala de baile. Missing Maps suele organizar fiestas de este tipo por todo el mundo y esta era una de las muchas que se realizaban anualmente en Londres.

En mi mesa había un economista finés experto en desarrollo, un topógrafo croata profesional y una chica inglesa recién graduada (y ahora en el paro, me dijo con desparpajo) que supo del evento por sus padres. Las otras mesas eran un batiburrillo de voluntarios de todas las edades y de todos los rincones del mundo (la fiesta, que era gratuita, tenía las entradas agotadas). A la hora prevista, abrimos los portátiles.

En mi pantalla había una imagen de satélite de Níger dividida en cuadrantes de cinco kilómetros. Las instrucciones eran sencillas. Tenías que

comenzar en una esquina y luego, despacio, buscar carreteras, edificios, caminos. Los edificios arrojaban sombras o los tejados despuntaban. Con el ratón, trazabas el camino en la pantalla. Rodeabas con un círculo cualquier cosa que pareciera una casa. No era un trabajo difícil, pero había que ponerse en un modo concentración que yo no practicaba desde antes de comprar mi primer *smartphone*. Había topógrafos expertos que se pasaban por la mesa a resolver mis dudas. «¿Es eso un árbol o una casa?», preguntaba, escrutando la pantalla. «¿Una calle o un río?».

Durante el descanso, la Real Sociedad Geográfica servía *pizza* de verduras y limonada con flor de saúco. Los desconocidos se arremolinaban y charlaban alrededor de las mesas en aquel salón imponente de techos altos. La atmósfera era festiva: al fin y al cabo, era una fiesta para hacer mapas.

Pero se me había agriado el humor mientras buscaba con el ratón los caminos en mi rincón del Níger rural. ¿Quiénes vivían allí? ¿A qué se dedicaban? ¿Estarían cenando ahora o arando sus cultivos? ¿O se habían pasado todo el día, como yo, cuidando de una hija enferma?

Pero, por encima de todo, me preocupaba qué epidemia llevaría allí al equipo de Ivan, qué nueva y terrible catástrofe tendrían que encarar algún día.

---

[38] Galbraith, Spence, *Dr John Snow (1813–1858): His Early Years: An Account of the Family of Dr John Snow and His Early Life*, Londres: Royal Institute of Public Health, 2002, p. 49. Otros libros también analizan las investigaciones de Snow en detalle. Véase, por ejemplo, Hempel, Sandra, *The Strange Case of the Broad Street Pump: John Snow and the Mystery of Cholera*, Berkeley: University of California Press, 2007, y Johnson, Steven, *The Ghost Map: The Story of London's Most Terrifying Epidemic—and How It Changed Science, Cities, and the Modern World*, Nueva York: Riverhead Books, 2006 [trad. cast.: *El mapa fantasma*, Madrid: Capitán Swing, 2020, trad. de Cristina Mbarichi].

[39] Barash, Paul G., *et al.*, *Clinical Anesthesia*, Filadelfia: Lippincott, Williams, & Wilkins, 2009, p. 6.

[40] Barnett, Richard, «John Snow and Cholera», Sick City Project, 11 de marzo de 2013, disponible en: https://sickcityproject.wordpress.com/2013/03/11/john-snowand-cholera/.

[41] Snow, John, *On the Mode of Communication of Cholera*, Londres: John Churchill, 1855, pp. 15-20.

[42] Johnson, *The Ghost Map*, pp. 147-148.

[43] Cook, G. C., «Early History of Clinical Tropical Medicine in London», *Journal of the Royal Society of Medicine* 83, n.º 1 (enero de 1990), pp. 38-41.

[44] Pepys, Samuel, *Diario: 1660-1669*, Barcelona: Editorial Espasa, 2007, trad. de Joaquín Martínez Lorente, p. 107.

[45] Barnett, «John Snow and Cholera».

[46] Hempel, *The Strange Case of the Broad Street Pump*, p. 28.

[47] Snow, *On the Mode of Communication of Cholera*, p. 5.

[48] Lilienfeld, D. E., «Celebration: William Farr (1807–1883)—An Appreciation on the 200th Anniversary of His Birth», *International Journal of Epidemiology* 36, n.º 5 (octubre de 2007), pp. 985-987, disponible en: DOI:10.1093/ije/dym132.

[49] Farr, William, «Letter to the Registrar-General, from William Farr, Esq.», en *First Annual Report of the Registrar-General on Births, Deaths, and Marriages in England in 1837–8*, Londres: HMSO, 1839.

[50] Snow, *On the Mode of Communication of Cholera*, p. 42.

[51] «Dr. Snow's Report», en *Report on the Cholera Outbreak in the Parish of St. James, Westminster, During the Autumn of 1854*, Londres: J. Churchill, 1855, p. 106.

[52] Chave, S. P. W., «Henry Whitehead and Cholera in Broad Street», *Medical History* 2, n.º 2 (abril de 1958), p. 96.

[53] *Ibid*., p. 97.

[54] Puede verse una copia del certificado de defunción original en la página web de Ralph Frerichs, que es una inagotable fuente de información sobre John Snow y el cólera, https://www.ph.ucla.edu/epi/snow/html.

[55] Chave, «Henry Whitehead and Cholera in Broad Street», p. 95.

[56] Hajna, Samantha, David L. Buckeridge y James A. Hanley, «Substantiating the Impact of John Snow's Contributions Using Data Deleted During the 1936 Reprinting of His Original Essay *On the Mode of Communication of Cholera*», *International Journal of Epidemiology* 44, n.º 6 (diciembre de 2015), pp. 1794-1799.

[57] Koch, Tom, *Disease Maps: Epidemics on the Ground*, Chicago: University of Chicago Press, 2011, p. 29.

[58] Koch, Tom, «The Map as Intent: Variations on the Theme of John Snow», *Cartographica* 39, n.º 4 (invierno de 2004), p. 6.

[59] Koch, *Disease Maps*, p. 104.

[60] Katz, Jonathan M., «Haiti's Shadow Sanitation System», *The New Yorker*, 12 de marzo de 2014, disponible en: https://www.newyorker.com/tech/annals-of-technology/haitis-shadow-sanitation-system.

[61] Fine, Paul *et al.*, «John Snow's Legacy: Epidemiology Without Borders», *Lancet* 381 (13 de abril de 2013), p. 1302.

[62] Para una descripción completa del trabajo de Piarroux en Haití, véase Frerichs, Ralph R., *Deadly River: Cholera and Cover-Up in Post-Earthquake Haiti (The Culture and Politics of Health Care Work)*, Ithaca: ILR Press, 2017.

[63] Katz, Jonathan M., «In the Time of Cholera», *Foreign Policy,* 10 de enero de 2013, disponible en: https://foreignpolicy.com/2013/01/10/in-the-time-of-cholera/.

[64] *Ibid.*

[65] Archibold, Randal C., «Officials in Haiti Defend Focus on Cholera Outbreak, Not Its Origins», *The New York Times,* 17 de noviembre de 2010, accessible en: https://www.nytimes.com/2010/11/17/world/americas/17haiti.html.

[66] *Ibid.*

[67] Chin, Chen-Shan *et al.*, «The Origin of the Haitian Cholera Outbreak Strain», *New England Journal of Medicine* 364, n.º 1 (enero de 2011), pp. 33-32.

[68] «As Cholera Returns to Haiti, Blame Is Unhelpful», *Lancet Infectious Diseases* 10, n.º 12 (1 de diciembre de 2010), p. 813, disponible en: https://www.thelancet.com/journals/laninf/article/PIIS1473-3099(10)70265-6/fulltext.

[69] Sengupta, Somini, «U.N. Apologizes for Role in Haiti's 2010 Cholera Outbreak», *The New York Times,* 1 de diciembre de 2016, disponible en: https://www.nytimes.com/2016/12/01/world/americas/united-nations-apology-haiti-cholera.html.

[70] Koch, Tom, *Disease Maps.*

[71] «Dr John Snow and Reverend Whitehead», *Cholera and the Thames*, disponible en: https://www.choleraandthethames.co.uk/cholera-in-london/cholera-in-soho/.

[72] Sandra Hempel hace una reflexión similar al final de su libro *The Strange Case of the Broad Street Pump: John Snow and the Mystery of Cholera*. Mencionando una versión más larga de la cita de Whitehead, señala que John Snow creía que la historia se olvidaría de él. También en eso se equivocaba.

[73] Michael, Chris, «Missing Maps: Nothing Less than a Human Genome Project for Cities», *Guardian*, 6 de octubre de 2014, disponible en: https://www.theguardian.com/cities/2014/oct/06/missing-maps-human-genome-project-unmapped-cities.

ORÍGENES

03

Roma

¿Cómo se orientaban
en la antigua Roma?

Los romanos nos legaron los acueductos, los baños, la calefacción radiante y las calzadas. Pero probablemente no nos legaron los nombres de las calles. Las arterias principales de la ciudad solían ostentar el nombre de su constructor (la Vía Apia, por ejemplo).[74] Aunque nos han llegado varios nombres de calles —como Vicus Unguentarius (calle del Perfume); Vicus Frumentarius (calle del Grano) y, mi favorita, Vicus Sobrius (calle Sobria), donde las ofrendas de leche a Apolo se derramaban por el suelo—, los estudiosos del mundo clásico han llegado a la conclusión de que la mayoría de los casi cien kilómetros de calles de Roma carecían de nombre.[75]

En cambio, por extraño que parezca, las indicaciones romanas se parecen mucho a las que escuché en Virginia Occidental. Una nota en el collar de un esclavo pedía al lector que lo devolviera a una barbería cerca del templo de Flora.[76] Un oficial se refiere a «la calle que sale del callejón del templo de Juno Lucina y lleva hasta el templo de Matuta, y la cuesta […] desde el arco de Jano hasta las cocheras de Porta Stellatina». Un documento legal describe «la calle que está conectada con el foro, uniendo los dos arcos». «Si hay una calle que merezca nombre —escribe el profesor Roger Ling—, sin duda es esta».[77]

Puede que las calles romanas no tuvieran nombre, pero los romanos tenían muchos nombres para denominar una calle. Ahora tenemos avenidas y bulevares, callejones y pasajes, pero no sé muy bien cuál es la diferencia, si es que hay alguna. En una ciudad media de Estados Unidos, ¿en qué se diferencia *road* de *street*, si ambas significan «calle»? Pero en latín existe un fabuloso y fértil vocabulario, mucho más específico. Un *pons* —o puente — sirve para cruzar por encima del agua, sí, pero el arqueólogo Alan Kaiser señala que también era una ubicación idónea para mendigar, pescar y realizar ceremonias religiosas. Un *forum* era un espacio abierto ideal para llevar a cabo juicios, elecciones, campañas políticas, transacciones bancarias y actuaciones callejeras. Un *gradus* era un tramo de escaleras perfecto para exponer el cadáver de un criminal ajusticiado. Un *angiportum* era un callejón al que daban la parte trasera de las casas y, según sugiere Kaiser, habría sido el lugar perfecto para abandonar un bebé o cometer un asesinato, por poner dos ejemplos.[78]

Las prostitutas trabajaban en las *viae*, pero las más maduras o las de clase baja también acababan en los *angiporta.* Cuando Catulo, el famoso y procaz poeta del siglo I escribía de su amante que ahora se paseaba por los *angiporta*, Kaiser señala que estaría «sugiriendo que no solo se comportaba como una prostituta, sino como una puta vieja de baja estofa».[79] Y no es casualidad que «fornicación» proceda de *fornix*, que en latín significa «arco». Incluso sin nombre para distinguirlos siempre, era útil diferenciar entre *viae* y *fora*.

Las ciudades de provincias romanas son conocidas por su forma de cuadrícula, pero, como menciona Claire Holleran, el trazado de gran parte de la superficie de Roma era más orgánico, con un batiburrillo de callejones, pasadizos y calles, algunas tan estrechas que los vecinos de las fachadas opuestas podían darse la mano.[80] Las clases privilegiadas vivían en villas enormes, pero la mayoría de los romanos vivían en apartamentos donde apenas cabía un catre. A causa del riesgo de incendio, cocinar dentro

de la casa estaba penalizado con latigazos; por eso las clases trabajadoras casi siempre cenaban fuera, en los puestos callejeros probablemente. La gente corriente tenía que usar la calle como cocina, salón, oficina y, a menudo, baño y basurero también.[81] La antigua Roma no estaba distribuida por zonas: los comercios, las viviendas, los jardines y los talleres convivían puerta con puerta.

Por eso, para muchos romanos, la función de las calles iba más allá de la circulación (había calles cerradas al tráfico, de modo que ahí se circulaba poco). Aun así, en su momento álgido, Roma contaba con un millón de habitantes, la mayoría vivía en un radio de poco más de tres kilómetros del centro.[82] Tenían que orientarse de alguna manera. Pero ¿cómo?

En septiembre de 1952, Kevin Lynch, profesor de Urbanismo del MIT, recibió una beca para ir a Europa. Le interesaba una cuestión: ¿qué hace que algunas ciudades sean placenteras? En Florencia deambuló sin destino, intentando leer el paisaje urbano con la mirada. Trazó borradores de mapas y anotó aspectos atrayentes de la ciudad: el Duomo, visible desde tantos puntos de la ciudad, las *piazze*, las colinas que la rodeaban, la línea que traza el río Arno. Florencia podía ser confusa, pero había tantos monumentos, tantas calles y tantos puntos de referencia que, aunque fueras sin mapa, te hacías una idea de la ciudad. Resultaba coherente. Y por eso te sentías bien estando allí. «Pero parece haber un placer simple y automático, un sentimiento de satisfacción, de presencia y corrección que surge de la simple vista de la ciudad o de la oportunidad de salir a dar unas vueltas por sus calles».[83]

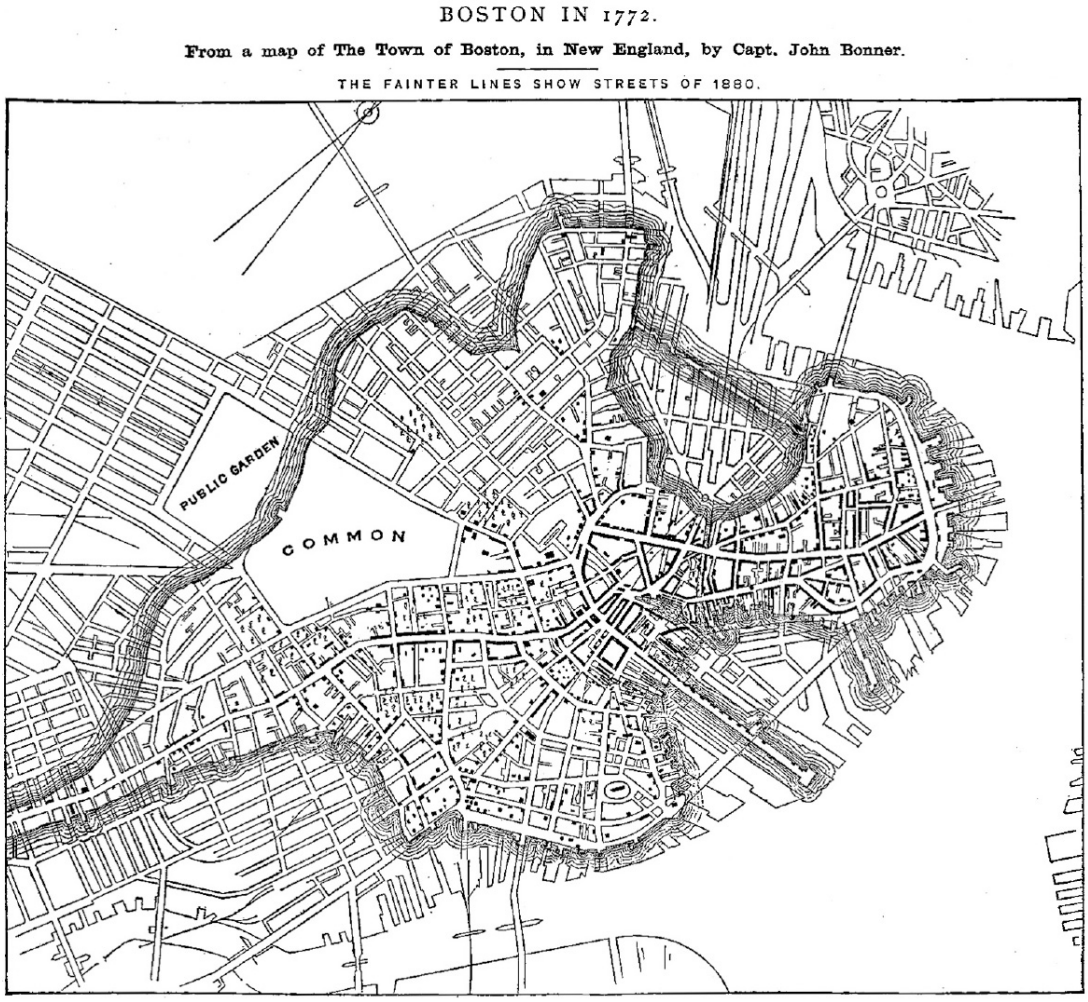
Lynch definía las ciudades como Florencia «imaginables» o «legibles». Para que una ciudad fuera legible, escribió Lynch en *La imagen de la ciudad*, parecería «bien formada, nítida, notable; incitaría a los ojos y los oídos a una atención y una participación mayores».[84] Es difícil perderse del todo en los lugares imaginables. Piensa en Hansel y Gretel. Perdidos en el bosque, donde todos los árboles parecen iguales, estaban completamente

perdidos sin su rastro de migajas de pan. Pero si los árboles fueran de colores y tamaños diferentes, si los hermanos hubieran pasado por un arroyo, los restos de una hoguera o la presa de un castor, quizá no hubieran necesitado las migajas para encontrar la salida, podrían haberse orientado siguiendo los hitos más reseñables. En cambio, la frondosidad ininterrumpida de los árboles no dejaba ninguna impresión, no dejaba rastro en la mente, por eso se perdieron. Y perderse, con la posible sensación de ansiedad y terror que conlleva, «nos revela hasta qué punto está vinculado con el sentido de equilibrio y el bienestar».[85]

Pero no todas las ciudades pueden ser Florencia. Por eso Lynch envió voluntarios a otras tres ciudades —Boston, Jersey City y Los Ángeles— para estudiar cómo veía su ciudad la gente corriente. Los entrevistadores preguntaron a los residentes, que describían aspectos reseñables de sus calles y dibujaban sus mapas mentales. En Boston, Lynch caminó por las calles con los voluntarios. «Estamos en la esquina del cruce de las calles Berkeley y Boylston en Boston —escribiría después—, con un grupo heterogéneo de unos veintisiete observadores, jóvenes y mayores, hombres y mujeres, algunos desconocidos, otros han pasado por esta misma esquina a diario durante años». Lynch les pidió que pasearan por la ciudad y le describiesen lo que veían y lo que olían y que «describieran las cosas que estimulaban su espíritu».[86]

Los voluntarios de Boston elaboraron mapas consistentes: la estructurada arquitectura patricia de Beacon Hill, la cúpula dorada de la Casa del Estado, el extenso río Charles, la extensión verde del parque Common y la mezcla de arquitectura colonial y moderna causaban una fuerte impresión. «Boston es una ciudad de barrios característicos y en casi todas las partes de la zona central se sabe dónde se está sencillamente por el carácter general de la zona circundante».[87] No siempre es fácil, claro, llegar de un punto a otro de la ciudad en línea recta («Decimos que las vacas trazaron Boston —escribió Ralph Waldo Emerson en 1860—. Pues hay topógrafos peores»).

[88] Pero al menos es posible comprender cómo se conectan las distintas zonas de la ciudad de una forma coherente.



El trazado de las calles de Boston en 1772.

Jersey City, por el contrario, era tan aburrida que los voluntarios no podían dibujar gran cosa en sus mapas, salvo quizá la espectacular vista de los rascacielos de Nueva York. Cuando preguntaron a los residentes de Jersey City qué les parecía especial de su ciudad, una pregunta que los bostonianos habían contestado con todo detalle, no se les ocurría nada. Una vecina dijo: «Esto es realmente una de las cosas más lamentables de Jersey City. No hay

nada que incite a decir, cuando llega alguien de un lugar distante: “¡Ah! Quiero que vea esto, que es tan hermoso”».[89]

Los entrevistados en Los Ángeles describían su ciudad como «desparramada», «espaciosa», «informe» y «sin centros». «Es como si uno fuera a un lugar durante un largo tiempo —declaró un entrevistado— y cuando se llega allí, se descubre que, después de todo, allí no hay nada».[90]

A través de su investigación, Lynch buscaba un nuevo vocabulario para describir las ciudades. Por fin, extrajo cinco componentes que conformaban la imagen mental de una ciudad en un observador: sendas, bordes, barrios, nodos e hitos. Es decir que, cuando caminamos por la ciudad, dibujamos nuestros mapas mentales con sendas (las calles, las vías de tránsito), nudos (una intersección o un cruce), bordes (un río, una vía férrea), hitos (un puesto de tacos, una montaña lejana) y barrios (Soho, el centro). «A pesar de que subsisten algunos enigmas —escribió Lynch—, ahora parece ya improbable que haya algún “instinto” mágico para dar con el camino. Más bien hay un uso y una organización coherentes de claves sensoriales precisas que proceden del medio exterior».[91]

Quienes investigan la época clásica han utilizado el vocabulario de Lynch para comprender la antigua Roma. Como cualquier otra ciudad, Roma cambió drásticamente a lo largo de su historia, pero estas sendas, nodos, bordes e hitos permanecieron inamovibles: las murallas de la ciudad, los arcos, los cruces y los *fora*; las fuentes y los gimnasios; las colinas y el río. También los barrios eran distintivos.[92] En todos los *vici*, posiblemente el equivalente latino a «barrio», había un cruce con un altar a dos deidades, los lares. Cada *vicus* tenía su policía y sus servicios de extinción de incendios y una especie de centro comunitario para el barrio. La gente adoraba sus *vici*, había vecinos que incluso grababan el nombre de su barrio en su sarcófago.[93]

Nada era casual; en Roma todo parecía tener un significado; la investigadora Diane Favro señala: «Los edificios eran herramientas para el

enaltecimiento personal, la competencia política y la glorificación del Estado».[94] Esto era válido para otras áreas del mundo antiguo. El narrador Aquiles Tacio describió cómo se había sentido sobrecogido al caminar por Alejandría: «Exploré cada calle —escribió— y, al fin, mi vista insatisfecha exclamó extenuada: “Ah, mis ojos han caído rendidos”».[95]

Pero Roma no solo era «imaginable», por emplear el término de Kevin Lynch, también era sinestésica. La vida en Roma era un embate a los sentidos. En las ruinas antiguas reina el silencio, el tiempo ha blanqueado las estructuras, tanto que olvidamos que las esculturas estuvieron en su día pintadas de colores llamativos y que la multitud tomaba las calles.[96] Cuando visité Pompeya, la ciudad clásica sellada bajo la ceniza volcánica, me di cuenta de que la atmósfera invitaba al silencio, como si camináse mos por un cementerio. En cierto modo, así era. Pero en su día también Pompeya rebosaba de vida, habitada por gente con emociones, apetitos, pesares. Nos olvidamos de que hubo vida dentro de cada tumba, aunque ahora solo veamos la muerte.

Y Roma también estuvo llena de vida. Imagínate a los artistas callejeros, los malabaristas, los tragasables, los jugadores tirando los dados en tableros tallados en escalones, los mayores descansando en los bancos, los vendedores anunciando su mercancía en los mercados. Y muchos animales: cerdos hocicando en la basura, cabras listas para el sacrificio y manadas de perros medio salvajes.

Para orientarte, podías seguir tu nariz. Primero, los malos olores: los excrementos arrojados a las aceras, la orina de las fuentes, los cuerpos apestosos, los mercados de pescado, el estiércol, la carcasa y los intestinos de los animales pudriéndose en las calles. Pero seguro que habría también olores agradables: perfume hecho a base de sebo empapado en pétalos y hierbas, hogazas de pan recién hechas, bastones de incienso y un cuarto de carne asada al fuego. El olor de los cuerpos recién embadurnados de aceite te conduciría a un baño público.[97]

O podrías orientarte de oído. Roma era una sinfonía de sonidos. Los gritos de los vendedores callejeros, los niños jugando a gladiadores, parejas divirtiéndose, el chisporroteo del fuego, el estruendo de la fragua, los esclavos cargando con sus amos en palanquines sobre la multitud, un adivino anunciando profecías…[98] Todos te servirían para guiarte por la ciudad. No habría dónde esconderse del ruido, ni siquiera en tu propia casa. Séneca, el filósofo estoico, describe el ruido de los baños públicos sobre sus habitaciones, como los gritos de un cliente al que intentan depilar con pinzas los sobacos[99] («Para el rico solo gozar del sueño queda», se quejaba el poeta satírico Juvenal sobre la Roma del siglo II).[100] Eleanor Betts imagina un mapa multisensorial para «una calurosa tarde de verano, cuando los sonidos de los juegos (las voces, los dados, el movimiento de las fichas), el hedor de la Cloaca Máxima, el olor salobre del sudor y el zumbido de los insectos ubican al caminante en una esquina de la Basilica Iulia en dirección al Vicus Tuscus».[101]

Así, los mapas multisensoriales serían los únicos mapas que conocerían muchos romanos. «Para la mayoría de los romanos sería inconcebible usar un mapa, primero porque no podrían permitírselo, segundo, de poder permitírselo, lo más probable es que no lo comprendieran», apunta Simon Malmberg, que ha aplicado las ideas de Lynch a la antigua Roma. «Su mapa mental —añade— estaba en las calles donde crecieron».[102]

Pero ¿qué son exactamente los «mapas mentales»? ¿Qué sucede en nuestro cerebro cuando los utilizamos? En la década de 1970, el científico John O’Keefe no buscaba mapas cuando los halló, enterrados en el cerebro. En realidad, investigaba cómo el cerebro crea y da forma a los recuerdos. Los científicos no sabían mucho de la memoria. «Cuando se activa una representación, por ejemplo, cuando se evoca un recuerdo, ¿qué hacen las neuronas?», se pregunta la neurocientífica Kate Jeffery, que estudia en un laboratorio los mapas cognitivos apenas a unos pasos de distancia del de O’Keefe en el barrio de Bloomsbury, en Londres. «El cerebro no es más

que un montón de carne y sangre y, aun así, nuestros recuerdos parecen películas que se reproducen con gran viveza y dinamismo. Lo cierto es que no ponemos peliculitas en el cerebro cuando necesitamos pensar o recordar algo, ¿cómo funciona entonces y en qué parte del cerebro se produce ese proceso?».[103] Encontrar la respuesta, explicó, se había convertido en el santo grial de la neurociencia.

La comunidad científica había especulado con la hipótesis de que la memoria estaban relacionada con el hipocampo, una pieza de tejido cerebral en forma de caballito de mar (los seres humanos tenemos dos). En un artículo de 1957, el neurocirujano William Beecher Scoville y la psicóloga Brenda Milner escribieron sobre el caso del paciente H. M., del hospital de Hartford, en Connecticut, que sufría fuertes ataques de epilepsia. Scoville llevó a cabo una cirugía cerebral experimental para curar la epilepsia, extrayendo partes del hipocampo de H. M. junto con otros fragmentos del cerebro. Los ataques cesaron, pero H. M. desarrolló una amnesia severa, solo se acordaba de su infancia, pero nada más.[104] Cada día, era «como despertar de un sueño», aislado de los demás. Scoville y Milner sugerían que la amnesia había sido provocada por el daño en el hipocampo.[105]

O’Keefe decidió poner a prueba la hipótesis de Scoville y Milner intentando captar cada disparo neuronal del hipocampo. Primero, O’Keefe y su estudiante, Jonathan Dostrovsky, implantaron unos diminutos electrodos en el cerebro de unas ratas. Luego, observaron a una rata normal mientras deambulaba y escucharon los sonidos eléctricos del hipocampo de la rata. Así descubrieron cómo había algunas neuronas —las llamaron «células de lugar»— que solo se disparaban cuando una rata estaba en un lugar determinado. O’Keefe había descubierto la «neurona de lugar». Los humanos también la tenemos.

Otros neurocientíficos hallaron distintos tipos de células que nos ayudan a orientarnos sin necesidad de señalización. James D. Ranck descubrió las «células de dirección de la cabeza» cuando demostró que algunas células

solo se disparaban cuando la cabeza de una rata apuntaba en una dirección concreta. May-Britt Moser y Edvard I. Moser (dos científicos noruegos con los que O'Keefe compartió en 2014 el Premio Nobel en Fisiología y Medicina) descubrieron las «células de red», que forman coordenadas de localización en nuestro cerebro. Cada persona lleva incorporado su propio GPS.

El neurofísico Mayank Mehta me contó por correo electrónico cómo había llevado a cabo junto a sus compañeros de la UCLA un experimento de realidad virtual con ratas que había costado medio millón de dólares. Las ratas llevaban una especie de chalequitos y navegaban en un entorno real y en otro mundo idéntico virtual, donde los estímulos no visuales no afectaban su conducta. Las ratas fueron capaces de orientarse bien por ambos entornos. Pero, sorprendentemente, cuando las ratas deambulaban por el mundo de realidad virtual, el 60 por ciento de las neuronas del hipocampo dejaban de funcionar. Es más, el 40 por ciento de neuronas restantes estaban activas pero parecían disparar «completamente al azar» y su mapa mental del espacio desaparecía.

¿Usaban los antiguos romanos —en sus entornos ruidosos, apestosos, vívidos y sin direcciones— más partes del cerebro que nosotros? Es difícil saberlo. Pero se ha probado que nuestro hipocampo sufre con la nueva tecnología digital. La neurocientífica Eleanor Maguire descubrió que los taxistas londinenses que han memorizado el trazado de veinticinco mil calles conocido como «el Saber» desarrollaron más materia gris en sus hipocampos. Algunos estudios apuntan a que a las generaciones con GPS nos podría estar pasando lo contrario. En Londres, la gente que desanda las calles que ya ha recorrido previamente no pone en marcha el sistema de navegación del cerebro cuando sigue las instrucciones de un GPS.[106] «Si piensas en el cerebro como un músculo, hay algunas actividades, como aprenderse el callejero de Londres, que equivalen a levantar pesas —dijo uno de los principales autores del artículo, Hugo Spiers—, y a partir de

nuestros hallazgos podemos afirmar que no ejercitamos estas partes del cerebro cuando utilizamos un navegador».[107]

Que nuestro hipocampo no esté en forma daría igual si la orientación solo tuviera que ver con ir a un lugar determinado; al fin y al cabo, los sistemas de GPS han venido para quedarse. Pero el hipocampo es más que un navegador. Cada vez hay más indicios de que O'Keefe, que fue el primero en buscar depósitos de memoria en el hipocampo, acertó al buscarlos ahí. «Por algún motivo —señala Jeffery—, hace mucho que la naturaleza decidió que un mapa es una forma muy eficaz para organizar las experiencias vitales».[108] Los lugares y los recuerdos están muy conectados. Piensa en la típica escena de comida romántica donde la parte abandonada regresa a los lugares donde tuvo lugar el cortejo: comimos espaguetis en esa mesa; se nos derramó el cóctel en ese sofá; mi vestido de dama de honor se rasgó en ese banco. «Quizá nos parezca una chorrada cuando oímos a una persona decir que "se ha encontrado a sí misma" —explica Nicholas Carr en su libro *Atrapados*—, pero esa expresión, aunque resulte presuntuosa y manida, muestra que nuestro sentido de "lo que somos" está muy ligado a "donde estamos"».[109]

Los romanos comprendieron esta relación entre el recuerdo y los lugares mucho antes de que los científicos modernos comenzaran a investigarla. En *De oratore*, un diálogo sobre el arte de la oratoria, Cicerón se refería a la «técnica de los *loci*»: cuando memorices un discurso, imagina que paseas por un edificio conocido y asigna distintas partes del discurso a ubicaciones diferentes en ese paseo imaginario. La primera frase de tu discurso quizá pertenezca a un perchero, la anécdota de tu infancia al armario de la entrada. «Para recordar el texto —comenta Diane Favro—, un orador se imaginaría paseando por un entorno mental recreado en su mente y "leería" el contenido de las imágenes».[110] Los hombres romanos de las clases altas se habrían educado así en retórica, lo que Favro ha llamado «entrenamiento específico en la lectura del entorno físico».[111] Miles de años antes de que

las células de lugar fueran descubiertas, en la antigua Roma se sabía instintivamente que los espacios característicos visualmente y la memoria estaban íntimamente relacionados.

Lynch admitía la dificultad de diseñar una ciudad imaginable. Quizá las grandes ciudades ni siquiera puedan ser diseñadas: quizá tienen que nacer y crecer, como un niño. «Un medio urbano bello y deleitable es una rareza, y algunos dirían incluso que es un imposible».[112] Pocas ciudades de Estados Unidos se preciaban de tener una calidad así. «No pueden tener una clara noción de qué puede representar un escenario como deleite cotidiano, como ancla permanente de sus vidas o como acrecentamiento del sentido y la riqueza del mundo».[113]

La antigua Roma era caótica, pero era un caos que los romanos entendían y quizá amaran, a pesar de las quejas de los autores clásicos sobre la vorágine y la porquería. Lo que no quiere decir que los romanos de a pie no se enfrentaran a los mismos problemas que yo para orientarme sin direcciones en Virginia Occidental. Ser capaz de evocar un buen mapa mental de una ciudad no es lo mismo que encontrar a alguien en concreto. Terencio, el dramaturgo cómico, una especie de Jerry Seinfeld de su tiempo, era un astuto observador de los absurdos de la vida cotidiana. He aquí una conversación entre dos hombres que se dan indicaciones extraída de su farsa *Los hermanos:*

SIRO.— ¿Sabes el pórtico junto al mercado según se baja?
DÉMEAS.— ¿Cómo no voy a saberlo?
SIRO.— Déjalo atrás siguiendo todo recto calle arriba. Cuando llegues, allí hay una cuesta que tira hacia abajo. Baja por ahí; luego a esta mano hay un templo pequeño y allí al lado hay un callejón.
DÉMEAS.— ¿Cuál?
SIRO.— Allí donde también hay un cabrahígo enorme.
DÉMEAS.— Lo conozco.
SIRO.— Sigue por ahí.
DÉMEAS.— Pero ¡si ese callejón no tiene salida!

SIRO.— ¡Por Hércules, es verdad! ¡Vaya! Me he equivocado. Vuelve otra vez al pórtico. De hecho, por allí vas a ir mucho más directamente y darás menos vuelta. ¿Sabes la casa de Cratino el rico?

DÉMEAS.— Sí.

SIRO.— Cuando la hayas dejado atrás, a mano izquierda siguiendo todo recto la calle, al llegar al templo de Diana, tira a la derecha. Antes de llegar a la puerta de la muralla, junto al abrevadero hay una panadería pequeña y enfrente un taller. Allí está. [114]

No hace falta una frase ingeniosa al final. El público se ríe porque es cierto. Higueras, templos, cuestas, puertas, panaderías, talleres…, ¡qué maravilla! La antigua Roma fue una ciudad que habría enamorado a Kevin Lynch.

---

[74] Kaiser, Alan, *Roman Urban Street Networks: Streets and the Organization of Space in Four Cities*, Nueva York: Routledge, 2011, pp. 100-105.

[75] Hartnett, Jeremy, *The Roman Street: Urban Life and Society in Pompeii, Herculaneum, and Rome*, Nueva York: Cambridge University Press, 2017, p. 33.

[76] Holleran, Claire, «The Street Life of Ancient Rome», en *Rome, Ostia, Pompeii: Movement and Space*, ed. de Roy Lawrence y David J. Newsome, Oxford: Oxford University Press, 2011, p. 247.

[77] Ling, Roger, «A Stranger in Town: Finding the Way in an Ancient City», *Greece & Rome* 37, n.º 2 (octubre de 1990), pp. 204-214, disponible en: DOI:10.1017/S0017383500028965.

[78] Todos estos ejemplos están tomados del espléndido libro de Alan Kaiser *Roman Urban Street Networks*, pp. 36-46.

[79] *Ibid*., p. 40.

[80] Holleran, Claire, «The Street Life of Ancient Rome», en *Rome, Ostia, Pompeii: Movement and Space*, ed. de Roy Lawrence y David J. Newsome, Oxford: Oxford University Press, 2011, pp. 246-247.

[81] *Ibid.*, p. 247.

[82] *Ibid.*, capítulo 11.

[83] Lynch, Kevin, *La imagen de la ciudad*, Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 2008, trad. de Enrique Luis Revol, p. 114.

[84] *Ibid.*, p. 20.

[85] *Ibid.*, p. 12.

[86] Ellis, Henry, «Revisiting *The Image of the City*: The Intellectual History and Legacy of Kevin Lynch's Urban Vision», tesis de licenciatura, Wesleyan, 2010, p. 102.

[87] Lynch, *La imagen de la ciudad*, p. 33.

[88] Baker, Matthew Reed, «One Question: Are Boston's Streets Really Paved over Cow Paths?», *Boston Magazine*, 6 de marzo de 2018, disponible en:

https://www.bostonmagazine.com/news/2018/03/06/boston-streets-cow-paths.

[89] Lynch, *La imagen de la ciudad*, p. 41.

[90] *Ibid.*, p. 53.

[91] *Ibid.*, p. 12.

[92] Malmberg, Simon, «Finding Your Way in the Subura», *Theoretical Roman Archaeology Journal* (2008), pp. 39-51, disponible en: DOI:10.16995/TRAC2008_39_51.

[93] Malmberg, Simon, «Navigating the Urban Via Tiburtina», en *Via Tiburtina: Space, Movement and Artefacts in the Urban Landscape*, ed. de H. Bjur y B. Santillo Frizell, Roma: Swedish Institute in Rome, 2009, pp. 67-68.

[94] Favro, Diane G., *The Urban Image of Augustan Rome*, Nueva York: Cambridge University Press, 1996, p. 10.

[95] Kaiser, Alan, *Roman Urban Street Networks: Streets and the Organization of Space in Four Cities*, Nueva York: Routledge, 2011, p. 8.

[96] Talbot, Margaret, «The Myth of Whiteness in Classical Sculpture», *The New Yorker*, 22 de octubre de 2018, disponible en: https://www.newyorker.com/magazine/2018/10/29/the-myth-of-whiteness-in-classical-sculpture.

[97] Betts, Eleanor, «Towards a Multisensory Experience of Movement in the City of Rome», en *Rome, Ostia, Pompeii*, p. 123, disponible en: https://www.oxfordscholarship.com/view/10.1093/acprof:osobl/9780199583126.001.0001/acprof-9780199583126-chapter-5.

[98] Malmberg, «Navigating the Urban Via Tiburtina», p. 66.

[99] *Ibid.*, p. 66.

[100] Juvenal, sátira 3, en *Sátiras de Juvenal y Persio*, Madrid: Librería de la Viuda de Hernando, 1892, trad. de Francisco Díaz Carmona y José M. Vigil, disponible en: https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=uc1.$b311116&view=1up&seq=13&q1=dormir%20en%20roma.

[101] Betts, «Towards a Multisensory Experience of Movement in the City of Rome», p. 121.

[102] Malmberg, «Navigating the Urban Via Tiburtina», p. 62.

[103] Jeffery, Kate, «Maps in the Head: How Animals Navigate Their Way Around Provides Clues to How the Brain Forms, Stores and Retrieves Memories», *Aeon*, disponible en: https://aeon.co/essays/how-cognitive-maps-help-animals-navigatethe-world.

[104] Scoville, William Beecher y Brenda Milner, «Loss of Recent Memory after Bilateral Hippocampal Lesions», *Journal of Neurology, Neurosurgery & Psychiatry* 20, n.º 1 (febrero de 1957), pp. 11-21.

[105] Squire, Larry R., «The Legacy of Patient H.M. for Neuroscience», *Neuron* 61, n.º 1 (enero de 2009), pp. 6-9, disponible en: DOI:10.1016/j.neuron.2008.12.023.

[106] Javadi, Amir-Homayoun, Beatrix Emo *et al.*, «Hippocampal and prefrontal processing of network topology to simulate the future», *Nature Communications* 8 (marzo de 2017), disponible en: https://www.nature.com/articles/ncomms14652.

[107] Costandi, Mo, «The Brain Takes a Guided Tour of London», *Scientific American,* 21 de marzo de 2017, disponible en: https://www.scientificamerican.com/article/the-brain-takes-a-guided-tour-of-london/.

[108] Jeffery, Kate, «How Cognitive Maps Help Animals Navigate the World», *Aeon,* 25 de enero de 2017, disponible en: https://aeon.co/essays/how-cognitive-mapshelp-animals-navigate-the-world.

[109] Carr, Nicholas, *The Glass Cage: Automation and Us*, Nueva York: Norton, 2014, p. 132 [trad. cast.: *Atrapados*, Madrid: Taurus, 2014, trad. de Pedro Cifuentes].

[110] Favro, *The Urban Image of Augustan Rome*, p. 10.

[111] *Ibid.*, p. 7.

[112] Lynch, *La imagen de la ciudad*, p. 10.

[113] *Ibid.*, pp. 10-11.

[114] Terencio, *Obras. La Andriana - El Atormentado - El Eunuco - Formión - La Suegra - Los Hermanos*, Editorial Gredos-RBA, 2019, trad. de Gonzalo Fontana Elboj, p. 580.

04

Londres

¿De dónde proceden
los nombres de las calles?

Nigel Baker es un arqueólogo que ejerce por cuenta propia y a veces también trabaja en la Universidad de Birmingham, en los Midlands de Inglaterra. Últimamente se dedica a asesorar acerca de edificios históricos y a organizar excavaciones y rutas arqueológicas guiadas por el río Severn en canoa. Pero a finales de la década de 1980 pasaba mucho tiempo en el bar de personal de la universidad. «La mayoría del personal optaba por el comedor de la planta superior —me dijo—, pero había un grupito de habituales que preferíamos tomarnos un sándwich y una pinta de almuerzo». El bar lo ofrecía, era un lugar «un poco cutre y deslucido, con decoración setentera en verde lima, no era un sitio que los catedráticos frecuentaran».

El joven Baker había entrado en la universidad como investigador para trabajar en un proyecto sobre las ciudades medievales inglesas y la Iglesia. Poco después de llegar trabó amistad con el historiador Richard Holt, que también disfrutaba del ambiente distendido del bar cutre. «Un día, mirando por encima del hombro de Richard mientras buscaba en la lista de archivos de su ordenador Amstrad —me dijo Baker—, vi que tenía una carpeta llamada “Muerte y otras mierdas” con la que quedé muy impresionado». La

carpeta incluía información que hoy día, dijo Baker, se describiría como «historia del horror»: «información sobre la peste, la polución, accidentes terribles». Baker y Holt eran espíritus afines.

Tomándose una pinta, comenzaron a hablar de la ciudad natal de Baker, Shrewsbury, una ciudad medieval al oeste de Inglaterra rica en edificios Tudor de los siglos XV y XVI. Era el tipo de calles adoquinadas y casas de madera que resultan pintorescas a los turistas estadounidenses (también es un enclave histórico donde un arqueólogo autónomo puede ganarse la vida). Holt mencionó Grope Lane, en el centro de la ciudad, y Baker quedó muy sorprendido cuando descubrió que Grope Lane (literalmente, «calleja de Toca»), antes era Gropecunt Lane («calleja de Tocacoño»). Quedó aún más sorprendido de que no fuera la única calleja de Tocacoño de Inglaterra.

Los nombres de las calles no entraban en los intereses académicos de Baker («La verdad es que solo soy un aficionado de las Gropecunt Lane», me dijo). Pero no podía dejar de pensar en el proyecto Gropecunt Lane mientras trabajaba e investigaba. Pronto, Baker y Holt comenzaron a bucear en mapas y atlas antiguos en busca de otras calles que compartieran el mismo nombre (a veces escritas como «Gropekunt» o «Gropekunte») por todo el país. Encontraron más de una docena.[115]

Los nombres primitivos de las calles eran prácticos. En la Inglaterra medieval, poco a poco, las calles fueron tomando los nombres de un árbol o un río cercano, la granja al final del camino, la posada de la esquina. Los nombres podían ser el reflejo de lo que allí pasaba —por ejemplo, Gropecunt Lane—, pero también de lo que podías encontrar allí: el carnicero, el herrero, el mercado. Otras calles recibían el nombre del lugar adonde conducían; por ejemplo, London Road, para llegar a Londres. Los nombres de las calles se volvieron oficiales mucho después de que estos aparecieran y comenzara a usarse señalización. No es de extrañar que nombres tan sosos como Church Street (calle de la Iglesia), Mill Lane

(calleja del Molino) y Station Road (camino de la Estación) sigan siendo algunos de los nombres más comunes en el callejero inglés.

Sin embargo, gracias a esta práctica tan poco sistemática hemos heredado también los nombres más melodiosos. Leer los nombres de las calles de las ciudades y pueblos ingleses equivale a un delicioso viaje en el tiempo. En Londres, nombres como Honey Lane (calleja de la Miel), Bread Street (calle del Pan) y Poultry (Pollería) traen a la memoria los mercados que en su día se irguieron allí. Fish Street Hill (cuesta del Pez), donde en su día hubo un mercado de pescado, se llamaba antes New Fish Market (Nuevo Mercado del Pescado) para evitar la confusión con Old Fish Street (calle Vieja del Pez), la ubicación de otro mercado.[116] Pudding Lane (calleja del Pudin), donde comenzó el Gran Incendio de Londres en 1666, posiblemente se refiriese no a la versión dulce del pudin, sino a un plato de casquería, el pudin de menudillos.[117]

Los nombres le indicaban al visitante dónde había una ferretería (Frying Pan Alley o «callejón de la Sartén») o una mercería (Haberdasher Street, literalmente, «calle de la Mercería»). Según la leyenda, Amen Corner (esquina del Amén) señalaba el punto donde los sacerdotes que procesionaban alrededor de la catedral de San Pablo decían amén al terminar el padrenuestro.[118] Los nombres también revelaban la galantería medieval. Knightrider Street (calle del Caballero), en el centro de Londres, señalaría el lugar donde los caballeros se cruzaban de camino a las justas.[119] Birdcage Walk (paseo de la Jaula) albergaba la casa de fieras real y los caballeros del rey practicaban tiro con arco y mosquete en Artillery Lane (calleja de la Artillería) (si no sucedía nada de importancia en esa calle, el nombre podía reflejar esa nada también, como Whip-Ma-Whop-Ma-Gate en York, que significa «puerta de “Ni una Cosa ni la Otra”»).[120] Seven Sisters Road (camino de las Siete Hermanas), justo a una manzana y media de mi casa, está ahora plagada de casas de empeños, puestos de periódicos y de

pollo frito. Pero si entorno los ojos, casi veo el círculo de siete olmos, ya desaparecido, que le dio a la calle su precioso nombre.

Cuando Baker y Holt entornaron los ojos, descubrieron que la historia de Gropecunt Lane contradecía las teorías sobre la prostitución en la Inglaterra medieval. Según se creía hasta entonces, la prostitución se ejercía extramuros. En Londres, en 1310, las prostitutas fueron formalmente expulsadas a las afueras de la ciudad. Pero las callejas de Tocacoño desafían esta versión de la historia sexual de Inglaterra. Para su sorpresa, Baker y Holt comprobaron que las callejas de Tocacoño nunca estaban en los suburbios; de hecho, estaban siempre céntricas, próximas a los mercados principales. Como afirmaba el historiador inglés Derek Keene flemáticamente: «Es posible que en las tiendas se acordasen o impusiesen encuentros secretos que se consumaban en las proximidades».[121] El nombre de Gropecunt Lane no era únicamente descriptivo, también era informativo. Las calles a menudo servían a las necesidades de los forasteros: campesinos y granjeros en las ciudades con mercado, marineros en las portuarias y sacerdotes en las episcopales. Por eso su enclave céntrico cobra sentido. No hace falta un guía cuando tienes una calle que se llama Tocacoño.

Los británicos a menudo celebran los nombres groseros de sus calles, aunque para entender la grosería hacen falta los conocimientos de esta materia de un chaval. Para ser una nación de gente que se considera recatada, impresiona su variedad de términos malsonantes. En 2016, la Oficina Nacional de Comunicaciones, una agencia del Gobierno que regula el lenguaje ofensivo en la radio y la televisión, publicó los resultados de una encuesta en la que preguntaban a los ciudadanos británicos qué palabras consideraban más ofensivas.[122] El estudio solo confirmó que el inglés americano y el británico son dos idiomas diferentes. Apenas podía entender por qué muchas se consideraban palabrotas, desde la menos insultante (¿«cretino»?) a la medianamente ofensiva (¿quién dice «titi» y «feto» y por

qué están al mismo nivel de ordinariez que «tetas»?).[123] Pero entendía por qué los turistas daban un rodeo para hacerse una foto delante de las placas de Cracknuts Lane (calleja del Cascanueces), St. Gregory's Back Alley (callejón Trasero de San Gregorio), Slutshole Road (camino del Hoyolasputas) y Cockshut Lane (calleja de Pollacerrada). Un vecino de Oxford se quejaba de que le resultaba muy incómodo contestar cuando estaba con «personalidades oficiales» y le preguntaban: «Por cierto, ¿dónde vive?». ¿Qué decía?: «En Crotch Crescent (la cuesta del Escroto)».[124]

Pero, a diferencia de Gropecunt Lane, la mayor parte de los nombres vulgares de las calles de Inglaterra solo son groseros por casualidad. Rob Bailey y Ed Hurst, en su libro *Rude Britain* (Malhablada Gran Bretaña), un filón de topónimos guarros, argumentan que Butthole Road (camino del Ojete) se llamaba así por un aljibe o *water butt*, y que Booty Lane (calleja del Trasero) se referiría a que en aquel lugar habría fabricantes de botas, a un botín vikingo o a la familia Booty. East Breast Street (calle del Pecho Izquierdo) probablemente haga referencia a la forma de una colina, y Backside Lane (calle del Trasero) se llama así porque está al final del pueblo. Upperthong Street (calle del Tanga Superior) está en una franja estrecha de terreno. Little Bushey Lane (calleja Peludita) procede del inglés antiguo y significa «cercado junto a un matorral». Cumloden Court (pasaje Cargado de Semen) probablemente proceda del gaélico «estanque que retiene agua».[125] ¿Ass House Lane o calleja de la Casa del Culo? Tengo la misma idea que tú.

Los nombres aburridos y a menudo duplicados generan más problemas a un ayuntamiento que los ridículos. En 1800, Londres era la mayor ciudad del mundo hasta la fecha.[126] La antigua City, acotada por sus murallas romanas, apenas tiene un área de dos kilómetros y medio, pero el Londres moderno comenzó a incorporar en su sucio y tortuoso seno lo que antes eran pueblos bucólicos de las afueras. En la década de 1840, Londres añadió más de trescientos kilómetros de calles a la ciudad.[127]

Londres carecía de un organismo centralizado encargado de asignar nombres a las calles y dejaba esa tarea a los constructores, que no es que tuvieran demasiada imaginación. Como cuenta Judith Flanders, biógrafa del Londres dickensiano: «En 1853, Londres contaba con veinticinco calles llamadas Albert y veinticinco Victoria, treinta y siete King Street y veintisiete Queen Street, veintidós Princess, diecisiete Duke, treinta y cuatro York y veintitrés Gloucester…, y eso sin contar las plazas, plazuelas, pasajes, caminos, callejones y callejuelas con esos mismos nombres».[128]

«¿Es que todos los constructores nombran las calles para honrar a sus esposas, a sus hijos y a sus hijas?», preguntaba con hastío la revista *Spectator* a sus lectores en 1869, unos años después. «¿Acaso hay 35 constructores casados con mujeres llamadas Mary, 13 con hijas llamadas Mary Ann sin e al final? Hay 7 plazas, caminos y calles llamados Emma, 7 que se llaman Ellen, 10 Eliza, 58 Elizabeth —23 de los cuales son Elizabeth Place—, 13 Jane, 53 Ann y así sucesivamente». A eso había que añadir «64 Charles Street, 37 Edward Street, 47 James Street, además de 27 James Place, 24 Frederick Place y 36 Henry Street». Había calles con nombres «de casi todas las frutas y por cada flor que se te ocurra si te paras a pensar cinco minutos». Pero el «*summum* de la imbecilidad» era New Street: había cincuenta y dos calles nuevas.[129]

Los pudorosos victorianos limpiaron los nombres más malsonantes: no quedaron Gropecunt Lane en Inglaterra. Tenía algo de irónico dar nombres respetables a las calles en una ciudad donde la mierda se acumulaba en las riberas del río (las cortinas del Parlamento estaban impregnadas de cal para disimular el hedor). La revista satírica *Punch* dijo basta a las calles John, Peter y Wellington. «Que las calles se llamen por su nombre» o, en otras palabras, «las enfermedades y los problemas que las infectan y las aquejan respectivamente». Sus sugerencias eran incluir los siguientes nombres: calle de la Alcantarilla Rota, calle del Sumidero, venta del Matadero, cuesta del Cementerio, plaza del Tifus, apartamentos Escarlatina, callejón de la Tisis y

pasaje de la Escrófula. Mantengamos estos nombres, defendían, «hasta que esta hedionda capital se drene y se limpie en condiciones, hasta que los cementerios cierren, la atmósfera se desinfecte y la peste y la pestilencia sean expulsadas de sus viviendas».[130]

Los nombres duplicados tenían unas consecuencias desastrosas para el servicio postal. Y en una época en que la mayoría sabía leer, pero la tecnología estaba poco desarrollada, el correo era un medio de comunicación fundamental. En los primeros tiempos del servicio de correos inglés, era el destinatario, no el remitente, quien pagaba el franqueo, a veces a un precio desorbitado para las clases trabajadoras. Los precios variaban según la distancia y la cantidad de hojas de papel de la carta. Incluso los ricos utilizaban un sistema para escribir en horizontal y en vertical en la misma página para ahorrar papel (Jane Austen escribía estas abigarradas cartas). Los pobres a menudo dependían de los viajeros o del boca a boca para enviar noticias.

En estas llegó Rowland Hill. Fue un hombre excéntrico de excéntrica familia, un profesor que contribuyó a fundar una escuela progresista donde los alumnos ponían sus propias reglas, jugaban al críquet y al fútbol en los campos aledaños (algo inusual en esa época) y no tenían que preocuparse de la vara del maestro.[131] Pero, cumplidos los cuarenta, se sentía un fracasado, como relata Duncan Campbell-Smith.[132] Hill siempre quiso estudiar en Cambridge, pero no tenía dinero. Sus sueños de una vida dorada entregada al servicio público se habían desvanecido, a pesar de sus esfuerzos por librar al mundo de la pobreza y el crimen. Tenía varios prototipos patentados en su haber, incluyendo una novedosa imprenta, pero ya tenía una edad y seguía siendo el director del colegio de su familia. Hill era, en palabras de Campbell-Smith, «alguien convencido de que su verdadera vocación le estaba esperando, solo tenía que encontrarla».[133]

Rowland Hill.

De alguna manera, se vio envuelto en la reforma de correos. De pequeño, Hill había comprobado que sus padres entraban en pánico cuando llamaba el cartero y su madre lo enviaba a vender los trapos que había ido guardando para pagar el franqueo.[134] En 1837 puso en circulación el siguiente panfleto: «La reforma de correos. Su importancia y factibilidad» y lo envió al secretario de Hacienda. Hill argumentaba que el precio del franqueo era tan elevado porque había que compensar el esfuerzo de entregar la carta y recaudar el pago y el cartero tenía que acudir a la casa varias veces hasta dar con el destinatario.

Tras analizar pliegos y pliegos de documentos oficiales, Hill descubrió que el fraude y la corrupción reinaban en el servicio postal. Los miembros del Parlamento podían enviar cartas sin coste alguno y los ricos tenían más facilidad para acceder —y abusar— de estos servicios gratuitos. A su

manera, los pobres también burlaban al sistema dibujando un símbolo en el exterior de la carta para que el destinatario solo tuviera que echar un vistazo para comprender el mensaje, sin aceptar la carta ni el precio del franqueo (cuando era pequeña, yo utilizaba un sistema similar para no tener que pagar el depósito de un cuarto de libra en los teléfonos de pago: llamaba a cobro revertido y, en lugar de decir mi nombre cuando sonaba el pitido, decía: «¡Ven a buscarme!»). Pero había pobres que nunca escribían cartas.

El sencillo plan de Hill ofrecía lo que ahora nos parece una solución obvia: una tarifa plana para envíos a cualquier parte del país a pagar por el remitente. William Dockwra, un comerciante, había establecido un sistema postal de tarifa plana en Londres en 1680, donde las cartas podían enviarse dentro de la ciudad por un solo penique.[135] Pero al Gobierno, que tenía el monopolio de correos, le pareció una amenaza y el sistema de Dockwra fue absorbido en el servicio general de correos. Ahora Hill ofrecía una idea de un servicio de correos nacional donde el franqueo de cada carta costase un solo penique, fuese cual fuese su destino.

Hill, como buen profesor, subrayó las ventajas morales e intelectuales del correo barato; según él, Correos estaba llamado a convertirse en «el nuevo protagonista del poderoso motor de la civilización».[136] William Henry Ashurst, un abogado activista, escribió un panfleto en 1838 apoyando la propuesta de Hill. Para los hijos de los pobres, aducía, que tenían que marcharse lejos de casa para trabajar, el coste del franqueo equivalía a «sentenciarlos al destierro».[137] «Si se aprobase una ley que prohibiese que los padres hablaran con sus hijos hasta que pagaran seis peniques al Gobierno —escribió—, la crueldad sería tan evidente que se le pondría fin a este impuesto, una exacción innecesaria, en veinticuatro horas».[138]

Lo que comenzó como una causa económica se había vuelto una causa política. ¿Podía el correo de un penique ayudar a Gran Bretaña a evitar las revoluciones de Francia y Estados Unidos? Catherine Golden, que ha escrito elegantemente sobre el nacimiento del correo de un penique,

menciona que los reformistas postales «reconocían en estas pequeñas medidas progresistas un paliativo al malestar político entre “amos y hombres” sofocando las revueltas políticas, que nunca llegaron a producirse en Inglaterra».[139] A través de conferencias, panfletos y anuncios (uno publicado en el último éxito de Dickens, *Nicholas Nickleby*), el público forzó al recalcitrante Parlamento a aceptar una medida que muchos creyeron que supondría la bancarrota para la nación.[140]

De esta manera, en 1840 nació el correo de un penique y, poco después, Hill inventó el sello postal. El primer día que entró en vigor fue tanta gente a enviar sus cartas que la policía tuvo que custodiar la Oficina General de Correos.[141] «Todas las madres del reino que tienen a sus hijos ganándose el pan lejos de casa apoyan la cabeza en la almohada con un sentimiento de gratitud», escribió el autor de narrativa de viajes Samuel Laing en 1842.[142]

Pero el correo de un penique no era una obra de caridad: Hacienda recaudaba dinero a raudales. El Royal Mail se convirtió en uno de los sistemas burocráticos más grandes y eficientes del mundo. En Londres podías invitar a un amigo a cenar por la mañana y recibir la respuesta a tiempo para encargar otra pieza de ternera. En 1844, una guía de viajes indicaba los horarios para depositar el correo y la hora de entrega estimada:

Para entregas en la ciudad
Antes de las ocho de la tarde para la primera entrega.
Antes de las ocho de la mañana para la segunda entrega.
Antes de las diez de la mañana para la tercera entrega.
Antes de las doce del mediodía para la cuarta entrega.
Antes de las dos de la tarde para la quinta entrega.
Antes de las cuatro de la tarde para la sexta entrega.
Antes de las seis de la tarde para la séptima entrega.

Para entregas en el campo
La tarde anterior antes de las seis para la primera entrega.
Antes de las ocho de la mañana para la segunda entrega.
Antes de las doce del mediodía para la tercera entrega.
Antes de las cuatro de la tarde para la cuarta entrega.

A principios del siglo XX, el correo se repartía por todo Londres doce veces al día.[143]

Pero, para que Correos funcionase bien, hacía falta un sistema de direcciones postales. Y los nombres duplicados, las calles mal numeradas y un público poco familiarizado con lo que era una dirección postal hacían que el trabajo del cartero fuera una tarea difícil. En 1884, James Wilson Hyde llevaba trabajando en la oficina de correos veinticinco años, «quizá los mejores de su vida», manifestaba.[144] En su historia del Royal Mail, describía cartas con la dirección mal puesta. Aquí va una: «Mi querida Ant Sue vive en una casita junto al bosque cerca de New Forest».[145] Y otra: «Esta es para la muchachita que lleva gafas, que espera dos bebés»[146]. Y mi favorita:

> Para mi hermana Jean
> Que vive cerca de Canongate
> Junto a un cruce
> Edimburgo.
> Tiene una pierna de madera.[147]

Las cartas con direcciones indescifrables acababan en lo que se conoce como oficina de cartas muertas, donde unos «funcionarios ciegos» (así llamados porque las direcciones solo las veían ellos) intentaban averiguar las intenciones del remitente. Los funcionarios ciegos estudiaban mapas y listas con nombres de granjas de todo el país para enviar las cartas al lugar adecuado. Una técnica muy útil consistía en leer en voz alta, como hace un niño cuando aprende a leer (se descubría, por ejemplo, que una carta para Mr. Owl O'Neill iba dirigida en realidad a Rowland Hill).[148] Incluso hoy, más de trescientos trabajadores de Correos pasan el día descifrando direcciones[149] en una nave gigante de Belfast (del tamaño de un «hangar para aviones»).[150]

A los remitentes más agudos les gusta jugar con la oficina de cartas muertas. Cuando el secretario privado de la reina Victoria, *sir* Henry Ponsonby, escribió a sus hijos en Eton, ocultó sus direcciones en un

elaborado dibujo. Su tataratataranieta, la artista Harriet Russell, continuó con la costumbre y se envió a sí misma y a sus amigas ciento treinta cartas desde Glasgow con direcciones escondidas en recetas, viñetas dibujadas, un test de daltonismo, una tabla optométrica y un juego de unir los puntos. Una carta obligaba a los trabajadores de Correos a resolver un crucigrama; otro rompecabezas fue entregado en la dirección correcta con el siguiente mensaje: «Resuelto por la oficina de correos de Glasgow». Ciento veinte de las ciento treinta cartas que envió llegaron a destino.[151]

En Estados Unidos, la oficina de cartas muertas, que se inauguró en 1825, se encarga de las cartas con la dirección equivocada. Procesa unos siete millones de cartas al año.[152] En sus inicios, los trabajadores solían ser clérigos jubilados, porque podían confiar en ellos en caso de que encontrasen dinero en las cartas no entregadas.[153] La oficina de correos también contrataba a mujeres, al parecer porque tenían mayores capacidades analíticas y podían descifrar las direcciones con más facilidad.[154]

La detective de cartas más afamada fue Patti Lyle Collins, que podía descodificar casi mil direcciones al día. Collins había nacido en una familia adinerada y había viajado mucho, pero su marido falleció, dejando unos hijos pequeños y una viuda mayor. En la oficina de cartas muertas encontró la carrera profesional perfecta. Por lo visto, se sabía de memoria todos los códigos postales y las ciudades del país, además de nombres de calles, empresas, universidades, aserraderos, compañías mineras y otras instituciones privadas.[155] Incluso reconocía la caligrafía asociada a diferentes idiomas, lo que hacía más fácil descubrir la dirección.

¿Había alguien mejor preparado para esa profesión? Como describe Bess Lovejoy, Collins envió un sobre dirigido a una «Isabel Marbury» de «Stock» a Stockbridge, Massachusetts, porque sabía que Marbury era un nombre frecuente allí.[156] Otra carta, dirigida a «Island» fue enviada a Virginia Occidental, porque parte del estado se conoce como «la isla».[157]

Según un número de la revista *Ladies Home Journal* de 1893, la señora Collins cogió un sobre dirigido al 3133 Este de la calle Maryland y supo que, «aunque muchas ciudades tenían calles "Maryland", solo en Indianápolis llegaba hasta el número 3133». La señora Collins envió correctamente una carta a «Jerry Rescue Block, NY» a Syracuse, en el estado de Nueva York, porque sabía que en ese lugar se rescató a un esclavo fugitivo llamado Jerry en 1851.[158]

Pero deducir la dirección mal puesta en los sobres es muy trabajoso. ¿No sería más sencillo que las direcciones estuvieran estandarizadas y la gente aprendiera a usarlas? En Inglaterra, Rowland Hill escribía apasionadamente que «una reforma de la nomenclatura de las calles de Londres» supondría «un gran beneficio al servicio de Correos»[159]. A sabiendas de que Londres se había extendido más allá de las murallas de la ciudad, recayó sobre la Junta Metropolitana (después conocida como el London County Council) la tarea de pulir los nombres del Londres suburbano.

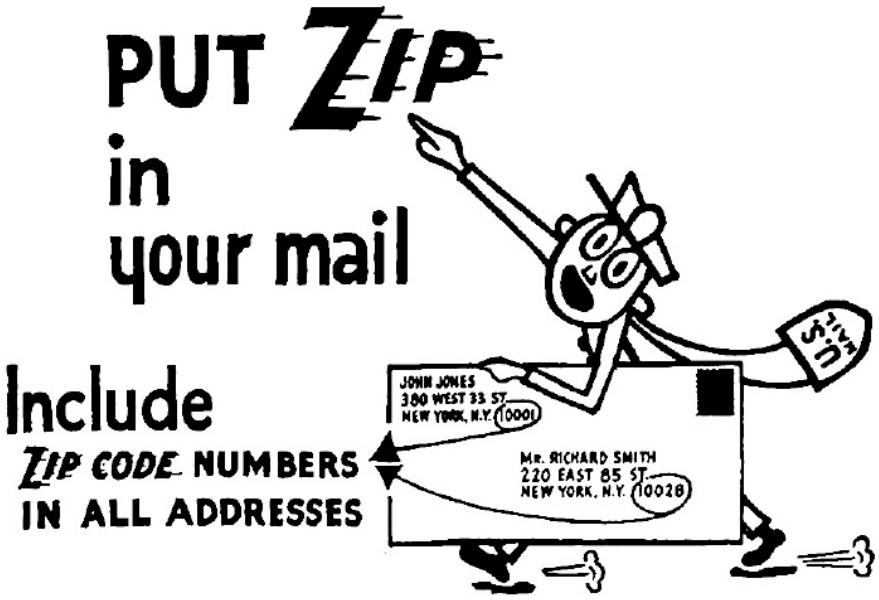
Era un trabajo ingrato. Nadie «sabe lo necios que son la mayoría de los seres humanos hasta que de repente le cambian el nombre a su calle», escribió el *Spectator* en 1869. «Como si alterar los números no fuera lo bastante malo, si ya de por sí desaparece el nombre de la calle, todo el mundo pierde su identidad momentáneamente, los carteros viven una segunda infancia, los comerciantes envían todo al domicilio equivocado y tus primos protestan porque ya no pueden encontrarte».[160]

El responsable de urbanismo de Londres tuvo que tranquilizar a los residentes por toda la ciudad afirmando que no actuaba «con perversidad».[161] A pesar de la resistencia, en 1871 se habían modificado 4.800 nombres de calles y 100.000 casas tenían un nuevo número. Más tarde, algunos acusaron al London County Council, entonces dominado por socialistas, de tomarse «alegremente libertades igualitarias» al eliminar nombres como King Street.[162] En el siglo XX los trabajos continuaron y el consejo

pugnaba por organizar la nomenclatura de las calles en el periodo previo a la Segunda Guerra Mundial.

Pero cambiar los nombres justo antes de que los alemanes comenzaran con sus bombardeos resultó ser una pésima idea.[163] A causa del Blitz, los intensos bombardeos nazis que comenzaron en 1940 y mataron a más de cuarenta mil civiles en solo ocho meses, Londres quedó impracticable, sin contar con la confusión de la nueva nomenclatura. La gente apagaba las luces —cualquier luz— para no atraer a los bombarderos. Las farolas estaban apagadas, la circulación de coches estaba limitada para evitar la luz de los focos y todas las ventanas tenían las persianas bajadas o estaban tapadas con papel marrón («Lleva un pañuelo blanco para evitar que te atropellen», advirtió prudentemente el Gobierno a los peatones; aun así, miles de personas murieron en accidentes de tráfico).[164]

Los nuevos nombres eran todavía más confusos porque la gente retiraba las placas y los libreros quemaban los planos de la ciudad para evitar que cayeran en manos de los alemanes en caso de invasión (y a la gente no le gustaba dar indicaciones a los forasteros; Jean Crossley escribió en sus memorias sobre la guerra que «si alguien le preguntaba por una dirección, creía que su deber patriótico era indicarle mal»).[165] Pero hubo que actualizar el callejero por completo después de la guerra: las bombas alemanas destruyeron muchas calles de Londres y borraron sus nombres del mapa.



Mr. Zip.

Los nombres de las calles y los números no bastaban para que el correo llegase correctamente. En 1857, Rowland Hill dividió Londres en ocho distritos y asoció un código a cada uno (más tarde, dos distritos desaparecerían por sugerencia de un inspector de correos ilustre, el novelista Anthony Trollope).[166] En Estados Unidos, el código ZIP fue inventado por Robert Moon, un empleado de correos de Filadelfia (ZIP son las siglas de *zoning improvement plan* o «plan de mejora por zonas»). Moon presentó la idea ante sus jefes en 1944; luego tuvo que defenderla durante veinte años antes de que adoptaran su sistema.[167] Su esposa, que llevaba un colgante de oro donde se leía «Mrs. Zip», contó ante los periódicos que se habían demorado tanto porque Moon era republicano y sus jefes, demócratas.[168]

Para promocionar el uso del código ZIP, el servicio de correos encargó anuncios con un elegante personaje animado, Mr. Zip. Los Swinging Six, un grupo de folk de Broadway, cantaban el tema promocional en los anuncios de televisión. Así comenzaba: «¡Zip! ¡Zip! Hola, amigo mío.

¿Cómo estás? Os pido un momento / para oír lo que tengo que deciros a todos, / es sobre nuestro servicio de correos».[169]

Hoy en día, Correos calcula que el código ZIP ahorra más de 9.000 millones de dólares al año, ya que posibilita un servicio postal más eficaz y exacto.[170] Los Swinging Six deberían exigir su parte.

¿Nos priva nuestra nomenclatura moderna y burocrática de información de interés? Ya no llamamos a nuestras calles, en general, calle de las Tiendas o calle de la Escuela (aunque me encantó enterarme de que en Escocia hay una calle con un Costco y un Ikea llamada Costkea Way).[171] Cuando fui a Virginia Occidental, recuerdo que hablé con la mujer detrás del mostrador de la cadena Tudor's Biscuit World, donde pedí un sándwich Tootie (pan de galleta, jamón, queso y una nube de harina). «Vivo en Grapevine Avenue (avenida de la Parra) —me contó suspirando—, pero no he visto ni una sola uva».

Está claro que si el nombre oficial de la calle no encaja con esta, siempre se la puede llamar de otra manera. El nombre no tiene que encajar con la partida de nacimiento. Las calles de Chinatown en San Francisco eran rebautizadas por sus vecinos.[172] Wentworth Place, que en la década de 1940 era una olorosa calle donde el pescado en salazón se secaba en los tejados y se colgaba para su venta, era conocida entre sus habitantes como «calle de la Virtud y la Armonía». Waverly Place, con sus bloques de vecinos atestados, se conocía como los Quince Centavos (el precio de un corte de pelo, lavado de orejas y rehacer la coleta). Beckett Street se convirtió en la calle de John Habla Claro. John era, según un artículo de 1943, un «americano» al que llamaban Habla Claro porque hablaba cantonés con fluidez. Pasaba tanto tiempo con las cortesanas de Beckett Street que, cuando alguien necesitaba un intérprete, se le podía encontrar allí con más facilidad que en su casa. Por eso la calle tomó su nombre.

Normalmente, me lo habría tomado como una anécdota pintoresca del pasado, pero hoy en día también se renombran las calles. Aaron Reiss vivió

en China durante varios años; cuando se mudó a Nueva York, decidió instalarse en un edificio donde vivían sobre todo inmigrantes mayores para no perder su nivel de chino. Pronto se dio cuenta de que no reconocía los nombres de los que hablaban. Mulberry Street, donde abundaban las funerarias, se había convertido en la calle del Muerto. Para sus vecinos, Division Street era la calle Sombrerería, Rutgers Street era la calle de la Basura y el puente Kosciuszko, llamado en honor de un líder polaco que luchó en la guerra de Independencia, curiosamente se convirtió en «el puente del tipo japonés». Los inmigrantes de las distintas regiones de China que viven en Manhattan tienen distintos nombres para las mismas calles según su región y su dialecto.[173]

Pero quizá nuestro callejero oficial nos describa mejor de lo que creemos. El economista Daniel Oto-Peralías examinó los nombres de las calles en España y Gran Bretaña. Descubrió que en España había más probabilidades de que la gente que vivía en zonas con un alto porcentaje de calles que contenían la palabra «iglesia» o «ermita» se declarasen católicas.[174] Y en Escocia, comprobó que la gente que vive en lugares con nombres de calles como «London Road» (camino de Londres) o «Royal Street» (calle Real) se sienten menos escoceses.[175]

Solo podemos especular qué lo causa: ¿vives en la calle de la Iglesia porque eres religioso y quieres vivir cerca de una iglesia? ¿O te vuelves más religioso porque vives en la calle de la Iglesia? Puede que nosotros creemos los nombres de las calles y luego las calles nos creen a nosotros.

Ni que decir tiene que no lamento la desaparición de Gropecunt Lane.

Las modas también cambian. Durante mucho tiempo, en Estados Unidos los nombres relacionados con la naturaleza eran lo más (sucede lo mismo en Polonia, donde los cinco nombres más populares son Bosque, Campo, Soleado, Corto y Jardín).[176] En Bélgica, desde hace poco tiempo, unas calles nuevas celebran la historia culinaria nacional: pasaje de Cuberdon (un caramelo belga en forma de cono), pasaje de Speculoos (una galleta),

pasaje del Chicon (un plato con queso y endivias). Las nuevas calles en Gran Bretaña suelen exhibir nombres multiculturales (Karma Way y Masjid Lane, que significa «calleja de la Mezquita», son algunos ejemplos).[177] Y, como me dijo una investigadora, «el futuro del callejero son las mujeres». La organización feminista Osez le Féminisme ha empapelado París con nombres de calles pirata (Quai de Nina Simone, por ejemplo). Solo el 2,6 por ciento de los nombres del callejero de París corresponde a mujeres.[178]

Mientras tanto, Londres adopta nombres históricos. Visité a una amiga que vive en un edificio de apartamentos ultramoderno del este de Londres en lo que antes era un barrio deprimido. Me sorprendió bastante el nombre del edificio: Bootmakers Court. ¿El patio de los Zapateros? Sospecho que ninguno de los jóvenes vecinos, todos oficinistas con bicis de carbono, se dedica a la manufactura de calzado.

Doreen Massey, una brillante geógrafa inglesa, también lo percibió en los Docklands, un antiguo barrio de clase trabajadora que se ha gentrificado rápidamente. «Para muchos de los vecinos de siempre, los nombres de las calles evocan un pasado de clase obrera idealizado que gira en torno a los *pubs*, el fútbol, el trabajo duro y la comunidad —señala—. El uso actual de los nombres de las calles y la cuidadosa nomenclatura de los antiguos almacenes reconvertidos en bloques de apartamentos es un intento de evocar una conexión con un pasado también idealizado, pero esta vez en una versión diferente».[179] Los precios de Bootmakers Court son demasiado elevados para los antiguos vecinos de clase obrera del este de Londres (los pisos de un dormitorio rondan las cuatrocientas mil libras), pero el nombre contribuye a que los londinenses adinerados establezcan una conexión romántica con el barrio, incluso si evoca una versión en la que nunca les habría interesado vivir.

Incluso hay nostalgia por la vieja calleja de Tocacoño. En 2012, una petición anónima para «restituir las Gropecunt Lane» llegó hasta el Parlamento. «Sería un maravilloso gesto patriótico reinstaurar esta reliquia

extinta de nuestra herencia cultural», decía (el Parlamento rechazó de plano la petición porque, como señalaron con sorna, solo el Gobierno municipal tiene potestad sobre el nombre de las calles). Pero no todo el mundo quiere mantener los nombres malsonantes. Después de una exitosa campaña en 2009, los vecinos de Butt Hole Road, o camino del Ojete, ahora viven en Archers Way, la travesía de los Arqueros.

En 2018, un empresario local de Rowley Regis, en las Midlands occidentales de Inglaterra, buzoneó las casas con panfletos que abogaban por cambiar el nombre de una calle bajo el pretexto de que el precio de las propiedades subiría sesenta mil libras. El nombre de la calle era un vulgarismo con el que yo no estaba familiarizada: Bell End. Pensé que sonaba elegante: *bell*, «campana», una palabra llena de ligereza, emparejada con la rotunda *end* o «fin». Pero en inglés británico estas dos palabras hacen alusión al glande del pene. Según esta petición, los niños de la calle sufrían *bullying* por culpa del nombre.

Linda George se puso furiosa cuando se enteró del plan para renombrar Bell End. Su familia era del pueblo y se había criado en el banco de una iglesia cercana, una estricta congregación baptista donde nadie tenía permitido leer un libro que no fuera la Biblia. Si los niños sufrían *bullying* era culpa de los abusones, no del nombre de la calle. Decidió lanzar su propia petición para mantener Bell End. Para su sorpresa, casi cinco mil personas firmaron en solo unos días.

Rowley Regis, donde se ubica Bell End, fue en su día un coto de caza del rey. Se encuentra en una zona de Inglaterra conocida como Black Country (Campiña Negra) por sus yacimientos de carbón.[180] Comenzó como una aldea y luego se convirtió en un pueblo industrial donde la gente a veces construía en el patio de atrás, en lugar de un lavadero, una pequeña fragua para fabricar clavos (a los niños, con sus dedos pequeños y diestros, se les daba especialmente bien esta tarea). La piedra con la que se hacían las carreteras británicas salía de una enorme cantera. Con el paso de los años,

después de que Margaret Thatcher clausurara las minas de carbón y desapareciese la industria, Rowley Regis perdió muchos empleos. Los edificios antiguos fueron demolidos en su mayoría, las calles se ampliaron y se construyeron propiedades modernas antes inimaginables allí. Gran parte del pueblo que Linda conoció de pequeña era ahora irreconocible.

Le pregunté a Linda por qué había tenido tanta acogida su petición para conservar Bell End. «Para la gente con sentido común fue la gota que colmó el vaso», suspiró. La cosa iba más allá del nombre de una calle. El nombre «Bell End» representa un vínculo con un pasado orgulloso y vívido, una época más romántica (al menos en términos arquitectónicos).

Y Bell End resultó ser un nombre que vinculaba Rowley Regis con sus raíces medievales. Cuando el ayuntamiento sugirió que el nombre procedía de una mina del pueblo, una vecina de Bell End nacida en 1919 aportó otra hipótesis, enviada a través de la cuenta de Facebook de su hija. Según ella, uno de los pabellones de casa del rey Juan al final del camino tenía un llamador en forma de campana en la puerta. De ahí, Bell End. El rey Juan I, que firmó la Carta Magna, comenzó su reinado en 1199, ochocientos y pico años antes de mi conversación con Linda.

«Los edificios desaparecen —me dijo—, pero los nombres permanecen para siempre».

---

[115] Holt, Richard y Nigel Baker, «Towards a Geography of Sexual Encounter: Prostitution in English Medieval Town», en *Indecent Exposure: Sexuality, Society, and the Archaeological Record,* ed. de Lynne Bevan, Glasgow: Cruithne Press, 2001, p. 213.

[116] Sukhadwala, Sejal, «How London's Food and Drink Streets Got Their Names», *Londonist*, 19 de mayo de 2017, disponible en: https://londonist.com/2016/06/how-london-s-food-and-drink-streets-got-their-names.

[117] «Pudding Lane», *Placeography, Map of Early Modern London*, disponible en: https://mapoflondon.uvic.ca/PUDD1.htm.

[118] «From Amen Court to Watling Street: More Ingoldsby-Related Streets», *Street Names*, disponible en: https://thestreetnames.com/tag/amen-corner/.

[119] «Knightrider Street» *Placeography, Map of Early Modern London*, disponible en: https://mapoflondon.uvic.ca/KNIG1.htm.

[120] «Artillery Gardens in Spitalfields», *London Remembers*, disponible en: https://www.londonremembers.com/subjects/artillery-gardens-in-spitalfields.

[121] Holt y Baker, «Towards a Geography of Sexual Encounter», p. 208.

[122] «Attitudes to Potentially Offensive Language and Gestures on TV and Radio: Research Report», *Ofcom*, septiembre de 2016, disponible en: https://www.ofcom.org.uk/__data/assets/pdf_file/0022/91624/OfcomOffensiveLanguage.pdf.

[123] *Ibid.*, p. 44.

[124] «Oxford's Crotch Crescent Named 5th Most Embarrassing Street in England», *JACKfm*, disponible en: https://www.jackfm.co.uk/news/oxfordshire-news/oxfordscrotch-crescent-named-5th-most-embarrassing-street-in-england/.

[125] Bailey, Rob y Ed Hurst, *Rude Britain: 100 Rudest Place Names in Britain*, Londres: Boxtree, 2005.

[126] Flanders, Judith, *The Victorian City: Everyday Life in Dickens' London*, Nueva York: St. Martin's Press, 2014, p. 10.

[127] *Ibid.*, p. 60.

[128] *Ibid.*, p. 58.

[129] «London Street Names», *Spectator,* 23 de enero de 1869, pp. 12-13, disponible en: http://archive.spectator.co.uk/article/23rd-january-1869/13/london-street-nameslondon-street-names.

[130] *Punch*, julio-diciembre de 1849, citado en «Sanitary Street Nomenclature», *Victorian London*, disponible en: http://www.victorianlondon.org/health/sanitary.htm.

[131] Bartrip, P. W. J., «"A Thoroughly Good School": An Examination of the Hazelwood Experiment in Progressive Education», *British Journal of Educational Studies* 28, n.º 1 (febrero de 1980), pp. 48-49.

[132] Campbell-Smith, Duncan, *Masters of the Post: The Authorized History of the Royal Mail*, Londres: Allen Lane, 2011, p. 124.

[133] *Ibid.*

[134] Hill, Rowland y George Birkbeck Hill, *The Life of Sir Rowland Hill and the History of Penny Postage*, Londres: Thos. De La Rue, 1880, p. 53.

[135] Shanahan, Eunice y Ron Shanahan, «The Penny Post», *The Victorian Web*, disponible en: http://www.victorianweb.org/history/pennypos.html.

[136] Hill, Rowland, *Post Office Reform: Its Importance and Practicability*, Londres: Charles Knight, 1837, p. 8.

[137] Ashurst, William, *Facts and Reasons in Support of Mr. Rowland Hill's Plan for a Universal Penny Postage*, Londres: H. Hooper, 1838, p. 107.

[138] *Ibid.*, p. 1.

[139] Golden, Catherine J., *Posting It: The Victorian Revolution in Letter Writing*, Gainesville: University of Florida Press, 2009, p. 27.

[140] Campbell-Smith, *Masters of the Post*, p. 130.

[141] *Ibid*., p. 128.

[142] Laing, Samuel, *Notes of a Traveller, on the Social and Political State of France, Prussia, Switzerland, Italy, and Other Parts of Europe, during the Present Century*, Londres: Longman, Brown, Green, and Longmans, 1842, pp. 174-175.

[143] Mogg, Edward, *Mogg's New Picture of London and Visitor's Guide to its Sights*, Londres: E. Mogg, 1844, citado en *Victorian London*, disponible en: https://www.victorianlondon.org/communications/dickens-postalregulations.htm.

[144] Hyde, James Wilson, *The Royal Mail: Its Curiosities and Romance*, Edimburgo y Londres: William Blackwood and Sons, 1885, p. xi, disponible en: http://www.gbps.org.uk/information/downloads/files/historical-studies/The%20Royal%20Mail,%20its%20Curiosities%20and%20Romance%20(1885)%20-%20James%20Wilson%20Hyde.pdf.

[145] *Ibid*., p. 194.

[146] *Ibid*., p. 193.

[147] *Ibid*., p. 194.

[148] *Ibid*., p. 195.

[149] «Where Do Missing Letters Go?», *BBC News*, 20 de marzo de 2001, disponible en: http://news.bbc.co.uk/1/hi/uk/1231012.stm.

[150] Mann, Natasha, «People Send the Funniest Things«, *Guardian*, 25 de enero de 2003, disponible en: https://www.theguardian.com/uk/2003/jan/27/post.features11.

[151] Russell, Harriet, *Envelopes: A Puzzling Journey through the Royal Mail*, Nueva York: Random House, 2005.

[152] Bruns, James H., «Remembering the Dead», Smithsonian National Postal Museum *EnRoute* 1, n.º 3 (julio-septiembre de 1992), disponible en: https://postalmuseum.si.edu/remembering-the-dead.

[153] *Ibid*.

[154] *Ibid*.

[155] Winship, Kihm, «The Blind Reader», *Faithful Readers*, 16 de agosto de 2016, disponible en: https://faithfulreaders.com/2016/08/16/the-blind-reader/.

[156] Bruns, «Remembering the Dead».

[157] *Ibid*.; Lovejoy, Bess, «Patti Lyle Collins, Super-Sleuth of the Dead Letter Office», *Mental Floss*, 25 de agosto de 2015, disponible en: http://mentalfloss.com/article/67304/patti-lyle-collins-super-sleuth-dead-letter-office.

[158] *Ladies' Home Journal*, septiembre de 1893, citado en Winship, «The Blind Reader».

[159] «Sir Rowland Hill KCB, FRS and the General Post Office», *maps.thehunthouse*, disponible en: https://www.maps.thehunthouse.com/Streets/Metropolitan_Boroughs.htm.

[160] «London Street Names. London Street Names», *Spectator Archive*, 23 de enero de 1869, p. 12, disponible en: http://archive.spectator.co.uk/article/23rd-january-1869/13/london-street-names-london-street-names.

[161] Hughes, Tom, «Street Fighting Men», *Marylebone Village*, disponible en: https://www.marylebonevillage.com/marylebone-journal/street-fighting-men.

[162] *Ibid*.

[163] Hunt, Bruce, «London Streets Lost to the Blitz», disponible en: https://www.maps.thehunthouse.com/eBooks/London_Streets_lost_to_the_Blitz.htm. Bruce Hunt ha descrito minuciosamente el paisaje urbano de Londres antes y después del Blitz. Para más información, véase su detallada página web, disponible en: http://www.maps.thehunthouse.com.

[164] Goodall, Felicity, «Life During the Blackout», *Guardian*, 1 de noviembre de 2009, disponible en: https://www.theguardian.com/lifeandstyle/2009/nov/01/blackoutbritain-wartime.

[165] Crossley, Jean, «A Middle Class War 1939-1947», escritos privados inéditos de J. Crossley, Imperial War Museum, 1998, p. 20.

[166] Reynolds, Laura, «Why Is There No NE or S London Postcode District?», *Londonist*, agosto de 2015, disponible en: https://londonist.com/2015/08/why-isthere-no-ne-or-s-london-postcode-district.

[167] Chokshi, Niraj, «The Bounty ZIP Codes Brought America», *Atlantic*, 23 de abril de 2013, disponible en: https://www.theatlantic.com/technology/archive/2013/04/the-bounty-zip-codes-brought-america/275233/.

[168] Martin, Douglas, «Robert Moon, an Inventor of the ZIP Code, Dies at 83», *The New York Times*, 14 de abril de 2001, p. 36, disponible en: https://www.nytimes.com/2001/04/14/us/robert-moon-an-inventor-of-the-zip-code-dies-at-83.html.

[169] Smithsonian NPM, «Swingin' Six Zip Code Video», *YouTube*, 2 de noviembre de 2011, disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=QIChoMEQ4Cs.

[170] Chokshi, «The Bounty ZIP Codes Brought America».

[171] Van Mead, Nick, «Where the Streets Have New Names: The Airbrush Politics of Renaming Roads», *The Guardian*, 28 de junio de 2016, disponible en: https://www.theguardian.com/cities/2016/jun/28/streets-new-names-airbrush-politics-renaming-roads.

[172] Hoy, William J., «Chinatown Devises Its Own Street Names», *California Folklore Quarterly* 2, n.º 2 (1943), pp. 71-75, disponible en: DOI:10.2307/1495551.

[173] Gannon, Devin, «Chinese Immigrants Use Slang Names and Maps to Navigate the Streets of NYC», *6sqft*, 14 de agosto de 2017, disponible en: https://www.6sqft.com/chinese-immigrants-use-slang-names-and-maps-to-navigate-the-streets-of-nyc/.

[174] Oto-Peralías, Daniel, «What Do Street Names Tell Us? The "City-Text" as Socio-cultural Data», *Journal of Economic Geography* 18, n.º 1 (enero de 2018), pp. 187-211.

[175] Oto-Peralías, Daniel, «What Do Street Names Tell Us? An Application to Great Britain's Streets», *Journal of Economic Geography,* disponible en: https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstractid=3063381.

[176] Kępa, Marek, «Poland's Most Popular Street Names: An Adventure in Statistics», *Culture.Pl*, 17 de enero de 2018, disponible en: https://culture.pl/en/article/polands-most-popular-street-names-an-adventure-in-statistics.

[177] Copping, Jaspar, «England's Changing Street Names: Goodbye Acacia Avenue, Welcome to Yoga Way», *Telegraph*, 28 de marzo de 2010, disponible en:

https://www.telegraph.co.uk/news/newstopics/howaboutthat/7530346/Englands-changing-streetnames-goodbye-Acacia-Avenue-welcome-to-Yoga-Way.html.

[178] Gee, Oliver, «“Sexist” Paris Streets Renamed in Feminist Stunt», *The Local*, 26 de agosto de 2015, disponible en: https://www.thelocal.fr/20150826/paris-neighbourhoodgets-a-feminist-makeover.

[179] Massey, Doreen, «Places and Their Pasts», *History Workshop Journal* 39 (primavera de 1995), p. 187, disponible en: https://www.jstor.org/stable/4289361.

[180] «Black Country Geology», *Geology Matters*, disponible en: http://geologymatters.org.uk/the-black-country/.

05

Viena

¿Qué nos enseñan los números
de las casas sobre el poder?

Conocí a Anton Tantner una mañana de febrero en el nevado centro de Viena, cerca de la casa del canciller. Tantner, que tiene unos cuarenta años, iba ataviado con una parka acolchada de esquí, una bufanda gris y un gorro negro bien calado por encima de las orejas, enmarcando su rostro redondo y rubicundo. Parecía un muchacho salido de una pintura de Frans Hals. Un viento cortante se colaba por las esquinas de los edificios desnudos de la plaza. Era el tricentenario del nacimiento de la emperatriz María Teresa y la ciudad estaba empapelada con carteles de esa mujer rotunda de cabello plateado.

Puede que Tantner sea el mayor experto mundial en la numeración de casas. Este historiador de la Universidad de Viena ha investigado los números de las casas, organiza *tours* para grupos de sesenta personas sobre los números de las casas de Viena y ha comisariado una exposición de fotografías de números de casas.[181] Mi primer contacto con él fue a través de su libro *House Numbers* (Números de casas). Antes de leerlo, me resultaba excesivamente preocupado por lo que parecía el rasgo más mundano de nuestras direcciones postales.

Pero me hizo cambiar de opinión. «La gran iniciativa de numerar las casas —escribe Tantner— es característica del siglo XVIII. Sin asomo de ironía, la numeración de las casas puede considerarse una de las innovaciones más importantes de la Ilustración en un siglo obsesionado con el orden y la clasificación».[182] Los números de las casas no se inventaron para que te orientaras mejor por la ciudad o para recibir el correo, aunque cumplen muy bien ambas funciones. En realidad fueron diseñados para que fuera más fácil encarcelarnos, controlarnos y gravarnos. Los números de las casas no existen para ayudarte a encontrar el camino, sino para que el Gobierno pueda encontrarte.

La invención de los números de las casas no es una nota al pie en la historia, recuerda Tantner a sus lectores, sino todo un capítulo. Para él ese capítulo comienza en Viena.

En 1740, durante uno de los octubres más fríos y lluviosos de los que se tenían memoria, Carlos VI, emperador del Sacro Imperio Germánico, salió a cazar.[183] Enfermó gravemente y falleció, posiblemente por culpa de un almuerzo a base de setas venenosas. Su primogénita, María Teresa, que entonces tenía veintitrés años, se convirtió de repente en la archiduquesa del imperio Habsburgo. Sus padres creían que todavía tendrían un heredero varón y le habían dado una «educación cortesana», es decir, clases de baile y música. En 1746, un emisario prusiano la describió como una mujer de melena clara, rostro redondeado y una nariz pequeña «ni aguileña ni respingona», boca grande y cuello bien formado. Los embarazos habían estropeado su figura, escribió —María Teresa dio a luz a dieciséis hijos a lo largo de diecinueve años—, pero «tenía los brazos y las manos maravillosas».[184]

Su vida no fue fácil. Había heredado una amalgama de territorios endeudados que abarcaban Austria, Hungría, Croacia, Bohemia, Transilvania y algunas zonas de Italia, y pasó años combatiendo a sus rivales. El marido de María Teresa, Francisco I, se desvaneció y murió de

repente durante la boda de su hijo. María Teresa cosió su mortaja, se rapó el pelo y pintó sus habitaciones de negro.[185] Por si fuera poco, la viruela acabó con la vida de tres de sus dieciséis hijos, incluida María Josefa, de dieciséis años, justo antes de que esta abandonara Viena para casarse con un príncipe napolitano, y le dejó cicatrices permanentes a otra, María Isabel, dejándola incasable (María Teresa llamó a todas sus hijas María, al estilo George Foreman). A ojos de María Teresa, que entendía el matrimonio como una forma de diplomacia, María Isabel, considerada su hija más hermosa, estaba muerta para el imperio.

María Teresa.

En 1763, María Teresa y su hijo José II, que pronto se convertiría en corregente, perdieron la guerra de los Siete Años, en la que todos los reinos de Europa se vieron envueltos. Esta vez las bodas no bastaron para mantener el imperio unido. María Teresa intentó arrebatarle la rica provincia de Silesia —una región de la actual Polonia— a su archienemigo, Federico II de Prusia. Pero sus tropas, exhaustas, regresaron a casa con las manos vacías. María Teresa estaba desolada. De no ser porque siempre estaba embarazada, dijo —tuvo ocho hijos solo durante las guerras contra Prusia—, se habría unido a la batalla sin dudarlo.

Necesitaba más soldados. El imperio de los Habsburgo todavía se regía por un sistema feudal. Los terratenientes controlaban a las familias que trabajaban la tierra y eran los responsables de reclutar las tropas. No es de extrañar que se quedaran con los campesinos más fuertes y trabajadores y enviaran al resto al frente. En teoría, María Teresa reinaba en un imperio lleno de hombres jóvenes y robustos, pero ¿de qué le servían si no podía encontrarlos?

Por eso, en 1770, el mismo año en que su hija menor, María Antonieta, se casó en Versalles, María Teresa ordenó un «reclutamiento de armas», un recuento de todos los hombres en edad de alistarse de su territorio. Pero pronto descubrió otro problema: no tenía forma de contarlos en los laberintos de los pueblos. No había forma de distinguir las casas.

Dio con la solución: numerar las viviendas. Al asignar un número a cada puerta y hacer un listado con sus ocupantes, la casa dejaba de ser anónima y los militares podían encontrar a los hombres en edad de combatir. En marzo de 1770, María Teresa firmó la orden. Más de mil setecientos oficiales y funcionarios se desplegaron por todo el imperio. Un pintor profesional entraba en cada pueblo y dibujaba un número en la pared correspondiente con una pintura espesa y negra hecha a base de aceite y huesos hervidos. En formularios impresos, los escribanos registraban a cada hombre y su estado para combatir. Peinaron pueblos y aldeas en lo más profundo del invierno,

mientras la lluvia emborronaba la tinta barata. Al final, numeraron más de 7 millones de «almas»: un total de 1.100.399 casas. Se pasaron de tiempo y presupuesto, pero los encargados de la numeración enviaron tantos rollos de formularios a Viena que no cabían en el palacio.

Juntos, Anton Tantner y yo nos dispusimos a recorrer la ciudad nevada para buscar los números de María Teresa. Buscamos los números originales del reclutamiento: numerales esbeltos y elegantemente trazados sobre fondo blanco. Pasamos por debajo de los arcos, levantamos la vista a los imponentes edificios de piedra y nos colamos en los callejones para encontrar números antiguos dibujados por toda la ciudad. Tantner había nacido en Viena y caminaba a zancadas confiadas por los callejones serpenteantes y los bulevares helados, haciendo una parada para recoger unas prendas de su madre de una costurera sonriente en una tienda llena de maniquís.

Salimos a un bulevar amplio plagado de escaparates llenos de abrigos de piel y collares de perlas inundado por el sonido de los acordeones callejeros. Delante de una elegante zapatería, Tantner señaló con una mano rosa y sin guante un número rojo pintado en la fachada blanca del edificio. Las órdenes de María Teresa habían sido muy concretas: números rojos en Viena, negros en el resto del imperio. Debían ser números arábigos —1, 2, 3—, no numerales romanos —I, II, III—. Se emplearon números romanos solo en las casas de judíos, a quienes María Teresa despreciaba.

La orden de María Teresa también precisaba que el número de cada casa debía llevar el prefijo «No.» («número») delante. Por ejemplo: No. 1, No. 2. El prefijo podría haber sido una forma para distinguir el número de la casa del año de construcción del edificio, que las casas de Viena suelen exhibir. Pero uno de los compañeros de Tantner dio con una hipótesis más interesante: «Si hablas con alguien, no te diriges a él por su nombre de pila, sino como señor tal y cual —me contó, con una sonrisa—. “No.” tiene la misma función que “Sr.”; hay que dirigirse al número con cortesía».

Tantner me contó que el imperio Habsburgo no fue el único ni el primer Gobierno que tuvo la idea de numerar las viviendas. Al parecer, de manera independiente y de forma casi simultánea, las casas de todo el mundo —en París, en Berlín, en Londres, en Nueva York y también en pueblos y aldeas del campo— comenzaron a exhibir sus nuevos números.[186] El origen de la numeración podría remontarse al París del siglo XVI, cuando varios funcionarios numeraron sesenta y ocho casas en el puente de Notre Dame para identificar las propiedades municipales. O cuando el rey Luis XV numeró las casas en 1768 para identificar a los soldados alojados con civiles. O podríamos comenzar en 1779, cuando un editor, Marin Kreenfelt, decidió numerar las farolas y luego las puertas, primero de un lado de la calle y luego del otro, para elaborar un directorio de París.

Podrías comenzar la historia de la numeración en Londres. Antes de que hubiera nombres de calles y números, los negocios se anunciaban con rótulos ilustrados sobre la puerta. Estos carteles sin palabras solían usar su propia simbología: un dragón para la farmacia o un pan de azúcar en una tienda de comestibles (a veces, cuando un negocio cambiaba de manos, los rótulos se volvían más crípticos: el símbolo de tres cajas y un pan era el cartel de James Olaves para su negocio de ataúdes; el edificio antes había pertenecido a un tendero).[187] Esos pesados carteles, a menudo embellecidos con forja, crujían con el viento. En 1718, un cartel cayó de un edificio y mató a cuatro viandantes desprevenidos. Con los números, los comercios no necesitaban estos rótulos. Los nuevos números de Londres y la aparición de nuevas placas con los nombres de las calles revolucionaron la descripción del puesto de los lacayos, que, por primera vez, tenían que saber leer para entregar un mensaje.[188]

Pero incluso entonces la idea tardó en calar. Rowland Hill, considerado el fundador del servicio postal moderno (lo encontrarás en el capítulo 4), relataba: «Al llegar a una casa en mitad de una calle, observé que la puerta lucía una placa con el número 95, mientras que las casas a ambos lados

tenían el 14 y el 16. Una mujer vino a abrir, y cuando le pregunté por qué el 95 aparecía entre el 14 y el 16, me contó que era el número de la casa donde vivía en otra calle y que, como era un número muy bueno (en referencia a la placa), pensó que le serviría en su residencia actual del mismo modo que le había servido en la anterior».[189]

En Estados Unidos, los británicos comenzaron a numerar Manhattan para tener localizados a los revolucionarios. Y en 1845, en una época en la que los niños todavía podían recoger moras en Madison Avenue, la numeración de Manhattan reflejaba, como refería un callejero de la ciudad, «un hermoso estado de confusión».[190] La ciudad no fue renumerada y oficialmente dividida entre calles Este y Oeste tomando de referencia la Quinta Avenida hasta 1838. E incluso después, muchos negocios tardaron en exhibir sus números. En 1954, un periodista del *New York Times* le preguntó a un portero por el número del teatro que custodiaba: «No lo sé, solo trabajo aquí», replicó. «¿Y cuánto tiempo lleva?». «Quince años».[191]

A Mark Twain le fascinaba el Berlín decimonónico, lo llamaba la Chicago de Europa. A sus ojos era «la ciudad mejor gobernada del mundo». Admiraba sus amables policías, los cables eléctricos enterrados en el suelo en lugar de enredados a la vista, las calles barridas a escobazos, en lugar de con «monsergas y chácharas», como en Nueva York. Pero ¡ay de los números de las casas!: «Desde la época en que el principio fue el caos, nunca había existido algo así —escribió Twain—. Al principio uno cree que lo ha hecho un idiota; pero hay demasiada variedad, a un idiota no se le habrían ocurrido tantas formas de crear confusión y perpetuar la blasfemia». Los números parecían escogidos al azar: «A menudo usan un número para tres o cuatro casas, y a veces ponen el número en una sola y en las otras toca adivinarlo».[192]

La confusión no solo reinaba en Berlín. En un principio, en Viena, a los edificios nuevos se les adjudicaba el número más bajo disponible, sin importar donde estuviera. Por eso, una casa de nueva construcción podía

tener el número 1521 y estar tan (in)tranquila al lado del número 12. Se podían numerar las casas de una manzana entera, pero entonces hacía falta saber el nombre de la calle, el número y, además, el bloque para encontrar a alguien, y eso era demasiado (Venecia tenía un sistema similar, igual de loco; la ciudad estaba dividida en barrios o *sestieri* y la numeración de estos era azarosa; pero es Venecia, le perdonamos cualquier cosa). En la República Checa cada casa tenía dos números, uno para la dirección postal, otro para el registro del Gobierno. En Florencia, las casas tienen números distintos dependiendo de si son viviendas o comercios.

Pero ¿existe una forma correcta de numerar las casas? En estas llegó Filadelfia, con un sistema donde los números pares iban a un lado de la calle y los impares al otro. Un consejero de George Washington, Clement Biddle, diseñó el sistema en 1790, cuando Filadelfia estaba elaborando su censo. Impares en un lado y pares en el otro elimina la duda de a qué distancia se encuentra un número en una calle. En Filadelfia, se revisó el sistema en el siglo XIX para que la numeración fuese aún más lógica, asignando un centenar de números a cada manzana y la siguiente centena a la manzana contigua. Hoy día, los urbanistas usan cálculos muy precisos para asegurarse de que los números sean racionales, tanto que apenas te das cuenta de que están ahí.

Pero ¿por qué el número de la casa se convirtió en algo indispensable si la humanidad había pasado miles de años sin él?

En la década de 1990, James Scott, un profesor de Yale, se sentó a escribir un libro a partir de la siguiente pregunta: ¿por qué el Estado odia a la gente que se mueve? Nómadas, gitanos, nómadas irlandeses, beduinos, vagabundos, gente sin hogar, esclavos huidos…, todos ellos han sido considerados «una china en el zapato de los Estados», que han intentado fijarlos a un lugar y han fallado miserablemente.[193] Pero a medida que Scott avanzaba en su libro, se daba cuenta de que debería escribir uno

diferente, sobre cómo el Estado fija a sus habitantes en un lugar determinado.

«El Estado premoderno —descubrió— era ciego en algunos aspectos esenciales; ignoraba muchos detalles de sus súbditos: su riqueza, sus propiedades, sus rendimientos, su ubicación, incluso su identidad».[194] En la época de María Teresa, el Estado dieciochesco europeo era, en palabras de Scott, «una máquina de extracción».[195] Los monarcas se habían vuelto expertos en exprimir a los contribuyentes y el comercio de sus reinos. Sin embargo: «Había cierta ironía en su supuesto absolutismo». Apenas podían controlar nada a nivel local o, como señala Scott, «impulsar experimentos más intrusivos de ingeniería social. Para dar rienda suelta a sus crecientes ambiciones, necesitaban una gloria mayor, una maquinaria estatal a la altura de la circunstancia y una sociedad que pudieran dominar».[196]

Pero para dominar una sociedad primero tenían que descubrir quién vivía en ella. El Estado «tenía que crear ciudadanos con identidades», apunta Scott. «Tenía que crear ciudadanos con nombres que se pudieran registrar, con sus direcciones correspondientes, elaborar un catastro».[197] La creación del Estado moderno europeo necesitaba una sociedad «legible». El Estado tenía que comprenderse a sí mismo antes de emprender nada. «Y mientras creaba una sociedad “legible” —dice Scott—, cambió de manera radical».

La mayoría de los europeos no tenían apellidos permanentes antes del siglo XIV. En la China de la dinastía Qin había apellidos desde el siglo IV a. C., con fines «impositivos, para trabajos forzados y reclutar tropas».[198] Pero en Europa, como señala Scott, la gente tenía un nombre y, si se necesitaba algo más, a veces añadían su ocupación (Miller, «Molinero»; Baker, «Panadero»; Smith, «Herrero»), dónde vivía (Montes, Arroyo) o quizá el nombre propio del padre o del clan (Johnson, Richardson, Hernández).

Pero estos nombres no se heredaban por sistema. Y no podías encontrar a alguien solo por su nombre propio. Por ejemplo, en Inglaterra a comienzos del siglo XVIII el 90 por ciento de los hombres se llamaban John, Edward, William, Henry, Charles, James, Richard o Robert.[199] ¿Qué hacía con esa información un policía o un recaudador de impuestos? Puede que la gente del lugar supiera dónde encontrar a Henry hijo de William, pero tendrían sus motivos para no contártelo. Por eso los gobernantes comenzaron a exigir apellidos permanentes, otro signo del largo brazo del Estado.

La numeración de las casas formaba parte del proyecto de la modernidad. Los romanos, como bien sé ahora, no tenían números ni nombres en las calles y la gente era capaz de orientarse. Pero quizá las autoridades romanas no necesitaran ningún sistema porque no tenían la misma necesidad imperiosa de localizar a un ciudadano concreto. Para empezar, el gobierno romano estaba descentralizado, lo que significaba que las autoridades locales probablemente conociesen a todo aquel que necesitaban.

Pero más importante aún es que el Estado romano no se involucraba tanto en las vidas de sus ciudadanos —por ejemplo, no había educación pública—, algo a lo que los Gobiernos modernos aspiran.

El Estado medieval europeo también carecía de métodos precisos para rastrear a sus ciudadanos. El historiador Daniel Lord Smail pasó años estudiando los registros notariales de Marsella. He aquí algunos ejemplos que halló de 1407, con datos de identidad de los ciudadanos que habían recibido multas por actividades delictivas:

> Ysabella, mujer de mala vida
> Symonet Drapier
> Argentina, esposa de Symonet
> Picardello
> Johan Le Bus, panadero de Marsella

Pero en 1907, quinientos años después, los registros tenían el siguiente aspecto:

Serny, Agnès Célerine Joséphine, 32 años, maestra, nacida en Roquefeuil (Aude), residente en Marsella, calle de St. Gilles, n.º 10

Castellotti, Joseph Louis, 18 años, marinero, nacido en Bastia (Córcega), residente en Marsella en la calle de Figuier de Cassis, n.º 8

Peyron, Berthe Jeanne Albine Joséphine, 28 años, nacida en Marsella (Bouches-du-Rhône), donde también vive, en la avenida del Prado, n.º 68[200]

«En 1407 no había una plantilla», relata Smail en su brillante ensayo *Imaginary Cartographies* (Cartografías imaginarias). «Si sabemos que Johan Le Bus era panadero, seguramente se deba a que Johan lo mencionó ante el oficial que le tomó los datos. Por el contrario, en 1907 hay una plantilla en el formulario donde hay que rellenar: nombre, edad, profesión, lugar de nacimiento y —lo más importante en lo que concierne a este libro — dirección o lugar de residencia».[201] Los notarios de Marsella en el siglo XV tenían que inventarse una forma para describir la identidad de la gente que registraban. «El uso de las direcciones, la práctica de vincular la identidad con el lugar de residencia, es una condición de la modernidad», concluye.[202]

El Estado tenía que comprender a su sociedad para identificar a sus súbditos antes de darle forma. Antes de la numeración, las casas oscuras y cerradas y las calles que no aparecían en ningún mapa ocultaban a la población. En los libros leemos palabras, en las ciudades leemos nombres de calles y números de casas. Antes de las direcciones, los Gobiernos no veían dónde estaban sus ciudadanos. La numeración les dio ojos para verlos.

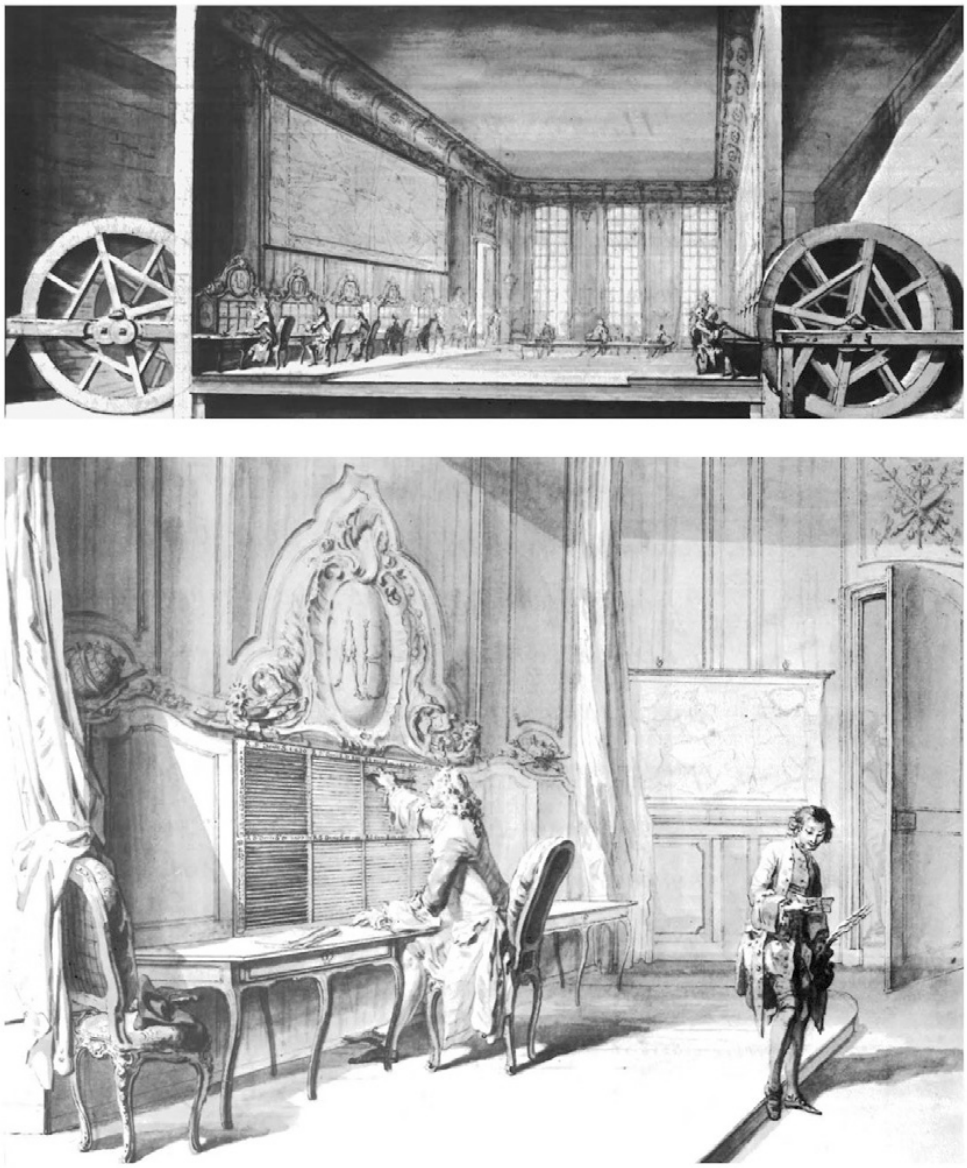
Pero ¿qué sucedería cuando el Estado por fin pudiera verlos?

En el París dieciochesco, el agente Jacques François Guillauté se dispuso a describir la utopía vista a través de los ojos de un policía.[203] En su libro, *Mémoire sur la réformation de la police de France*, profusamente ilustrado y de rica encuadernación, Guillauté ideó un plan radical para tener ubicado a cualquier ciudadano de París, un plan que incluía elaborar registros

detallados de cada hombre, mujer y niño de la ciudad. Los datos se guardarían en un archivador mecánico y giratorio, una serie de engranajes de diez metros de circunferencia que no solo contendrían los registros, sino que también permitirían a los funcionarios buscar con agilidad (imagínate, como sugiere el filósofo Grégoire Chamayou, un gigantesco tarjetero Rolodex).[204] Accionado con pedales, el Sujetapapeles, como lo llamó Chamayou, facilitaría el almacenamiento de los datos de todos los habitantes de la ciudad en una estancia del tamaño de un auditorio.[205] Eso sí que era *big data*.

Pero el plan requería repensar París de arriba abajo, que entonces era una ciudad populosa y llena de intricadas barriadas pobres. ¿Y cómo funcionaría una Rolodex sin un número en cada tarjeta? El plan de Guillauté incluía dividir París en barrios (*quartiers*) numerados, erradicando las duplicidades en los nombres de las calles y exhibiéndolos en placas de piedra. Cada calle, cada casa, cada escalera, cada planta, cada apartamento y cada caballo se numerarían.

Esta idea no parece tan disparatada de por sí. Pero Guillauté la llevó un paso más allá. También propuso una fuerza especial de policía que recabaría los datos «con una minuciosidad maníaca», como el historiador de la arquitectura Cesare Birignani ha reflejado. La edad, la clase, la ocupación, el domicilio, los viajes dentro y fuera de la ciudad, lo que pagaba de alquiler…, el policía lo sabría todo. Entonces la información se «subiría» al Sujetapapeles, donde podrías encontrar información sobre cualquier residente de París solo con darles a los pedales adecuados. Según Guillauté, de esta manera la policía sabría más de los ciudadanos que sus propios vecinos. No se podrían refugiar ni en los hospitales ni en las iglesias. «Será posible —escribía Guillaute— conocer el paradero de un individuo desde su nacimiento hasta su último aliento».



El archivador de Guillauté.

No sabemos mucho sobre la vida de Guillauté. Sabemos que fue un agente y que de vez en cuando le ordenaban rastrear o espiar a ciudadanos parisinos. Era el casero de Denis Diderot, el responsable de la famosa *Enciclopedia*, la joya de la Ilustración, que pretendía reunir y organizar todo el conocimiento del mundo en un único libro. Quizá la relación de Guillauté con Diderot fuera pura coincidencia, quizá no. Guillauté era un hombre muy ambicioso y no paraba de idear planes extravagantes para resolver los

problemas del mundo (también ganó un premio por diseñar un puente de barcas que permitiría el paso de 36.000 personas al día). Voltaire se burlaba de estos hombres, a los que llamaba *faiseurs de projets* (hacedores de proyectos), *amateurs* con ideas peregrinas para revolucionar la sociedad.

No obstante, los números de las casas eran una empresa ideal para un hombre de la Ilustración como Guillauté. Asignar un número a cada casa promovía los principios fundamentales ilustrados: el racionalismo y la igualdad. Debía ser sencillo moverse por las ciudades y fácil encontrar a las personas. Los impuestos se recaudarían, los criminales serían capturados con facilidad. Y la casa de un campesino tendría número, igual que la de un aristócrata. La Ilustración, con su propósito de «iluminar» la oscuridad, quería que el Estado viera a sus ciudadanos: a todos.

El libro de Guillauté no recibió ningún reconocimiento digno y no fue implementado por la policía. Ni siquiera sabemos si el rey llegó a verlo. Pero continúa siendo un logro destacable, no solo porque sus ideas fueran originales, sino porque pronto dejarían de serlo. A pesar de que pocos leyeran su trabajo, y con independencia del mismo, comenzaron a aparecer complejos sistemas de nomenclatura y numeración por todo el mundo. Guillauté se tenía por un inventor, pero en realidad fue un vidente. Adivinó un nuevo tipo de gobierno, un gobierno al que, para bien o para mal, le importa dónde vives.

¿Resulta sorprendente que hubiera tantos que se rebelaran contra la nueva numeración de sus hogares? A finales del siglo XVIII, como nos recuerda el historiador Marco Cicchini, las autoridades de Ginebra decidieron comenzar a numerar cosas.[206] Comenzaron numerando a las personas (en concreto, no se sabe muy bien por qué, a los grabadores), luego los carros, los carruajes y los caballos también. Más tarde, para mantener el orden después de una revuelta, la ciudad envió a dos pintores profesionales a escribir los nombres de las calles y números en las paredes.

Solo en una noche, los habitantes de Ginebra destruyeron ciento cincuenta números, incluso mientras el ejército patrullaba la ciudad, en busca de los vándalos que borraban los números.[207] Los pintores los repintaron. En el juicio, algunos adujeron (imagino que avergonzados) que no sabían que no estaba permitido borrar los números. No solo era en Ginebra: en toda Europa los números de las casas eran emborronados con excrementos o extraídos con barras de hierro. Los encargados de numerar recibieron palizas, chapuzones y tuvieron que salir corriendo de los pueblos. Al menos uno fue asesinado.[208]

En Estados Unidos había muchas personas temerosas de los empleados del callejero municipal que venían a asignar números a sus viviendas. Según el geógrafo Reuben Rose-Redwood, antes de la guerra de Secesión, los sureños temían que los callejeros fueran parte de un «complot norteño». El callejero vino a confirmar que «ningún norteño, ni impresor ni de ninguna otra profesión, ha tenido o tiene ninguna vinculación con esta publicación».[209] La gente del norte también estaba recelosa, ya que cualquiera que fuera visto con un callejero era considerado un posible oficial de reclutamiento. Les cerraban la puerta en las narices.

Numerar equivale a deshumanizar. En los primeros tiempos de la numeración, mucha gente creía que los nuevos números los privaban de dignidad. Cicchini narra cómo una mujer de sesenta y un años juzgada por vandalizar su número en Ginebra dijo ante el juez que ya bastaba con tener el nombre de la calle grabado en la casa; si las autoridades le añadían «ese número», afirmó, «parecería una inquisición».[210] Un autor suizo de visita en Austria se mostró «horrorizado al ver números en las casas, un símbolo de la mano del gobernante tomando posesión del individuo».[211]

Para explicármelo, Anton Tantner se golpeó el pecho teatralmente: «No soy un número, soy un *hombre libre*», gritó, citando la célebre serie de espías *El prisionero*. Se detuvo: «También es una canción de Iron Maiden».

Para las personas sin autoridad, destruir los números de las casas era una forma de recobrar su humanidad. Cuando los hombres se sacaban los dientes de cuajo o se cortaban los pulgares para evitar el servicio militar, ejercían el único poder a su alcance. Ejercían la violencia contra sí mismos como ejercían la violencia contra sus casas porque, como relata Tantner, «era lo único que les quedaba frente a la autoridad del Estado para numerarlos».[212] Si no podían hacerlo, no podían reclutarte, no podían verte, no podían adueñarse de ti: eras una persona realmente libre.

No eran preocupaciones irracionales. James Scott, que compiló sus ideas en el clásico moderno *Seeing Like a State* (Ver como un Estado), se describe como «marxista sin ambages» y se presenta como un escéptico del Estado moderno[213] (todavía recuerda la silla donde estaba sentado cuando leyó el tomo de casi mil páginas de E. P. Thompson *La formación de la clase obrera en Inglaterra*).[214] Scott ha argumentado que los planes de los Gobiernos para hacer que sus países sean más «legibles» suelen fallar a la gente a la que supuestamente ayudan. Los urbanistas regularizan las ciudades, erradicando las irregularidades vigorizantes de las calles que elogia Jane Jacobs en *Vida y muerte de las grandes ciudades*. Cambiar los barrios pobres por estructurados bulevares desplazó a decenas de miles de habitantes de la clase obrera en el París del siglo XIX, por ejemplo.[215] El intento del Gobierno tanzano para obligar a millones de ciudadanos a instalarse en miles de pueblos rigurosamente planificados diezmó la agricultura del país.[216]

Scott describe cómo incluso las decisiones más inocuas de los Gobiernos, como implantar los apellidos, pueden tener consecuencias nefastas. En Estados Unidos, los funcionarios federales despreciaban abiertamente las costumbres onomásticas de los nativos americanos, que solían ser de género neutro y fluido (Cinco Osos podía convertirse en Seis Osos, señala Scott, después de una cacería exitosa), y los obligaron a cambiarse de nombre como parte de su gran «proyecto civilizador».[217] Prusia le otorgó la

ciudadanía a los judíos en 1812 a cambio de que tomaran apellidos fijos. Un edicto de 1833 obligaba a todos los judíos, no solo a los nacionalizados, a tomar apellidos como Rubenstein y Bernstein de una lista que el Gobierno elegía para ellos. Pero poco después, en 1845, los judíos fueron legalmente confinados a una lista cerrada de apellidos, nombres que no podían cambiar, facilitando que los nazis los identificaran sin esfuerzo. Como ha señalado el historiador Dietz Bering, «los judíos, para los que las puertas del gueto legal se habían abierto en 1812 a medias, ni siquiera del todo, volvieron a ser encarcelados en otro gueto: el de los nombres».[218]

Por lógica, nombrar los caminos fue el siguiente paso. «Seguir los progresos en la formación del Estado supone, entre otras cosas, rastrear cómo se elaboraron y aplicaron sistemas novedosos para nombrar y clasificar los lugares, los caminos, las personas y, sobre todo, la propiedad», describe Scott.[219] Cerca de su casa en Connecticut había una carretera que se conocía por dos nombres diferentes. En Guilford se conoce como Durham Road, porque es la carretera que conduce a Durham. Pero la gente de Durham la llama Guilford Road porque para ellos conduce a Guilford. Son nombres útiles para sus residentes, pero para el Estado son un desastre. Por eso uno de los primeros pasos que da un imperio es renombrar los caminos de manera que sean comprensibles… para ellos.

Scott suele criticar que el conocimiento local se pierde en estos planes para hacer las sociedades más legibles y, aun así, reconoce, el Gobierno afirma que su propósito es bienintencionado. Guillauté no entendía a la policía como personas que hacían valer la ley; de hecho, lamentaba que hubiera tanta gente preocupada por las leyes y tan poca por las buenas prácticas de prevención de delitos. En su París utópico, Guillauté le encargaba a la policía supervisar la limpieza de las calles y el encendido de las farolas, comprobar la seguridad de ventanas y balcones, inspeccionar vehículos y visitar cada hogar una vez al año en compañía de un experto, que recomendaría las reparaciones necesarias. Tenía ideas, explica

Birignani, sobre cómo hacer la lactancia más sana y arreglar el diseño de los tejados de París, que vertían el agua en las calles (halló un modelo mejor en la Biblia: un parapeto ideado por Moisés). Estas ideas sobre el bienestar público ya formaban parte de la policía francesa, que se tenía por un cuerpo con competencias de gestión municipal. En su visión de la vigilancia —un concepto tan francés, según un comentarista, como las *crêpes suzette*—, la gente necesitaba una policía siempre atenta de salvaguardar su felicidad. [220]

Incluso en época de María Teresa, la gente pronto abandonó sus sospechas cuando se dieron cuenta de los beneficios que les procuraba la numeración de los hogares. Te llegaba el correo; Mozart recibía el suyo en doce direcciones distintas de Viena. Era más fácil orientarse en la ciudad. Los números tenían otras utilidades. Como Tantner afirma, en el invierno de 1771 se colgó un cartel que rezaba: «Perdido cachorro boloñés, es un macho blanco con ojos azules, pero uno es más claro que el otro, con el morro pequeño y la nariz negra»; su dueño lo esperaba impaciente en el número 222 de Bognergasse.[221]

Un día lluvioso y cálido de mayo, tomé el tren y luego el autobús para ver el libro original de Guillauté en Waddesdon Manor, un magnífico castillo estilo francés plantado, con cierta incongruencia, junto a un pueblo de Buckinghamshire, en Inglaterra. El barón Ferdinand de Rothschild mandó construir Waddesdon Manor en 1889 como un refugio de fin de semana y alberga su excelente colección de muebles franceses y retratos británicos. Fue una de las primeras viviendas de Gran Bretaña en tener electricidad. Según se cuenta, cuando la reina Victoria fue de visita, se pasó diez minutos encendiendo y apagando las luces. Su hijo, el futuro rey Eduardo VII, era amigo del barón Ferdinand y huésped habitual de la casa.

Rachel Jacobs, una de las comisarias de la enorme colección, me condujo por una escalera de servicio que subía desde la cocina hasta la biblioteca. Se encuentra en una zona de la casa que antes se conocía como «los

apartamentos de los solteros», destinada a los hombres que acudían a las fastuosas fiestas de fin de semana que organizaba Rothschild. Hoy día, la estancia tiene ese aspecto cálido, de guarida de caballero inglés, con estanterías del suelo al techo, alfombras persas y sofás Chester en piel verde.

Acompañada por Rachel, hojeé todas las páginas del voluminoso libro de Guillauté, hecho de papel de trapo, el de mejor calidad de su época. Los dibujos de Gabriel St. Aubin eran luminosos y realistas. Guillauté incluyó bocetos de los detallados formularios que los oficiales rellenarían y croquis complejos del aspecto del Sujetapapeles, acompañados de dibujos de los funcionarios que lo manejarían, ataviados con calzas y peluca. Me esperaba una apariencia siniestra, pero resultaba solemne, incluso elegante.

Rachel me llevó a dar una vuelta por el *château* y nos dirigimos a la Habitación Matutina, donde normalmente se encuentra el libro de Guillauté. Era una estancia pensada para que los juerguistas se relajaran, aunque no parece un lugar muy apto para tal fin, con un adusto retrato de Gainsborough, rígidos sofás de brocado y paredes de papel pintado dorado. Me imaginé a uno de estos aristócratas despreocupados, incluso al mismísimo príncipe de Gales, sacando de un estante la obra maestra de Guillauté al azar. ¿La leería?

Sentía curiosidad por el barón Ferdinand de Rothschild, que nació en París, fue educado en Viena y plantó este extravagante castillo francés en mitad de la campiña inglesa. En sus memorias, sitúa los orígenes de su apellido en el gueto judío de Fráncfort, desde donde su bisabuelo envió a sus cinco hijos a capitales europeas para crear una dinastía internacional de banqueros.

«Debería decir que mis ancestros tomaron su nombre de un escudo rojo —en alemán, Rothschild— que colgaba de la puerta de su casa en Fráncfort —escribió—. Este escudo hacía las veces de cartel en una época en que las casas todavía no estaban numeradas y los judíos, por norma general,

carecían de apellido. La familia lo adoptó como blasón en 1819, cuando fueron ennoblecidos por el emperador de Austria».[222] Ese emperador fue Francisco II, el nieto de la emperatriz María Teresa.

Cuando estaba en Viena, Anton Tantner interrumpió nuestra ruta en busca de números para resguardarnos en el café Korb, la antigua cafetería de Freud. Allí me contó que la numeración había tenido efectos insospechados en las vidas de los habitantes del imperio. José II, que lideró el imperio Habsburgo junto a su madre, María Teresa, estaba muy influido por los principios de la Ilustración. Alentó el diálogo entre los oficiales que numeraban las casas y la gente de a pie. Los militares, que para entonces habían recorrido gran parte del imperio, informaron diligentemente a su regreso de las condiciones de vida de la gente: de la falta de educación, de la mala salud, de los terribles abusos que vivían a manos de los terratenientes.

Mientras tomábamos café, Tantner me contó que encuentra relación entre estos informes militares imperiales y las reformas que el Gobierno de José II emprendió, como terminar con la servidumbre y establecer una educación gratuita. Al parecer, según Tantner, el imperio no solo había encontrado y numerado a sus súbditos, también los estaba escuchando.

---

[181] Tantner, Anton, «Gallery of House Numbers», disponible en: https://homepage.univie.ac.at/anton.tantner/housenumbers/exhibition.html.

[182] Tantner, Anton, «Addressing the Houses: The Introduction of House Numbering in Europe», *Histoire & Mesure* 24, n.º 2 (diciembre de 2004), p. 7. Para más información, véase Tantner, Anton, *House Numbers: Pictures of a Forgotten History,* Londres: Reaktion Books, 2015, trad. de Anthony Mathews.

[183] Crankshaw, Edward, *Maria Theresa*, Nueva York: Viking Press, 1970, p. 3. La web sobre historia *The World of the Habsburgs* proporciona una excelente panorámica sobre los Habsburgo. Véase «Maria Theresa—the Heiress», *The World of the Habsburgs,* disponible en: https://www.habsburger.net/en/chapter/maria-theresa-heiress.

[184] *The World of the Habsburgs*, «Maria Theresa in the Eyes of Her Contemporaries», disponible en: https://www.habsburger.net/en/chapter/maria-theresa-eyes-hercontemporaries.

[185] Yonan, Michael, «Conceptualizing the Kaiserinwitwe: Empress Maria Theresa and Her Portraits», en *Widowhood and Visual Culture in Early Modern Europe*, Burlington: Ashgate Publishing, 2003, p. 112.

[186] Para más detalles sobre la numeración de las casas, véase el completo artículo de Tantner, así como su excelente libro: Tantner, *House Numbers*; Tantner, «Addressing the Houses», pp. 7-30.

[187] «The Signs of Old London», *Spitalfields Life*, 5 de octubre de 2011, disponible en: http://spitalfieldslife.com/2011/10/05/the-signs-of-old-london/.

[188] Kane, Kathryn, «Regency Redingote: Historical Snipets of Regency England», 10 de febrero de 2012, disponible en: https://regencyredingote.wordpress.com/2012/02/10/on-the-numbering-of-houses/.

[189] «Review of the First Report of the Postmaster-General, on the Post Office», *London Quarterly Review,* 1855, citado en Thomas, Kate, *Postal Pleasures: Sex, Scandal, and Victorian Letters*, Nueva York: Oxford University Press, 2012, p. 20.

[190] Esterow, Milton, «Houses Incognito Keep Us Guessing as They Did in New York of 1845», *The New York Times,* 24 de enero de 1952, disponible en: https://timesmachine.nytimes.com/timesmachine/1952/01/24/93344794.html?pageNumber=29.

[191] *Ibid.*

[192] Twain, Mark, *The Chicago of Europe, and Other Tales of Foreign Travel,* ed. de Peter Kaminsky, Nueva York: Union Square Press, 2009, pp. 197-198.

[193] Scott, James C., *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven: Yale University Press, 1998, pp. 1-2.

[194] *Ibid.*, p. 2.

[195] *Ibid.*, p. 88.

[196] *Ibid*.

[197] Garner, Edwin, «Seeing Like a Society: Interview with James C. Scott», *Volume* 20 (20 de julio de 2008), disponible en: http://volumeproject.org/seeing-like-a-societyinterview-with-james-c-scott/.

[198] Scott, *Seeing Like a State*, p. 65.

[199] Scott, James C. *et al.*, «The Production of Legal Identities Proper to States: The Case of the Permanent Family Surname», *Comparative Studies in Society and History* 44, n.º 1 (enero de 2002), p. 8.

[200] Smail, Daniel Lord, *Imaginary Cartographies: Possession and Identity in Late Medieval Marseille*, Ithaca: Cornell University Press, 2000, p. 188.

[201] *Ibid*., p. 189.

[202] *Ibid*., p. 192.

[203] Tanto Cesare Birignani como Grégoire Chamayou han descrito pormenorizadamente el trabajo de Guillauté. Véase Cesare Birignani, «The Police and the City: Paris, 1660-1750», tesis doctoral, Columbia University, 2013, disponible en: https://doi.org/10.7916/D87P95K6; Grégoire Chamayou, «Every Move Will Be Recorded», *MPIWG*, disponible en: https://www.mpiwg-berlin.mpg.de/news/features/features-feature14.

[204] Chamayou, «Every Move Will Be Recorded».

[205] *Ibid*.

[206] Cicchini, Marco, «A New “Inquisition”? Police Reform, Urban Transparency and House Numbering in Eighteenth-Century Geneva», *Urban History* 39, n.º 4 (noviembre de 2012), p. 617, disponible en: DOI:10.1017/S0963926812000417.

[207] *Ibid*., p. 620.

[208] Tantner, «Addressing the Houses: The Introduction of House Numbering in Europe», p. 16.

[209] *Charleston City Directory* (1860), citado en Rose-Redwood, Reuben S., «Governmentality, the Grid, and the Beginnings of a Critical Spatial History of the Geo-Coded World», tesis doctoral, Pennsylvania State University, 10 de febrero de 2006, disponible en: https://etda.libraries.psu.edu/catalog/6981.

[210] Jouard, Françoise, «Avec ce numero, “il lui semblera etre dans une inquisition”», *AEG* (octubre de 1782), p. 13967, citado en Marco Cicchini, «A New “Inquisition”?».

[211] Tantner, *House Numbers*, p. 24.

[212] *Ibid.*, p. 25.

[213] Schuessler, Jennifer, «Professor Who Learns from Peasants», *The New York Times*, 4 de diciembre de 2012, disponible en: https://www.nytimes.com/2012/12/05/books/james-c-scott-farmer-and-scholar-of-anarchism.html.

[214] Schouten, Peer, «James Scott on Agriculture as Politics, the Danger of Standardization and Not Being Governed», *Theory Talks*, 15 de mayo de 2010, disponible en: http://www.theory-talks.org/2010/05/theory-talk-38.html.

[215] Scott, *Seeing like a State*, p. 223-226.

[216] *Ibid*., p. 223.

[217] Scott, James C., John Tehranian y Jeremy Mathias, «The Production of Legal Identities Proper to States: The Case of the Permanent Family Surname», *Comparative Studies in Society and History* 44, n.º 1 (2002), pp. 18-29.

[218] Bering, Dietz, *The Stigma of Names: Antisemitism in German Daily Life, 1812–1933*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1991, trad. de Neville Plaice, p. 15, citado en Scott *et al.*, «The Production of Legal Identities», p. 17.

[219] Scott, James, «The Trouble with the View from Above», *Cato Unbound*, 10 de septiembre de 2010, disponible en: https://www.cato-unbound.org/print-issue/487.

[220] The Vocabularist, «The Very French History of the Word “Surveillance”», *Magazine Monitor* (blog), BBC, disponible en: https://www.bbc.co.uk/news/blogsmagazine-monitor-33464368.

[221] Tantner, *House Numbers*, p. 32.

[222] Rothschild, barón Ferdinand de, *Reminiscences*, julio de 1887, Windmill Hill Archive, Waddesdon Manor, n.º 177.1997, citado en Dora Thornton, «Baron Ferdinand Rothschild’s Sense of Family Origins and the Waddesdon Bequest in the British Museum», *Journal of the History of Collections* 31, n.º 1 (9 de marzo de 2019), p. 184, disponible en: DOI:10.1093/jhc/fhx052.

06

Filadelfia

¿Por qué gustan tanto en
Estados Unidos las calles numeradas?

Hubo un tipo en que Manhattan fue Mannahatta, una isla frondosa donde habitaban los osos negros, las cascabeles de los bosques, los pumas y los venados de cola blanca. Croaban tantas ranas arborícoras que, según escribió un naturalista en 1748, era «difícil hacerse oír por encima del estruendo». Los arroyos estaban plagados de anguilas, las marsopas nadaban en el mar y las aves migratorias se refugiaban en los bosques de castaños y tulíperos. Donde hoy se alza Times Square había un pantano lleno de castores y arces rojos.[223] En Manhattan llegó a haber más especies vegetales que en el valle de Yosemite, más aves que en el parque nacional de las Great Smoky Mountains y más comunidades ecológicas que en Yellowstone, según el ambientalista Eric Sanderson.[224] Se ha pasado años imaginando cómo fue Nueva York antes del «despejado y cálido» día de 1609 en que Henry Hudson enfiló el río Muhheakunnuk (hoy conocido como el Hudson).

Welikia es un proyecto de Sanderson (significa «buen hogar» en lenape, la lengua de los nativos americanos que en su día vivieron allí), una guía digital natural que muestra cómo era Nueva York antes de la llegada de los europeos.[225] Cuando tecleo mi antigua dirección en el East Village,

Welikia me dice que mi calle, llena de bloques de apartamentos y restaurantes de *noodles*, en su día estuvo cubierta por carpes americanos, hiedra de Virginia y cozolmecatl, arbustos de *Viburnum*, liquidámbar y margaritas *fleabane*, nombres maravillosos que evocan frondosidad. Los gavilanes americanos y los carboneros de capucha negra sobrevolaban en las alturas. Otras cosas no han cambiado tanto: los seis animales más frecuentes que entonces merodeaban por East Ninth Street eran todos roedores.

Pero entonces Mannahatta se convirtió en Manhattan.[226] Y en el siglo XVIII, la población del centro de Manhattan se había disparado: «Dígales a todos sus feligreses pobres que Dios ha abierto las puertas a su liberación», le escribió el irlandés James Murray a un pastor presbiteriano en Irlanda.[227] Solo en la década entre 1790 y 1800 Nueva York dobló su población. Sin planificación urbanística, el trazado de las calles tenía la misma apariencia azarosa que Londres. Los funcionarios de la ciudad no podían convencer a los propietarios para llevar a cabo un plan de ordenamiento del territorio.

Por eso, el Estado contrató en 1807 a tres hombres para ese trabajo: el abogado John Rutherford, el topógrafo Simeon De Witt y el político Gouverneur Morris. De aquí en adelante los llamaré los comisionados. Les llevó cuatro años idear un plano sencillo: una cuadrícula.[228] Ciento cincuenta y cinco calles que se cruzaban con once avenidas grandes en ángulo recto (la zona baja, o Lower Manhattan, siguió como estaba, con sus calles antiguas; Broadway —del holandés *Brede Weg*— tampoco se tocó).

Morris era el más extravagante de los tres. Fue uno de los padres fundadores (las famosas palabras de la Constitución «Nosotros, el pueblo» son suyas), y se rumoreaba que había perdido la pierna saltando de la ventana de su amante casada (en realidad se la amputaron después de un accidente de carruaje, pero en otro episodio de su diario describe que, mientras vivía en París como ministro para Francia, llevó a su amante

francesa en el regazo a visitar el Louvre «y realizó el acto aun a riesgo de ser descubierto junto a dos puertas y una ventana»).[229] Sus documentos también dan cuenta de su salud (normalmente mala) y sus expediciones de pesca, pero apenas hablan de su trabajo revolucionario como urbanista de su ciudad.[230] El día húmedo y frío que se aprobó la versión definitiva del plan, Morris solo escribió: «Fui a la ciudad con motivo de la comisión para trazar la isla de Manhattan—Cené con el señor Rutherford y ejecutamos los Mapas—Muy indispuesto [por la gota]».[231]

Los comisionistas no expusieron ningún razonamiento pragmático que justificase la cuadrícula. «No podían evitar considerar —escribieron— que una ciudad sobre todo se compone de viviendas y que las de paredes y ángulos rectos son las más baratas de construir y las más cómodas para vivir». Dibuja Notre Dame. Ahora prueba con el Empire State Building. Es la misma lógica.

Pero Manhattan no era un folio en blanco. El informe de los comisionistas no menciona las presas de los castores o los antiguos arroyos, ni siquiera que la palabra lenape *Mannahatta* posiblemente significara «isla de muchas colinas». No incluye ninguna alusión a la topografía. Ni alude a los kilómetros de ríos y playas arenosas, ni los cientos de colinas, ni las docenas de lagunas: nada de eso importaba frente a la cuadrícula. Clement C. Moore, el propietario del actual Chelsea, no estaba a favor del plan, porque la Novena Avenida atravesaba su propiedad. «He aquí —dijo de los comisionistas— los hombres que arrasaron las siete colinas de Roma».[232]

No fue el único que puso objeciones. «Estos lugares magníficos están condenados», escribió el autor Edgar Allan Poe, tan sombrío como siempre, desde su granja alquilada al norte. «En menos de treinta años cada noble acantilado será un muelle y toda la isla será profanada por edificios de ladrillo y portentosas fachadas de caliza roja».[233] Gran parte de la isla estaba ocupada todavía por tierras de cultivo (durante la guerra de la Revolución, George Washington cabalgó a través de los campos de maíz

para levantar a las tropas contra los británicos en la esquina de la calle 42 con la Quinta Avenida).[234] Pero el plan de los comisionados no incluía apenas zonas verdes, algo que justificaban porque con «los amplios brazos de mar que abrazan la isla de Manhattan» los neoyorquinos no necesitarían parques para tener aire fresco. La tierra era demasiado valiosa (Central Park se añadiría al plan en la década de 1850).

El topógrafo John Randel, un veinteañero contratado para trazar la cuadrícula, fue arrestado a menudo por invadir la propiedad (una vez tuvo que pagar su fianza un antiguo alcalde en ausencia de los comisionados) y sus postes eran arrancados por los vecinos furiosos.[235] Se abrió paso a hachazos por los bosques, se enfrentó a perros y a lanzamientos de coles y alcachofas, mientras familias enteras trataban de echarle de sus tierras.[236] Un agricultor del West Village lo denunció por destruir, entre otras cosas: «Cinco mil remolachas, cinco mil siembras de patata, cinco mil zanahorias, cinco mil rábanos, veinte mil arbustos y plantones de fresas», además de cinco mil tulipanes, muy valorados.[237] Randel también era un hombre de la Ilustración convencido de que era posible domesticar el paisaje y obligarlo a obedecer sus líneas rectas.[238]

¿Acaso se puede crear la ciudad más grande del mundo sin destruir unas siembras de patatas? Nueva York iba a ser inmensa. Como escribió un neoyorquino: «Alguien con la inquietud de ver el proceso de transformación de una ciudad: campos convertidos en calles y solares; feos acantilados, en mansiones señoriales, y filas de edificios sustituyendo pastos, aquí la verá satisfecha».[239] Fueron muchos los satisfechos. Años más tarde, Randel diría con suficiencia que quienes intentaron obstruir su trabajo «eran ahora ricos gracias a él».[240] La nueva cuadrícula, con sus ángulos rectos y parcelas del mismo tamaño, facilitaba la compraventa de terrenos. El economista Trevor O’Grady ha estimado que entre 1835 y 1845 el nuevo plan incrementó el valor del suelo en un 20 por ciento.[241]

Para muchos neoyorquinos, este beneficio económico bastaba para justificar la cuadrícula. Como recoge Pauline Maier, Nueva York fue fundada por la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales como un puesto comercial, con el único propósito de hacer dinero. A los colonizadores neerlandeses, a diferencia de los ingleses puritanos, sí les gustaba su patria. Los neerlandeses alentaron a inmigrantes de distinta procedencia a que poblaran la ciudad precisamente porque no lo querían hacer ellos.[242] Estos primeros neoyorquinos estaban obsesionados por acumular riqueza. La ciudad estaba, como señaló el reverendo John Sharpe en 1713, «tan convenientemente situada para el comercio y era tal el ingenio de sus gentes y su inclinación al comercio que no precisaban de otra educación para sus hijos que no fuera la aritmética». Añadió que, más allá de lo básico, «había que imponerles la educación sin que la buscasen y en contra de su voluntad».[243]

Si Boston era la empollona, Nueva York era el deportista despreocupado y su rival más cercano. Los puritanos habían fundado Harvard solo unos años después de desembarcar. Nueva York tardaría setenta años en adquirir su primera imprenta, a pesar de que se fundó antes que Boston. El bostoniano John Adams admiraba la elegancia de Nueva York; como describe vivamente Maier, en las cartas que envió a casa durante una visita a la ciudad «pormenorizaba cariñosamente» la mesa del desayuno de su anfitrión: «Una vajilla lujosa, una cafetera de plata muy grande, una tetera de plata enorme, servilletas del más fino hilo». Pero le desagradaban los neoyorquinos: «Hablan muy alto, muy rápido y todos a la vez», anotó, contrariado. «Si te hacen una pregunta, antes de que puedas pronunciar tres palabras, te cortan de sopetón y se ponen a hablar».[244] La ciudad natal de Adams, en general, se quedó con su dédalo de calles. Pero Nueva York, con su poderosa cuadrícula, pronto la superaría.

Después de trazar la cuadrícula, los comisionados tomaron otro paso poco habitual. En lugar de nombrar las avenidas y las calles, las numeraron.

Las calles en el plano iban de la calle 1 a la 115; las avenidas, de la Primera a la Duodécima. Las avenidas de la zona de la isla que daban al este en Lower Manhattan (cerca de mi antiguo piso en el East Village) se llamaron de la A a la D y le dieron al barrio su sobrenombre, Alphabet City.

Las calles numeradas son en gran medida un fenómeno estadounidense. A día de hoy, cualquier ciudad estadounidense de más de medio millón de habitantes tiene calles numéricas (y la mayoría tienen calles con letra).[245] Según los datos del censo, la calle 2 es el nombre más frecuente en las ciudades norteamericanas (se debe a que en muchos sitios la denominación Main Street, o calle Mayor, sustituye a la calle 1), entre los nombres más comunes, siete de cada diez calles en Estados Unidos son números.

Como apunta el geógrafo Jani Vuolteenaho, en Europa los números rara vez aparecen en el callejero.[246] En Madrid, en 1931, durante el periodo conocido como Segunda República, alguien sensato sugirió que se podían utilizar números para evitar conflictos en caso de que hubiera que renombrar las calles. El ayuntamiento desdeñó la idea de plano y explicó que las calles numeradas «no encajaban con la tradición española» que honraba a los ciudadanos ilustres «prestándoles su nombre a calles en pueblos y ciudades».[247] En la actualidad todavía existen reglamentos por toda Europa que rechazan el uso de números en el callejero. En Estonia, nos recuerda Vuolteenaho, están prohibidas por ley.[248]

Los comisionados de Nueva York arrasaron los campos y llenaron de piedras los lechos de los ríos para trazar sus calles numeradas. Pero las ciudades europeas se resistieron a ellas. ¿Por qué?

En 1668, cuando William Penn tenía veinticuatro años, fue encarcelado en la Torre de Londres. Penn se había unido a la Iglesia de los Amigos, más conocidos como cuáqueros, una comunidad religiosa prohibida en Inglaterra. Poco después de hacerse cuáquero, Penn escribió *The Sandy Foundation Shaken* (Los cimientos temblorosos agitados), un libro donde,

según algunos, cuestionaba la divinidad de Cristo. Por este motivo, acabó en la Torre.

En esa fortaleza amurallada pasaba sus días a solas (*sir* Walter Raleigh, que pasó más de doce años en la Torre, al menos pudo llevarse a su mujer consigo). En su diminuta habitación, Penn solo podía ver a su padre y a un obispo, los cuales le rogaban que cambiara de parecer. «Pero, como le dije —escribiría Penn más tarde—, la Torre fue el peor argumento que podían utilizar para convencerme; daba igual quién estuviera en lo cierto, los que usan la fuerza contra la religión siempre se equivocan». En lugar de hacer un escrito retractándose, escribió un texto fundamental para los cuáqueros, *No Cross, No Crown* (Sin cruz no hay corona), citando decenas de autores de memoria.[249] El alcaide de la Torre de Londres se compadecía de él. «Le aseguro, señor Penn, que siento lástima por usted, como caballero ingenioso que es, todo el mundo debería tolerarle y usted tolerar, y teniendo una hacienda tan abundante, ¿por qué busca la infelicidad asociándose con gente tan simple?».[250]

Era una buena pregunta. La conversión de Penn al cuaquerismo era desconcertante. Su padre era un almirante rico y respetado, un caballero que había traído personalmente a Carlos II de su exilio. Y su joven hijo se había convertido al cuaquerismo, una religión basada en el rechazo a las jerarquías sociales (al principio se llamaron «los Hijos de la Luz», luego adoptaron el apodo «cuáqueros» —de *quake*, «temblor»— que utilizaban sus detractores porque los veían estremecerse cuando rezaban). Los cuáqueros creían que Dios se aparece a cada individuo, sin necesidad de intermediarios, como los sacerdotes o los reyes. También vestían un atuendo sencillo: William Penn incumplía esta norma al llevar peluca después de perder todo el pelo por culpa de la viruela. Y los cuáqueros usaban los pronombres personales de segunda persona *thee* y *thou*, que en el siglo XVII estaban reservados a las personas más cercanas y así los usaba hasta el rey.

En la Inglaterra del siglo XVII, los cuáqueros vivían en peligro a causa de su fe. El joven Penn se negó a quitarse el sombrero en presencia del rey, obligando a que el rey se descubriese y declarase con ingenio que «es costumbre en estos lares que solo haya un hombre descubierto al mismo tiempo».[251] A Penn le quedó claro, pero siguió en sus trece.

Pasó siete meses y doce días en la soledad de la Torre.[252] Y, poco después de su liberación, volvió a encontrarse en una cárcel de Londres. Acababa de regresar a la capital desde Irlanda, donde había acudido a encargarse de las tierras de su padre, cuando descubrió que la casa de reunión cuáquera en la calle Gracechurch había sido clausurada por la policía. Se puso a predicar en la calle. Un agente de policía calculó que cuatrocientas o quinientas personas se habían reunido alrededor de Penn y su compañero William Mead. El agente no podía alcanzarlos, pues se topó con que «la gente la emprendía a patadas en las espinillas conmigo y con mis hombres».[253] Al final, Penn y Mead fueron arrestados.

Durante el juicio, el juez ordenó al jurado que los condenase, pero el jurado se negó. Entonces el juez encerró al jurado entero «sin comida, ni bebida, ni fuego, ni tabaco».[254] Cuando el jurado entregó el veredicto de no culpable por cuarta vez, el juez abandonó su puesto no sin antes expresar su rechazo por los cuáqueros, a los que llamó «una turba inhumana». «Hasta ahora no comprendía la política y la prudencia de los españoles, que han de sufrir una Inquisición —declaró—. Mas nunca nos guiaremos convenientemente a menos que haya una especie de Inquisición española en Inglaterra».[255] Al final no tuvo más remedio que aceptar el veredicto y el caso se convirtió en un texto fundacional, ya que asumía el derecho del jurado a forjarse su propia opinión, sin importar las pruebas contra el acusado.

Penn habría sido puesto en libertad rápidamente si hubiera pagado una multa por negarse a quitarse el sombrero en la sala (los sombreros siempre metían a Penn en problemas).[256] Aunque su padre había caído enfermo,

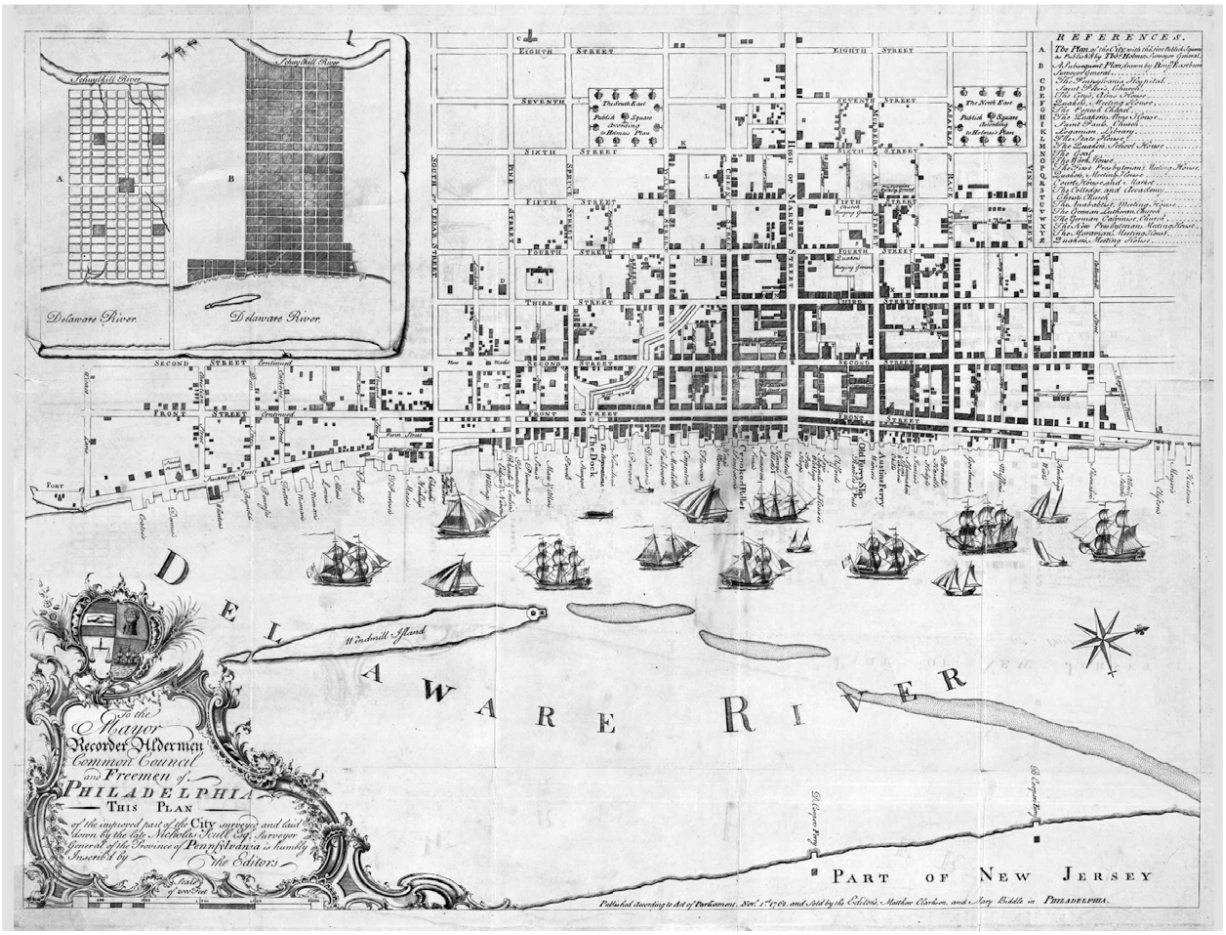
Penn se negó a pagar por principios y le rogó a su padre que no pagase en su nombre. Pero al fin la multa se saldó y Penn llegó a casa nueve días antes de la muerte de su padre.

Cuando Penn se convirtió, su padre lo había apaleado, pero con el paso de los años la fe de su hijo había aplacado su resistencia. «No dejes que nada en el mundo te tiente a agravar tu conciencia», le decía. Además de tierras y dinero, Penn heredó los intereses de un préstamo que su padre le había hecho al rey por valor de dieciséis mil libras. En lugar de reclamar la deuda (no habría tenido mucho éxito seguramente, el rey estaba sin blanca), Penn negoció un pago diferente: tierras en América. Todos ganaban: el rey se libraba de la deuda y de William Penn, que se llevaría consigo a los pesados de los cuáqueros.[257] Con las escrituras que le otorgaban once mil hectáreas de suelo americano, Penn se convirtió en el mayor propietario de Inglaterra después del rey.

Con treinta y seis años, Penn podía volver a empezar. Había sido expulsado de Oxford por su «postura inconformista» y describió el lugar como un «pozo infernal de depravación», lo que le valió los latigazos de su padre.[258] Había viajado por toda Europa, a veces se pasaba veinticuatro horas seguidas en un carro, predicando en varios idiomas, pagando las fianzas de los cuáqueros para sacarlos de la cárcel y salvando a otros de un destino incierto. Había escrito libros y panfletos sobre los entresijos de la doctrina y había estado en prisión en seis ocasiones. Pero ya no tenía que salvar a los cuáqueros de Inglaterra. Podía sacarlos de allí. El almirante Penn, que había echado a su hijo de casa después de su conversión, les había proporcionado a los cuáqueros una vía de salvación con su testamento.

Penn se dispuso a llevar a cabo su «sagrado experimento» en las Américas. Quería llamar a su boscosa colonia Sylvania, derivada de «bosque» en latín, pero el rey insistió en que añadiera «Penn» al nombre en honor a su padre. Filadelfia, que significaba «amor fraterno» en griego,

sería la colonia de referencia en «Pennsylvania». Penn nombró topógrafo en jefe a Thomas Holme, un cuáquero viudo que hizo el largo viaje a la nueva colonia con sus cuatro hijos.[259] En 1692, Penn le pidió que trazase la nueva ciudad. El diseño que le proponía era una cuadrícula. «Dibuja la forma de la ciudad para que todas las calles sean uniformes desde el límite con los campos hasta la orilla del mar», describió.[260] Se imaginó un plano geométrico con calles que se cruzaban y daban lugar a manzanas rectangulares. «Construye las casas en fila o encima de una línea, todas las que haya».[261] Manhattan todavía era una aldea, faltaba más de un siglo para su cuadrícula.



Mapa antiguo de Filadelfia.

Penn no había bautizado su colonia, pero podía nombrar las calles. Aunque parece que Holme quería darles el nombre de personas (él incluido), Penn rechazó la idea por indecorosa. Su alternativa encajaba mejor con los ideales cuáqueros.[262] Estos rechazaban utilizar los nombres de los meses del calendario gregoriano debido a su origen pagano; en lugar de «enero» o «febrero», decían «primer mes», «segundo mes» (con los meses de septiembre a diciembre, que tomaban su nombre de los números latinos, no había problema). Lo mismo pasaba con los días de la semana: la escuela dominical era la «escuela del primer día». Siguiendo esta idea, Penn nombró las calles con números de norte a sur —segunda calle, tercera calle, cuarta calle— identificando las líneas rectas y racionales de la cuadrícula.

Y así fue como William Penn, uno de los primeros urbanistas de América, también introdujo las calles numeradas en las ciudades estadounidenses. Llamó a las calles perpendiculares «con nombres de cosas que crecen espontáneamente en este país», comenzando otra moda en la nomenclatura, como Cherry (cerezo) o Chesnut (castaño). La calle que el pobre Holme quería para sí mismo se llamó Mulberry Street (calle Morera).[263]

No obstante, Penn no había sido el inventor de la ciudad en cuadrícula. Peter Marcuse, profesor de Urbanismo, explica que los campamentos romanos solían seguir un esquema de cuadrícula cerrada, rodeados por murallas y fortificaciones (Marcuse no es fan de la cuadrícula; añade que la voz inglesa *grid* deriva de *gridiron*, un instrumento de tortura medieval parecido a una parrilla diseñado para sujetar a los mártires encima de las ascuas). Una ciudad antigua de Pakistán, Mohenjo Daro, también tiene forma de cuadrícula, como también la tenía Mileto, la ciudad de la antigua Grecia. Los españoles, afirma Marcuse, también utilizaron cuadrículas en sus colonias de América y los franceses en África, lo que les proporcionaba «un diseño uniforme que podía emplearse fácilmente tanto en el país colonizador como en la colonia, aunque estuviera alejada».[264] Pero en

América del Norte fue Penn el que popularizó la cuadrícula como herramienta de urbanismo por motivos distintos y más pacíficos.

Avancemos hasta 1784, cuando Thomas Jefferson, que acababa de esbozar la Declaración de Independencia, se enfrentaba a otra tarea imposible: qué hacer con todo el territorio sin cultivar al oeste y que ahora era oficialmente americano. El nuevo Gobierno era rico en tierras, pero pobre en liquidez. Para vender tierras había que hacer un peritaje y dividirlas en pulcras parcelas para poder describirlas, comprarlas y venderlas a distancia con facilidad.

Para hacerlo, también Jefferson recurrió a la cuadrícula. Las nuevas praderas, lagos, montañas y desiertos de Estados Unidos tenían que ser topografiados de una manera idéntica (está claro que las tierras no eran nuevas; el Gobierno se pasaría gran parte del siguiente siglo expulsando a los nativos americanos de su cuadrícula). La ordenanza de organización del territorio de 1785, influida por las ideas de Jefferson, daba instrucciones a los topógrafos para que trazasen líneas de norte a sur que se cortasen en ángulos rectos, dividiendo el territorio en términos municipales de noventa y tres kilómetros cuadrados.[265] Los lotes se numeraban y, por cuestiones de rapidez y eficiencia, las calles también.

Como señala el historiador Vernon Carstensen, los topógrafos se dispusieron a cubrir el país para organizar millones de acres de territorio en cuadrados exactos, todo lo que encontraron «en la superficie curva de la tierra». Algunos llevaron a cabo su tarea con diligencia. Otros, ya fuera por ineptitud, falta de instrumental o alcoholismo, trazaron líneas sinuosas. Por lo visto, hubo uno que midió el diámetro de la rueda de un carro con una cuerda y luego se subió a otro para contar las rotaciones. Pero, en general, el territorio fue dividido en parcelas proporcionadas y ángulos rectos. «Se tendían líneas rectas por las praderas, las colinas, las montañas, los pantanos y los desiertos, y algunas incluso por encima de los lagos poco profundos», enumera Carstensen.[266] «Como las abejas, las hormigas u

otras sociedades bien organizadas, una vez que se decantaron por un modelo de medición rectangular, los estadounidenses no cejaron en su empeño».[267] Al final, los topógrafos cubrieron el 68 por ciento del territorio continental de dominio público de Estados Unidos.

Como sucedió en Manhattan, la partición del Oeste mediante una cuadrícula convirtió el territorio en fichas de juego que cambiaban de manos con facilidad. Pero Carstensen, que ha estudiado a fondo la medición del terreno, veía en esta estrategia un propósito más elevado. «Nadie sabrá nunca lo mucho que contribuyeron las líneas rectas del modelo rectangular a garantizar la paz durante el siglo XIX», señala. En las zonas del país donde el mapa parecía una «loca colcha de *patchwork*», como Tennessee y Kentucky, las disputas por las lindes del terreno habían provocado rencillas asesinas durante generaciones. Pero las tierras mejor trazadas no fueron objeto de venganza. «Las líneas rectas facilitaron que un país políglota pudiera dividirse mejor. [El poeta] Robert Frost decía que las buenas vallas hacen buenos vecinos. Podría haber dicho que una división clara del territorio facilita su colonización».

Las cuadrículas varían en cuanto a tamaño y forma en cada ciudad. Algunas tienen manzanas rectangulares (Manhattan); otras, cuadradas (Houston); algunas son muy grandes (en Salt Lake City son de seiscientos sesenta por seiscientos sesenta pies, inspiradas en el pensamiento mormón de su fundador, según el cual las parcelas debían ser lo suficientemente grandes para albergar cultivos dentro de la ciudad); otras, pequeñas (en Portland, Oregón, son de sesenta por sesenta metros). Las parcelas de terreno, emparejadas con frecuencia con las calles numeradas, reflejan la imagen de Estados Unidos como un país organizado, pragmático y realmente nuevo. Ya que las cuadrículas hacen que orientarse sea más fácil, parecía que el territorio diera la bienvenida a los recién llegados que no paraban de acudir. La gente se sentiría más en casa en Nueva York, estaría

más dispuesta a llamarse neoyorquina porque no tendría que detenerse en una esquina a mirar un mapa como haría un despreciable turista.

Un país europeo no podría rehacer el paisaje de esta manera. Michael Gilmore, que ha documentado minuciosamente la obsesión de Estados Unidos por las líneas rectas, nos cuenta la historia de Wolfgang Langewiesche, un inmigrante alemán. Como piloto, Langewiesche observaba la «cuadrícula matemática» del país desde el aire. «Para Langewiesche —dice Gilmore—, el paisaje es como una hoja de papel cuadriculado donde están escritos los principios básicos de la identidad estadounidense». No hay murallas, ni castillos, ni catedrales que expongan la religión del Estado. Era lo opuesto al Viejo Mundo y un «diagrama del contrato social», concluyó Langewiesche, tras observar las ciudades desde las alturas. La cuadrícula es «un diseño para los hombres independientes». [268]

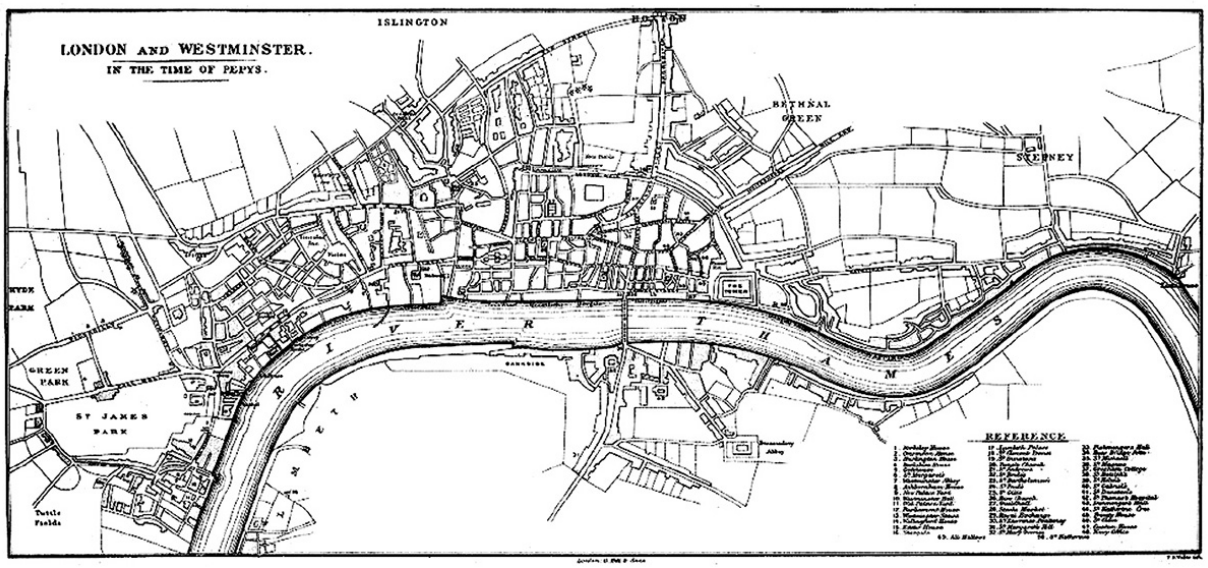
Es, en cierto modo, un homenaje apropiado para Penn, un hombre de creencias radicales e independientes que rechazó de plano la tradición europea en su nueva ciudad. Por eso es tan irónico que Penn posiblemente tomase la idea de la cuadrícula de los ingleses.

La noche del 2 de septiembre de 1666, Samuel Pepys, hoy conocido por escribir un extenso y detallado diario, dormía cuando su criada, Jane, los despertó a él y a su mujer para anunciarles que un gran incendio se aproximaba. Pepys regresó a la cama. Cuando se despertó de nuevo, fue a pie hasta la Torre de Londres y subió bien alto, «y vi las casas del otro extremo del puente ardiendo y un enorme fuego a ambos lados del puente». [269] Pepys describió cómo las palomas «se resistían a dejar sus nidos y planeaban junto a las ventanas hasta que a algunas se les quemaban las alas y caían».[270] El fuego, que había comenzado en una panadería de Pudding Lane, se ensañó con Londres y destruyó cinco sextos de la ciudad.

Pepys, funcionario naval, era vecino y compañero del almirante Penn, el padre de William Penn (la segunda tarde del incendio, Pepys y Penn

cavaron un hoyo juntos en el jardín, donde enterraron su vino y el «queso parmesano» de Pepys para protegerlo de las llamas). Pero Pepys, en general, no parecía tenerle mucho aprecio al almirante. El 5 de abril de 1666, antes de que tuviera lugar el incendio, Pepys escribe en su diario: «A la oficina, donde la falsedad y las impertinencias de *sir* W. Penn harían enloquecer a cualquiera». (Pepys también conocía al joven William Penn, que aparece en su diario en varias ocasiones. En diciembre de 1667, Pepys anota escuetamente que el hijo del almirante ha regresado de Irlanda «como cuáquero, algo muy melancólico»).

El incendio no destruyó los hogares de Pepys y Penn, pero sí que engulló ochenta y siete iglesias, mil trescientas casas, cuatrocientas calles e iconos de la ciudad como la catedral de San Pablo, la prisión de Newgate (donde el joven Penn estuvo encarcelado) y uno de los baños públicos más grandes de Europa. Miles de refugiados acamparon en los parques públicos.[271]



Londres en la época de Pepys, antes del gran incendio de 1666.

El rey, Carlos II, anunció que la ciudad de Londres resurgiría de sus cenizas más hermosa que nunca. Los arquitectos y los diseñadores se apresuraron a presentar sus ideas. Casi todos los proyectos para reconstruir

Londres incorporaban algún tipo de cuadrícula. Robert Hooke, el erudito que construía telescopios, contribuyó a descubrir la teoría ondulatoria de la luz, intuyó la evolución y opinó que la gravedad era inversamente proporcional a la distancia entre los cuerpos, pronto añadió a su currículo una nueva ocupación, la de primer topógrafo de Londres. Propuso una cuadrícula básica que no se diferenciaba mucho de la de Nueva York. El cartógrafo Richard Newcourt sugirió una cuadrícula interrumpida por manzanas abiertas, donde situaba las iglesias. Christopher Wren, el responsable de reconstruir las cincuenta y dos iglesias calcinadas por el fuego, incluida la catedral de San Pablo, habría optado por un Londres más continental, con largas avenidas y plazas espléndidas. Pero también su plan era, en parte, una cuadrícula.

Londres después del incendio.

Valentine Knight, un capitán (y también un pícaro, porque una vez prendió fuego a una posada y luego tuvo la osadía de dispararle a la posadera viuda porque había apagado el incendio), también diseñó una ciudad con una cuadrícula bastante pareja. Pero el señor Knight sugirió que el rey debía cobrar el transporte por los canales incluidos en su plan.[272] No era mala idea, pero solo la simple insinuación de que el rey podía aprovecharse de la tragedia enfureció a los londinenses. Knight fue encarcelado.

En el fondo, Londres era un perro viejo. La gente quería que se reconstruyera la ciudad, que se hiciera rápido y de la misma manera que la recordaban. Ya se estaban construyendo estructuras temporales en el antiguo trazado. Tampoco había dinero para indemnizar a los dueños de las tierras —que deberían cederlas para construir nuevas calles— si se quería rediseñar el trazado. Aunque algunas calles se ampliaron y se enderezaron y las nuevas estructuras debían ser de ladrillo o de piedra por normativa, la Londres de después del incendio se parecía mucho a la de antes.

Charles Hind, uno de los comisarios de una exposición sobre los planes de reconstruir Londres después del fuego, afirmó a *The Guardian* que admiraba el diseño práctico y sencillo de Wren. «Pero me alegra que no se llevara a cabo su propuesta. Creo que un plan maestro de ese calibre era poco inglés. Me gusta mucho el desarrollo natural de Londres a lo largo de los siglos, con su espontaneidad».[273] Pero para los colonos europeos Estados Unidos era una página en blanco.

William Penn se habría enterado de estos planes para reformar la ciudad. Y Penn habría visto la devastación causada por el fuego de primera mano y sabría, como Pepys, que había sido causada en parte por culpa de las viviendas hacinadas y las calles desordenadas. Filadelfia no repetiría los errores de Londres. Tendría una cuadrícula.

Muchos han criticado las cuadrículas tachándolas de feas y sosas, sin la belleza de los bulevares de París ni el encanto de los callejones sinuosos de

Londres. Pero no es un diseño que buscara ser hermoso. En el libro donde detalla cómo se llevó a cabo la cuadrícula de Manhattan, Gerard Koeppel cita un artículo de 1900 de *The New York Herald* donde entrevistaban a cinco personas para preguntarles cómo embellecerían la ciudad. Hubo quien sugirió plantar árboles o construir fuentes, por ejemplo. Uno de estos neoyorquinos, Niels Gron, había nacido en Dinamarca. «Antes de llegar a este país y en todo el tiempo que he pasado aquí —dijo—, nunca se me había ocurrido pensar en Nueva York como una ciudad hermosa».[274] Esperaba que fuera poderosa y magnífica, pero no hermosa.

De hecho, Gron no entendía siquiera cómo podría ser hermosa Nueva York, teniendo en cuenta su espíritu democrático. «La clase de belleza que posee París solo puede existir en un lugar donde los derechos y libertades individuales han sido pisoteados. Solo donde la masa gobierna o donde los reyes gobiernan, ya que unos no tienen ningún respeto por la propiedad de los ricos ni los otros por los derechos de los pobres, puede darse una belleza como la de París».[275] Manhattan puede ser dinámica, espectacular, incluso «imaginable», siguiendo la terminología de Kevin Lynch, pero no hermosa en el sentido tradicional. Ese tipo de belleza requería la concentración de poder que Estados Unidos rechazaba tajantemente.

Penn habría estado de acuerdo: su nueva ciudad, construida con un máximo de racionalidad, solo era posible entonces fuera de Europa. Y su «sagrado experimento», el que publicitó con panfletos y giras por toda Inglaterra, los Países Bajos y Alemania, reclutó con éxito a miles de nuevos americanos. Como describe Richard Dunn, los anuncios de Penn se tradujeron en cincuenta barcos llenos de inmigrantes que remontaron el río Delaware solo entre 1682 y 1683.[276] Y Filadelfia aceptaba a gente de toda confesión, no solo cuáqueros. En 1750, Gottlieb Mittelberger, un inmigrante alemán, escribió una lista de todas las confesiones presentes en Pensilvania: «Luteranos, reformados, católicos, menonitas o anabaptistas, miembros de la hermandad de Moravia, pietistas, baptistas del séptimo día,

mahometanos, paganos, negros e indios». Y añadía que «había cientos de almas sin bautizar que no deseaban ser bautizadas».[277]

La Pensilvania temprana de Penn fue una democracia tolerante a la americana, que proclamaba que «el pueblo es libre de su Gobierno (sea cual sea el modelo) mientras que imperen las leyes y el pueblo forme parte de esas leyes» (es una lástima que «el pueblo» no incluyera ni esclavos ni mujeres; el propio Penn era esclavista; los cuáqueros no rechazaron la esclavitud hasta 1770, cuando se convirtieron en algunos de sus más ardientes abolicionistas). Según se cuenta, Penn trató de manera bastante justa a los nativos lenni-lenapes con los que negoció las tierras y, como cuáquero pacífico que era, no fortificó Filadelfia para prevenir ataques. Escribió a los «reyes» nativos que «era muy consciente de las injusticias y crueldades que os habían infligido las gentes de estas partes del mundo», pero él «no era esa clase de hombre, como todo el mundo sabe en mi país». «Con cariño, vuestro amigo», concluía su carta.[278]

Penn parecía feliz con su vida en Estados Unidos, pero se vio obligado a regresar a Inglaterra para encargarse de las deudas de su hijo, investigar las amenazas de Francia a la colonia y localizar a su administrador, que le había robado su fortuna. Como tantos visionarios, Penn murió sin blanca, achacoso y comprensiblemente amargado, después de intentar vender sin éxito Pensilvania para saldar las deudas.[279]

No obstante, las ideas de Penn ejercieron una gran influencia en Thomas Jefferson, que lo llamó «el jurista más grande que el mundo vio jamás, el primero entre antiguos y modernos que plantó los cimientos del gobierno en los principios, puros e íntegros, de la paz, la razón y el derecho».[280] En 1776, Jefferson vivía en unas habitaciones alquiladas en Filadelfia. Fue allí, en un pequeño estudio junto a su dormitorio, donde redactó la Declaración de Independencia, en un escritorio portátil diseñado por él mismo. Ese edificio fue demolido, pero en 1975 se reconstruyó en el mismo lugar, cercano al centro de Filadelfia, y lo llamaron «Declaration House».

Encontrarás su puerta en la calle Siete.

---

[223] Miller, Peter, «Before New York», *National Geographic* (*online*), septiembre de 2009, disponible en: https://www.nationalgeographic.com/magazine/2009/09/manhattan/.

[224] Sanderson, Eric W., *Mannahatta: A Natural History of New York City*, Nueva York: Harry N. Abrams, 2013, p. 21.

[225] «Welikia Map», *Welikia: Beyond Mannahatta*, disponible en: https://welikia.org/explore/mannahatta-map/.

[226] Dwyer, Jim, «The Sounds of "Mannahatta" in Your Ear», *New York Times*, 25 de abril de 2017, disponible en: https://www.nytimes.com/2017/04/25/nyregion/the-sounds-of-mannahatta-in-your-ear.html.

[227] Maier, Pauline, «Boston and New York in the Eighteenth Century», *Proceedings of the American Antiquarian Society; Worcester, Mass.* 91, n.º 2 (1 de enero de 1982), p. 186.

[228] Koeppel, Gerard, *City on a Grid: How New York Became New York*, Boston: Da Capo Press, 2015, p. 128.

[229] Foster, Thomas, «Reconsidering Libertines and Early Modern Heterosexuality: Sex and American Founder Gouverneur Morris», *Journal of the History of Sexuality* 22, n.º 1 (enero de 2013), p. 76.

[230] «The Commissioners, The 1811 Plan», *The Greatest Grid: The Master Plan of Manhattan 1811–Now*, disponible en: http://thegreatestgrid.mcny.org/greatest-grid/the-commissioners.

[231] *Ibid*.

[232] *Ibid*.

[233] Holloway, Marguerite, *The Measure of Manhattan: The Tumultuous Career and Surprising Legacy of John Randel Jr., Cartographer, Surveyor, Inventor*, Nueva York: Norton, 2013, p. 146.

[234] Seiberling, Dorothy, «The Battle of Manhattan», *New York*, 20 de octubre de 1975, disponible en: http://socks-studio.com/2015/07/16/the-battle-of-manhattanreliving-the-1776-revolution-in-the-city-of-today/.

[235] Holloway, *The Measure of Manhattan*, p. 60.

[236] Roberts, Sam, «Hardship for John Randel Jr., Street Grid's Father», *The New York Times*, 20 de marzo de 2011, disponible en: https://www.nytimes.com/2011/03/21/nyregion/21randel.html.

[237] Holloway, *The Measure of Manhattan*, p. 61.

[238] *Ibid*.

[239] Spann, Edward K., «The Greatest Grid: The New York Plan of 1811», en *Two Centuries of American Planning*, ed. de Daniel Schaffer, Baltimore: John Hopkins University Press, 1988, p. 27.

[240] Barr, Jason M., *Building the Skyline: The Birth and Growth of Manhattan's Skyscrapers*, Nueva York: Oxford University Press, 2016, p. 1.

[241] O'Grady, Trevor, «Spatial Institutions in Urban Economies: How City Grids Affect Density and Development», avance de tesis doctoral, Harvard University, enero de 2014, p. 4, disponible en:

https://scholar.harvard.edu/files/ogrady/files/citygrids.pdf.

[242] Maier, «Boston and New York in the Eighteenth Century», p. 185.

[243] *Ibid*., p. 190.

[244] *Ibid*., p. 192.

[245] Rose-Redwood, Reuben y Lisa Kadonaga, «"The Corner of Avenue A and Twenty-Third Street": Geographies of Street Numbering in the United States», *The Professional Geographer*, vol. 68, 1, 2016, disponible en: https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/00330124.2015.1007433.

[246] Vuolteenaho, Jani, «Numbering the Streetscape: Mapping the Spatial History of Numerical Street Names in Europe», *Urban History* 39, n.º 4 (noviembre de 2012), p. 662, disponible en: DOI:10.1017/S0963926812000442.

[247] *Ibid*., p. 678.

[248] *Ibid*.

[249] Bruce, John, «VIII.—Observations upon William Penn's Imprisonment in the Tower of London, A.D. 1668 With Some New Documents Connected Therewith, Communicated by Robert Lemon, Esq., F.S.A.», *Archaeologia* 35, n.º 1 (1853), p. 90, disponible en: DOI:10.1017/S0261340900012728.

[250] Corns, Thomas N. y David Loewenstein, *The Emergence of Quaker Writing: Dissenting Literature in Seventeenth-Century England*, Londres: Frank Cass, 1995, p. 116.

[251] Maples Dunn, Mary, «The Personality of William Penn», *Proceedings of the American Philosophical Society* 127, n.º 5 (14 de octubre de 1983), p. 317.

[252] Bruce, «VIII.—Observations upon William Penn's Imprisonment in the Tower of London», p. 90.

[253] Phillips, John A. y Thomas C. Thompson, «Jurors v. Judges in Later Stuart England: The Penn/Mead Trial and Bushell's Case», *Law & Inequality: A Journal of Theory and Practice* 4, n.º 1 (1986), p. 197.

[254] *Ibid*.

[255] *Ibid*.

[256] *Ibid*.

[257] Lewis, Michael J., *City of Refuge: Separatists and Utopian Town Planning*, Princeton: Princeton University Press, 2016, p. 81.

[258] Dunn, «The Personality of William Penn», p. 316.

[259] Reps, John William, «William Penn and the Planning of Philadelphia», *Town Planning Review* 27, n.º 4 (abril de 1956), p. 404, disponible en: https://journals.psu.edu/pmhb/article/viewFile/30007/29762.

[260] *Ibid*., p. 403.

[261] *Ibid*., p. 80-84.

[262] Parkhurst Ferguson, Priscilla, *Paris as Revolution: Writing the Nineteenth-Century City*, Berkeley: University of California Press, 1994, p. 32.

[263] «Holme», en *Colonial and Revolutionary Families of Pennsylvania*, vol. 1, ed. de John W. Jordan, Baltimore: Genealogical Publishing for Clearfield Co., 2004, p. 344.

[264] Marcuse, Peter, «The Grid as City Plan: New York City and Laissez-faire Planning in the Nineteenth Century», *Planning Perspectives* 2, n.º 3 (1 de septiembre de 1987), p. 293, disponible en: DOI:10.1080/02665438708725645.

[265] Carstensen, Vernon, «Patterns on the American Land», *Publius: The Journal of Federalism* 18, n.º 4 (enero de 1988), p. 31, disponible en: DOI:10.1093/oxfordjournals.pubjof.a037752.

[266] *Ibid*.

[267] *Ibid*.

[268] Gilmore, Michael T., *Surface and Depth: The Quest for Legibility in American Culture*, Nueva York: Oxford University Press, 2003, pp. 25-26.

[269] Pepys, Samuel, *Diario: 1660-1669*, Barcelona: Editorial Espasa, 2007, trad. de Joaquín Martínez Lorente, p. 312.

[270] *Ibid*.

[271] Green, Matthew, «Lost in the Great Fire: Which London Buildings Disappeared in the 1666 Blaze?», *The Guardian*, 30 de agosto de 2016, disponible en: https://www.theguardian.com/cities/2016/aug/30/great-fire-of-london-1666-350th-anniversarywhich-buildings-disappeared.

[272] Jenner, Mark S. R., «Print Culture and the Rebuilding of London after the Fire: The Presumptuous Proposals of Valentine Knight», *Journal of British Studies* 56, n.º 1 (enero de 2017), p. 13, disponible en: DOI:10.1017/jbr.2016.115.

[273] Forrest, Adam, «How London Might Have Looked: Five Masterplans after the Great Fire», *The Guardian*, 25 de enero de 2016, disponible en: https://www.theguardian.com/cities/2016/jan/25/how-london-might-have-looked-five-masterplans-aftergreat-fire-1666.

[274] Koeppel, *City on a Grid*, pp. 215-216.

[275] *Ibid.*

[276] Dunn, Richard S., «William Penn and the Selling of Pennsylvania, 1681–1685», *Proceedings of the American Philosophical Society* 127, n.º 5 (1983), p. 322.

[277] Gilmore, *Surface and Depth*, p. 22.

[278] Penn, William, *Frame of Government*, 25 de abril de 1682.

[279] Fantel, Hans, *William Penn: Apostle of Dissent*, Nueva York: William Morrow & Co., 1974, pp. 254-256.

[280] Carta, «Thomas Jefferson to Peter Stephen Duponceau», 16 de noviembre de 1825, disponible en: https://rotunda.upress.virginia.edu/founders/default.xqy?keys=FOEA-print-04-02-02-5663.

07

Corea y Japón

¿Deben nombrarse las calles?

«Las calles de esta ciudad no tienen nombre».[281] Lo escribió Roland Barthes, el teórico literario francés, a su paso por Tokio. Corría la primavera de 1966 y Barthes había sido invitado a dar una conferencia en Japón. El tema era «el análisis estructural de la narrativa».[282] Su conferencia era una excusa para ir a Tokio. Tenía más de cincuenta años y era famoso en Francia, quizá el único lugar del mundo donde un teórico literario podía ser famoso. Viajó a Japón, como expresó un comentarista, «para olvidarse, al menos por un instante, de la inmensa responsabilidad de ser francés».[283]

A Barthes le fascinó que Tokio fuera tan radicalmente diferente de París. «Vivir en un país cuya lengua se desconoce, vivir durante un largo tiempo, fuera de los recintos turísticos, es la aventura más peligrosa», advirtió.[284] «Si yo tuviera que imaginar un nuevo Robinson, no lo colocaría en una isla desierta, sino en una ciudad de doce millones de habitantes, cuya habla y escritura no supiera descifrar: creo que esa sería la forma moderna del mito».[285]

Ejercer de Robinson o incluso perderme en una ciudad extranjera me horroriza. Pero Barthes era semiótico, lo que significa que buscaba significado en todo (si alguien te ha acusado alguna vez de ver cosas donde no las hay, quizá también te dediques a la semiótica). En un lugar como

Japón, donde todo resultaba tan diferente, Barthes se liberaba de sus propias interpretaciones. «Nada le gustaba más que el "susurro" de una lengua que no comprendía», escribió Adam Shatz en *The New York Review of Books*. «Al menos la lengua estaba libre de significado, de la función referencial que él definía como "pegamento", se convertía en sonido puro».[286] De regreso a Francia, Barthes echaba de menos Japón. Años más tarde, escribió una especie de libro de viajes, *El imperio de los signos*, que, en parte, describía sus experiencias recorriendo las calles de Tokio.

En la actualidad, cuando han pasado más de cincuenta años desde la primera visita de Barthes a Japón, quizá no haya nada de Tokio que enfurezca tanto a los turistas occidentales como la ausencia de nombres en las calles (solo un porcentaje pequeño de las calles principales tienen nombre). En lugar de nombrarlas, Tokio numeró las manzanas. Las calles son simplemente el espacio entre estas.[287] Y los edificios de la ciudad no están numerados siguiendo un orden geográfico, depende de la época en la que fueron construidos.

La ausencia de nombres de calles hace que orientarse sea difícil incluso para los japoneses. Para ayudar a la gente que se pierde, Tokio está lleno de *kōban*, unos edificios pequeños con agentes de policía familiarizados con la zona y armados con mapas detallados y gruesos callejeros. Si el fax se resistió a morir en Japón fue porque les gustaba —y necesitaban— enviar mapas. Barthes escribía que a veces indicaba al taxista que se detuviera en una cabina roja para llamar a su anfitrión a pedirle indicaciones. Los mapas en los móviles han revolucionado la forma de moverse por Tokio.

Pero los mapas pintados a mano eran una de las delicias con las que Barthes disfrutó a su paso por Japón. «Siempre es sabroso ver a alguien escribir, y con más motivo, dibujar», señalaba. «Todas las veces en que se me ha indicado de este modo una dirección, yo he retenido el gesto de mi interlocutor cuando giraba su lápiz para borrar suavemente, con la goma

pegada en su extremo, la curva excesiva de una avenida, la juntura de un viaducto».[288]

David Howell, profesor de Historia Japonesa en Harvard, me explicó por correo electrónico que, históricamente, las calles nunca han tenido nombre en Japón. Los barrios de las ciudades fueron divididos en manzanas rectangulares (*chō*) en el siglo XVII y los propietarios de cada manzana tenían cierta responsabilidad en su gestión. La manzana se convirtió en la unidad básica de la administración y del trazado de las ciudades y a veces un grupo de manzanas compartían el nombre. La mayoría de los vecindarios tenían una tienda donde los forasteros podían pedir indicaciones. Los samuráis vivían en recintos amurallados en parcelas más grandes que eran fáciles de encontrar solo con preguntar o utilizando uno de los muchos mapas en circulación.

«La gente no parecía sentir la necesidad de dotar de rasgos identificativos fijos las parcelas y las estructuras —me contó Howell—. Supongo que se debía a que las manzanas eran lo suficientemente pequeñas y por eso era fácil encontrar cualquier cosa». Los números de parcela se añadieron después y las manzanas se subdividieron en otras más pequeñas. Los japoneses nunca vieron motivo para cambiarlo.

La explicación histórica me ayudó a entender cómo surgió el sistema japonés…, pero continuaba preguntándome por qué la manzana es una forma válida para organizar el espacio para los japoneses. Barrie Shelton es un profesor de Urbanismo que vive allí y encontró la pista en una fuente inusual: su infancia británica en una ciudad pequeña en la Inglaterra de la posguerra. Cuando Shelton era pequeño, su maestro de Nottingham le dio una hoja de papel rayado y le enseñó a escribir el abecedario. El objetivo era escribir las letras en una línea recta y a veces «había incluso líneas extra para los rabitos de las minúsculas».[289] Así fue como yo aprendí a escribir en Estados Unidos y es como mi hija de cinco años aprende ahora.

Pero Shelton se sorprendió al enterarse de cómo había aprendido a escribir su mujer, Emiko. Ella es japonesa, su papel no se parece nada al que su marido y yo recordábamos. Los japoneses tienen tres tipos distintos de grafía, pero el japonés escrito suele usar *kanji*, caracteres tomados del chino. Los *kanji* son ideogramas: cada símbolo representa una palabra o una idea. Aunque la forma del ideograma puede dar pistas de su significado, la mayoría tienen que memorizarse, no pueden pronunciarse sin más.

Y los *kanji* no se escriben en líneas. Emiko le contó a Barrie que en Japón el papel no tiene rayas, sino decenas de cajas cuadradas (este papel se llama *genkō yōshi* y se sigue utilizando en los colegios japoneses en la actualidad). Todos los *kanji* son independientes, se pueden leer de manera independiente, a diferencia de las letras en las lenguas occidentales, que no tienen sentido a menos que las unas en líneas y las leas de izquierda a derecha para crear palabras (las palabras también tienen que estar espaciadas debidamente: no es lo mismo «papada» que «papá da». Leer en mayúsculas requiere mucho esfuerzo y leer varias palabras en vertical es un dolor. Pero los japoneses pueden leer con facilidad de distinta manera. La pluma, según Barthes, «rasgueaba el papel en una única dirección», pero el pincel japonés podía moverse en cualquiera de ellas.

Shelton, experto en urbanismo, comenzó a conectar las diferencias en los sistemas de escritura con la forma en la que las personas occidentales y las japonesas perciben sus ciudades. Aquellos que aprenden a escribir a la occidental, razona Shelton, están entrenados para ver rayas. Por eso estamos tan obsesionados con las calles —¿qué son sino rayas?— e insistimos en ponerles nombre. Pero en Japón, las calles en sí, como señala un comentarista, «les importan tan poco a los japoneses a nivel urbanístico que no merecen el prestigio que otorgan a los nombres».[290] Los japoneses, según Shelton, se centraban en el área, en las manzanas.

«Recuerdo una experiencia que, cuando la viví, me pilló desprevenido, pero me ofreció una nueva perspectiva —escribiría en su impresionante

ensayo *Learning from the Japanese City* (Aprender de la ciudad japonesa) —. Un anciano japonés me dibujó un mapa para mostrarme algunas de sus propiedades, eran parcelas no contiguas de distintas formas y tamaños sobre un terreno complicado. Comenzó por asignar un número a cada parcela (las primeras fueron las parcelas urbanizadas; al parecer, su punto personal de referencia), después comenzó a conectarlas con calles y caminos».[291] En su cabeza, los edificios no estaban conectados con las calles donde se erguían. «Solo puedo decir —añadía Shelton— que nunca he visto a una persona occidental dibujar un mapa similar sin dibujar otra cosa que no sean calles y carreteras: rayas».[292]

Estas diferencias servirían para explicar por qué los occidentales no siempre han apreciado la belleza del paisaje urbano de Tokio. Cuando estuvo por primera vez, Shelton se sintió «desconcertado, irritado e incluso intimidado» por la ciudad. Tokio te desorienta porque su diseño es muy distinto a sus equivalentes occidentales. Shelton no es el único que se ha dado cuenta. Los visitantes llevan mucho tiempo criticando un lugar que parece improvisado, sin parques grandes, plazas o vistas. Peter Popham, un periodista que vivió en Tokio, lo definió como un «revoltijo anárquico de cemento».[293]

Pero ver la ciudad bajo esta óptica, continuaba Popham, era no saber verla. El mapa de una ciudad integrada al que la gente está acostumbrada en Nueva York o París no es un concepto japonés. Tal integración, explica Popham, tiene «un tipo de belleza que los japoneses no buscan».[294] En cambio, sienten una «vinculación con ciertos edificios y espacios de la ciudad, cada uno por separado, con sus elementos distintivos, su estilo, su carisma o su encanto». Orientarse por la ciudad se convierte en una experiencia completamente diferente. En la ciudad de Tokio, escribía Barthes con cariño, «es necesario orientarse […] no mediante un libro, la dirección, sino por el andar, la vista, la costumbre, la experiencia». Solo podías repetir el mismo trayecto si lo memorizabas. Y añadía: «Visitar un

lugar por vez primera es como empezar a escribirlo: al no estar escrita la dirección, será preciso que ella misma cree su propia escritura».[295]

La teoría de Shelton sobre la forma en que las palabras escritas influyen en nuestra perspectiva no es mera especulación: la neurociencia muestra que leer, por ejemplo, inglés y japonés activa distintas partes del cerebro.[296] Y se sabe que los estudiantes bilingües con dislexia destacan leyendo ideogramas japoneses y chinos, pero les cuesta aprender a leer el inglés más básico.[297] Todavía más interesante resulta comprobar que no solo usamos distintas partes del cerebro para leer lenguas distintas, sino que las lenguas que leemos influyen en nuestra forma de pensar.

La cognitivista Lera Boroditsky decidió poner a prueba esta idea. Pormpuraaw, una comunidad remota al norte de Australia, está poblada por una comunidad aborigen que carece de palabras para «izquierda» y «derecha» en su idioma. Los kuuk thaayores usan los puntos cardinales para describir el espacio. «Tienes una hormiga en la pierna sureste», podrían decir. «Mueve la taza en dirección nornoroeste un poco». Boroditsky explica que «entrenar así su atención los equipa para orientarse de una manera que en su día parecía sobrehumana».[298] Una vez le pidió a una niña de cinco años que señalara al norte y lo hizo bien y al instante. Boroditsky repitió la prueba en una sala de conferencias llena de investigadores de la Ivy League y no pudieron. La mayoría se negó a intentarlo.[299]

En otro estudio, Boroditsky y su colaboradora Alice Gaby entregaron a varios sujetos una serie de imágenes que, ordenadas de determinada manera, contaban una historia —un hombre envejeciendo o alguien comiéndose un plátano— y les pidieron que las pusieran en orden. Los angloparlantes las ordenaban de izquierda a derecha, la misma forma en la que leen y escriben en su idioma. Los hebreoparlantes las ordenaban en orden cronológico de derecha a izquierda, su forma de leer y escribir. Pero los kuuk thaayores las ordenaban siguiendo una línea de este a oeste, un

patrón que cambiaban dependiendo de la dirección que tenían delante. Si, por ejemplo, daban al sur, colocaban las tarjetas de izquierda a derecha. Pero si daban al norte, cambiaban el orden de derecha a izquierda.[300] Por eso cobra sentido la teoría de Shelton de conectar el lenguaje a la forma en la que pensamos sobre el espacio.

Japón no es el único país que emplea manzanas como unidad básica para las direcciones postales.[301] Antes de 2011, Corea del Sur tenía un sistema similar. Algunas calles, sobre todo las principales, tenían nombre, pero el resto eran manzanas numeradas. Es probable que los japoneses importaran su sistema cuando gobernaban el «protectorado» de Corea, desde 1910 hasta la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial, en 1945.

La cultura coreana sufrió durante las décadas de ocupación japonesa. F. A. McKenzie, un periodista que vivió en Corea durante la ocupación, relató su encuentro con un influyente cargo japonés. «El pueblo coreano será absorbido por el japonés», predecía. «Hablarán nuestro idioma, vivirán nuestra vida y formarán una parte integral de nosotros mismos […]. Les enseñaremos nuestro idioma, instauraremos nuestras instituciones y serán de los nuestros».[302]

En concreto, los japoneses desautorizaban el sistema de escritura coreano, llamado *hangul*. El *hangul* fue inventado, según algunos, en solitario, por un emperador del siglo XV, Sejong el Grande.[303] Antes del *hangul*, el coreano empleaba caracteres chinos en su escritura, que en coreano se conocen como *hanja*. Pero Sejong reconoció que el encaje no era del todo idóneo: «Los sonidos de nuestra nación son muy diferentes a los de China y no coinciden en su escritura», escribió en 1443. «Por eso hay tantos campesinos ignorantes que, cuando tienen algo que decir, son incapaces de expresarse. Apiadándome de ellos, he creado recientemente veintiocho caracteres y deseo que todo el pueblo los aprenda y los utilice como crea oportuno en su vida diaria».[304] Se había retirado a estudiar y había regresado con un milagro, aunque casi pierde la vista en el intento.

Los lingüistas definen el *hangul* como el mejor alfabeto del mundo y tanto en Corea del Norte como en Corea del Sur lo celebran a nivel nacional. Es muy sencillo de leer. Sejong escribió acerca de sus caracteres que «un hombre sabio se familiariza con ellos en el transcurso de una mañana y un estúpido, en un periodo de diez días». Es un alfabeto fonético, cada carácter corresponde a un único sonido. Según Sejong, ahora todo se podría escribir, incluso «el sonido de los vientos, el graznido de las grullas, el cacareo de las aves y el ladrido de los perros».[305]

Más increíble aún era que la forma de los caracteres imitase su sonido. La letra ㄷ se corresponde, por ejemplo, a la *d* latina, e imita la posición de la lengua cuando hace el sonido. Aunque se prohibió durante la ocupación japonesa, en la Corea actual casi todo se escribe en *hangul*.

La pregunta es: ¿los coreanos ven en bloques, como los japoneses, o en rayas, como los occidentales? Aunque el *hangul* es alfabético, como el inglés, sus caracteres se organizan por bloques para formar sílabas. Los bloques de sílabas se unen para formar palabras. Estos son los caracteres necesarios para formar la palabra *gato*: ㄱㅗ ㅇㅑ ㅇ ㅇㅣ. Pero si los pongo en un bloque, tienen este aspecto: 고양이. En el cole se aprende a escribir *hangul* con recuadros.

Así, los coreanos tienen alfabeto, como el inglés, por ejemplo, pero escriben en bloques, como los japoneses. ¿Bastaría para explicar cómo organizan sus direcciones postales? Durante sesenta y seis años, Corea mantuvo el sistema de manzanas japonés. Teniendo en cuenta los orígenes coloniales de sus direcciones, no sorprende que en 2011 el Gobierno anunciase que cambiaría el sistema para adoptar un modelo más occidental, con nombres en las calles y casas numeradas. El Gobierno promocionó mucho el nuevo sistema y regalaba auriculares inalámbricos a todo aquel que convirtiera su dirección a través de una plataforma *online*. Los canales de teletienda ofrecían vales por valor de diez dólares si la gente se pasaba al

nuevo sistema. La provincia de Chungbuk regalaba a las familias con hijos pulseras grabadas con su nueva dirección.

Pero todos los coreanos con los que he conversado me han contado que no los usan. Los taxistas convierten las nuevas direcciones al sistema antiguo, los carteros igual. Es posible que esta reticencia sea temporal, un periodo pasajero hasta que la próxima generación crezca con el nuevo sistema. O podría ser un síntoma de que los coreanos todavía leen su ciudad en manzanas.

La teoría de Shelton no encajaba tan bien con el *hangul* como con los *kanji* japoneses. Por eso decidí buscar otro motivo que explicase por qué los coreanos no han aceptado sus nuevas direcciones. Fue entonces cuando descubrí la *segyehwa*.

«Hace unos meses —escribía el sociólogo coreano Gi-Wook Shin en un artículo— vino a verme un estudiante de primero de Stanford para que le ayudase con su proyecto sobre Corea».[306] Shin creyó que el estudiante sería coreano-americano —tanto su inglés como su coreano eran perfectos —, por eso le sorprendió que hubiera crecido en Corea. Le sorprendió todavía más que hubiera ido al colegio en una de las zonas más desfavorecidas del país. Shin estaba intrigado y decidió acudir a visitar la escuela. Resulta que la Academia de Liderazgo Coreana Minjok (KMLA, por sus siglas en inglés), que aspira a ser el equivalente coreano a Eton, imparte todas sus materias en inglés y que sus estudiantes también hablan inglés en horario extraescolar (aunque los fines de semana pueden tomarse un descanso).

Tiene sentido que una ambiciosa escuela coreana fomente el uso del inglés. De hecho, el inglés se considera el lenguaje del éxito en Corea. Pero la escuela también promueve la identidad nacional coreana. Su currículo incluye música y deportes tradicionales y ética confucionista. A las seis de la mañana, escribe Shin, «todos los estudiantes se reúnen delante de un edificio coreano tradicional y se inclinan ante sus profesores, un ritual que

un hijo debe realizar ante sus padres por la mañana y por la noche para demostrar su devoción filial».[307] Todos los estudiantes deben aprender a tocar instrumentos tradicionales: las chicas, el *gayageum*; los chicos, el *daegeum*. Para llegar a ser líderes globales, señala el director del centro, los estudiantes «deben saber antes quiénes son y cuál es su legado, nuestra fuente de orgullo y dignidad».[308]

Shin advirtió en este discurso un ejemplo de una «tendencia más amplia que se puede encontrar fácilmente en la Corea [del Sur] actual: la curiosa mezcla de dos fuerzas aparentemente contrapuestas, el nacionalismo y la globalización». Durante mucho tiempo, Corea solo miró hacia dentro, tanto a nivel cultural como económico. Pero en 1994, Kim Young-sam, el primer líder civil que tuvo Corea en treinta años, introdujo el concepto de *segyehwa*: globalización.

Hoy en día, Corea es un puntal internacional y sus vínculos con Occidente no dejan de crecer. Aun así, a pesar de su apuesta por la globalización, la cultura coreana continúa siendo eminentemente nacionalista. Al mismo tiempo que el país miraba hacia fuera, Corea celebraba el confucianismo y florecía su cine y su arte. El Gobierno coreano organiza festivales en honor al *kimchi*, al *ginseng* y a las artes marciales (incluso la cultura que se importa de Estados Unidos, como el hip-hop y la comida rápida, se ha fusionado con la cultura coreana; por lo visto, puedes pedir una hamburguesa doble de cerdo *bulgogi* con chile en el McDonald’s).

«La globalización debe sustentarse en la coreanización», dijo en una ocasión el presidente Kim. «No podemos ser ciudadanos globales sin un conocimiento profundo de nuestra cultura y nuestra tradición. La globalización, en el mejor sentido de la palabra, significa que debemos salir al mundo fortalecidos y acompañados por nuestra cultura única y nuestros valores tradicionales».[309] Según este esquema, la globalización estimulaba la identidad coreana nacional en lugar de restarle valor.

Esta forma de entender la globalización también explica el colegio KMLA. Allí, los estudiantes recitan todos los lunes por la mañana en coreano: «El inglés es solo un vehículo para introducir la avanzada cultura coreana y para hacer de Corea uno de los países más modernos del mundo. Estudiar inglés no es la finalidad de nuestros estudios».[310] Aun así, cada día, de camino al dormitorio, leen en los peldaños de la escalera: «Tres meses no / bastan para mejorar / tu inglés. Desperdiciar / tu tiempo hablando coreano / es lo más estúpido / que puedes hacer».[311]

¿Puede esta escuela ayudarme a explicar los nuevos nombres de las calles? Parece que estos ni siquiera intentan reflejar la cultura coreana. Michael Breen, un inglés que vive en Corea, menciona que «el descomunal proyecto para nombrar las calles podría haber inspirado a la nación si se nos hubiera invitado a participar». Solo en Seúl hacían falta catorce mil nombres. «Cabría imaginar que los vecinos querrían ponerle el nombre de algún famoso local o del templo al final de su calle. Pero no. Los burócratas no lo habrían consentido».[312]

Por eso, los burócratas diseñaron una fórmula sencilla, lógica y aburrida para nombrar las calles. Quinientas, las principales, tienen nombre, el resto van numeradas.[313] Un periódico informaba que Kim Hye-jung se perdió buscando a una amiga en Incheon, porque todas las calles tenían nombre de piedras preciosas en inglés, como Ruby. «Los nombres me hacían pensar que me encontraba en un barrio de joyeros, pero no era más que un vecindario normal —declaró la mujer—. No tiene sentido». Las autoridades municipales dijeron que habían escogido nombres de piedras preciosas para darles un aire «internacional».[314]

Quizá muchos de los nuevos nombres de calles parezcan internacionales porque no están pensados para los habitantes de la ciudad. Yo sabía que la mayoría de los coreanos continuaban empleando el sistema antiguo. De momento, los nombres de las calles han creado paisajes paralelos para habitantes y visitantes. Para los forasteros, Corea se ha vuelto más

occidental. Pero los coreanos quizá valoren lo tradicional. Por ahora, siguen leyendo su ciudad en manzanas, no en líneas.

No podía dejar de pensar en las teorías de Shelton sobre la escritura japonesa. Nunca había visto caracteres *kanji*, por eso decidí tomar una clase de Caligrafía en el instituto japonés ITO, en el centro de Londres. Había dos estudiantes más en clase. Uno de ellos era un londinense que se había enamorado de Tokio en un viaje que había hecho con veinte años y ahora bromeaba en japonés con la profesora. El otro era artista. Yo era la única principiante.

En unas hojas de periódico japonés, equipados con pinceles y una espesa tinta negra, practicamos el signo del día: *flor*. Los trazos parecían simples, pero eran complejos, había que mover el brazo a la vez que la muñeca. Cuando completaba el *kanji*, no todos mis trazos eran lo bastante largos, por eso cogí el pincel para terminarlos. Craso error.

—¡Qué graciosa, qué graciosa! —dijo Tomo, mi profesora, riéndose por encima de mi hombro al ver mi ineptitud. Sí, me confirmó que cada *kanji* tenía que estar centrado en mitad de la página, por eso intenté colocar mi flor lo más recta posible.

A Tomo le costaba pronunciar mi nombre, Deirdre. No me extrañaba. Es un nombre irlandés anticuado que rompe las normas del inglés.

—Pero ¿qué significa? —me preguntó. No significaba nada, le dije. Solo es el nombre de la protagonista de una historia antigua, un mito.

—¿Qué significa tu nombre? —le pregunté.

—«Hermosa amiga» —me dijo, sonriente. Acordamos que escribiría «Dee» para que lo practicara en casa.

Al final de la clase, mientras limpiábamos los pinceles y empapábamos la tinta sobrante en papel de periódico, le hablé a Tomo de la teoría de Shelton sobre los nombres japoneses de las calles. No hablaba inglés con soltura, pero creo que me entendió. Entonces le pregunté en qué ciudad le resultaba más sencillo orientarse, ¿Londres o Tokio?

—Londres —me dijo, asintiendo enérgicamente. Sin duda, Londres.

---

[281] Barthes, Roland, *El imperio de los signos*, Madrid: Mondadori, 1991, trad. de Adolfo García Ortega, p. 52.

[282] Marshall, Colin, «Ways of Seeing Japan: Roland Barthes's Tokyo, 50 Years Later», *Los Angeles Review of Books*, 31 de diciembre de 2016, disponible en: https://lareviewofbooks.org/article/ways-seeing-japan-roland-barthess-tokyo-50-years-later/.

[283] Broyard, Anatole, «Empire of Signs», *The New York Times*, 10 de noviembre de 1982, disponible en: https://timesmachine.nytimes.com/timesmachine/1982/11/10/020710.html?pageNumber=85cite.

[284] Barthes, Roland, «Digresiones», en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, Barcelona: Paidós, 2009, trad. de C. Fernández Medrano, p. 94.

[285] *Ibid*, p. 95.

[286] Shatz, Adam, «The Mythologies of R.B.», *The New York Review of Books*, 7 de junio de 2018, disponible en: https://www.nybooks.com/articles/2018/06/07/mythologies-of-roland-barthes/.

[287] Derek Sivers lo explica en detalle. Véase Derek Sivers, «Japanese Addresses: No Street Names. Block Numbers», 22 de junio de 2009, disponible en: https://sivers.org/jadr.

[288] Barthes, *El imperio de los signos*, p. 54.

[289] Shelton, Barrie, *Learning from the Japanese City: Looking East in Urban Design*, Londres: Routledge, 2012, p. 16.

[290] Popham, Peter, *Tokyo: The City at the End of the World*, Nueva York: Kodansha International, 1985, p. 48.

[291] Shelton, *Learning from the Japanese City*, pp. 48-49.

[292] *Ibid*., p. 49.

[293] Popham, *Tokyo*, p. 181.

[294] *Ibid*.

[295] Barthes, *El imperio de los signos*, p. 56.

[296] Buchweitz, Augusto, Robert A. Mason, Mihoko Hasegawa y Marcel A. Just, «Japanese and English Sentence Reading Comprehension and Writing Systems: An fMRI Study of First and Second Language Effects on Brain Activation», *Bilingualism: Language and Cognition* 12 (28 de enero de 2009), pp. 1411-1451, disponible en: DOI:10.1017/S1366728908003970.

[297] Himelstein, Linda, «Unlocking Dyslexia in Japanese», *Wall Street Journal (online)*, 5 de julio de 2011, disponible en: https://www.wsj.com/articles/SB10001424052702303763404576416273856397078.

[298] Boroditsky, Lera, «How Does Our Language Shape the Way We Think?», *Edge*, 11 de junio de 2009, disponible en: https://www.edge.org/conversation/lera_boroditsky-how-does-our-language-shape-the-way-we-think.

[299] Boroditsky, Lera, «How Language Shapes Thought», *Scientific American*, febrero de 2011, disponible en: https://www.scientificamerican.com/article/howlanguage-shapes-thought/.

[300] Boroditsky, «How Does Our Language Shape the Way We Think».

[301] Colin Marshall ha aplicado las teorías de Barrie Shelton a la ciudad coreana. Véase, por ejemplo, Colin Marshall, «Learning from the Korean City», *The Korea Blog*, *Los Angeles Review of Books*, 6 de marzo de 2016, disponible en: http://blog.lareviewofbooks.org/the-korea-blog/learning-korean-city/.

[302] McKenzie, F. A., *The Tragedy of Korea*, Londres: Hodder, 1908, p. 145.

[303] Lee, Ki-Moon, «The Inventor of the Korean Alphabet», en *The Korean Alphabet: Its History and Structure*, Honolulu: University of Hawaii Press, 1997, pp. 11-31.

[304] *Ibid*., p. 27.

[305] Kim-Renaud, Young-Key, *The Korean Alphabet: Its History and Structure*, Honolulu: University of Hawaii Press, 1997, p. 3.

[306] Shin, Gi-Wook, «The Paradox of Korean Globalization», informe de investigación, Stanford University, enero de 2003, p. 5, disponible en: http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/download?doi=10.1.1.194.7598&rep =rep1&type=pdf.

[307] *Ibid*.

[308] «From the Headmaster», KMLA, disponible en: http://english.minjok.hs.kr/contents/about.php?id=2.

[309] Son, Hijoo, «Paradox of Diasporic Art from There: Antidote to Master Narrative of the Nation?», *Journal of Korean Studies* 17, n.º 1 (primavera de 2012), p. 167.

[310] Finch, John y Seung-kyung Kim, «Thinking Locally, Acting Globally: Redefining Traditions at the Korean Minjok Leadership Academy», *Korean Studies* 33 (2009), p. 129.

[311] *Ibid.*

[312] Breen, Michael, *The New Koreans: The Story of a Nation*, Nueva York: Thomas Dunne Books-St. Martin’s Press, 2017, p. 33.

[313] *Ibid.*

[314] National/Politics, «Foreign Street Names Baffle Koreans», *The Chosunilbo*, 28 de enero de 2014, disponible en: http://english.chosun.com/site/data/html_dir/2014/01/28/2014012801759.html.

POLÍTICA

08

Irán

¿Por qué poner nombres
de revolucionarios a las calles?

Puede que la madre de Pedram Moallemian quisiera una hija. Su hermano mayor era un adolescente revoltoso y la mujer no sabía si podría con otro niño como él. Pero Pedram era un niño tímido y callado que desaparecía durante horas para pasear en silencio por las calles de Teherán, en la bici roja que le había regalado su padre. La familia de Pedram era rica (su padre era seguramente el principal fabricante de ropa infantil de Irán, según me contó), pero le gustaba ver cómo vivía el resto de la gente.[315]

Seguramente Pedram se enteró de que Bobby Sands había muerto tras una huelga de hambre en Irlanda del Norte en 1981 de la misma forma que se enteraba de todo: gracias a las animadas conversaciones de la calle. Pedram me contó que en esos primeros años tras la revolución, después de que el sah huyera a Egipto, solo se hablaba de política, tanto en casa como en los libros y folletos que se distribuían en los kioscos. Nada de cine ni de música, solo política. «Lo sabíamos todo sobre los revolucionarios». Sus amigos y él eran de los comunistas o de los socialistas como en otros países uno era de un equipo de fútbol u otro. Su hermano lo ponía a prueba y le preguntaba los nombres de los ministros de Exteriores de todos los países del mundo.

Cuando Pedram tenía ocho años, un profesor lo llevó a un mitin político. Pedram se enganchó. Años más tarde, con trece o catorce, se pasaba el día en las cocheras de un amigo en un vecindario acomodado, jugando al fútbol y hablando de política. A veces hacían pintadas en la calle o repartían panfletos. Se llevaron alguna paliza. Otras veces solo hablaban. Pero después de la muerte de Bobby Sands, me contó Pedram, decidieron que querían ir más allá, querían vengarse de los británicos, que habían encarcelado a Bobby, y su embajada estaba justo al final de la calle.

Primero, los chicos pensaron en saltar la tapia de la embajada y sustituir la bandera británica por la irlandesa. Pero, como dijo Pedram, si había alguna tienda que vendiera una bandera irlandesa en Teherán, él y su pandilla no fueron capaces de dar con ella. Intentaron hacer una con tiras de tela verde, blanca y naranja, pero se parecía mucho a la bandera iraní, y no querían enviar el mensaje equivocado. Después pensaron en colgar una bandera blanca donde se leyera «IRA» —organización a la que Sands pertenecía—, pero en un día sin viento parecería un trapo sucio. Lo peor fue que oyeron ladrar a unos perros al otro lado de la tapia. No les gustaban esos ladridos.

Nueva estrategia. Los chicos acudieron a la ferretería en bicicleta y compraron cola en polvo y cartón blanco. Pedram me dijo que siempre se le había dado bien dibujar. Con cuidado, él y sus amigos hicieron nuevos rótulos para las calles con el nombre en farsi arriba y en inglés abajo. Con un poco de práctica, fue capaz de imitar las placas oficiales a la perfección. Pedram y sus amigos mezclaron la cola con agua y pegaron el nuevo rótulo encima del oficial, calle Winston Churchill. Cuando Pedram regresó unos días después, comprobó que otras personas habían tapado otras placas de la calle Winston Churchill de la misma manera. Se notaba que alguien había intentado arrancar sus carteles —faltaba alguna esquina—, pero la cola era demasiado fuerte.

Supo que había ganado unos meses más tarde, cuando oyó a una mujer tomar un taxi y pedir: «Lléveme a la calle de Bobby Sands». Pronto el ayuntamiento lo convirtió en el nombre oficial. Para evitar tener que mencionar a su enemigo revolucionario cada vez que daban la dirección de la embajada, los británicos abrieron una nueva entrada que daba a otra calle.

¿Por qué Bobby Sands? Un hombre que apenas había salido de los seis condados de Irlanda del Norte parecía un héroe improbable para los iraníes. Era miembro del IRA o Ejército Republicano Irlandés, que en esa época mantenía una lucha armada contra el Gobierno británico. Aunque para referirse a las facciones enfrentadas en Irlanda del Norte se suele hablar de «católicos» y «protestantes», el enfrentamiento no tenía mucho que ver con los pormenores de la teología cristiana. Era una lucha sobre la identidad étnica y nacional. Con el fin de la guerra de Independencia de Irlanda de 1921, el tratado de paz firmado con los británicos dividía Irlanda y los seis condados del norte pasaban a formar parte del Reino Unido. Los protestantes de Irlanda del Norte estaban conformes con ser parte del Reino Unido. Pero no así la mayoría de los católicos, como Bobby Sands, que solían sufrir discriminación. El IRA quería unificar Irlanda por la fuerza, arrebatándole los seis condados del norte de Irlanda al Reino Unido y que pasaran a formar parte de la República de Irlanda.

Cuando la violencia contra los británicos se recrudeció a principios de la década de 1970, el Gobierno británico encarceló a los miembros del IRA en el centro de detención Long Kesh. Podían llevar su propia ropa y eran tratados como prisioneros de guerra. Pero este estatus especial se les retiró en 1976: los prisioneros eran tratados como criminales comunes. Los prisioneros de Long Kesh —ahora renombrada como Maze Prison— tomaron represalias: se desnudaron y se taparon con las mantas de la prisión. «Si quieren que me ponga uniforme —dijo el líder, Kieran Nugent —, tendrán que clavármelo en la espalda».[316] Otros se sumaron a la

protesta de las mantas. Para castigarlos, los celadores sacaron los muebles y los alimentaban con té sin leche, sopa aguada y pan sin mantequilla.

Como tenían prohibido hacer ejercicio y las visitas de familiares a menos que llevaran el uniforme de la prisión, se pasaban encerrados en la celda la mayor parte del día. Cuando la prisión se negó a poner duchas en las celdas, comenzaron una huelga sucia, embadurnando las paredes con excrementos. Rompieron las ventanas y durmieron en colchones de espuma llenos de gusanos. En invierno pisaban sobre Biblias para no tocar con los pies el suelo helado. Al mismo tiempo, el IRA emprendió una campaña para asesinar al personal de la prisión y mató a dieciocho agentes; muchos, padres de familia jóvenes.

En marzo de 1981, Bobby Sands se embarcó en una huelga de hambre. Envuelto en una manta fina, Sands rechazó la comida que le ponían delante tres veces al día: patatas, pescado, guisantes, dos rebanadas de pan con mantequilla y una taza de té. Consiguió sacar fuera de la prisión algunos poemas y fragmentos de su diario. «Qué ganas tengo de tomar pan de centeno con mantequilla, queso edam y miel», escribió. «¡Ja! No me duele pensarlo, porque pienso: “La comida no puede mantener a un hombre con vida para siempre” y me consuelo pensando que me darán de comer bien allá arriba (si soy digno)».[317] Un mes más tarde, un miembro del Parlamento, el dueño de un *pub* que representaba una circunscripción rural al oeste de Irlanda del Norte, murió y dejó su escaño vacante. Desde la prisión, Bobby Sands, cuyos órganos comenzaban a fallar, se presentó a las elecciones para sustituirle y ganó con el 52 por ciento de los votos. Entonces estaba casi ciego, llevaba cuarenta días en huelga de hambre.

El día sesenta y seis de la huelga, tumbado en una alfombra de borrego encima de una cama de agua para proteger sus frágiles huesos, Sands murió en compañía de su madre, Rosaleen. Tenía veintisiete años. La noticia se anunció con megáfonos por las calles de Belfast. Margaret Thatcher, la primera ministra británica, conocida por su mano dura, dijo: «El señor

Sands era un criminal convicto. Decidió terminar con su vida. Es una decisión que su organización le ha negado a sus numerosas víctimas».[318]

En Irán, la muerte de Sands alcanzó proporciones míticas. Muchos iraníes odiaban a los británicos tanto como Sands. En la década de 1920, habían contribuido a aupar al primer sah, un dictador, al poder. Y luego, en 1953, junto a la CIA, ayudaron a orquestar un golpe de Estado contra el nuevo primer ministro elegido democráticamente, Mohammad Mosaddeq. Mosaddeq había comenzado a nacionalizar la compañía de petróleo angloiraní, ahora conocida como BP: British Petroleum.

Los iraníes nunca perdonaron a los británicos. La novela más famosa publicada en Irán, *Mi tío Napoleón*, de Iraj Pezeshkzad, trata sobre un personaje que cree que los británicos solo buscan su ruina. Hay iraníes que afirman que Hitler era un títere de los británicos y que los bombardeos de Londres fueron un montaje de los servicios de inteligencia británicos. Incluso se culpó a los británicos de la creciente influencia de los clérigos islámicos en Irán. Un chiste frecuente en el Irán posrevolucionario era: «Si le levantas la barba a un mulá, pone "Made in England"». Y Pedram me contó que siempre que algo iba mal —se retrasaba el tren, se rompía el coche—, oías la misma cantinela: «Los británicos tienen la culpa».

Bobby Sands —poeta, mártir y enemigo mortal de los británicos— encajaba en el relato iraní a la perfección. Supuestamente, un embajador de Irán intercambió regalos con la familia de Sands. Un periódico informó de que los visitantes irlandeses eran recibidos en el control de pasaportes del aeropuerto de Teherán con una sonrisa inusitada, el puño en alto y el siguiente saludo: «Bobby Sands, no comer. Bienvenidos a Irán».[319] Hoy existe una hamburguesería en Teherán que lleva el incongruente nombre de Bobby Sands, que recibe a los clientes con una foto suya, con su rostro juvenil y con hoyuelos.

En la actualidad Pedram vive en Toronto, donde se preparaba para una tormenta de nieve mientras hablamos. Me envió al móvil una foto gastada

de su infancia iraní, posa con rostro solemne y unas orejas prominentes que su madre intentaba cubrir dejándole el pelo largo. El emocionante periodo que se había abierto tras la caída del sah había llegado a su fin en 1981.[320] Ese año, el ayatolá Jomeini, que había regresado a Irán después de quince años en el exilio para liderar la revolución, emprendió la persecución de sus rivales de izquierdas. Los tribunales revolucionarios condenaban a cientos de personas a muerte todas las semanas. En la prisión de Evin colgaban a los hombres en grúas enormes y los enterraban en fosas comunes. Pedram relata que docenas de sus amigos del colegio fueron ejecutados. Después de que lo arrestaran, sus padres lo enviaron a vivir solo a Canadá, cuando tenía dieciséis años. Desde entonces no ha vuelto a la calle Bobby Sands.

La historia de Pedram abre un capítulo nuevo en la nomenclatura de las calles. Los primeros nombres eran descriptivos: calle de la Iglesia, plaza del Mercado, camino del Cementerio. Bobby Sands no solo era el nombre de la calle: era un monumento. Los nombres modernos hacen algo más que describir, sirven para conmemorar. Para entender el motivo tuve que viajar en el tiempo a otra revolución muy distinta, esta vez en la Francia del siglo XVIII.

En 1794, un joven clérigo llamado Henri Grégoire escribía en sus habitaciones en el número 16 de la *rue* du Colombier un tratado sobre los nombres de las calles. Grégoire era un sacerdote inusual. Poco después de ordenarse, lo llamaron para que acudiera a prisión a dar la extremaunción a un hombre de ochenta y cuatro años que estaba encarcelado por haber elaborado un poco de sal en casa para hacerse una sopa aguada, evitando el impuesto abusivo sobre este producto. Grégoire nunca olvidó lo injusta que podía ser la monarquía con los pobres y se convirtió en un ardiente revolucionario, pero no abandonó el sacerdocio, algo difícil de compaginar en una revolución que era abiertamente contraria a la Iglesia católica. Como indica su biógrafa, Alyssa Sepinwall, Grégoire consideraba que los

principios revolucionarios de libertad, igualdad y fraternidad eran perfectamente compatibles con los Evangelios.[321]

Abogaba por la tolerancia religiosa, los derechos de los judíos y el sufragio universal masculino. Tras unirse a la Société des Amis des Noirs (Sociedad de Amigos de los Negros), Grégoire escribió un ardiente ensayo en contra de la esclavitud donde rebatía la supuesta inferioridad de los africanos. Su libro incluía unas biografías de personas ilustres de ascendencia negra.[322] Thomas Jefferson se negó a unirse a la sociedad cuando estuvo en París (más tarde argumentaría que la sangre blanca era el único motivo de que los afroamericanos que Grégoire alababa hubieran alcanzado ciertos logros).[323]

Pero, en 1794, Grégoire estaba decidido a salvar a Francia. Derrocar a la monarquía era solo parte de este proyecto. Los revolucionarios perseguían una reforma integral de Francia según los principios de la Ilustración, cambiar el calendario, el sistema de medida e incluso la vestimenta. Alexis de Tocqueville, más conocido por su faceta de cronista de la vida de Estados Unidos en sus comienzos, examinó las listas de las exigencias del pueblo redactadas justo antes de la revolución.

«Cuando logro reunir todas estas voces particulares —escribe Tocqueville— con cierto terror comprendo que lo que se reclama es la abolición simultánea y sistemática de todas las leyes y usos vigentes en el país, y al punto percibo que se trata de una de las revoluciones más vastas y peligrosas que jamás se hayan producido en el mundo».[324]

Los revolucionarios tenían ideas novedosas, pero París era muy antiguo. Los palacios, las iglesias y las mismas calles apestaban a monarquía. Como narra el extraordinario ensayo de Priscilla Parkhurst Ferguson *Paris as Revolution* (París como revolución), hubo revolucionarios que apostaban por arrasar la ciudad de un plumazo y comenzar de nuevo. Pero, en lugar de demolerla, decidieron renovar su imagen. París también llevaría nuevas ropas. «No se trataba tanto de atacar las cosas en sí, sino de rehacerlas,

repensarlas y reutilizarlas», explica Ferguson. En lugar de destruir los grandes palacios, explica, los transformarían en edificios públicos.[325]

Lo que no se podía reconvertir, se podía renombrar. Y eso incluía a las personas. Antes de la revolución, los nombres de pila franceses solo podían ser nombres católicos tomados de la Biblia o del santoral (la nobleza sí que podía, como en muchos otros aspectos, saltarse la norma).[326] Pero en septiembre de 1792, solo un día después de que la Asamblea Nacional Legislativa votara unánimemente por abolir la monarquía, los franceses adquirieron un nuevo derecho: poder llamar a sus hijos —y a sí mismos— como desearan.[327] Muchos escogieron nombres con un regusto revolucionario, como Fleur d'Orange Républicaine, Lucius Pleb-Egal o Simon la Liberté ou la Mort. Había niños que se llamaban La Loi (La Ley) y Raison (Razón). Era el tipo de creatividad que en 1803 llevaría a Napoleón a elaborar una lista cerrada de *prénoms* (nombres de pila) que establecía cómo se podían llamar los niños (la lista se desterró definitivamente en 1993, aunque los tribunales franceses han continuado rechazando nombres como Joyeaux, Nutella, Strawberry o MJ, las iniciales de Michael Jackson).[328]

Como es natural, el gusto revolucionario por los nombres originales se extendió a las calles. ¿Acaso resulta sorprendente? Nombrar equivale a ejercer el poder sobre algo, por eso Dios le permite a Adán nombrar los animales del Edén (y también a la problemática Eva). Por eso después de la revolución algunas calles fueron renombradas rápidamente. La calle donde murió Voltaire recibió su nombre, por ejemplo, y la *rue* Princesse se convirtió en la *rue* de la Justice.

Pero este tipo de cambios poco sistemáticos no satisfacía a los revolucionarios ilustrados que deseaban darle un enfoque más racional a su proyecto. Los nombres de las calles de París hasta entonces, como lamentaba el intelectual J. B. Pujoulx, eran un «*salmagundi*» (he tenido que buscar el significado: es una ensalada francesa que lleva de todo, embutido,

marisco, verdura, fruta, lechuga, frutos secos, flores y un aderezo de aceite, vinagre y especias). ¿Cómo podrían parecerse más, digamos, a un consomé?

Ferguson describe detalladamente cómo Pujoulx pretendía convertir las calles en una clase de geografía, con vías que llevaran nombres de ciudades y cuya longitud se correspondiera con el tamaño de la ciudad (algunos republicanos tuvieron la ocurrencia de ponerles nombres de escritores monárquicos a las cloacas).[329] Un tal Citoyen Chamouleau quería ponerle a todas las calles del país nombres de virtudes, por ejemplo, la *rue* de la Générosité y la *rue* de la Sensibilité. «Así la gente siempre tendrá la virtud en los labios y pronto albergarán la moralidad en el corazón».[330]

Grégoire recibió el encargo de idear nuevos nombres para las calles. Estudió el callejero de todo el mundo, desde Pensilvania hasta China (le impresionó cómo los cuáqueros habían «impreso la dignidad de su carácter incluso en sus calles»).[331] En su informe de diecisiete páginas al Comité d'instruction publique, planteó dos criterios para los nuevos nombres.[332] En primer lugar, los nombres debían ser breves y melódicos. En segundo lugar, pensaba que «cada nombre debía trasladar un pensamiento, o mejor aún, un sentimiento que recordara a los ciudadanos sus virtudes y sus deberes». Se preguntaba: «¿No es lo más natural que alguien vaya de la *place* de la Révolution a la *rue* de la Constitution y continúe por la *rue* du Bonheur [calle de la Felicidad]?».[333]

La propuesta de Grégoire sintetizaba a la perfección las diferentes filosofías revolucionarias. La revolución apostaba por la igualdad y la razón, pero también por la regeneración, la idea de que el Estado podía ser puro si se libraba de las malas influencias que lo corrompían. El callejero sería una especie de «catecismo revolucionario», como lo define Victoria Thompson.[334]

Pero los revolucionarios nunca conseguirían llevar a cabo su cambio de imagen radical. Imponer una visión utópica en una ciudad tan diversa como

París era imposible, por eso las calles de la ciudad continuaron siendo —también lo son hoy en día— un *salmagundi*. Los nombres de las calles solo se convirtieron en «veletas a merced de los vientos políticos», que cambiaban según las políticas y los cambios de régimen. «La nueva ciudad imaginada por la revolución —concluye Ferguson— nunca se materializaría».[335]

No obstante, la Revolución francesa inició una corriente para renombrar las calles y, con ello, exhibir una nueva ideología. En todo el mundo, el pistoletazo de salida de los Gobiernos revolucionarios lo marcaban los cambios en el callejero. Ciudad de México tiene más de quinientas calles llamadas Emiliano Zapata, el líder de la revolución campesina.[336] En Croacia, la calle principal de Vukovar ha cambiado seis veces de nombre en el siglo XX, una por cada cambio de gobierno.[337] En los últimos tiempos, Polonia y Ucrania han aprobado leyes que ordenan la «descomunización» del callejero. Solo en Rusia hay más de cuatro mil arterias importantes en honor a Lenin. Juntas suman un total de 8.631 kilómetros, que, como señala Gideon Lichfield, en línea recta es una distancia mayor que la que separa Moscú de Minneapolis.[338]

En España, la ley obliga a modificar los nombres de las calles que honran a fascistas, y algunas ciudades han optado por cambiarlos por nombres de mujeres como Rosa Parks y Frida Kahlo. Recientemente, los manifestantes a favor de la democracia en Sudán cambiaron los nombres de las calles para honrar a los asesinados en el levantamiento que acabó con el dictador Omar al Bashir. «Estamos construyendo un nuevo Sudán con nuevos nombres en las calles y una nueva mentalidad», aseguró uno de los líderes de las protestas, Mohamed Hannen.[339]

En China, el Partido Comunista modificó los nombres de las calles como parte de una campaña de propaganda mayor.[340] Durante la Revolución Cultural, las calles recibieron nombres como «calle de la Guardia Roja» o «calle El Oriente es Rojo» (muchas de estas calles recuperaron sus nombres

anteriores años más tarde).[341] El artículo IV de la Normativa para los Nombres de Lugares indica que las calles deben «respetar la unidad nacional» y que deben cambiarse «si dañan la soberanía y la dignidad nacional».[342] Lo más singular es que estas normas también prohíben dedicar calles a personas, vivas o muertas, porque iría en contra del ideal igualitario comunista (en China no hay calles Mao Zedong). Las ordenanzas municipales de Shanghái indican que las calles «deben tener connotaciones saludables alineadas con la moralidad social»,[343] algo que podría haber firmado el mismísimo Grégoire.

China utiliza los nombres de las calles como herramienta para controlar las regiones pobladas por minorías étnicas, como ha denunciado el politólogo Jonathan Hassid. En lugares donde existen una lengua y una cultura propias cabría esperar más variedad en el callejero, pero Hassid ha descubierto que es justo al contrario: las zonas donde se concentran las minorías étnicas cuentan con nombres mucho más parecidos a los de Pekín que otras. Los nombres de las calles son una herramienta más para mantener a raya a sus habitantes.

La Revolución de Estados Unidos también vinculó los nombres con la ideología. George Washington, que prestaría su nombre a la capital (aunque, por lo visto, siempre la llamaba Federal City), eligió a Pierre L'Enfant para diseñar la ciudad.[344] L'Enfant había nacido en París y había estudiado arte y arquitectura en Francia, pero, como miles de compatriotas suyos, se había alistado voluntariamente en el Ejército revolucionario estadounidense. Su plan para la nueva capital fusionaba los ideales de las ciudades europeas y estadounidenses: Washington tendría una cuadrícula estadounidense, pero también avenidas, plazas y rotondas europeas. El paisaje urbano estaría cargado de simbolismo. El Capitolio, por ejemplo, se emplazó en una colina, pero no así la Casa Blanca. A diferencia de Gran Bretaña, el presidente no sería el rey.

Luego estaban los nombres de las calles. En Washington D. C., los nombres de las calles son racionales al máximo.[345] Las calles están numeradas de este a oeste y de norte a sur llevan letras (A, B, C). (Después de la calle W el patrón se repite, pero cada nombre tiene dos sílabas —Adams, Bryant, etc.— y entonces, cuando estos se acaban, comienzan los nombres de tres sílabas, como Allison, Buchanan, etc.). Las avenidas diagonales que interrumpen la cuadrícula se llaman como los estados de la Unión (que en su época eran quince), y las avenidas más largas llevan los nombres de los estados más grandes de la época: Massachusetts, Pensilvania y Virginia. Ahora todos los estados de la nación tienen una calle con su nombre en Washington D. C.

Los revolucionarios estadounidenses construyeron su nueva capital en el cauce seco de un río, un lugar, al menos para los revolucionarios, completamente vacío y mudo. Así consiguieron casar la política con el espacio, algo que Francia había ansiado pero no había logrado. Encaja con la decisión del arquitecto Pierre L'Enfant, que, a pesar de haber nacido en Francia, prefería que lo llamasen Peter.[346]

Fui a conocer a Danny Morrison, buen amigo de Bobby Sands, a su casa al oeste de Belfast. Como director de relaciones públicas del Sinn Féin, el brazo político del IRA, a principios de 1980, Morrison era una de las pocas personas que los británicos consideraban capacitadas para terminar con la lucha armada del IRA. Trabajó en una carnicería y en varios bares mientras estudiaba, pero pronto se metió en política y contribuyó a poner en marcha Radio Free Belfast con un transmisor casero que fabricó él mismo. Poco después, usaba la casa paterna como arsenal de armas.[347] En una ocasión, su padre, también llamado Danny, fue arrestado en su nombre.

Su hermana le prestó dinero para que se comprase su primera máquina de escribir para redactar sus cuentos. Pronto se convirtió en el editor de la revista *Republican News*. Fue encarcelado en la prisión de Long Kesh y pasaría ocho años en la cárcel por secuestro, una condena que más tarde

sería anulada. En la actualidad, Morrison es una figura pública por haber alejado al IRA de la lucha armada y haber optado por un enfoque más político para debilitar a los británicos. En el congreso anual del Sinn Féin en 1981, sintió la necesidad de levantarse para dirigirse a sus compañeros. «¿Quiénes de los que estamos aquí creemos de verdad que podemos ganar la guerra en las urnas?», preguntó. «¿Quién se opondría si con una papeleta en una mano y una Armalite en la otra [la pistola favorita del IRA] tomásemos el poder en Irlanda?».

La idea de Morrison fue recibida con hostilidad en un primer momento. Martin McGuinness, uno de los líderes del IRA, supuestamente dijo: «¿A qué coño ha venido eso?».[348] En el futuro, el IRA seguiría la estrategia política propuesta por Morrison, que culminaría con el paso de McGuinness al Gobierno como viceprimer ministro de Irlanda del Norte.

Morrison, que ya no es miembro del IRA, es escritor a tiempo completo. Belfast es una ciudad completamente distinta a la que conoció en su infancia. Durante los años del conflicto norirlandés, Belfast estaba llena de controles del Ejército y barreras para detectar coches bomba. El Hotel Europa en su día fue el hotel más bombardeado de Europa. Pero el IRA depuso las armas en 1997 y se volcó en el Acuerdo de Viernes Santo. El Europa ahora cuenta con un bullicioso piano bar, un restaurante de comida saludable donde sirven ensalada de calabaza y merluza al horno, y las duchas más potentes a este lado del Atlántico. En la puerta puedes tomar un taxi negro que te haga un *tour* por los lugares emblemáticos del conflicto y los murales de Bobby Sands que todavía decoran las calles de los barrios católicos.

Morrison, que tiene más de sesenta años, vino a recibirme a la puerta en zapatillas y con una sonrisa ligeramente torcida. Vive en una casa de ladrillo rojo con macetas de flores en los escalones delanteros. Hay cojines bordados decorando los sofás, fotos familiares inundando las mesas y las estanterías que flanquean la chimenea están cuajadas de libros de tapa dura.

No me esperaba que el hogar de un antiguo miembro del IRA fuera un sitio tan acogedor. En la cocina me ofreció un té fuerte y galletas de chocolate de Marks & Spencer. Cuando volvimos a la sala de estar para hablar, sus gatos, Atticus y Ellie, nos siguieron.

Morrison conocía bien a Bobby Sands. Fue él quien lideró la campaña para lograr que entrara en las listas electorales. La última vez que lo vio vivo, según me contó, fue en diciembre de 1980. Sands tenía el pelo largo y grasiento y la barba pegajosa a causa de la huelga de higiene. Al final de la visita, a Morrison le prohibieron regresar a la prisión y cuando volvió a ver a Sands, estaba en un ataúd.

Montados en el cinco puertas de Morrison, pasamos por calles arboladas, colegios católicos, *pubs* y tiendas de comestibles hasta llegar al cementerio de Milltown. Unos turistas de Cork le reconocieron por su característico fedora negro y le estrecharon la mano con afecto. En la tumba de Sands, su nombre acompaña al de otros que fallecieron en las huelgas de hambre bajo la palabra «Voluntarios». Morrison señaló dónde había estado durante el entierro de otro miembro del IRA cuando un paramilitar unionista, Michael Stone, atacó a los asistentes con granadas de mano y pistolas. Tres personas murieron y varias decenas resultaron heridas a causa de los disparos y la metralla al chocar contra las lápidas.

En 2008, Morrison se enteró de que Jack Straw, por aquel entonces ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido, planeaba pedirle al Gobierno iraní que cambiara el nombre de la calle Bobby Sands (me topé con la historia de Pedram que abre este capítulo en uno de los libros de Morrison). Morrison inició una petición contra el cambio de nombre que recibió el apoyo de miles de firmas.[349] La mayoría de los mensajes dirigidos a Irán se parecían a este, de Sean Clinton: «¿Es que vais a dejar que un inglés os diga cómo tenéis que nombrar vuestras calles? Ya puestos, que arríen vuestra bandera y la sustituyan por la inglesa. ¡¡¡Bobby Sands es un héroe!!!». Otros intentaron darle un tono culturalmente más apropiado,

como este de John Clark: «POR EL AMOR DE ALÁ, NO QUITÉIS EL RÓTULO DE BOBBY SANDS».[350]

En otra petición, un hombre decía que «había visto una placa de la *rue* Bobby Sands en el barrio de Saint Denis, en París. Es bonito ver algo así cuando estás en el extranjero». Por eso comprobé si tenía razón. De hecho, hay cinco calles en Francia que inmortalizan a Sands y varias más en todo el mundo. Y a pesar de todo el apoyo público que recibió en Irlanda la calle Bobby Sands en Teherán, ninguna calle conmemora a Sands en Irlanda, ni del Norte ni en el resto de la isla.

No tengo ni idea de a qué se debe. Mi marido, Paul, es de Cookstown, un pueblo en el centro de Irlanda del Norte, a menos de diez kilómetros del distrito por el que Bobby Sands consiguió su escaño (mi suegra creció en el mismo barrio católico de clase obrera que Danny Morrison; su madre, como Sands, está enterrada en el cementerio de Milltown). El director del colegio de Paul era un cura llamado padre Denis Faul, al que el IRA apodaba «Denis la Amenaza», porque era capaz de convencer a las familias de los presos en huelga de hambre de que malgastaban sus vidas inútilmente con aquella protesta. Cookstown tiene diez mil habitantes, una calle principal arbolada, un mercado callejero los sábados y cinco carniceros. Cuando nació, los padres de Paul lo llevaron del hospital a su casa, situada encima de una de estas carnicerías, que pertenecía a su abuelo, cuyos escaparates reventaron al menos veinte veces a causa de las bombas del IRA.

Hoy en día, Irlanda del Norte es un lugar pacífico —aunque la paz no hace que te sientas completamente segura—, pero protestantes y católicos continúan viviendo separados en gran medida. En los barrios de Belfast todavía se alzan los llamados «muros de la paz», algunos de cinco kilómetros, que separan los barrios protestantes de los católicos, y hoy en día son más que en 1998, la época del Acuerdo de Viernes Santo.[351] En torno al 90 por ciento de los niños norirlandeses acuden a escuelas segregadas según su religión.

Cuando escribes muchos artículos sobre nombres de calles, los editores tienden a ponerles títulos como «Where the Streets Have No Name», en honor a la canción homónima de U2. Esta canción está inspirada en Irlanda del Norte. Bono, el irlandés que escribió la letra, contó en una entrevista: «Una vez me contaron una historia muy interesante sobre Belfast, resulta que puedes saber la religión de alguien y el dinero que gana si sabes en qué lado de la calle vive, porque cuanto más subes por la colina, más caras son las casas».[352] Esto también sucede en el pueblo de mi marido. Hay una urbanización donde las calles honran a la familia real con nombres tan británicos como Princess Avenue y Windsor Street, y las calles están decoradas con guirnaldas rojas, blancas y azules de principio a fin. Las zonas católicas suelen exhibir nombres irlandeses, como Ratheen y Rathbeg, y de los postes de teléfono cuelgan banderas irlandesas.

A pesar de todo, no hay ninguna calle que conmemore a Bobby Sands en Cookstown ni en ningún otro pueblo o ciudad de Irlanda ni de Irlanda del Norte. El principio que defendía —una Irlanda unida— es el mismo que apoyan la mayoría de los norirlandeses católicos. Pero una mayoría católica nunca aceptó las tácticas violentas que el IRA y él utilizaron. Casi tres mil personas de ambos bandos murieron durante el conflicto norirlandés. Muchas más resultaron heridas. Cuando las huelgas de hambre estaban en su punto álgido, Joanne Mathers, una trabajadora del censo de veintinueve años, fue abatida por unos disparos ante la puerta de una casa porque unos miembros del IRA creyeron que el censo era una forma de espiarlos. Y Bobby Sands, con su nombre dulce y sus hoyuelos, descrito como el epítome de chico guapo normal, fue encarcelado tras intentar poner una bomba en una tienda de muebles, después de encerrar al personal en el sótano.

Pero es fácil entender por qué es un icono romántico. Que alguien de apariencia tan normal estuviera dispuesto a matarse de hambre en nombre de la libertad que defendía es asombroso (es más abrumador todavía que

nueve hombres murieran en huelga de hambre poco después que él). Entiendo que, de lejos, es fácil admirar la lucha de Bobby Sands contra los británicos, especialmente en un mundo que Gran Bretaña se ha dedicado a explotar con frecuencia. Pero en casa su heroísmo no resulta tan obvio.

¿Se habría sentido satisfecho Bobby Sands, que se presentó a unas elecciones, con la resolución pacífica del conflicto? Danny Morrison me ha hablado de otros hombres que estuvieron en huelga de hambre, que sobrevivieron y aceptaron el Acuerdo de Viernes Santo. Pero Sands escribió en una ocasión: «No me conformaré hasta que logre la liberación de mi país, hasta que Irlanda no sea una república soberana, independiente y socialista».[353] Su hermana, Bernadette, mantuvo durante mucho tiempo que a su hermano no le habría gustado el acuerdo (un amigo de la familia aseguró en unas declaraciones a un periódico: «Bobby sería muchas cosas, pero no era un manso»).[354]

Bobby Sands no se conformó y su revolución fracasó en su principal objetivo; mientras escribo estas líneas, los seis condados al norte de la isla continúan formando parte del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte. No hay una calle de Bobby Sands en Irlanda porque la Irlanda de hoy no es la Irlanda de Bobby Sands.

---

[315] Para conocer en mayor profundidad la historia de Moallemian, recomiendo su testimonio, incluido en una colección de ensayos sobre las huelgas de hambre: Pedram Moallemian, «The Night We Named Bobby Sands Street», en *Hunger Strike: Reflections on the 1981 Hunger Strike,* ed. de Danny Morrison, Dingle: Brandon, 2006, pp. 131-134.

[316] Friel, Laura, «Kieran Nugent Dies: The First H Block Blanket Man», *An Phoblacht*, 11 de mayo de 2000, disponible en: https://www.anphoblacht.com/contents/6211.

[317] Sands, Bobby, «Thursday 5th», en *The Diary of Bobby Sands*, Dublín, Sinn Fein, 1981, disponible en: https://www.bobbysandstrust.com/writings/prison-diary.

[318] Macauley, Conor, «Bobby Sands Anniversary Marked Politicisation of Republicans», *BBC News*, 5 de mayo de 2011, disponible en: https://www.bbc.com/news/uk-northern-ireland-13287848.

[319] Armoric, Hervé y Stefan Smith, «British Pressure on Tehran to Change Street Name Resented», *Business Recorder,* 26 de enero de 2004, disponible en: https://fp.brecorder.com/2004/01/20040126194760/.

[320] Greason, David, «Embracing Death: The Western Left and the Iranian Revolution, 1978–83», *Economy and Society* 34, n.º 1 (febrero de 2005), p. 117.

[321] Goldstein Sepinwall, Alyssa, *The Abbé Grégoire and the French Revolution: The Making of Modern Universalism*, Berkeley: University of California Press, 2005, p. 130.

[322] *Ibid*.

[323] *Ibid*. p. 95.

[324] Tocqueville, Alexis de, *El antiguo régimen y la revolución*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2012, trad. de Jorge Ferreiro, p. 254.

[325] Ferguson, Priscilla Parkhurst, *Paris as Revolution: Writing the Nineteenth-Century City*, Berkeley: University of California Press, 1994, pp. 12-13.

[326] Munday, Roderick, «The Girl They Named Manhattan: The Law of Forenames in France and England», *Legal Studies* 5, n.º 3 (noviembre de 1985), p. 332.

[327] *Ibid*.

[328] «The French Baby Names the Law Wouldn't Allow», *Local*, 18 de noviembre de 2016, disponible en: https://www.thelocal.fr/20161118/french-baby-names-bannednutella-renault.

[329] Ferguson, *Paris as Revolution*, p. 23.

[330] *Ibid*., p. 27.

[331] *Ibid*., p. 32.

[332] *Ibid*., pp. 27-28.

[333] *Ibid*., p. 23.

[334] Thompson, Victoria, «"Telling Spatial Stories": Urban Space and Bourgeois Identity in Early Nineteenth-century Paris», *Journal of Modern History* 75, n.º 3 (septiembre de 2003), p. 534.

[335] Ferguson, *Paris as Revolution*, p. 23.

[336] Ellingwood, Ken, «Mexico City: A Sea of Juarez Streets», *Los Angeles Times*, 17 de marzo de 2008, disponible en: https://www.latimes.com/travel/la-trw-streetnames17mar17-story.html.

[337] Šakaja, Laura y Jelena Stanić, «Other(ing), Self(portraying), Negotiating: The Spatial Codification of Values in Zagreb's City-Text», *Cultural Geographies* 18, n.º 4 (octubre de 2011), p. 510.

[338] Lichfield, Gideon, «Russia Has More than 5,000 Streets Named for Lenin, and One Named for Putin», *Quartz*, 10 de junio de 2015, disponible en: https://qz.com/424638/russia-has-more-than-5000-streets-named-for-lenin-and-one-named-for-putin/.

[339] Salih, Zeinab Mohammed, «Sudanese Campaigners "Rename" Streets After Protestors Killed in Uprising» *Guardian*, 2 de septiembre de 2019, disponible en: https://www.theguardian.com/world/2019/sep/02/sudanese-campaigners-renamestreets-after-protesters-killed-in-uprising.

[340] Hassid, Jonathan, «Place Names, Symbolic Power and the Chinese State», comunicación, Iowa State University, Social Science Research Network, 1 de agosto de 2013, p. 7, disponible en: https://papers.ssrn.com/abstract=2308814.

[341] *Ibid.*, p. 7.

[342] *Ibid.*, pp. 7-8.

[343] *Ibid.*, p. 8.

[344] «What Is the District of Columbia? What Does D.C. Stand For?» *Ghosts of DC*, 24 de julio de 2013, disponible en: https://ghostsofdc.org/2013/07/24/washingtondc-district-of-columbia/.

[345] Johnson, Matt, «Here's Why DC's Streets Have the Names They Do», *Greater Washington*, 5 de julio de 2016, disponible en: https://ggwash.org/view/42103/hereswhy-dcs-streets-have-the-names-they-do.

[346] Forgey, Benjamin, «L'Enfant's Plan Also Included a Peter Principle», *Washington Post*, 30 de agosto de 2003, disponible en: https://www.washingtonpost.com/archive/lifestyle/2003/08/30/lenfants-plan-also-included-a-peter-principle/e9ee260b-74bb-4ffe-96cd-7e2c22529458/?utm_term=.76f957fb28e6.

[347] «Interview: Danny Morrison: There's an Inner Thing in Every Man», *An Phoblacht*, 14 de diciembre de 2006, disponible en: https://www.anphoblacht.com/contents/16190.

[348] Bean, Kevin, *The New Politics of Sein Fein*, Liverpool: Liverpool University Press, 2007, p. 63.

[349] Petición, «To His Excellency Hojjatoleslam Sayed Mohammad Khatami, President of Iran», disponible en: https://www.bobbysandstrust.com/wp-content/uploads/2008/10/iranian-petition.pdf.

[350] *Ibid.*

[351] «Will NI's Peace Walls Come Down by 2023 to Meet a 10-Year Target?», *BBC News*, 3 de mayo de 2018, disponible en: https://www.bbc.co.uk/news/uk-northernireland-43991851.

[352] Wawzenek, Brian, «U2 Gets Cinematic on "Where the Streets Have No Name": The Story Behind Every "Joshua Tree" Song», *Diffuser,* 28 de febrero de 2017, disponible en: https://diffuser.fm/u2-where-the-streets-have-no-name/.

[353] Sands, Bobby, «The Birth of a Republican», *Republican News*, 16 de diciembre de 1978.

[354] McDonald, Henry, «Republicans Feud over Hunger Striker's Legacy», *Observer,* 18 de marzo de 2001, disponible en: https://www.theguardian.com/uk/2001/mar/18/northernireland.northernireland.

09

Berlín

¿Qué nos dicen los nombres nazis
sobre la *Vergangenheitsbewältigung*?

La primera calle de los Judíos que Susan Hiller vio estaba en Berlín. Corría 2002, vivía en Alemania con una beca para artistas cuando se encontró paseando por Mitte, la zona centro, concentrada en su mapa y los rótulos de las calles.[355] Al levantar la vista, comprobó que se había topado con Judenstrasse, la calle de los Judíos, ni siquiera la calle Judía, un nombre de franqueza terrible. Hiller se sintió incómoda. Cuando volvió a su piso, ella y su marido comenzaron a examinar mapas de todas las ciudades y pueblos de Alemania. Juntos, encontraron calles de los Judíos, caminos de los Judíos y mercados de los Judíos por todo el país. En poco tiempo, tenían una lista manuscrita de 303 calles con la palabra «Judíos». Decidió visitarlas todas.

En esa época, Susan Hiller había cumplido los sesenta, era una mujer de espalda recta elegantemente vestida, con las cejas arqueadas en un gesto de curiosidad permanente. Hablaba con el acento de una mujer estadounidense que hubiera pasado un largo periodo con la intelectualidad británica (piensa en Katharine Hepburn, pero con la voz más grave). Hiller había estudiado Antropología y había hecho trabajos de campo en Belice, México y Guatemala, pero un día, viendo diapositivas de escultura africana durante

una conferencia, se dio cuenta de que el arte era fundamentalmente irracional y misterioso. En ese momento, decidió «renunciar a los hechos en favor de la fantasía».[356]

Cuando encontró la calle de los Judíos en Berlín en 2002, Hiller se había labrado una reputación como artista conceptual en Londres, donde se había mudado cuando tenía veinte años. *J Street Project* (Proyecto calle J) se convirtió en su siguiente obra. Durante varios años, visitó con su marido todas las calles de Alemania llamadas «de los Judíos». Viajaban durante una o dos semanas, aventurándose más que los turistas habituales. Hiller preguntó a varios expertos si algunas de estas calles habían recibido el nombre después de la guerra. «Por supuesto que no», fue la respuesta. Los nuevos nombres de calles conmemoraban nombres propios, como Anne-Frank-Strasse. Las calles de los Judíos eran viejos nombres descriptivos: si la calle de la Iglesia indicaba dónde estaba la iglesia, la calle de los Judíos indicaba dónde vivían los judíos. En la época nazi les cambiaron el nombre y luego recuperaron su anterior denominación como muestra de respeto.

Para su sorpresa, muchas calles de los Judíos estaban en el campo. Era más sencillo imaginarse a la comunidad judía en las ciudades bulliciosas, no encajaban con el anodino paisaje alemán. Las placas seguían la pista de la comunidad judía en Alemania. Algunas calles estaban en pleno centro de las ciudades, donde los judíos tenían sus comercios. Otras estaban muy alejadas, la calle más alejada de la ciudad o la última parada del tren, en los lugares en los que los judíos tenían prohibido vivir cerca del centro. Un historiador local les contó que había una sinagoga donde ahora solo había un aparcamiento. En otro lugar, un vecino comentó de soslayo que «antes vivía aquí gente rica».[357] En un pueblo, una señora mayor explicó que solía haber un colegio judío en Judenstrasse, pero que después la calle tomó el nombre de un puente que cruza el río. Hiller se preguntaba por todas las cosas que ese «después» había hecho desaparecer.

Willy Brandt, el futuro líder de la Alemania Occidental, recordaba el día que los nazis llegaron al poder en su ciudad natal. «En Lübeck, el 20 de marzo [de 1933], arrestaron a muchas personas amparándose en la llamada custodia protectora. Poco después comenzaron a renombrar las calles».[358]

Unos meses después, el 17 de diciembre de 1933, una mujer escribió una carta a su periódico local, el *Frankfurter Volksblatt*: «Por favor, háganme un inmenso favor y usen su influencia para cambiar el nombre de nuestra calle, que no es otro que el del judío Jakob Schiff». La mujer se había unido al Partido Nazi, como la mayoría de sus vecinos. «Cuando se izan las banderas —continuaba—, la esvástica ondea en cada casa. Ese "Jakob Schiff" es como una puñalada en nuestros corazones».[359]

La comisión municipal simpatizaba, pero Schiff, que había nacido en Fráncfort, era un banquero estadounidense enormemente rico que había donado una gran cantidad de dinero a su ciudad natal. ¿Y si reclamaba sus donaciones? Al final, el judaísmo de Schiff prevaleció sobre su dinero: su calle fue renombrada como Mummstrasse en honor al alcalde anterior.

En 1933, casi todas las ciudades y pueblos de Alemania tenían una calle llamada Hitler (en 2004, Google recuperó por error el nombre que la Theodor-Hauss-Platz, en el elegante distrito de Charlottenburg, durante la Segunda Guerra Mundial, Adolf-Hitler-Platz).[360] A medida que cambiaban los nombres de calles con nombres de judíos, los movimientos de las personas judías también se restringían en el mapa. El *Jewish Daily Bulletin* informó en septiembre de 1933 de que «el ayuntamiento de Rothenberg, que hace poco renombró su plaza principal Hitlerplatz, ha decidido que ningún judío ponga pie en la plaza que exhibe el sagrado nombre de Hitler».[361] En 1938, el Reich privó a los judíos de su ciudadanía, les obligó a registrar sus bienes y propiedades y criminalizó las relaciones sentimentales con «arios». Los judíos debían cambiar su segundo nombre por Israel o Sarah. No podían ir a la playa, ni al cine, ni a conciertos. Las tiendas se negaban a vender alimentos a las familias judías,

matándolas de hambre antes de que lo hicieran los campos de concentración.

Ese mismo año comenzó a ser ilegal que las calles tuvieran nombres de judíos. El compositor Gustav Mahler perdió su calle a favor de Bach. Leopold Sonnemann, el primer editor de un periódico de Fráncfort, fue borrado del mapa. La calle dedicada a Walther Rathenau, el primer ministro de Asuntos Exteriores judío, que fue asesinado en 1922, fue para Theodor Fritsch, el autor del *Manual de la cuestión judía*, también conocido como el «catecismo antisemita».

En Hamburgo se creó una lista de 1.613 nombres de calles que eran demasiado marxistas o judíos. El comité anunció que «si fuera deseable la creación de una Hermann-Göring-Strasse cabría la posibilidad de dársela si se renombrase Hallerstrasse y la correspondiente parada de metro».[362] Daba igual que Nicolaus Haller, la primera persona de familia judía en ser elegida para el Senado de Hamburgo, se hubiera convertido al cristianismo. Un periódico publicó una foto de un hombre mayor con ropas de obrero retirando la placa de Hallerstrasse.[363]

El alcalde nazi de Hamburgo intentó conservar el nombre del «medio judío» Henrich Hertz, el físico que descubrió las ondas electromagnéticas, pero no valían excepciones. «Cambie todos los nombres de calles judías de inmediato e informe sobre cómo se han renombrado antes del 1 de noviembre de 1938», le ordenó cortante el ministro del Reich tras recibir la consulta del alcalde.[364] La unidad de energía que llevaba el nombre del físico —el hercio— se quedó igual, pero en el cartel ahora se leía Leipzigerstrasse. A medida que los judíos iban desapareciendo de Alemania, también desaparecían de su callejero.

Los nombres de las calles son la herramienta propagandística perfecta. No hace falta pensar ni ponderar nada para decirlos y, lo que es mejor, estás obligado a pronunciarlos cada vez que das indicaciones, escribes cartas o haces una solicitud cualquiera. Es como si el Estado te obligara a

pronunciar esas palabras. Los nazis lo entendían perfectamente. Una lección que se desprende de *Mi lucha*, de Hitler, es que la gente es olvidadiza y al mismo tiempo impresionable. Hitler le encargó a Joseph Goebbels que el mensaje nazi calara. «Es tarea del buen propagandista —escribió— transmitir algo que muchos piensan de tal manera que llegue a todo el mundo, desde el hombre culto al más corriente».[365] Un mensaje sencillo, repetido en el contexto adecuado, podía abrirse camino en las mentes e infectarlas para siempre. ¿Existe un mensaje más sencillo que el nombre de una calle?

En el Archivo Nacional del Reino Unido, un magnífico edificio de cristal y piedra a la orilla del Támesis en el oeste de Londres, un funcionario me entregó varios expedientes del Ejército británico, pertenecientes a los territorios alemanes después de la guerra. En la cubierta estaba garabateado «Desnazificación» con rotulador rojo. Tras abrir los expedientes sobre unas mesas sencillas de formica, comencé a leer legajos procedentes de los cuarteles generales de toda Austria sobre la situación de los nombres de las calles. Encontré un memorándum mecanografiado en papel amarillento que explicaba cómo las fuerzas británicas habían reemplazado los nombres nazis por sus nombres originales. Además de la Adolf-Hitler-Strasse, la mayoría de las calles nazis que reemplazaban tenían nombres más inocentes, que parecían sacados de un libro de texto alemán: Hans Lanz, Michael Dietrich. Pero lo que me llamó la atención fue el nombre de la ciudad donde se ubicaban estas nuevas calles: Judenburg.

Envié un *email* al archivo de Judenburg, que es un pueblo antiguo de algo menos de mil habitantes, para saber más. En efecto, según me confirmó el archivero, Michael Schiestl, el pueblo debía su nombre a los judíos. Judenburg significa literalmente «Castillo de los Judíos», un nombre que se remonta al siglo XI, cuando era una ciudad con mercado. Los judíos aparecían en el escudo de armas de la ciudad hasta que fueron expulsados en el siglo XV. Después de la anexión de Austria, las cartas exigiendo un

nombre nuevo no se hicieron esperar. Un alto funcionario le escribió a Hitler: pedía a «*mein Führer*» que liberase al pueblo, «constante y celoso guardián del ideal nazi», de su nombre.

Schiestl me envió varias cartas de sus archivos. He aquí una muestra:

> Brno, 25 de marzo de 1938
>
> Estimado señor:
>
> Es por todos sabido que el primero y más justo de los alemanes, su Führer Adolf Hitler, odia cualquier cosa relacionada con los judíos o de apariencia judía. Así las cosas, su estimada ciudad exhibe el repulsivo nombre de Judenburg. Conmino a su señoría a que convoque una asamblea municipal general tan pronto como sea posible y proponga a todas las autoridades del pueblo cambiar el nombre de Judenburg por el de Adolfburg…
>
> Con mis mejores deseos, Paul Andreas Müller,
>
> Kreutzgasse 23, Brno.

Y otra más:

> Essen, 4 de abril de 1939
>
> Al alcalde de Judenburg:
>
> Lleno de regocijo ante la creación sin par del «Gran Reich Alemán», intento familiarizarme con su geografía a través de un atlas. No obstante, he descubierto con pesar que el nombre de su ciudad no es otro que «Judenburg»… Sería una gran contribución erradicar cualquier cosa que aluda a los judíos y a los opresores; por su parte, el nuevo nombre, «Jubelburg», serviría de recordatorio perenne del júbilo con el que Hitler ha sido recibido y celebrado por Austria el 12-13 de marzo del 38…
>
> Se despide con un *Heil, Hitler!*, Hugo Motz.[366]

Finalmente, amparándose en la larga historia de su nombre, los habitantes del pueblo no quisieron modificarlo, pero se comprometieron a reconsiderarlo después de la guerra. Sí que retiraron el emblema de la ciudad, la cabeza de un judío con un gorro puntiagudo, de su blasón.

Si bien no cambiaron el nombre de la ciudad, los nazis sí que modificaron su callejero. Schiestl me contó que los nuevos nombres de calles que había encontrado honraban a los nazis que habían intentado dar un golpe de Estado contra el Parlamento austriaco antes de la anexión de Austria. Los alemanes exaltaban la «hermosa muerte» como un mito nacional y Goebbels escribió que un verdadero nazi debía poner sus ideales

por encima de todo, «colocar en la balanza el bien más valioso de un ser humano cuando toma una decisión, aun a riesgo de perder la vida propia».[367] Coronando la lista estaba Horst Wessel, un líder de las SA asesinado por comunistas en 1930 y cuyo nombre comenzó a poblar los certificados de nacimiento y las placas de las calles de Alemania.[368] Wessel había crecido en Judenstrasse, en Berlín.[369]

Menos de un mes después de que Adolf Hitler se tragara una cápsula de cianuro en su búnker antiaéreo, un nuevo mando compuesto por las cuatro potencias aliadas —Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética— comenzó a gobernar Alemania. Descubrieron que tenían mucho por hacer. Casi cincuenta mil edificios estaban en ruinas. Solo en Berlín había 53.000 niños huérfanos o perdidos, otros murieron de tuberculosis, raquitismo, pelagra e impétigo.[370] Durante un brote de disentería en julio de 1945, morían sesenta y seis niños de cada cien nacimientos. En la zona soviética sobre todo, y con el conocimiento de Stalin, las tropas violaron a un tercio de las mujeres y niñas de Berlín (nacieron entre 150.000 y 200.000 niños solo en Alemania fruto de estas violaciones), propagando el tifus, la sífilis y la gonorrea.[371] A pesar de que la población de la Alemania de posguerra era inferior a la de antes, morían cuatro veces más personas el día después de la guerra que durante esta.[372]

Sin embargo, en el orden del día de la primera reunión de los alcaldes de las nuevas zonas de Berlín, el 24 de mayo de 1945, figuraba un punto sobre los nombres de las calles.[373] El Partido Comunista Alemán peinó todos los nombres y recomendó 1.795 cambios de un total aproximado de 10.000 calles berlinesas.[374] En teoría, todo el mundo coincidía en que hacían falta nuevos nombres. Pero las diferencias entre las filosofías para nombrarlas eran un augurio del muro que pronto dividiría la ciudad.

En diciembre de 1949, Iósif Stalin cumplió setenta años y el Gobierno de Berlín Oriental tenía un regalo especial en mente. Como recoge Maoz Azaryahu, el día 22, muy temprano, las placas de Frankfurter Allee fueron

retiradas y miles de personas tomaron la calle en una atmósfera festiva.[375] Unos motoristas desvelaron las nuevas placas al mismo tiempo y los trabajadores desfilaron con antorchas al ritmo de canciones tradicionales rusas y alemanas interpretadas por la orquesta de la policía de Berlín, los himnos nacionales de la República Democrática Alemana.[376] Unos fuegos artificiales, escribe Azaryahu, prendieron un retrato colosal de Stalin.[377] Kurt Bartel, un escritor del Este, concibió un poema para la ocasión: «¿Cómo darle las gracias a Stalin? / Le ofrecemos su nombre a esta calle».

Para entonces, la división entre Alemania Oriental y Alemania Occidental era un hecho. En la Alemania Occidental los nombres nazis más obvios fueron retirados y algunas calles pasaron a conmemorar a activistas antinazis. Pero, en general, solo les importaba la desnazificación. Los nombres de calles nazis retomaron su antiguo nombre. Las calles del Berlín Occidental después de la guerra sonaban como si la guerra nunca hubiera sucedido.

Pero las fuerzas soviéticas del Este no solo estaban interesadas en desnazificar: exigían una revolución. El callejero de la Alemania Oriental era una oportunidad para mostrar el aspecto que habían decidido que tuviera su nuevo orden mundial. La zona soviética conmemoraba a los activistas antinazis, como Hans y Sophie Scholl, dos hermanos decapitados por la Gestapo por entregar panfletos contra los nazis. Pero la estrategia de renombrar pasó a ser más radical. Artistas, filósofos de izquierdas, revolucionarios, mártires comunistas…, todos encontraron su sitio en el paisaje callejero de la Alemania Oriental. Después, también se ganarían nombres miembros de la Stasi (la policía secreta), los agentes y los guardias que murieron junto al muro de Berlín, construido en 1961.[378]

Pero ¿qué pasaría con esos nombres después de la reunificación?[379] El muro apenas acababa de caer en 1989 cuando comenzó la batalla por Käthe Niederkirchner, hija de una pareja de socialistas alemanes. Había aprendido el oficio de costurera, pero comenzó a involucrarse en actividades

comunistas antes del auge de los nazis, distribuyendo panfletos y pronunciando discursos provocadores. Fue arrestada y expulsada de Alemania, y se refugió en Moscú, donde retransmitía un programa de radio en alemán contra los nazis. En 1941 se lanzó en paracaídas sobre Polonia y se dirigía a Berlín cuando los nazis la detuvieron. Su pasaporte, a pesar de ser una falsificación perfecta, carecía de un sello nazi reciente. Arrestada, torturada e interrogada, terminó en el campo de concentración de Ravensbrück, donde fue fusilada por las SS.

El nuevo Parlamento de esta ciudad-Estado recién unificada se ubicó en el edificio donde antes estaba la Asamblea Prusiana, en la calle Niederkirchner, del Berlín Occidental.[380] El Partido Demócrata Cristiano, que era mayoría en el Oeste, fue inflexible y solicitó que el nombre se modificara. Si Niederkirchner hubiera sobrevivido a los nazis, argumentaba el presidente del Senado, ahora sería comunista y, por tanto, se opondría a la democracia que estaban intentando construir. Al final, los demócratas cristianos terminaron por escribir en sus membretes «calle de la Asamblea Prusiana» mientras que sus compañeros de izquierdas continuaron usando Niederkirchner Strasse.

En toda Alemania, la gente escribía a los ayuntamientos para exigir que los nombres de la zona oriental retomasen la nomenclatura anterior a la guerra. Con el paso de los años, muchos habitantes de la Alemania Oriental apoyaron esos cambios. «Si en el remitente pone Leninallee, uno será identificado a perpetuidad como alemán del Este, incluso fuera de Berlín, ¿quién iba a querer eso?», escribió un vecino.[381] Pero hubo otras personas, a veces se manifestaban por miles, que protestaban porque consideraban que se estaba borrando la identidad de los alemanes del Este. En 1991, el Senado de Berlín propuso renombrar decenas de calles que conmemoraban a comunistas, combatientes de la guerra civil española, poetas, novelistas y miembros de la resistencia.[382]

Y ¿para qué? Hanna Behrend, una profesora judía que regresó a Alemania Oriental después de abandonarla para huir de los nazis, escribió en una carta a una amiga en 1996: «No tenemos una nueva dirección. Al Senado de Berlín le ha parecido bien borrar el nombre del joven antifascista Artur Becker, asesinado por los fascistas en España, y volver al nombre de Herr von Kniprode, caballero de la Orden Teutónica, una de esas hordas medievales que "cabalgaban hacia Oriente" y "conquistaban" tierras eslavas».[383] Los nombres más recientes, que reemplazaban las calles comunistas, a veces parecían una provocación deliberada: Karl-Marx-Platz, en Dresde, fue rebautizada como Palaisplatz (plaza del Palacio) y Friedrich-Engels-Strasse se convirtió en Koenigstrasse (calle del Rey).[384] La unificación alemana no fue una fusión, como ha señalado un antropólogo, sino una «adquisición corporativa».[385]

Christiane Wilke, una profesora de Derecho que era una niña cuando cayó el muro, se mudó a Berlín a pasar un año sabático para pasear por las mismas calles del Este donde su madre había jugado. Pero cuando hablaba con su madre sobre lugares, paradas de metro y calles, Christiane tenía que casar los nombres actuales con los antiguos, que eran los que conocía su madre. ¿Danziger Strasse? ¿Torstrasse?

Christiane también descubrió que ella y su peluquera habían crecido en la misma ciudad, pero ella no reconocía el nuevo nombre de la escuela donde había estudiado la peluquera. Esta tampoco sabía el nombre de la época oriental. Su incapacidad para traducir los nombres de su ciudad natal las dejó «mudas», según Christiane. «No podemos hablar de lugares que no se llaman de la misma manera. Si hablas de ciudades, escuelas y calles de la Alemania del Este, tendrás que traducir entre las nuevas, las viejas y las más viejas todavía».[386] No había un diccionario del callejero que pudiera cerrar esa brecha.

En 1951, se dedicó una plaza de Dresde, en la antigua Alemania Oriental, a Julius Fucik. Había sido periodista y líder comunista de la resistencia

antes de ser ahorcado por los nazis. Escribió sus memorias desde el campo de concentración en 167 hojitas de papel viejo que algunos guardias compasivos le ayudaron a sacar al exterior. «A quienes sobrevivís esta época, no olvidéis —escribió a sus lectores— que aquellos que combatieron a los nazis no fueron héroes anónimos». También ellos tenían caras, rostros, deseos, creencias. «El sufrimiento del último de ellos no es menos importante que el sufrimiento del primero cuyo nombre será recordado». [387]

«*Nota bene* —escribe la historiadora Patricia Brodsky—, en 1991, la Fucikplatz de Dresde fue renombrada como Strassburger Platz».[388]

Los artistas conceptuales parecen muy atraídos por las placas de las calles de Berlín. En 1993, Renata Stih y Frieder Schnock colgaron ochenta placas en las farolas en un antiguo barrio judío de Berlín, cada una exhibiendo una ley nazi distinta. «Judíos y polacos no pueden comprar dulces», decía una. «Los judíos tienen prohibido poseer radios o gramófonos». «Los judíos no tienen permitido usar teléfonos ni el metro». «Los judíos no podrán tener mascotas». «Los judíos no pueden recibir títulos académicos»[389]. Stih y Schnock colocaron la palabra *judío* en todos los carteles, porque había mucha gente en Alemania que temía hasta pronunciarla y querían que se enfrentaran a ella. Los operarios que colgaban las placas protestaron porque el proyecto les parecía innecesario, hasta que alguien abrió una ventana y gritó: «*Haut ab, Judenschweine!*» (¡Largaos, cerdos judíos!).[390]

Stih y Schnock se dieron cuenta de que cerca de aquel lugar había una calle que antes de la guerra había llevado el nombre de un judío, Georg Haberland. Se preguntaron cómo aún era posible algo así. Crearon un falso cartel de Haberland Strasse y lo colgaron en la calle donde Haberland vivió.

Así comenzó un debate político sobre el nombre de la calle Haberland que duró cinco años. Los Verdes, según Stih, dijeron que no les gustaba Haberland, que era un inversor que probablemente no mereciese el honor, contaron a *The New York Review of Books.*

Stih: Sin saber nada sobre él, dijeron que era un mal tipo, «no podemos ponerle el nombre de un inversor», dijeron. Cinco años después accedieron a renombrar media calle como Haberland Strasse y la otra media se quedó con Treuchtlinger Strasse.

Schnock: Una solución alemana.

En 1938, los nazis cambiaron una de las calles Judenstrasse de Berlín, en el barrio de Spandau, y le pusieron Kinkelstrasse en honor a un revolucionario decimonónico. La calle volvió a ser Judenstrasse en una ceremonia donde unos manifestantes de derechas supuestamente gritaron «Fuera los judíos» y «Los judíos tenéis la culpa de todo».[391] Esto sucedió en 2002, el mismo año en el que Susan Hiller llegó a Berlín.

Más o menos un año antes de morir a causa de un cáncer de páncreas, en 2019, Hiller me envió un vídeo que realizó sobre las calles de los Judíos que normalmente acompaña sus fotografías de las calles en todos los museos del mundo donde se han expuesto. Tiene algo más de una hora de duración y es hipnótico, aunque apenas hay diálogos ni acción al margen de unos relojes haciendo tictac, unos ancianos caminando con bastón y los camiones pasando junto a las placas. En el vídeo de Hiller, la vida moderna continúa como si nada en las calles de los Judíos. La gente hace recados, pasan furgonetas de obreros, el viento le arrebata a un hombre su sombrero, los niños se entretienen. Aún más conmovedores eran los Judenpfade (sendero de los Judíos) o Judenwege (camino de los Judíos), senderos en el bosque que te retrotraen a Hansel y Gretel y transitados durante una época en la que los judíos no podían atravesar la ciudad, sino que tenían que rodearla. Y me sobresaltaba cada vez que un cartel de Judengasse aparecía, aunque sabía que *gasse* en alemán no significa «gas», sino «calleja». Pero, como señalaba Hiller, aunque las placas sean perturbadoras, más perturbador sería retirarlas.

Gran parte de la obra de Hiller trata sobre fantasmas. Una de sus exposiciones en la Tate Britain de Londres incluía relatos sobrecogedores

de gente que había sufrido experiencias cercanas a la muerte («Si eso no nos parece interesante, es que somos muy aburridos», ha dicho en alguna ocasión).[392] Su *J Street Project* es también un relato de fantasmas. La vida cotidiana sigue en las calles de los Judíos, aunque hace ya mucho que los judíos fueron privados de cotidianidad y, también, de vida. «Cuando terminé mi viaje —escribió—, me pareció como si esos cientos de placas fueran un coro que clamase, una y otra vez, el nombre de los que se marcharon para siempre».[393]

Berlín es una ciudad con una de las historias más convulsas del mundo, pasó de Prusia a la República de Weimar, de los nazis a la Guerra Fría, en menos de un siglo. El callejero, como señala Dirk Verheyen, «funciona como fundamento y como metáfora de la pugna de Berlín con su identidad».[394] Han surgido otras protestas más recientes para cambiar los nombres de las calles en el Afrikanisches Viertel o Barrio Africano, donde en los años previos a la Primera Guerra Mundial estaba previsto construir un zoo animal y humano (pero nunca llegó a inaugurarse). Los nombres conmemoran a los hombres que participaron en la esclavización, la violación y la tortura de africanos en las colonias alemanas. En 2018, el Gobierno alemán decidió cambiarlos por nombres de activistas de la liberación africana que lucharon contra los alemanes.

Cuanto más leo sobre calles alemanas, más me topo con esta palabra, una palabra que me recuerda por qué no escogí Alemán en el colegio: *Vergangenheitsbewältigung*. Se compone de dos ideas: «pasado» y «proceso de hacer frente o de hacer las paces».[395] Es una palabra muy alemana y se suele utilizar para describir cómo la nación asimila y afronta su pasado nazi y la división de Alemania durante la Guerra Fría. Pero su significado es universal. Todo el mundo necesita afrontar el pasado, conmemorarlo, enfrentarse a él, hacer algo con él, lo que sea. Ese algo suele incluir nombres de calles.

Lo que más me sorprende de la *Vergangenheitsbewältigung* no es tanto que exista una palabra así, sino que lleva implícita la idea de que el pasado se puede «procesar». ¿Es posible procesar el pasado de verdad?, parece preguntarnos. ¿Alguna vez termina la *Vergangenheitsbewältigung*?

---

[355] Hiller, Susan, *The J Street Project*, Contemporary Jewish Museum, *YouTube*, disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=594aCcLjHgs. Para saber más sobre los orígenes del proyecto de Hiller, véase también: Hiller, Susan, *The J. Street Project, 2002-2005*, Warwickshire, Compton Verney: Berlin Artists-in-Residence Programme/DAAD, 2005.

[356] Hiller, Susan (ed.), *The Myth of Primitivism: Perspectives on Art*, Abingdon: Routledge, 2006, pp. 1-2.

[357] Contemporary Jewish Museum, «Susan Hiller», vídeo de YouTube, 4 de septiembre de 2009, disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=594aCcLjHgs.

[358] Brandt, Willy, *Links und frei: Mein Weg 1930-1950*, Hamburgo: Hofmann und Camp, p. 81, citado en Maoz Azaryahu, «Renaming the Past in Post-Nazi Germany: Insights into the Politics of Street Naming in Mannheim and Potsdam», *Cultural Geographies* 19, n.º 3 (julio de 2012), p. 385, disponible en: DOI:10.1177/1474474011427267.

[359] Friedländer, Saul, *Nazi Germany and the Jews*, vol. 1, *The Years of Persecution, 1933–1939*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1997, pp. 229-230.

[360] Associated Press, «Google Apologises over Reviving Adolf-Hitler-Platz in Berlin», *The Guardian*, 10 de enero de 2014, disponible en: https://www.theguardian.com/technology/2014/jan/10/google-apologises-hitler-platz-berlin.

[361] «Reich Town Forbids Jews to Walk on Hitlerplatz», *Jewish Daily Bulletin*, 3 de septiembre de 1933, disponible en: http://pdfs.jta.org/1933/1933 -09-03_2638.pdf?_ga=2.169184673.1804865581.1566613708-866652241.1566613708, disponible en Jewish Telegraphic Agency Archive, https://www.jta.org/1933/09/03/archive/reich-townforbids-jews-to-walk-on-hitlerplatz.

[362] Grolle, Ingeborg, «Renaming of Hamburg Streets under National Socialism: Hallerstraße», trad. de Insa Kummer, *Key Documents of German-Jewish History*, 22 de septiembre de 2016, disponible en: https://jewish-history-online.net/article/grolle-renaming-streets.

[363] *Ibid*.

[364] *Ibid*.

[365] Goebbels, Joseph, «Einsatz des Lebens», *Der Angriff*, 19 de abril de 1929, citado en inglés en Jesús Casquete, «Martyr Construction and the Politics of Death in National Socialism», *Totalitarian Movements and Political Religions* 10, n.º 3-4 (septiembre de 2009), p. 274, disponible en: https://www.academia.edu/918222/Martyr_Construction_and_the_Politics_of_Death_in_National_Socialism.

[366] Agradezco a Martina Plaschka y Eric Idsvoog su colaboración para traducir estas cartas.

[367] Goebbels, «Einsatz des Lebens», p. 274.

[368] Casquete, Jesús, «Martyr Construction and the Politics of Death in National Socialism», *Totalitarian Movements and Political Religions* 10, n.º 3-4 (septiembre de 2009), p. 274, disponible en: https://www.academia.edu/918222/Martyr_Construction_and_the_Politics_of_Death_in_National_Socialism.

[369] Siemens, Daniel, *The Making of a Nazi Hero: The Murder and Myth of Horst Wessel*, Londres: I. B. Tauris, 2013, trad. de David Burnett, p. 24.

[370] Judt, Tony, *Postwar: A History of Europe Since 1945*, Londres: Vintage, 2010, pp. 21, 22.

[371] Teo, Hsu-Ming, «The Continuum of Sexual Violence in Occupied Germany, 1945-49», *Women's History Review* 5, n.º 2 (1996), p. 191, disponible en: https://www.tandfonline.com/doi/pdf/10.1080/09612029600200111.

[372] Feigel, Lara, *The Bitter Taste of Victory: Life, Love, and Art in the Ruins of the Reich*, Londres: Bloomsbury, 2016, p. 105.

[373] Azaryahu, Maoz, «Street Names and Political Identity: The Case of East Berlin», *Journal of Contemporary History* 21, n.º 4 (1 de octubre de 1986), pp. 583-584, disponible en: DOI:10.1177/002200948602100405.

[374] Verheyen, Dirk, «What's in a Name? Street Name Politics and Urban Identity in Berlin», *German Politics & Society* 15, n.º 3 (otoño de 1997), p. 49.

[375] Azaryahu, «Street Names and Political Identity», pp. 588-589.

[376] *Ibid*., pp. 594-597.

[377] *Ibid*., p. 589.

[378] *Ibid*., p. 600.

[379] Para saber más sobre los nombres de las calles de Berlín, véase Brian Ladd, *The Ghosts of Berlin*, Chicago: University of Chicago Press, 2018.

[380] Pollock Brodsky, Patricia, «The Power of Naming in the Postunification Attack on the German Left», *Nature, Society, and Thought* 14, n.º 4 (octubre de 2001), p. 425; Karacs, Imre, «Berlin's Street signs take a right turn», *The Independent*, 18 de diciembre de 1995, disponible en: https://www.independent.co.uk/news/world/berling-street-signs-take-a-right-turn-1526146.html.

[381] Ladd, Brian, *The Ghosts of Berlin: Confronting German History in the Urban Landscape*, Chicago: University of Chicago Press, 1997, p. 209.

[382] Brodsky, «The Power of Naming in the Postunification Attack on the German Left», p. 425.

[383] Katsiaficas, George (ed.), *After the Fall: 1989 and the Future of Freedom*, Nueva York: Routledge, 2013, p. 88.

[384] Brodsky, «The Power of Naming in the Postunification Attack on the German Left», p. 425.

[385] Borneman, John, *After the Wall: East Meets West in the New Berlin*, Nueva York: Basic Books, 1991, p. vii.

[386] Wilke, Christiane, «Making Sense of Place: Naming Streets and Stations in Berlin and Beyond», *Public Seminar* (blog), 22 de enero de 2014, disponible en:

http://www.deliberatelyconsidered.com/2012/03/making-sense-of-place-namingstreets-and-stations-in-berlin-and-beyond/.

[387] Steiner, Peter, «Making a Czech Hero: Julius Fučík Through His Writings», *Carl Beck Papers in Russian and East European Studies,* n.º 1.501 (septiembre de 2000), p. 8, disponible en: https://carlbeckpapers.pitt.edu/ojs/index.php/cbp/article/view/86/87.

[388] Brodsky, «The Power of Naming in the Postunification Attack on the German Left», p. 431.

[389] Johnson, Ian, «"Jews Aren't Allowed to Use Phones": Berlin's Most Unsettling Memorial», *The New York Review of Books,* 15 de junio de 2017, disponible en: https://www.nybooks.com/daily/2013/06/15/jews-arent-allowed-use-telephonesberlin-memorial/.

[390] *Ibid*.

[391] Rosenthal, John, «Anti-Semitism and Ethnicity in Europe», *Policy Review,* octubre de 2003, pp. 17-38.

[392] Kellaway, Kate, «Susan Hiller, 75: "Self- Doubt Is Always Present for Artists"», *The Guardian*, 15 de noviembre de 2015, disponible en: https://www.theguardian.com/artanddesign/2015/nov/15/susan-hiller-interview-self-doubt-is-always-present.

[393] Hiller, *The J. Street Project*, p. 7.

[394] Verheyen, «What's in a Name?», p. 45.

[395] *Lagenscheidt online German-English Dictionary*, disponible en: https://en.langenscheidt.com/german-english/vergangenheitsbewaeltigung.

RAZA

10

Hollywood, Florida

¿Por qué los estadounidenses siguen
peleando por los nombres confederados?

Durante dos años y medio, Benjamin Israel, afroamericano y judío ortodoxo, acudió a todos los plenos del Ayuntamiento de Hollywood, Florida, para hablar sobre nombres de calles (todos los plenos, me corrigió, salvo uno en el que estaba demasiado «flojo» debido a su tratamiento de cáncer de pulmón). Israel había crecido en la avenida Ámsterdam de Harlem durante los años más terribles de la epidemia de las drogas. Su padre, que era judío, huyó de Etiopía por motivos religiosos. Se las arregló para llegar a Nueva York en un barco mercante y allí conoció a la madre de Israel.

Su madre trabajaba de criada para mantenerlos. Después del colegio, Israel tenía que limpiar el descansillo de su edificio, que los adictos usaban de retrete. Aun así, adoraba Manhattan, pero cuando su bronquitis empeoró, su tío se lo llevó a Florida a pasar una semana de vacaciones. Allí podía respirar y nunca se marchó. Pronto se instaló en Hollywood, una ciudad de tamaño medio entre Fort Lauderdale y Miami. Israel se formó para ser carpintero y encontró una casa cercana a una sinagoga, a la que podía ir caminando el *sabbat*.

Ahora Hollywood es su hogar. En cada pleno municipal, Israel, que ya luce canas bajo la kipá, repetía lo mismo. Los nombres confederados de las calles de la ciudad debían cambiar. Tres nombres en particular: Lee Street, en honor a Robert E. Lee; Forrest Street, por Nathan Bedford Forrest, y Hood Street, dedicada a John Bell Hood. Todos eran generales confederados y las tres vías atravesaban Liberia, que históricamente es el barrio negro de Hollywood. El pleno municipal le concedió la palabra tres minutos en cada ocasión y sus discursos apasionados solían contrastar con los de otros vecinos quejándose del tráfico o de las regulaciones para Airbnb.

En cierto modo, Hollywood, Florida, no se fundó, sino que fue conjurada. Joseph Young era un constructor que había cribado oro en el Yukón con su padre; no encontró, pero en California descubrió los bienes raíces, que venían a ser casi lo mismo.[396] Joan Mickelson, su biógrafa, describe que en enero de 1920, a la edad de treinta y ocho años, se topó con una parcela de terreno lleno de maleza al norte de Miami y descubrió una nueva fortuna. El terreno, encajado entre dos pueblos ganaderos y cubierto de palmitos, pinos de Banks y ciénagas, no parecía a primera vista muy prometedor.[397]

Pero no importó. Young diseñó unos elaborados planos para la nueva ciudad, basados, sin ironía, en el rediseño de París del barón Haussmann, con amplias calles, rotondas y bulevares y unos lagos lo suficientemente profundos como para navegar en ellos (Young afirmaba que no le puso Hollywood por la ciudad californiana, simplemente le gustaba el nombre). En solo cinco años, la ciudad tenía estación de tren, club de campo, unos grandes almacenes y fábrica de hielo.

Corría la década de 1920 y Estados Unidos era el país más rico del mundo. Los estadounidenses tenían pensiones, vacaciones pagadas y coches nuevos. En Florida hacía calor, pero en el resto del país hacía muchísimo frío. En 1920, una ventisca que duró setenta y dos horas cubrió Nueva York

con cuarenta y cinco centímetros de nieve. Los soldados del CWS, el Servicio Químico de Guerra, usaron lanzallamas para derretir el hielo. En Boston se llegó a acumular un metro y ochenta y ocho centímetros ese mismo año.[398]

Los estadounidenses se apresuraron a buscar un nuevo paraíso y llegaron a Florida, a menudo en sus coches recién estrenados, que entonces eran tan asequibles. Los especuladores compraban y vendían como locos las parcelas vacías antes de recibir una oferta siquiera. El *Miami Herald* era el periódico más pesado del país, estaba lleno de anuncios de venta de terrenos.[399] Dos tercios de los bienes raíces de Florida se vendieron por correo a gente que ni siquiera había pisado el estado.[400] Joseph Young fletó veintiún autobuses para que la gente fuera a Hollywood a ver las parcelas «sin compromiso» desde Boston y Nueva York.[401]

Young, que no era sureño, al parecer no era un hombre racista. Pero, después de 1915, el Ku Klux Klan resurgió y su rama más violenta y poderosa estaba en Florida. El día de las elecciones presidenciales de 1920, unos meses después de que Young comprase los terrenos de Hollywood, el KKK de Ocoee, Florida, asesinó a casi sesenta afroamericanos. La comunidad negra de Ocoee sobrevivió escondida en las ciénagas, mientras Julius *July* Perry colgaba de un poste de teléfonos, junto a un cartel que rezaba: «Esto es lo que les hacemos a los negros que intentan votar». Los floridanos lincharon al menos a 161 personas negras entre 1890 y 1920, tres veces más que en Alabama y el doble que en Misisipi, Georgia y Luisiana.[402] La Constitución del estado de Florida privaba a las personas negras del derecho a voto y prohibía a los profesores blancos enseñarles.

Las leyes de la era Jim Crow también prohibían a los negros vivir junto a los blancos. Por eso, en 1923, Young construyó una ciudad separada para los vecinos negros y la llamó Liberia, un lugar que los vecinos negros podrían gobernar por sí mismos. En los planos de la ciudad, Liberia tiene cuarenta manzanas cuadradas y bulevares, un gran parque redondo y un

hotel. Young donó terrenos para escuelas e iglesias. Las calles llevaban nombres de ciudades donde había un alto índice de población negra, como Atlanta, Raleigh y Charlotte, y Young le puso al parque «Dunbar», en honor del poeta afroamericano Paul Laurence Dunbar.[403]

Pero la visión de Young para Liberia nunca se materializó. Se quedó sin dinero después de que un huracán diezmara Hollywood en 1926.[404] Los residentes negros vivían en infraviviendas, incluso en tiendas de campaña atestadas. Y, poco después, los nombres de Young cambiaron misteriosamente por toda la ciudad. En Liberia, tres calles con nombres de ciudades con una importante comunidad negra —Louisville, Macon y Savannah— fueron renombradas para honrar a generales confederados que combatieron para que los negros continuasen esclavizados.

Benjamin Israel me contó que la calle dedicada a Nathan Bedford Forrest le molestaba especialmente. También lo dijo ante los concejales. A veces estos le apoyaban, a veces se notaba su condescendencia. Uno le dijo que quizá podía quitar una erre de Forrest para convertirla en la calle Forest (calle Bosque).

«¿Por qué no me apuñala por la espalda y luego retira el cuchillo un poquitín?», le preguntó Israel.

Nathan Bedford Forrest era esclavista. Vendió a miles de esclavos comprados en un «mercado de negros» del centro de Memphis, después de anunciar que su mercancía venía «directamente del Congo».[405] Un periódico lo describió dándole latigazos a un esclavo que cuatro hombres sujetaban para él.[406] En otra ocasión, Forrest azotó a una mujer desnuda «con un látigo de cuero empapado en agua salada».[407] Al comienzo de la guerra de Secesión, Forrest se alistó como soldado y terminó la guerra como general. Según el historiador Charles Royster, «tuvo un perfil bajo en las grandes batallas y un perfil alto en las pequeñas».[408]

Una de sus victorias más famosas fue la de Fort Pillow, una guarnición nordista que Forrest decidió atacar para conseguir suministros. El

regimiento de la Unión que guardaba el fuerte estaba compuesto por soldados afroamericanos en su mayor parte. Algunos habían sido antiguos esclavos de Forrest. Él y sus tres mil hombres se ensañaron con las tropas negras maliciosamente, negándose a aceptar su rendición.

«La matanza fue terrible», escribió un sargento confederado. «No hay palabras para describir la escena. Los pobres negros, engañados, corrían hasta nuestros hombres, se arrodillaban y levantaban los brazos suplicando clemencia, pero les ordenaron que se levantasen y les dispararon». Un soldado negro rogó a un soldado confederado que le perdonase la vida. «Maldito seas, estás luchando contra tu amo», le dijo el soldado. Después apuntó y le disparó.[409] Un periódico confederado confirmó que «los blancos recibieron cuartel, pero los negros fueron abatidos sin piedad».[410] El propio Forrest escribió que el río se tiñó de sangre en un tramo de unos doscientos metros. «Esperamos que estos hechos demuestren a las gentes del Norte que los soldados negros no pueden contra los sudistas. Seguimos controlando el fuerte».[411] Al final, un 69 por ciento de soldados blancos nordistas sobrevivieron, frente al 35 de soldados negros. Los que sobrevivieron fueron capturados y devueltos a la esclavitud.[412]

No es de extrañar que perder la guerra no cambiase la opinión de Forrest sobre las personas negras: pronto se convirtió en el primer líder del KKK. Forrest defendió al Klan ante el Congreso en 1871 afirmando que los negros eran «insolentes» y las damas estaban siendo «forzadas».[413] El KKK había sido fundado para «proteger a los débiles», nada más.[414] Como describe Michael Newton, al salir de su audiencia, un periodista interpeló a Forrest. «Guiñándole un ojo, el gran mago afirmó: “He mentido como un caballero”».[415] Las esperanzas de la población negra después de la guerra de Secesión, que, como explica Newton, se habían materializado en nuevas escuelas, grupos de mejora y organizaciones cívicas, pronto fueron aplastadas.[416]

Esta historia no es ningún secreto. Ya no hay nadie que la rebata. Por eso Forrest Street molestaba tanto a Israel, según me contó. Yo estaba de acuerdo con él. No podía entender por qué alguien querría conmemorarlo en la actualidad.

Fue entonces cuando recordé a Shelby Foote.

Me topé con Nathan Bedford Forrest, como tantas personas de mi generación, en el documental de Ken Burns de 1990 *The Civil War.* Cuando estaba en mi último año de primaria, mis deberes consistían en ver un capítulo de los nueve cada noche. El documental contaba la historia de la guerra de Secesión a través de fotos antiguas, cartas leídas en voz alta por actores y declaraciones de historiadores. La melancólica pieza de violín que acompañaba las escenas más emotivas, «Ashokan Farewell», se convirtió quizás en la primera canción pegadiza surgida de un documental (la canción fue compuesta en 1982 por Jay Ungar, un músico judío del Bronx, como canción de despedida de un campamento de verano).[417] El programa tuvo un éxito tremendo y fue visto por más de cuarenta millones de telespectadores, el mayor éxito de audiencia de la cadena PBS en toda su historia.

Entre todos los expertos entrevistados en el documental, Shelby Foote destacaba como ningún otro. Había sido novelista antes de convertirse en historiador y se pasó veinte años escribiendo a mano los tres volúmenes de su historia de la guerra de Secesión. Mi abuela lo habría definido como «todo un personaje»: bebía *whisky* y escribía con plumilla y se quejaba de lo difícil que era encontrar papel secante.[418] En el documental se detenía a menudo y apartaba la vista de la cámara, como si estuviera repasando hechos de memoria. Y entonces dibujaba la escena, según un obituario (Foote murió en 2005), «con su meloso acento de Misisipi endulzado por el *whisky*» (su acento invitaba a los símiles alimentarios: alguien lo describió como «sirope sobre maíz»; otra persona, «tan espeso y dulce como la miel de Tupelo»). Foote aparecía en el documental ochenta y nueve veces.

Este historiador tenía un retrato de Nathan Bedford Forrest en la pared y afirmaba que «Forrest era uno de los hombres más atractivos que habían pisado las páginas de la historia».[419] En el documental, explicaba que «acribillaron a los treinta caballos que montó durante la guerra» y que «había matado a treinta y un hombres en combate cuerpo a cuerpo». En su relato, Forrest se convertía en una figura casi agradable. En una entrevista, Foote describía cómo, con dieciséis años, Forrest tuvo que criar a sus seis hermanos y hermanas cuando su padre murió. «Se convirtió en un comerciante de esclavos —dijo Foote—, porque era una forma de ganar dinero para mantener a toda su familia y hacerse rico».[420] La cámara de Burns se detenía a menudo en las fotografías de Forrest, un hombre apuesto de melena espesa y mirada glacial.

Foote no era el primero en celebrarlo. Después de la guerra, la gente comenzó a considerar a Forrest, ahora líder del Ku Klux Klan, como uno de los grandes héroes del Sur, un hombre al que podían admirar sin sentir vergüenza. En Memphis se erigió una estatua suya de seis metros de alto y su cuerpo fue exhumado y enterrado cerca de la estatua en el parque que lleva su nombre. En todo el país se erigieron miles de monumentos en memoria de los veteranos de la guerra de Secesión, eran parte del discurso de la «causa perdida»: la idea de que la esclavitud no había sido un motivo central de la guerra (olvidan convenientemente que la esclavitud estaba protegida por la Constitución confederada; olvidan que el vicepresidente de la Confederación afirmó que era «la causa inmediata de la última ruptura y la presente revolución»).[421] Había, según el historiador James Loewen, más monumentos de Forrest en el estado que de ningún otro personaje histórico, ni siquiera del presidente Andrew Jackson, que era de Tennessee.

El nombre de una calle es también un monumento; en el Sur, hay más de mil calles dedicadas a líderes confederados. Pero no solo en el Sur.[422] Los nombres de las calles de una base del Ejército ubicada en Brooklyn están dedicados a los generales Stonewall Jackson y Robert E. Lee. En Ohio, un

estado de la Unión, hay tres arterias dedicadas a generales confederados; en Pensilvania, otro estado de la Unión, hay dos. Un distrito de Alaska junto al mar de Bering, en una zona con un 95 por ciento de nativos, se llamaba hasta hace poco Wade Hampton, uno de los mayores esclavistas del Sur, teniente de caballería confederado y, más tarde, gobernador de Carolina del Sur.[423] No solo era que los derrotados honraran a sus héroes. Parecía que todo el país quería celebrar a los confederados, a pesar de que estos habían luchado para destruir América. ¿Por qué?

En julio de 1913, casi cincuenta años después de que los confederados se rindiesen, más de cincuenta mil veteranos llegados de cuarenta y ocho estados se reunieron en Gettysburg, Pensilvania. La batalla de Gettysburg, una victoria para la Unión, fue un punto de inflexión en la guerra. Más de cuarenta mil hombres murieron en ella. Para alojar y alimentar a los veteranos que regresaban se construyó un campamento de más de un kilómetro cuadrado, se sirvieron 688.000 comidas elaboradas por 2.170 cocineros y se utilizaron casi 60.000 kilos de harina.[424] Quinientas bombillas eléctricas iluminaban los ochenta kilómetros de campo de batalla.

Como narra con exquisitez el historiador David Blight, el encuentro de ambos actores de la sangrienta contienda estuvo cargado de retórica conciliadora. Los antiguos soldados buscaban a los que habían disparado durante la batalla. Un antiguo soldado de la Unión y otro confederado acudieron juntos a una ferretería y compraron un hacha para enterrarla en los campos. Lejos de ser polémico, el encuentro representaba que la guerra de Secesión había fortalecido a Estados Unidos.

No se trataba de una historia del Sur profundo. En la época de la reunión, apunta Blight, *The Washington Post* señaló que, si bien la esclavitud era un «principio moral», el «peso de la responsabilidad debería recaer en el Norte por haberla introducido». El *San Francisco Examiner* proclamó: «Sabemos que la gran guerra debía ser librada, que fue positivo que se luchara, un sacrificio necesario, útil y espléndido bajo el cual una raza entera se ha

unido». *The New York Times* contrató a Helen Longstreet, viuda de un general confederado, para que informase sobre las románticas conversaciones entre antiguos enemigos en el encuentro.[425]

La magnífica historia de la reconciliación dejaba fuera a unos actores fundamentales en la guerra de Secesión: los antiguos esclavos. Aunque los veteranos negros habían acudido a Gettysburg en otras ocasiones para celebrar sus propios encuentros, su presencia era apenas tolerada y arremetían contra ellos en los periódicos (criticaban a los turistas negros y calificaban sus celebraciones de «actos depravados» con titulares como «Gettysburg presencia orgía anual»).[426] No hay pruebas de que algún soldado negro acudiese a la reunión de 1913. Como Blight señala, solo una semana después de hablar en el encuentro de Gettysburg, el presidente Wilson ordenó que se instalasen baños separados para blancos y negros que trabajasen en la Tesorería General.

El Norte y el Sur no siempre habían estado tan unidos en el recuerdo de la guerra de Secesión. Durante la Reconstrucción, el periodo que la siguió, muchos norteños desdeñaban a los antiguos rebeldes con la enemistad lógica entre antiguos enemigos y solían mostrar su optimismo sobre el futuro de los afroamericanos. Pero eso cambió, como ha investigado la historiadora Nina Silber, cuando «los blancos del Norte comenzaron a ceder ante las presiones raciales tras el encuentro». Los norteños comenzaron a «ignorar la historia de la esclavitud en Estados Unidos y terminaron por ver a la población negra del Sur como un colectivo extranjero y extraño», al mismo tiempo que adoptaban una actitud benévola sobre la hombría sureña.[427] Este cambio de actitud facilitó que la gente del Norte asumiese como propias las leyes de Jim Crow.

«Nuestra nación se reconcilió en las décadas posteriores a la guerra de Secesión a costa de los antiguos esclavos, a costa de la justicia racial», afirma David Blight con elocuencia en una entrevista sobre su obra. La implantación de las leyes discriminatorias en el Sur solo fue posible gracias

a la complicidad del Norte y fueron «una pieza fundamental en la reconstrucción de Estados Unidos después de la guerra».[428]

No es que el Norte y el Sur dejaran el sufrimiento de la población negra fuera del relato de la guerra de Secesión, sino que lo fundamentaron en ese sufrimiento.

En las reuniones del pleno de Hollywood, Israel nunca cambió su postura sobre Forrest y los nombres de las calles, pero encontró nuevas formas de decirlo. A veces hablaba de la guerra de Secesión, a veces leía fragmentos del discurso de Lincoln antes de la batalla de Gettysburg. Les contaba cómo Lee, Forrest y Hood querían destruir el Gobierno al que los compromisarios habían jurado lealtad. Otras veces vituperaba sobre el «chiste cruel» de poner nombres de generales confederados a un barrio negro.

Pero hay mucha gente a la que le sigue resultando raro que alguien quiera cambiar los nombres. Una vecina, la dueña de los Apartamentos Lee Street, se colocó ante el cartel de su edificio para hablar con un periodista. «Esta historia sucedió hace doscientos años —dijo—, ¿qué tiene de malo?».[429]

En la década de 1920, el filósofo y sociólogo francés Maurice Halbwachs anunció que la historia había muerto. «Nombres propios, fechas, fórmulas que resumen una larga serie de detalles, a veces una anécdota o una cita», escribió, eran un «epitafio de los hechos pasados, tan corto, general y pobre de sentido como la mayoría de las inscripciones que leemos en las tumbas. Esto es porque, efectivamente, la historia es como un cementerio donde el espacio está limitado y donde hay que volver a encontrar constantemente sitio para nuevas tumbas».[430]

Pero el recuerdo… está vivo. Y, además, es social. La memoria «no está totalmente aislada y cerrada», afirma Halbwachs. «Durante el curso de mi vida» (interrumpida prematuramente por su asesinato en Buchenwald), «el grupo nacional del que formaba parte fue el teatro de determinados hechos de los que digo acordarme, pero solo los conocí por los periódicos o los

testimonios de quienes estuvieron directamente implicados en ellos. Ocupan un lugar en la memoria de la nación. Pero no asistí a ellos en persona».[431] A partir de todas estas ideas acuñó el concepto de «memoria colectiva», un repositorio compartido de recuerdos que conforman la identidad de grupo.

Pierre Nora, que ha escrito largo y tendido sobre la memoria colectiva en Francia, aduce que antes del siglo XIX necesitábamos objetos para recordar el pasado. La memoria estaba imbricada en la cultura local, los hábitos y las costumbres.[432] Pero, a medida que los cambios del siglo XX aceleraban la historia, la memoria comenzó a separarse de la experiencia cotidiana y comenzamos a sentir la poderosa necesidad de preservar los recuerdos no solo en nuestra mente, sino también asociados a objetos y lugares específicos, como los monumentos y los nombres de las calles. Queremos que nuestras vidas sean predecibles, y eso requiere un «hilo narrativo» entre el presente y el pasado que nos tranquilice de que todo está como debe ser.[433] Acopiamos nuestros recuerdos para un uso futuro, los fundimos en bronce en los parques y los grabamos en los rótulos de las calles para obligar a nuestras sociedades futuras a parecerse a las pasadas.

Por eso, conmemorar el pasado es una simple manera de desear el presente. El problema es que no siempre compartimos la misma memoria. Y no todo el mundo tiene las mismas oportunidades de imprimir su memoria de grupo en el paisaje. Como menciona el novelista Milan Kundera: «Los hombres quieren ser dueños del futuro solo para poder cambiar el pasado. Luchan por entrar al laboratorio en el que se retocan las fotografías y se reescriben las biografías y la historia».[434] Los monumentos que conmemoraban la guerra de Secesión tuvieron dos puntos álgidos: el primero, a principios del siglo XX, cuando las leyes del Jim Crow se establecieron, y también en las décadas de 1950 y 1960, cuando estas leyes estaban amenazadas.[435] «Estas estatuas se erigieron para dotar de legitimidad la supremacía blanca», afirma el historiador James Grossman. «¿Por qué, si no, se iba a colocar una estatua de Robert E. Lee o de

Stonewall Jackson en 1948 en Baltimore?».[436] Los nombres de las calles de Hollywood fueron modificados cuando el Ku Klux Klan estaba en su apogeo.

Pero la memoria puede cambiar. El mito de la gran reconciliación, que ya estaba resquebrajado, ha comenzado a derrumbarse. En 2015, Dylann Roof asesinó a nueve afroamericanos en una iglesia de Charlestown con la intención de prender una nueva guerra racial (la iglesia estaba en Calhoun Street, llamada así en honor del gran héroe de los confederados, John C. Calhoun, un hombre que creía que la esclavitud era «un bien positivo»).[437] Las noticias sobre asesinatos de afroamericanos a manos de la policía espolearon el movimiento Black Lives Matter. Cuando Donald Trump ganó las elecciones, cristalizó aún más.

Los monumentos de los héroes confederados son un testimonio tangible de lo absurdo de la teoría de la «causa perdida» y una muestra de un profundo racismo sistémico, del que somos cada vez más conscientes. El alcalde de Nueva Orleans, Mitch Landrieu, que retiró todos los monumentos confederados de la ciudad, explicó que «celebraban una Confederación ficticia y aséptica, ignoraban la muerte, ignoraban la esclavitud y el terror que esta implicaba». Decenas de ciudades anunciaron que también retirarían las estatuas confederadas.[438] En 2017, la estatua de Forrest fue retirada en su ciudad natal, Memphis; desde entonces, el parque lleva el nombre de Health Sciences Park, en honor del organismo que lo gestiona.

En Hollywood, el pleno municipal no tardó en interesarse por los argumentos de Benjamin Israel. En un taller especial para tratar los nombres de las calles, se planteó quién debía costear los cambios. Técnicamente, cada cambio costaba dos mil dólares. Laurie Schecter, que había crecido en Hollywood y era propietaria de un pequeño hotel, levantó la mano y dijo que estaba dispuesta a pagar la cuota (Schecter, que solicitó el cambio de

nombre junto a la activista Linda Anderson, terminaría pagando más de veinte mil dólares a las arcas de la ciudad, pagó incluso las nuevas placas).

Cuando el pleno debatió los cambios propuestos, cientos de manifestantes se congregaron a favor en el exterior del ayuntamiento. Grupos contrarios ondearon banderas confederadas ante la multitud, mientras gritaban: «¡Trump! ¡Trump! ¡Trump!». El senador por Florida Shevrin Jones afirmó que le habían gritado «que se fuera a su país» y que lo habían insultado llamándolo *nigger* y «mono».[439] Un supremacista blanco fue arrestado por cargar contra la multitud con el asta de una bandera. «Sois el cáncer de la tierra», le gritó a un manifestante. «¡Como todos los judíos!».[440]

Pero los defensores de las calles confederadas rara vez usan una retórica explícitamente racista. El legado del recuerdo de la guerra de Secesión es más complejo que eso. En una retransmisión por *streaming* de la vista para valorar el cambio, vi a vecinos hablando a favor y en contra durante varias horas. Muchos aducían que los nombres eran racistas, a otros les parecían neutrales, una especie de lección de historia (la madre de Forrest Gump al parecer encajaba en esta postura; el protagonista de la película tomaba su nombre de Nathan Bedford Forrest porque así recordaría «que a veces todos hacemos cosas que no tienen ningún sentido»). Algunos creían que debía votarlo la gente que vivía en esas calles. Otro grupo se quejó de que tendrían que cambiar su dirección en las facturas y en los documentos de identidad, aunque se tardaba menos que en hacer la cola para declarar en la vista.

Para otros, mantener la historia de la guerra de Secesión en las placas era aferrarse a un legado que les parecía romántico, que formaba parte de su memoria colectiva, un legado que creían que debían admirar mientras rechazaban los males de la esclavitud. Me recordó a una entrevista que dio Shelby Foote desde su confortable despacho de Memphis. El entrevistador terminaba leyendo una pregunta del público sobre su «preciosa voz».

«La gente siempre habla de las voces sureñas», le contestó Foote, con una risita. «Se debe a que de pequeños todos teníamos las llamadas niñeras de color. Hemos sacado nuestra forma de hablar de los negros. De ahí es de donde viene… Cuando tenía veintiún años, me di cuenta de que cada bocado de comida, cada prenda de vestir y cada hora de educación que he recibido proceden del trabajo negro». Su niñera, Nellie Lloyd, significaba más para él que su madre, o que sus tíos y tías juntas. «Es una experiencia negra…, así es como era el Delta. Yo me crie en una sociedad negra», continuó. «No la lideraban ellos, pero sí la construían».[441]

Me pareció que era una afirmación muy reveladora en boca de un hombre que veneraba a Nathan Bedford Forrest. Foote creyó que podía honrar a la vez a las personas negras que atendían todas y cada una de sus necesidades y al hombre que esclavizó y asesinó a sus ancestros. El hecho de que fuera capaz de reconciliar ambas ideas sirve de metáfora sobre el debate de la memoria de la guerra de Secesión, una metáfora que se refleja en los discursos de los vecinos de Hollywood que defienden los nombres de las calles.

Una mujer que habló en la vista dijo: «Debemos cuidar de nuestros hijos y contarles nuestra historia. Contarles cómo olvidar, cómo amar, cómo sentir compasión, cómo mostrar empatía. Retirar los nombres de Hood y Lee no cambiará nada. Eso no cambia el carácter».[442]

En eso tenía razón. En sí mismo, el cambio de nombre no cambia el carácter. Pero puede que apunte a un cambio en la memoria. En 2018 se colgaron los nuevos carteles de las calles: Liberty Street (calle de la Libertad), Freedom Street (calle de la Liberación) y Hope Street (calle de la Esperanza).

Cuando leía acerca de las calles confederadas, me topé con un artículo sobre una chica de diecisiete años que iba al instituto de East Chapel Hill, en mi ciudad natal, en Carolina del Norte. Colgó en Instagram una foto suya donde aparecía con otra estudiante ondeando banderas confederadas de

combate. En el mensaje se leía: «El Sur volverá a levantarse». Habían hecho un viaje a los campos de batalla de la guerra de Secesión con su profesor de Historia y acababan de concluir una recreación de la Carga de Pickett, un asalto frustrado de los confederados contra los soldados de la Unión que pasó a simbolizar el principio del fin de la guerra. Después de que la estudiante subiera la foto, alguien comentó: «Ya he comprado mi primer esclavo». Ante las críticas de otros compañeros y de sus padres, la estudiante colgó una disculpa que sonaba a la retórica de la causa perdida: «Estoy orgullosa de formar parte de mi estado y siento que mi foto resultara ofensiva, pero me parece apropiada, ya que estoy honrando a héroes que combatieron para proteger su hogar y sus familias».[443]

Recuerdo la excursión anual sobre la guerra de Secesión. Yo misma fui cuando iba al instituto de Chapel Hill hace más de veinte años. Yo también participé en una recreación de la Carga de Pickett en Gettysburg (pero fui con un profesor diferente). Estuvimos fuera tres días y viajamos por autopistas y carreteras con socavones. Recuerdo que un estudiante hizo ondear la bandera confederada y que alguna vez la pegamos en la ventanilla del autobús mientras nos acercábamos por las carreteras secundarias a los campos de batalla. No creo que mi profesor lo supiera, pero yo no dije nada. Que yo recuerde, era la única afroamericana de la excursión.

Me acordé de este viaje cuando hablé con Kevin Biederman, que es concejal en Hollywood. Hablamos un rato antes de que votaran los cambios en los nombres de las calles. Biederman me dijo que había decidido recorrer a pie Lee, Hood y Forrest para recabar apoyos para el cambio de nombre. Una familia blanca le dijo que no quería que los nombres cambiaran y que su vecino, un hombre negro, tampoco. Su vecino estaba justo al otro lado de la calle y lo llamaron para hablar con él. Le contó a Biederman que tenía dos trabajos y que no tenía tiempo para cambiar su dirección en su tarjeta de identidad y sus facturas.

Pero cuando Biederman se despidió y se alejó, el vecino negro fue en su busca y le estrechó la mano calurosamente. «Muchas gracias por todo lo que está haciendo aquí», le dijo. Lo que pasaba es que no quería problemas con sus vecinos.

Y eso fue lo que me pasó a mí en ese viaje escolar a los campos de batalla de la guerra tantos años atrás, supongo. No quise tener problemas con mis vecinos. En aquella época, parecía que era lo único a lo que se podía aspirar.

---

[396] Mickelson, Joan, *Joseph W. Young, Jr., and the City Beautiful: A Biography of the Founder of Hollywood, Florida*, Jefferson: McFarland, 2013, p. 7.

[397] *Ibid*., p. 46.

[398] Fritz, Angela, «Boston Clinches Snowiest Season on Record amid Winter of Superlatives», *The Washington Post*, 15 de marzo de 2015, https://www.washingtonpost.com/news/capital-weather-gang/wp/2015/03/15/boston-clinches-snowiest-season-on-record-amid-winter-of-superlatives/?utm_term=.f58dd7a4e36c.

[399] Smiley, Nixon, *Knights of the Fourth Estate: The Story of the Miami Herald*, Miami: E. A. Seeman, 1974, p. 54.

[400] Odekon, Mehmet, *Boom and Busts: An Encyclopedia of Economic History from the First Stock Market Crash of 1792 to the Current Global Economic Crisis*, Abingdon: Routledge, 2015, p. 283.

[401] Mickelson, *Joseph W. Young, Jr., and the City Beautiful*, p. 108.

[402] Newton, Michael, *The Invisible Empire: The Ku Klux Klan in Florida*, Gainesville: University Press of Florida, 2001, p. 33.

[403] Mickelson, Joan, *A Guide to Historic Hollywood: A Tour Through Place and Time*, Charleston: History Press Library Editions, 2005, p. 201.

[404] *Ibid.*

[405] Yellin, Emily, «A Confederate General's Final Stand Divides Memphis», *The New York Times*, 19 de julio de 2015, disponible en: https://www.nytimes.com/2015/07/20/us/a-confederate-generals-final-stand-divides-memphis.html.

[406] Huebner, Timothy S., «Confronting the True History of Forrest the Slave Trader», *Commercial Appeal*, 8 de diciembre de 2017, disponible en: https://eu.commercialappeal.com/story/opinion/contributors/2017/12/08/confronting-true-history-forrestslave-trader/926292001.

[407] Potok, Mark, «A Different Kind of Hero», *Intelligence Report*, Southern Poverty Law Center, 21 de diciembre de 2004, disponible en: https://www.splcenter.org/fighting-hate/intelligence-

report/2004/different-kind-hero.

[408] Royster, Charles, «Slave, General, Klansman», *Atlantic Monthly* 271 (mayo de 1993), p. 126.

[409] Stier, William J., «Nathan Bedford Forrest», *Civil War Times,* diciembre de 1999.

[410] Hickox, Will, «Remember Fort Pillow!», *Opinator* (blog), *The New York Times,* 11 de abril de 2014, disponible en: https://opinionator.blogs.nytimes.com/2014/04/11/remember-fort-pillow/.

[411] *Ibid.*

[412] *Ibid.*

[413] Government Printing Office, «Report of the Joint Select Committee to Inquire into the Condition of Affairs in the Late Insurrectionary States. Made to the Two Houses of Congress», 19 de febrero de 1872, Washington D. C.: Government Printing Office, 1872.

[414] *Ibid.*

[415] Newton, *The Invisible Empire,* p. 8.

[416] *Ibid.*

[417] Garber, Megan, «"Ashokan Farewell": The Story Behind the Tune Ken Burns Made Famous», *Atlantic,* 25 de septiembre de 2015, disponible en: https://www.theatlantic.com/entertainment/archive/2015/09/ashokan-farewell-how-a-20th-centurymelody-became-an-anthem-for-the-19th/407263/.

[418] Piepenbring, Dan, «Tools of the Trade», *Paris Review,* 17 de noviembre de 2014, disponible en: https://www.theparisreview.org/blog/2014/11/17/tools-of-the-trade/.

[419] Coates, Ta-Nehisi, «The Convenient Suspension of Disbelief», *Atlantic,* 13 de junio de 2011, disponible en: https://www.theatlantic.com/national/archive/2011/06/the-convenient-suspension-of-disbelief/240318/.

[420] *Ibid.*

[421] Bouie, Jamelle y Rebecca Onion, «Slavery Myths Debunked», *Slate,* 29 de septiembre de 2015, https://slate.com/news-and-politics/2015/09/slavery-myths-seven-lies-half-truths-and-irrelevancies-people-trot-out-about-slavery-debunked.html.

[422] Southern Poverty Law Center, «Whose Heritage?: Public Symbols of the Confederacy», 2016, disponible en: https://www.splcenter.org/sites/default/files/com_whose_heritage.pdf.

[423] Demer, Lisa, «In Western Alaska, a Push to Rename District That Honors Slave-Owning Confederate General», *Anchorage Daily News,* 25 de abril de 2015, disponible en: https://www.adn.com/rural-alaska/article/upset-growing-overwestern-alaska-area-named-confederate-general-and-slave-owner/2015/04/26/.

[424] Blight, David W., *Race and Reunion: The Civil War in American Memory*, Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press, 2001, pp. 382-383.

[425] Blight, David W., *Beyond the Battlefield: Race, Memory, and the American Civil War*, Amherst: University of Massachusetts Press, 2002, pp. 140-142.

[426] Weeks, James P., «A Different View of Gettysburg: Play, Memory, and Race at the Civil War's Greatest Shrine», *Civil War History* 50, n.º 2 (junio de 2004), pp. 175-191.

[427] Silber, Nina, *The Romance of Reunion: Northerners and the South, 1865-1900*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1993, p. 124.

[428] «David W. Blight on the Civil War in American History», vídeo, minuto 9:00, disponible en: https://www.hup.harvard.edu/catalog.php?isbn=9780674008199.

[429] Mazzei, Patricia y Alexandria Bordas, «In South Florida, Black Residents Live on Confederate Streets. They're Sick of It», *Miami Herald,* 29 de junio de 2017, disponible en: https://www.miamiherald.com/news/local/community/broward/article158904359.html.

[430] Halbwachs, Maurice, *La memoria colectiva*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, trad. de Inés Sancho-Arroyo, 2004, p. 55.

[431] *Ibid*. p. 54.

[432] Nora, Pierre, «Between Memory and History: *Les Lieux de Mémoire*», *Representations* (primavera de 1989), disponible en: https://www.jstor.org/stable/2928520?seq=1#page_scan_tab_contents.

[433] Fokasz, Nikosz y Ákos Kopper, «The Media and Collective Memory Places and Milieus of Remembering», comunicación leída ante la Media, Communication and Cultural Studies Association, 2010, disponible en: http://www.lse.ac.uk/media%40lse/events/MeCCSA/pdf/papers/FOKASZ%20and%20KOPPER%20-%20MEDIA%20AND%20COLLECTIVE%20MEMORY%20-%20MECCSA%202010%20-%20LSE.pdf.

[434] Kundera, Milan, *El libro de la risa y el olvido*, Barcelona: Tusquets, 2013, trad. de Fernando de Valenzuela, p. 48.

[435] Parks, Miles, «Confederate Statues Were Built to Further a "White Supremacist Future"», *NPR*, 20 de agosto de 2017, disponible en: https://www.npr.org/2017/08/20/544266880/confederate-statues-were-built-to-further-a-white-supremacist-future.

[436] *Ibid.*

[437] Wilson, Clyde N., «John C. Calhoun and Slavery as a "Positive Good": What He Said», Abbeville Institute, 26 de junio de 2014, disponible en: https://www.abbevilleinstitute.org/clyde-wilson-library/john-c-calhoun-and-slavery-as-a-positive-goodwhat-he-said.

[438] «Confederate Monuments Are Coming Down Across the United States. Here's a List», *The New York Times,* 28 de agosto de 2017, disponible en: https://www.nytimes.com/interactive/2017/08/16/us/confederate-monuments-removed.html.

[439] Mazzei, Patricia, «Black Lawmaker: I Was Called "Monkey" at Hollywood Protest to Change Confederate Street Signs», *Miami Herald,* 21 de junio de 2017, disponible en: https://miamiherald.typepad.com/nakedpolitics/2017/06/black-lawmakeri-was-called-monkey-at-hollywood-protest-to-change-confederate-street-signs.html.

[440] Iannelli, Jerry e Isabella Vi Gomas, «White Supremacist Arrested for Charging Crowd at Hollywood Confederate Street-Name Protest Updated», *Miami New Times,* 30 de agosto de 2017, disponible en: https://www.miaminewtimes.com/news/whitesupremacist-arrested-at-hollywood-florida-confederate-street-sign-protest-9631690.

[441] «In Depth with Shelby Foote», CSPAN, disponible en: https://www.c-span.org/video/?c4500025/shelby-footes-accent.

[442] Bois, Paul, «Florida City Votes to Remove Confederate Street Names», *Dailywire*, 1 de septiembre de 2017, disponible en: https://www.dailywire.com/news/florida-city-council-removes-confederate-street-paul-bois.

[443] «Debate Continues over Controversial Instagram Photo«, *WRAL.com*, 9 de mayo de 2015, disponible en: https://www.wral.com/chapel-hill-parents-studentsdemand-action-over-controversial-instagram-photo/14631007/.

11

San Luis

¿Qué cuentan las calles Martin Luther King
sobre la raza en Estados Unidos?

En abril de 1957, Martin Luther King Jr. viajó a San Luis para dar un discurso. Llevaba un año ajetreado. El boicot a los autobuses de Montgomery era un éxito total. La Corte Suprema había declarado anticonstitucional la segregación en los autobuses. En marzo, King había hecho un largo viaje a Ghana con su esposa para celebrar su reciente independencia de Gran Bretaña. Con solo veintiocho años, King se había convertido, sin buscarlo, en el rostro del movimiento por los derechos civiles.

Ocho mil personas se reunieron en Kiel Center, la cancha de baloncesto de la Universidad de San Luis, para escuchar su discurso. «Es estupendo estar en San Luis», comenzó King, y felicitó a la ciudad por sus avances en las relaciones raciales. Ya no se segregaba en la barra de las cafeterías. «Es evidente que las ciudades del Sur profundo tienen mucho que aprender de San Luis», afirmó. La integración se había producido «sin muchos incidentes», incluso de manera «tranquila y pacífica».

La multitud subrayaba las palabras de King exclamando «Sí», «Adelante» o «Amén» casi después de cada frase.

Pero no dejó que la multitud se marchara sin más. King dijo que la comunidad necesitaba individuos que «condujesen a las personas que hoy se encuentran en mitad del desierto hacia la tierra prometida de la libertad y la justicia».

«¡Sí, sí, sí!», coreó la multitud.

«Este —afirmó King ante su auditorio— es el desafío del presente».[444]

Durante los primeros años de su vida, Melvin White vivió en Dr. Martin Luther King Drive (o simplemente avenida MLK) en San Luis. En la década de 1940, los vecindarios que rodeaban las avenidas Franklin y Easton —que en 1972 se fusionaron dando lugar a MLK— eran barrios de clase obrera de ascendencia alemana e italiana, sobre todo, y las calles estaban llenas de puestos donde se vendían flores y verduras, pollos y ocas, arenques y eneldo.[445] Pero cuando Melvin era niño, MLK Drive estaba en el meollo de la comunidad afroamericana, llena de gente que acudía en masa a los nuevos almacenes J. C. Penney y trabajadores que volvían a casa bajando del tranvía que atravesaba el ancho bulevar.

Pero eso sucedió hace mucho tiempo. La tienda J. C. Penney hace mucho que bajó la persiana, en su lugar hay ahora un almacén. Hay un puñado de negocios a los que parece irles bien —licorerías, tiendas de alimentación, un restaurante de comida del Sur con chuletas de cerdo y pudin de plátano en el escaparate—, pero no son muchos. La droga y la prostitución proliferan en las esquinas y en los callejones que en su día funcionaban como espacios de carga y descarga de los florecientes negocios. Hoy, los ladrones despedazan las mansiones decadentes a plena luz del día, roban los ladrillos rojos que terminan en casas de Houston y Charlotte.

La vida de Melvin cambió un día mientras iba conduciendo por Delmar Boulevard, en San Luis, a unos dos kilómetros y medio del MLK Drive. De niño, Delmar no se diferenciaba mucho de MLK Drive, no era más que otra calle de la que los blancos se habían ido marchando. Pero al atravesar Delmar ese día, Melvin tuvo la sensación de verla por primera vez. Ni

rastro de bandas, camellos, ni ventanas rotas. La calle estaba llena de restaurantes bulliciosos, clubes de música en directo y un cine de arte y ensayo con tres pantallas. Los negocios en Delmar —una tienda de deportivas de edición limitada, un restaurante fusión mexicano-coreano— atendían las necesidades de los turistas y hípsteres de alto poder adquisitivo. Según la American Planning Association, la asociación de urbanismo americana, Delmar era una de las diez mejores calles del país.

Melvin, que es afroamericano, un hombre apuesto y elegante con gafas metálicas y un diente de oro, continuó conduciendo por Delmar, pero tenía MLK en la cabeza. Mientras que la fortuna de Delmar había cambiado, la de MLK estaba por los suelos. Melvin trabajaba en el turno de noche de Correos y a sus compañeros les daba miedo entregar las cartas en su calle. Conocía bien el viejo chiste de Chris Rock: si te encuentras en una calle que se llame Martin Luther King, ¡corre! Pero Melvin nunca había pensado a fondo lo que representaba para el legado de MLK. Melvin concluyó que una calle dedicada a un hombre así debería parecerse más a Delmar y menos a un chiste.

Trabajar para Correos le había dado a Melvin una buena posición: un trabajo de funcionario es un emblema de respetabilidad en este barrio. Pero clasificar el correo de madrugada era una ocupación que comenzaba a pesarle. Su primo Barry y él fantaseaban con montar algo, algo grande. Esta idea le quitaba el sueño a Melvin.

Y ahí lo tenía, justo delante de sus ojos. «Caí de golpe», me dijo, mientras circulábamos por Delmar en un robusto Honda. Pasamos ante un restaurante que embotellaba su propia zarzaparrilla y un par de mujeres con mallas de yoga con carritos de bebé. La gente del barrio dice que en Delmar hace diez grados menos que en MLK en los tórridos veranos gracias a los árboles que pueblan el bulevar.

«¿Por qué MLK no se parecía más a Delmar?», se preguntó Melvin. ¿Y por qué no podía ser él quien lograse que así fuera?

No es ninguna coincidencia que haya más calles con nombres confederados y que conmemoren a King en el Sur, donde todavía vive la mayoría de la población negra del país. Cuando King fue asesinado, en 1968, las comunidades negras se alzaron para que las calles llevaran su nombre (en Haarlem, en los Países Bajos, solo tardaron una semana en ponerle su nombre a una calle; en Mainz, Alemania Oriental, tres semanas; pero en Atlanta, su ciudad natal, la calle en honor a King tardó ocho años en aparecer).[446] Casi novecientas calles estadounidenses se llaman Martin Luther King Jr. Hay calles que lo conmemoran en Senegal, Israel, Zambia, Sudáfrica, Francia y también Australia.

En Estados Unidos, la propuesta para ponerle el nombre de King a una calle ha sido en ocasiones el detonante de una guerra racial. En 1993, en Americus, Georgia, un bombero blanco declaró que le parecía bien que media calle llevara el nombre de King si la otra mitad llevaba el de James Earl Ray, su asesino. En Miami-Dade, Florida, en las placas con el nombre de Martin Luther King Jr. pintaron «General Robert E. Lee».[447] En 2002, un motorista arrasó con las placas recién colgadas de una calle dedicada a King en Makato, Minnesota, sin dejar de proferir insultos racistas.[448] En 2005, en Muncie, Indiana, un empleado del condado afirmó que los que proponían el cambio de nombre eran «unos putos negros».[449] El Departamento de Justicia tuvo que enviar un mediador que estuvo trabajando con la gente del pueblo nada más y nada menos que tres meses.

Ha habido disputas incluso en ciudades que ahora se consideran progresistas. En Austin le dedicaron una calle a King en 1975. Sucedió justo después de que J. J. Seabrook, el rector emérito de la histórica universidad negra Huston-Tillotson, falleciera de un ataque al corazón mientras apelaba por el cambio en un discurso apasionado.[450] Emma Lou Linn, una concejala blanca, intentó salvarle la vida y se difundió una foto suya practicándole la maniobra de reanimación cardiopulmonar en el estrado: no tardaron en lloverle las amenazas de muerte.[451] En 1990, en

Portland, Oregón, cincuenta mil personas firmaron una petición en contra de darle una calle a Martin Luther King. Decenas de personas acosaron a los asistentes al acto de inauguración de la calle. Un juez declaró ilegal una votación pública que ya estaba acordada.[452]

A causa de la segregación, los afroamericanos solían vivir en sus propios barrios, por eso las calles que honran a King se asociaron rápidamente con las comunidades negras. Jonathan Tilove, un periodista que fotografió muchas de las novecientas calles en su honor, tituló su libro *Along Martin Luther King: Black America's Main Street* (Por Martin Luther King. La calle mayor de la América negra).[453] «Si eres nuevo en la zona y quieres encontrar a la comunidad afroamericana», le dijo al fotoperiodista Lamont Griffiths, que tiene una barbería en el Martin Luther King Boulevard en el centro de Raleigh, «no tienes más que preguntar: ¿dónde está la calle Martin Luther King?».[454]

El cuartel general de la ONG de Melvin —Beloved Streets of America (Calles Amadas de América)— está situado en MLK Drive, que se extiende a lo largo de once kilómetros desde el río Misisipi, en el centro de San Luis, hasta las afueras en dirección oeste. Cuando llegué, el primo de Melvin, Barry, y su agente de prensa, Andre, un amigo de la infancia, abrieron la pesada verja metálica que custodiaba el edificio. En el interior, la oficina parecía un aula durante el mes de la historia negra, estaba tapizada con fotografías en blanco y negro de Martin Luther King en distintas poses: pensando, manifestándose, predicando y hablando. Una cita recorría toda la estancia: «La pregunta más necesaria y urgente en la vida es "¿Qué estás haciendo por los demás?"».

Habían pegado a la pared un cartel muy bien diseñado que mostraba la visión que Melvin tenía para Martin Luther King Drive. «Con MLK apostamos por los materiales, por el trabajo y por el conocimiento», me dijo, señalando las imágenes en el plano: nuevos edificios, instalaciones deportivas, pasarelas para peatones, arte público. Después de tener aquella

visión en Delmar (una visión, según me dijo, no un sueño, porque lo vio de verdad), Melvin trazó un borrador de su plan para Martin Luther King Drive. Por primera vez, asistió a encuentros de negocios donde la gente intercambiaba sus tarjetas. Averiguó cómo podía alquilar un local municipal en la calle por poco dinero.

Melvin y Barry visitaron varias calles dedicadas a King en diversos puntos del país; en Detroit se quedaron en casa de un amigo y pasaron por Gary, Indiana, de camino a Chicago. Cada vez que Melvin iba a algún sitio —unas vacaciones en compañía de una dama en Miami, una boda en Filadelfia—, tomaba fotos a pulso y subía las imágenes borrosas a una sencilla página web.

Y entonces Melvin comenzó a aparecer en los medios, difundiendo sus ideas en la tele comunitaria. Poco a poco logró hacerse un hueco en la radio pública de San Luis. Un poco después se dio cuenta de que acudía gente a verle para ofrecer su ayuda. Profesores y estudiantes universitarios, pastores de la Iglesia y banqueros comenzaron a llamar al número de móvil que daba en sus apariciones. Cuando Melvin tuvo problemas para rellenar el fajo de documentos de su solicitud para legalizar su ONG, convenció a un bufete de uno de los edificios más altos de San Luis para que se lo hicieran gratis. Al principio escogió el nombre United Vision (Visión Unida), pero la gente no paraba de preguntarle por gafas. Al final se decantó por Beloved Streets of America, tomando como referencia la visión de King de una «comunidad amada», un lugar donde todas las criaturas de Dios podían coexistir en paz y amor.

Para conseguir un proyecto para su futuro Legacy Park en un destartalado solar frente a la oficina de Beloved Streets, Melvin llamó a puerta fría a distintos arquitectos hasta que encontró a un octogenario dispuesto a hacerlo. Cuando este arquitecto murió, Melvin cogió de nuevo el teléfono. Esta vez, la primera persona en contestar fue Derek Lauer. El arquitecto se

había pasado su carrera haciendo complicados proyectos para contratas multimillonarias; pero trabaja gratis para Melvin.

Durante ocho meses seguidos, Beloved Streets organizó encuentros comunitarios en el solar destinado a Legacy Park para donar ropa, ofrecer desayunos y regalar juguetes en Navidad, mientras la música *soul* sonaba a todo trapo desde las ventanas abiertas de un Jeep. La Universidad de Washington donaba comida de sus cocinas y los voluntarios agitaban sus carteles pintados con colores de neón a los coches que pasaban. Melvin tenía grandes planes para la parte trasera del edificio de Beloved Streets, ahora convertido en enorme espacio diáfano con las paredes descascarilladas. Solo una semana antes de llegar yo, Melvin me contó que un hombre había muerto allí por sobredosis. Me explicó que unos amigos barrieron y fregaron el suelo de cemento, retirando años de residuos, jeringuillas y condones.

Aquí es donde Melvin tiene intención de instalar un huerto hidropónico orgánico, donde las verduras crecerán sin tierra. «Vamos a plantar lechugas, maíz, calabaza, zanahorias, tomates —me dijo Barry—. Lo que haga falta. —Hizo una pausa—. No sé si podemos plantar plátanos. ¿Podemos plantar plátanos?».

«Increíble» es una palabra que se queda corta para describir el plan, pero Melvin es un hombre persuasivo. En una sola tarde, Lauer solicitó fondos públicos para el proyecto y ganó una ayuda de veinticinco mil dólares para adquirir maquinaria. La Universidad de Washington accedió a comprar todas las lechugas que pudieran producir, para así poder pagar las prohibitivas facturas de la luz.

Melvin me mostró el piso de arriba, las habitaciones que tenía pensado reformar para que sus empleados viviesen en ellas. En la jerga inmobiliaria, el edificio tiene «buena planta»: puertas encastradas, entradas en arco, techos altos. Los okupas acababan de marcharse. Hacía mucho tiempo que habían reventado las ventanas y el sol entraba a raudales en la habitación.

Había basura en todas partes, cosas como un colchón hundido, unas extensiones rizadas y una mochila infantil morada. En la pared alguien había pintado: «Camellos, colocaos o largaos».

A pesar de su declive, Martin Luther King Jr. Drive es una calle importante para la comunidad negra, incluso para aquellos que se mudaron a las afueras. Pocos días después de marcharme de San Luis, Michael Brown fue abatido a tiros por un agente de policía blanco en Ferguson, apenas a unos kilómetros de allí, no muy lejos de donde Melvin creció. Su muerte desencadenó protestas a nivel nacional y la rabia alimentó el movimiento Black Lives Matter. El funeral de Michael Brown fue en una iglesia gigantesca de mayoría negra en MLK Drive. El cortejo fúnebre pasó por delante de la oficina de Melvin.

La historia de San Luis es la historia de Melvin. Su madre llegó a la ciudad procedente de Tennessee durante la Gran Migración, cuando millones de afroamericanos abandonaron el Sur. Consiguió un buen puesto público, también en la oficina de correos. Como muchos otros migrantes negros, vivía en el núcleo urbano. Pero pronto se marchó con sus tres niños a las afueras. Cuando la familia se mudó del centro en la década de 1970, los vecinos de las afueras eran en su mayoría blancos. Pero los blancos cada día se iban más lejos y los vecinos negros los seguían, tan lejos como el dinero podía llevarlos. En unos años, los barrios de las afueras estaban tan segregados como los del centro urbano. Melvin agitaba la cabeza mientras me contaba cómo se iba marchando la gente blanca. «Pasé de que me insultaran por negro a crecer donde solo había personas negras».

La historia familiar de Melvin es parte de los cambios en la historia de San Luis, una historia que Colin Gordon, el autor de *Mapping Decline* (Mapas del declive) ha definido como «tristemente famosa».[455] En 1945, J. D. Shelley, un hombre negro procedente de Misisipi con cinco hijos, compró una modesta casa de ladrillo adosada en lo que hoy es la Martin Luther King Jr. Drive de San Luis. La asociación de vecinos denunció; una

cláusula de la hilera de viviendas impedía vender a alguien «que no fuera de raza totalmente caucásica o a personas de raza negra o mongoloide».[456] La Corte Suprema decidió que esas cláusulas eran inconstitucionales en 1948, pero la calle se volvió más segregada cuando los blancos se marcharon.

San Luis, una de las ciudades más segregadas del país, era, según Gordon, el producto de las restricciones raciales y políticas municipales fallidas que aislaron y marginalizaron a la comunidad negra de Estados Unidos. Los periódicos anunciaban las propiedades para afroamericanos en una sección separada, «para gentes de color». Las zonas «de color» de la ciudad fueron reduciéndose y varias generaciones se vieron obligadas a convivir en la misma casa. En 1948, un manual inmobiliario advertía de posibles compradores que causaban deterioro urbanístico, metiendo en la misma categoría a contrabandistas, prostitutas y «un hombre de color adinerado que tenía a los hijos en la universidad y se creía que tenían derecho a vivir entre los blancos».[457]

El hospital, motor económico del barrio, cerró. Las políticas del Gobierno, que excluían a los afroamericanos de los préstamos a bajo interés, impedían que los compradores negros adquiriesen mejores propiedades y subieran en el escalafón social. Los barrios negros fueron demolidos como parte de un plan de «renovación urbana». De niño, en la década de 1960, Sam Moore, concejal de la ciudad, representante del distrito electoral donde se inscribe gran parte de Martin Luther King Jr. Drive, se mudó con sus diecisiete hermanos a un apartamento de tres dormitorios. Se consideraba que su espaciosa casa en Mill Creek Town sufría «deterioro urbanístico».

Mientras escribo, en el barrio de Ladue, a las afueras de San Luis, con un 87 por ciento de población blanca, los ingresos de un hogar medio son 203.250 dólares. A once kilómetros de allí, en el código postal de Martin Luther King Jr., son 27.608 dólares.[458] El profesor Derek Alderman, un geógrafo que suele escribir sobre las calles dedicadas a King, me dijo: «Es

irónico que le hayamos prestado el nombre de uno de los líderes pro derechos civiles más famosos de nuestro tiempo a las calles que revelan la necesidad de continuar defendiéndolos».

He seguido a Melvin durante años, lo llamo de vez en cuando para saber cómo le va. A veces las cosas no salen según lo previsto. El parque avanza con mucha lentitud. Los retrasos lo atormentan, como cuando no podía arreglar el baño de su oficina. Invirtió varios miles de dólares de su propio bolsillo en su asociación y siempre intenta recaudar más. Tuvo que solicitar la incapacidad laboral porque tenía las manos destrozadas de tanto clasificar cartas. Unas Navidades, unos ladrones se llevaron la marquesina verde del edificio y las luces.

Pero Melvin es un hombre que apuesta por el largo plazo y ahí sigue una década después. Su sinceridad genera aliados. Las conversaciones sobre él siempre comienzan con: «Sí, Melvin me cae bien». Y ha llamado la atención de las altas esferas. Un grupo de estudiantes de posgrado de la Escuela de Diseño de Harvard, liderados por Daniel D'Oca, fue hasta San Luis a diseñar varios proyectos para la calle. Melvin valoró los trabajos de los estudiantes a petición de Harvard (otros evaluadores eran el director de urbanismo de Washington D. C. y los inflexibles estudiantes de una clase de quinto de primaria). Después, Melvin participó en la fiesta que organizaron los estudiantes en una casa amarilla de tablas en Harvard Square. Antes ni siquiera sabía que Harvard estaba cerca de Boston.

En 2018, poco antes de Acción de Gracias, Melvin se encontraba en un estrado en una estancia soleada del edificio Reginald Lewis de la Facultad de Derecho de Harvard. Ahora su misión ha trascendido y se unirá a otras ciudades para darle un alcance nacional al proyecto. Brandon Cosby, uno de sus nuevos socios, dirige la Flanner House en Indianápolis, un centro comunitario al servicio de un barrio mayoritariamente afroamericano en la calle dedicada a King de la ciudad.

En su presentación en Harvard, después del turno de Melvin, Cosby habló de un proyecto de huerto urbano que han montado en Flanner House para chavales que han «dejado los estudios o han sido expulsados u obligados a abandonar» el sistema escolar. Los chicos negocian los contratos con los vendedores. Después de una venta, uno de ellos le susurró: «¿Sabías que has vendido la albahaca más cara que si vendieras maría?».

«Esa es la idea», le contestó Cosby.

Cuanto más conocía a Melvin, más grandes eran sus ideas. Hace mucho tiempo que comprendió que el problema de las calles Martin Luther King no solo era cuestión de limpieza. Pero, incluso tras los éxitos de Harvard, era difícil entender que Melvin no se rindiera. Como señalan sus críticos, la calle no ha mejorado mucho, dan igual las limpiezas que haya hecho, los juguetes que haya repartido o toda la ayuda que haya recibido de Harvard. Pero quizá sus progresos no puedan medirse por su rapidez. Quizá su éxito haya sido preocuparse por la calle.

Creo que a King le hubiera caído bien Melvin, un ciudadano corriente que intenta a su manera que el mundo sea un lugar mejor. Él también era un hombre corriente y reacio a ser líder. Le aterrorizaba tener que encarar esa labor tan joven. Consideraba que su tarea era inspirar a las personas para que organizasen sus propias comunidades. Su lucha no era una lucha en solitario: formaba parte de miles de personas corrientes que luchaban, sufrían y pugnaban por el cambio.

Imagino que a King no le importaría que sus calles estuviesen en zonas de clase baja. Era el defensor de los pobres y no le avergonzaría que su nombre acompañara a la gente por la que dio la vida. Es difícil imaginarlo tomando cafés de especialidad o eligiendo entre doce tipos distintos de macarrones con queso, como hace la gente en Delmar. Era la pobreza subyacente, la desesperación, los niños holgazaneando en los solares vacíos los que le impulsaban a pasar a la acción.

El declive de MLK Drive en San Luis es real, y por eso las calles en honor a King se han convertido en un símbolo del declive de los barrios negros. Por eso hay tantos comerciantes que te dicen con total seriedad que el nombre es «malo para el negocio». Y por eso el chiste de Chris Rock hace gracia. Pero es difícil precisar si estas calles se merecen toda su mala reputación. Algunos investigadores han hallado diferencias reales entre la riqueza de los barrios con y sin calles MLK. Pero, según otro estudio, las calles MLK no sufrían más estrecheces económicas que otras avenidas importantes de Estados Unidos. Hay más tiendas de recuerdos que agentes de fianzas en las calles dedicadas a King, más compañías de seguros que licorerías.[459]

¿Acaso importa si la reputación es merecida? Es muy posible que las calles de King siempre estén mal consideradas, independientemente de lo más o menos bonitas que estén ahora o en el futuro. Es irrelevante que muchas calles MLK atraviesen zonas comerciales y ciudades universitarias o barrios blancos pijos o que rodeen la capital. Para mucha gente, una calle que lleve el nombre de Martin Luther King solo puede ser una calle negra. Y, para ellos, una calle negra siempre será una mala calle. Ni parques, ni *boutiques*, ni ninguna evidencia de lo contrario harán que las calles se perciban de manera diferente.

---

[444] King Jr., Martin Luther, «A Realistic Look at the Question of Progress in the Area of Race Relations», discurso leído en la marcha por la libertad de San Luis, 10 de abril de 1957, Martin Luther King Jr. Papers Project, disponible en: https://kinginstitute.stanford.edu/king-papers/documents/realistic-look-question-progress-arearace-relations-address-delivered-st.

[445] Federal Writer's Project, *A WPA Guide to Missouri: The Show-Me State*, San Antonio: Trinity University Press, 2013.

[446] Thomas, Wendi C., «Where the Streets Have MLK's Name», *National Geographic*, abril de 2018, disponible en: https://www.nationalgeographic.com/magazine/2018/04/martin-luther-king-streets-worldwide/.

[447] Alderman, Derek H., «Naming Streets for Martin Luther King Jr.: No Easy Road», en *Landscape and Race in the United States*, ed. de Richard H. Schein, Nueva York: Routledge, 2006, p. 229.

[448] *Ibid.*, p. 227.

[449] Mitchelson, Matthew L., Derek H. Alderman y E. Jeffrey Popke, «Branded: The Economic Geographies of Streets Named in Honor of Reverend Dr. Martin Luther King, Jr.», S*ocial Science Quarterly* 88, n.º 1 (marzo de 2007), p. 121.

[450] Obituario en el *New York Times*, «Dr. J.J. Seabrook», *The New York Times*, 3 de mayo de 1975, disponible en: https://www.nytimes.com/1975/05/03/archives/dr-jj-seabrook.html.

[451] Barnes, Michael, «The Truly Remarkable life of Austin's Emma Lou Linn», *Austin American-Statesman*, 13 de diciembre de 2014, disponible en: https://www.statesman.com/article/20141213/NEWS/312139699.

[452] Schein, Richard H. (ed.), *Landscape and Race in the United States*, Londres: Routledge, 2006, p. 226.

[453] Tilove, Jonathan, *Along Martin Luther King: Travels on Black America's Main Street*, Nueva York: Random House, 2003.

[454] Lee, Demorris, «MLK Streets Racially Divided: Some Roads Named after King Go Only through Black Areas», *News and Observer* (Raleigh), 19 de enero de 2004.

[455] Kovarik, Frank, «Mapping the Divide», *St. Louis*, 24 de noviembre de 2018, disponible en: https://www.stlmag.com/Mapping-the-Divide/.

[456] Gordon, Colin, *Mapping Decline: St. Louis and the Fate of the American City*, Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2008, p. 81.

[457] *Ibid*., p. 83.

[458] «Zip Code Tabulation Area in St. Louis city, MO-IL Metro Area, Missouri, United States, 63113», *Census Reporter*, disponible en: http://censusreporter.org/profiles/86000US63113-63113/.

[459] Mitchelson, Matthew L., Derek H. Alderman y E. Jeffrey Popke, «Branded: The Economic Geographies of Streets Named in Honor of Reverend Dr. Martin Luther King, Jr.», *Social Science Quarterly* 88, n.º 1 (marzo de 2007), p. 140, disponible en: DOI:10.1111/j.1540-6237.2007.00450.x.

12

Sudáfrica

¿Quién sale en las placas
de calles de Sudáfrica?

«Pues es bastante dramático», le contó Franny Rabkin a un historiador oral en 2010. «Yo nací en la cárcel. Mis padres estaban en la clandestinidad por pertenecer al Partido Comunista Sudafricano y al Congreso Nacional Africano y fueron arrestados cuando mi madre estaba embarazada de mí». [460] Eso fue en otoño de 1976. El partido Congreso Nacional Africano (ANC, por sus siglas en inglés) llevaba más de sesenta años luchando contra el *apartheid*, la segregación racial instaurada legalmente en Sudáfrica. El *apartheid* obligaba a los africanos negros y a las «personas de color» a vivir en reservas y *townships*, asentamientos urbanos cerrados, a estudiar a duras penas en colegios primitivos, les robaba las tierras descaradamente y los relegaba a trabajos de baja categoría. Solo unos meses antes de que los padres de Franny fueran arrestados, las tropas sudafricanas asesinaron o hirieron a cientos de estudiantes que se manifestaban en Soweto, un *township* a las afueras de Johannesburgo. Cuando los Rabkin fueron juzgados por un tribunal del *apartheid*, saludaron a la sala con el puño en alto, el gesto del *black power*.

Nada más nacer Franny, su madre, Susan Rabkin, fue encarcelada durante diez días en Pollsmoor, una prisión de máxima seguridad a las

afueras de Ciudad del Cabo, y después ambas fueron deportadas al Reino Unido (Franny es blanca y su madre nació en Inglaterra). Un par de años después se marcharon a Mozambique para trabajar desde el exilio para el ANC. El padre de Franny pasó siete años en la cárcel —el fiscal había solicitado la pena de muerte— antes de morir en un campo de entrenamiento del ANC en Angola con solo treinta y siete años.

En 1990, cuando Nelson Mandela, líder del ANC, fue liberado de la misma prisión donde nació, Franny, que entonces tenía trece años, voló hasta Sudáfrica con una gorra con una estrella roja estilo Che Guevara. Con el tiempo se hizo abogada y trabajó para el Tribunal Constitucional *postapartheid* en 2001 como secretaria judicial. El Tribunal Constitucional está compuesto por jueces negros que sufrieron bajo el *apartheid* y jueces blancos que supuestamente se beneficiaron de él, aunque no lo apoyaran. Lo increíble es que Franny no percibía un patrón en su sentido del voto. No se dividían según su tendencia política, como suele pasar en el Tribunal Supremo de Estados Unidos. En cierto modo, los jueces habían encontrado maneras de acortar la distancia que les separaba y con el paso del tiempo llegaron a votar por unanimidad a favor de abolir la pena de muerte y del matrimonio gay.

Pero hubo un caso que quebró el espíritu de concordia que Franny apreciaba en la corte. «No creo que en los casos hubiera mala praxis, solo que nunca he visto intercambios tan mordaces entre jueces del máximo tribunal», escribiría después, cuando se hizo periodista.[461]

El caso tenía que ver, como era de esperar, con nombres de calles. En 2007, Pretoria, la capital administrativa de Sudáfrica, propuso cambiar veintisiete nombres en el centro de la ciudad (el debate sobre el nombre de la ciudad continúa abierto, no está claro si hay que llamarla Pretoria o Tshwane, el nombre de la zona metropolitana).[462] Durante el *apartheid*, muchos nombres de calles estaban en afrikáans y honraban a personajes afrikáners, cuyo gobierno había creado e implementado el *apartheid*. El

Gobierno no se había molestado en dar nombres a muchas de las zonas no blancas; hoy en día, miles de calles continúan siendo anónimas en todo el país. Un funcionario electoral negro me contó que de pequeño tenía un primo con dirección postal, y eso le daba un aire muy «glamuroso».

Muchos de los nuevos nombres propuestos conmemoraban a héroes de la ANC. Pero AfriForum, una organización que se describe como un grupo a favor de los «derechos civiles» de los afrikáners, se opuso. Algunos miembros de las llamadas (con poquísimo acierto) Juventudes AfriForum sustituyeron varias placas nuevas con el antiguo nombre de la calle en inglés, afrikáans y sesoto. Blessing Manale, un portavoz de Tshwane, dijo ante las cámaras de los noticiarios que se levantó un lunes por la mañana y se topó con el antiguo nombre en las placas. No era más que «nostalgia», dijo, «nostalgia racista».[463]

AfriForum interpuso una denuncia para impedir que la ciudad quitase los nombres antiguos. A grandes rasgos, aducían que el ayuntamiento no había informado en tiempo y forma de los cambios a los vecinos y no les había dado la oportunidad de opinar sobre ellos. También entraba en juego un tecnicismo, si el pleito era competencia del Tribunal Constitucional. Pero el caso era mucho más que un tecnicismo. Parecía cuestionar si los afrikáners eran verdaderos sudafricanos.

Antes de entrar en el caso, quiero hablar sobre otro joven sudafricano. Mogoeng Mogoeng cuenta dos historias para ilustrar cómo era la infancia de un niño negro en Sudáfrica durante el *apartheid*. En una, narra cómo pastoreaba un rebaño de vacas y ovejas con su abuelo en un pueblo llamado Koffiekraal. La policía los paró y le exigió el documento de identidad a su abuelo, una especie de pasaporte local que controlaba los desplazamientos de las personas negras dentro del país. La gente lo llamaba el *dompas* (por *dumb pass*, «pase estúpido»). Su abuelo tenía el *dompas* en casa, solo a unos kilómetros de allí, y les rogó que le permitieran ir a buscarlo. Pero en lugar de eso se lo llevaron al calabozo más cercano y dejaron al niño

pequeño solo. La impotencia de su abuelo, su héroe, lo desconcertó. Llorando, Mogoeng regresó solo a casa.[464]

La segunda historia es sobre la madre de Mogoeng, que era criada en Florida, cerca de Johannesburgo (su padre trabajaba en las minas). «Trabajaba para una familia llamada Stofberg —dijo—, tenían un niño de mi edad llamado Gordon. Yo admiraba todo lo que él tenía y mi madre y mi padre no paraban de recordarme que, en un determinado momento, dije que quería ser como él». No es que quisiera ser blanco, añadió rápidamente, ser negro le parecía bien, pero quería ocupar «la misma posición social» que Gordon y sus padres.[465]

Resulta que alcanzó una más alta. Poco después de enterarse sobre el caso de los nombres de las calles, observé a Mogoeng Mogoeng, ahora presidente del Tribunal Constitucional de Sudáfrica, en la pantalla de mi ordenador. La sala del tribunal es poco común, es un lugar que irradia reconciliación. El edificio, que ocupa el solar de una antigua prisión, está construido alrededor del tema «Justicia bajo un árbol», que alude a la tradición de los hombres sabios de los poblados que interceden en las disputas. Se ha conservado una antigua escalera de la sala de vistas de la prisión y sus ladrillos están mezclados con los nuevos. Los jueces no se sientan a mayor altura que la audiencia y, aunque las ventanas que tienen están por encima de ellos, en el exterior están al nivel del suelo. Cuando estás en la sala, ves un montón de pies que caminan por encima de sus cabezas.[466] En todo momento, a los jueces se les recuerda que no están por encima de la ley.

El presidente Mogoeng, ataviado con una toga verde oscuro y cuello blanco rizado, comenzó a compartir su dictamen sobre el caso del nombre de la calle. Comenzaba con una lección de historia básica sobre el *apartheid*. «Sudáfrica —leyó de su sentencia— es el último país africano en haberse liberado de un sistema que consintió que existiera una opresión institucionalizada hacia un grupo racial por parte de otro sin ningún otro

motivo más allá del color de su piel, la forma de su nariz o la textura de su cabello».[467] Las personas negras eran consideradas perezosas y estúpidas. No es de extrañar que no hubiera ciudades, pueblos, calles o instituciones que conmemorasen a líderes negros, sus tradiciones o su historia. ¿Tan mal estaba que los nombres del callejero reflejasen esa nueva realidad? El caso de AfriForum en contra de la decisión, afirmó sin ambages, era «extremadamente débil».

Ocho de los jueces estuvieron a favor de su dictamen. Eran todos negros. Dos de los jueces se declararon en contra. Eran también los dos únicos jueces blancos del caso. El juez Johan Froneman creció en una granja, donde su familia empleaba a mujeres como la madre de Mogoeng (en otras palabras, él era Gordon). El juez Edwin Cameron era un activista progresista, gay y portador del VIH, fue enviado a un orfanato cuando su padre, «alcohólico empedernido», y su madre comprobaron que no podían mantener a la familia.[468] Pero fue a colegios exclusivamente blancos y ganó una beca Rhodes. Las infancias de ambos jueces estaban en lados opuestos del espectro blanco sudafricano, pero, al menos en este caso, su opinión fue la misma.

AfriForum no había hecho nada malo al poner en duda los nuevos nombres, escribió el juez Froneman. La Constitución sudafricana garantizaba que todas las minorías deben «sentirse incluidas y protegidas». ¿Acaso «los afrikáners blancos y otros sudafricanos blancos no tienen derechos culturales con fecha anterior a 1994, a menos que puedan demostrar que no estaban fundamentados en la opresión»?, se preguntaba el juez Froneman. «¿Qué se supone que hay que hacer? ¿Deben todas las organizaciones con sudafricanos o afrikáners blancos entre sus miembros demostrar que sus raíces históricas no se hunden en nuestro pasado opresivo? ¿Quién lo decide y basándose en qué?». ¿Es que los afrikáners eran ahora «marginados constitucionales»?[469]

Un puñado de nombres había logrado destilar las preocupaciones del país en su etapa *postapartheid*. La Sudáfrica de antes del *apartheid* no es muy distinta a la actual; de hecho, según algunos indicadores, Sudáfrica es la nación menos igualitaria del mundo. El 90 por ciento de la riqueza del país está en manos de una décima parte de la población, de mayoría blanca.[470] El patrimonio neto del 80 por ciento de los sudafricanos (de mayoría negra) es cero.[471] En términos geográficos, económicos y emocionales, prácticamente es como si el *apartheid* nunca hubiera terminado.

Al mismo tiempo, los afrikáners son una pequeña minoría en Sudáfrica, aproximadamente un 5 por ciento de la población. Y, a pesar de que muchos cometieron atrocidades contra sus compatriotas, sus ancestros llegaron a Sudáfrica solo treinta años después de que el *Mayflower* atracase en Plymouth. Los afrikáners llegaron para quedarse y, en su mayoría, no tienen intención de marcharse ni ningún lugar al que regresar. Otros villanos históricos han logrado asimilarse, incluso después de cometer los crímenes más depravados. Los confederados volvieron a ser estadounidenses. Los nazis fueron alemanes una vez más. La cuestión era si los afrikáners podían ser simplemente sudafricanos.

Podría haber comenzado este capítulo en febrero de 1960, cuando el primer ministro británico Harold Macmillan vomitó justo antes de dar un discurso en Ciudad del Cabo (hablamos de un hombre que cuando lo hirieron en el muslo y en la pelvis durante la Primera Guerra Mundial, se ocultó diez horas en una trinchera tomando morfina y leyendo *Prometeo encadenado*, la tragedia atribuida a Esquilo, en griego).[472] Macmillan estaba dando una gira triunfal de seis semanas por África. Durante más de cien años, el Imperio británico había defendido la colonización de África por parte de Europa. Pero, ahora, como describe Frank Myers, las exigencias del imperio eran demasiado grandes y los males del colonialismo, más acuciantes. Después de la Segunda Guerra Mundial, los británicos habían relajado la presencia de población blanca, con un porcentaje reducido, en

las naciones africanas, como la Costa de Oro (Ghana) y Nigeria, donde los conflictos entre blancos y negros fueron relativizados. Pero en países como Rhodesia (Zimbabue) y Sudáfrica, gobernados por minorías blancas poderosas, los británicos apoyaron a los blancos.[473] Pero esto pronto cambiaría.

En el oscuro comedor de madera del Parlamento, con las paredes decoradas con pinturas que celebran la independencia de Sudáfrica, las manos de Macmillan temblaban a medida que pasaba las páginas ante él.[474] En su acento entrecortado de Eton, comenzó admirando las «granjas y los bosques, las montañas y los ríos, los cielos claros y las amplias extensiones del altiplano sudafricano», pero pronto su discurso mudó el tono.[475]

«Soplan vientos de cambio en todo el continente —dijo—, y, nos guste o no, el aumento de una conciencia nacional es un hecho político. Todos debemos aceptarla como un hecho y nuestras políticas nacionales deben tomar nota de ella». En cuanto a Sudáfrica, «hay ciertos aspectos de vuestras políticas que sinceramente» impiden que Gran Bretaña las apoye «sin coartar nuestras profundas convicciones sobre el destino político de los hombres libres». Gran Bretaña no aceptaría el *apartheid*. La gente comenzó a llamar a este discurso «vientos del cambio». Un nombre aún mejor habría sido «el fin del imperio».

Hendrik Verwoerd, el primer ministro de Sudáfrica, no había sido advertido del contenido del discurso de Macmillan, a pesar de que sus secretarios lo habían perseguido para que les entregara una copia. Se suponía que iba a ser una ocasión festiva, el quincuagésimo aniversario de la unión, y las banderas ondeaban por todo el país. Se levantó para dar la réplica.[476]

Verwoerd al principio vaciló y farfulló, algo poco habitual en él. Su traje basto y su figura rotunda contrastaban con la de Macmillan, a quien un reportero describió como «delgado, eduardiano y elegante sin buscarlo».

[477] Pero se recompuso y su réplica fue feroz. «Ya tenemos bastantes problemas en Sudáfrica como para que usted venga a darnos más con una declaración tan importante y pretenda que encima le dé las gracias». Entonces comenzó a defender las políticas de *apartheid* sin llegar a usar la palabra. «La tendencia a que las naciones africanas se independicen y, al mismo tiempo, la necesidad de impartir justicia no solo significan ser justos con el africano negro, también hay que serlo con el africano blanco», afirmó. Verwoerd dejó claro que los blancos, que, según él, «habían traído la civilización», gobernarían su propia tierra, «nuestra única patria»; los negros podían gobernar su propio territorio, el territorio al que los blancos los habían confinado.

No faltaron los telegramas de felicitación a Verwoerd por su respuesta desafiante. En lugar de debilitar el *apartheid*, el discurso de Macmillan parecía haberlo reforzado. Un mes después de su discurso, la policía mató a sesenta y nueve africanos que protestaban de manera pacífica contra los pases en el *township* de Sharpeville. El Gobierno prohibió todas las manifestaciones y criminalizó a los grupos *antiapartheid*, como el Congreso Panafricanista y el Congreso Nacional Africano (Naciones Unidas condenó los asesinatos; la Asamblea de Misisipi, por su parte, alabó al Gobierno sudafricano «por su política inequívoca de segregación y su defensa a ultranza de las tradiciones en el contexto de una agitación externa extrema»).[478] Al año siguiente, los sudafricanos blancos votaron a favor de cortar los lazos con la Commonwealth. Por todo el país se repetía una constante: el aeropuerto Verwoerd, el hospital Verwoerd, colegios Verwoerd y, por supuesto, calles Verwoerd.

La noche de su discurso, Macmillan escribió en su diario: «Tenía que consolar a aquellos de ascendencia británica, inspirar a los liberales, satisfacer a la opinión pública en mi país y mantener las buenas relaciones —o al menos las buenas formas— con esa extraña camarilla de políticos afrikáners que ahora controlan este enorme país».[479]

¿Quién era esta extraña camarilla? Verwoerd había sido en su momento un estudiante brillante y llegó a ser catedrático en Sociología y Psicología. Había estado en Harvard y en Yale antes de abandonar la academia para hacer carrera en el periodismo y, después, en política.[480] Su apariencia y sus modales eran de todo menos monstruosos. «En las distancias cortas, el doctor Verwoerd es un hombre extremadamente considerado», escribió de él Anthony Sampson en la revista *Life*. «Era alto y tenía el rostro rechoncho, la nariz respingona y una mirada directa de ojos grises». Solo en reposo advertías el gesto severo en la boca, la tensión en la mirada. Hablaba con una cadencia suave, como un profesor, como si quisiera calmar a un grupo de estudiantes nerviosos, y sonreía con una inocencia angelical, como si dijera: «Es todo muy sencillo».[481]

Para Verwoerd, que fue asesinado en 1966, todo era muy sencillo. La segregación, una práctica ininterrumpida desde que el primer europeo pisó Sudáfrica, pronto se vio consagrada por la ley. Verwoerd, que se convirtió en ministro de Asuntos Nativos y después en primer ministro, pronto dio forma a su visión del *apartheid* en una serie de estatutos de título y consecuencias orwellianas. La Ley de Educación Bantú relegaba a los sudafricanos negros a escuelas de educación especial. La Ley de Registro de Población era un censo segregado por raza. La Ley de Trabajadores Bantúes de la Construcción permitía que los albañiles negros construyesen los edificios, pero no que trabajasen en las zonas blancas. La Ley de Prohibición de Matrimonios Mixtos hablaba por sí sola (el ministro del Interior señaló que en Estados Unidos treinta estados tenían el mismo tipo de leyes).[482] El futuro primer ministro D. F. Malan afirmó: «No uso el término “segregación” porque evoca barreras, sino *apartheid*, porque dará la oportunidad de progresar a las distintas razas a partir de lo que es suyo».[483] El racismo se disfrazó de empoderamiento.

Los afrikáners, muchos de los cuales habían llegado a Sudáfrica en los días de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, habían comenzado

siendo pobres y marginalizados. Los británicos llegaron en la última década del siglo XVIII e hicieron lo de siempre, tomar el control. Despreciaron a los bóeres y los tildaron de salvajes, denigraron su lengua y les arrebataron gran parte de su autonomía política. Pero, por otra parte, también abolieron la esclavitud, lo que alimentó el resentimiento de los bóeres. Vestidos con sus gorros y abrigos cortos estilo *dopper*, los pioneros —o *Voortrekkers*— se dirigieron al interior en carros tirados por bueyes. Entre 1835 y 1846, quince mil afrikáners emprendieron el «Great Trek» (o Gran Marcha) y se enfrentaron en sangrientas batallas con las tribus que se encontraron: los zulúes, los basothos, los tswanas y los ndebeles, por mencionar algunas.[484] Abolieron la esclavitud en la teoría, pero en la práctica capturaban lo que se conocía como «aprendices», a veces, como un misionero alemán comentó, «carros repletos de niños» para que trabajaran para ellos.[485]

Pero no podían alejarse lo bastante de los británicos, sobre todo cuando se hallaron minas de oro y diamantes en su territorio. Los británicos y los bóeres (voz afrikáner que significa «granjero») se enfrentaron en dos guerras, en las que los británicos, superados por la guerrilla, quemaron granjas, mataron el ganado y encerraron a las mujeres y los niños en campos de concentración (un término que se acuñó en esa época).[486] En torno a veintiséis mil bóeres murieron en los campos, la mayoría niños, además de miles de africanos negros y «de color». Lord Kitchener, responsable de los centros de concentración, llamó a los afrikáners incivilizados, «salvajes con una fina pátina blanca».[487]

Después de la guerra, los bóeres fueron expulsados de las granjas y tuvieron que mudarse a las ciudades; eran comparativamente más pobres que los blancos ingleses y muchos cayeron en la pobreza. Varios investigadores de la Comisión Carnegie recorrieron el sur de África a bordo de un Ford modelo T y de ese viaje surgió un informe de cinco tomos, *El problema de la pobreza blanca en Sudáfrica*.[488] Publicado en 1932, las recomendaciones del informe llevaron al Gobierno a paliar la pobreza de las

comunidades blancas, algo que se haría en detrimento de los africanos negros.[489] Algunos afirman que, en manos de Verwoerd, el informe de la comisión se convirtió en el «anteproyecto» del *apartheid*.[490]

Las guerras habían reforzado la ideología principal de los afrikáners: eran supervivientes, un pueblo elegido. Cuando el Partido Nacional, una organización étnica afrikáner, ganó por un estrecho margen en 1948, consagró la superioridad del colectivo por encima de los nativos africanos como uno de los puntales de su supervivencia. «Como los judíos en Palestina y los musulmanes en Pakistán —escribió el apólogo afrikáner Piet Cillié, en 1952—, los afrikáners no se han librado del dominio británico para ser arrollados por una mayoría distinta. Con el tiempo le daremos la libertad a esa mayoría, pero nunca nos gobernarán». Los africanos negros «no obtendrán más derechos si eso significa que tengan los mismos que nosotros y dirijan nuestras vidas».[491]

Mandela creía que comprender al afrikáner era fundamental para ganárselo para su causa. Uno de sus compañeros de cautiverio, Mac Maharaj, le dijo que el afrikáans era el «idioma del maldito opresor». Pero Mandela insistió en que lo aprendiesen. «Esta guerra va para largo», le dijo. «No puedes tenderle una emboscada al enemigo si no entiendes al general que dirige las tropas».[492] En la cárcel, Mandela estudió afrikáans por correspondencia. Un guardia amistoso le corregía las redacciones sobre temas sencillos, por ejemplo, «un día en la playa» (Mandela escribió sobre su trabajo en la prisión, que consistía en retirar algas en Robben Island y colgarlas para secar y convertirlas en abono, quizá no era la redacción que se esperaban sus profesores).[493] Al final, aprobó los exámenes.

Mandela contó una vez a un periodista una historia para explicar la diferencia entre el inglés y el afrikáner en Sudáfrica, una que le habían transmitido sus mayores. Si un hombre negro llamaba a la puerta de una familia inglesa para pedir comida, dijo Mandela, es posible que la señora de la casa lo invitara a pasar y le diera una tostada tan fina que «el sol la

atravesaba» y una taza de té aguado. Pero si iba a casa de un afrikáner, la mujer le gritaría por intentar entrar por la puerta delantera y le diría que fuera a la de atrás. Nunca lo invitaría a pasar, pero le daría una tostada gruesa con mantequilla de cacahuete y mermelada, una taza de café caliente y dulce y una bolsa de sobras para llevarla a casa.[494]

Me gusta esta historia, que la autora Kajsa Norman recoge en su ensayo sobre la identidad afrikáner, *Bridge Over Blood River* (El puente sobre el río ensangrentado). Dice mucho de los afrikáners y también sobre Nelson Mandela (seguramente también revela algo de los ingleses). Mandela no creía que los afrikáners fueran malas personas, pero sabía que tenían miedo. Y era ese miedo, esa inseguridad, ese compromiso casi religioso con el racismo, lo que condujo al *apartheid*, a la matanza de miles de personas y a sus veintisiete años en prisión. Después de la liberación de Mandela, la pregunta era si la afrikáner dejaría entrar al hombre negro por la puerta principal.

Cuando Mandela se convirtió en presidente en 1994, se llevó la mano al corazón durante el himno nacional en afrikáans también. Durante su discurso en la toma de posesión, vestido con un traje azul de tres piezas más sencillo de lo habitual, mientras los sudafricanos bailaban, él habló de una «nación arco iris». Cuando jugaba la selección nacional de *rugby*, compuesta solo por blancos, la mayoría de los sudafricanos negros animaban al equipo contrario. Pero cuando Sudáfrica ganó la copa del mundo en casa, Mandela entregó el trofeo luciendo el jersey del equipo y jaleó al *springbok*, una especie de antílope, símbolo de los afrikáners y nombre por el que se conocía a la selección. Cenó *koeksisters* con la viuda de Verwoerd, un bollo trenzado con sirope dulce, en la ciudad exclusivamente blanca donde esta vivía. Hablaron, como era natural, en afrikáans.

Bajo la presidencia de Mandela cambiaron pocos nombres vinculados al *apartheid*. El Gobierno creó una Comisión para la Verdad y la

Reconciliación, pero no hubo juicios, sino confesiones voluntarias no penalizadas, para que la gente prestase testimonio sin miedo. Mandela se opuso en ocasiones a cambiar el nombre de las calles, aeropuertos y monumentos vinculados a los afrikáners que lo encarcelaron. Expresó sus reservas cuando propusieron ponerle a Verwoerd Dam el nombre del nobel de la Paz Albert Lutuli, consciente de lo que suponía reemplazar el nombre de un político afrikáner por otro de un miembro del ANC. Mandela también declaró ante la prensa en 1994 que le «inquietaba» que hubieran quitado el nombre de Verwoerd del edificio del Parlamento, en parte, porque el nieto de Verwoerd y su mujer ahora formaban parte del ANC.[495]

«Por mucho que ellos [los Verwoerd más jóvenes] desprecien el *apartheid* —explicó—, él sigue siendo su abuelo querido y no podemos ser insensibles y señalarlos». Mandela añadió que habría cambios y que algunos «disgustarían a una parte de la comunidad», pero, en general, trataba los cambios de nombre con mucho tacto.[496] Los nuevos regímenes casi siempre se ocupaban de reformar el paisaje urbano para expulsar el pasado, para mostrar que el mundo había cambiado radicalmente. Mandela optó por el enfoque opuesto. Mantener los viejos nombres era una estrategia, quizá, para que la revolución pareciera menos revolucionaria y la paz menos frágil.

Thabo Mbeki, el presidente que sucedió a Mandela, impulsó nuevos cambios. El Consejo Sudafricano para la Toponimia, creado por la Comisión para la Verdad y la Reconciliación, ya había cambiado ochocientos nombres (más de cuatrocientos incluían el insulto racial *kaffir*).[497] Los nombres de las calles también comenzaron a reemplazarse, y en las ciudades solían cambiarse decenas de nombres a la vez. Solo en Durban se modificaron más de cien calles. Poco después, muchas placas amanecieron destruidas o pintadas con espray.[498]

Los sudafricanos negros y «de color» no siempre estaban a favor de los cambios. Muchos sudafricanos se quejaban de que los nuevos nombres del

callejero vanagloriaban demasiado al ANC y a sus héroes. El Partido de la Libertad Inkatha (IFP, por sus siglas en inglés), de mayoría zulú, se manifestó para protestar contra el cambio de nombre de la avenida Mangosuthu (llamada así por el líder del IFP) por avenida Griffiths Mxenge, que conmemoraba a un activista del ANC. Otros cuestionaron por qué en Durban había que ponerle una calle a Che Guevara, que no tenía ningún vínculo con Sudáfrica, y se quejaban de que la nueva calle de Gandhi fuera «sórdida», ya que se ubicaba en mitad del barrio rojo de la ciudad.[499]

La decisión más controvertida se dio cuando el ANC insistió en ponerle a una calle el nombre de Andrew Zondo, un adolescente que hizo detonar una bomba en un centro comercial que mató a cinco personas, entre ellas un niño pequeño (en el juicio diría que intentó avisar, pero que todos los teléfonos de la oficina de correos estaban ocupados). Las familias de las víctimas lloraron cuando se enteraron de lo de la calle. Pero para muchos Zondo, que era miembro del ANC, había luchado por la libertad y había reaccionado contra la brutalidad y las masacres policiales de la única manera que sabía.

Pero, a diferencia de la calle Andrew Zondo, los nuevos nombres propuestos en Tshwane (Pretoria) no conmemoraban figuras que crearan división. Jeff Masemola fue un profesor y activista contra el *apartheid* que fue el prisionero político que más tiempo pasó en la cárcel en Sudáfrica. Johan Heyns había sido un sacerdote afrikáner que rechazaba la idea de que el *apartheid* cumpliera la voluntad de Dios y apoyaba los matrimonios mixtos. Fue asesinado en su casa de Pretoria, una única bala le atravesó el cuello mientras jugaba a las cartas con su esposa y sus nietos. Stanza Bopape era un joven activista que murió a manos de la policía mientras le torturaban con electrochoques; después arrojaron su cuerpo a un río lleno de cocodrilos.[500] ¿A qué nombre sustituyó el suyo? A Church Street (la calle de la Iglesia).

Llamé a Werner Human, un abogado de AfriForum, para descubrir por qué los nombres que honran a sudafricanos de tanta valía se merecían una causa ante el Tribunal Constitucional. Human acababa de tener un bebé y estuvimos charlando sobre los problemas de sueño. Cuando nos pusimos a hablar del caso, comenzó diciéndome lo mucho que respetaba al tribunal. No obstante, sentía que los nombres en afrikáans debían quedarse. Poco después, me di cuenta de que ya no estábamos hablando ni del caso ni de las calles. Por eso le pregunté si era difícil ser afrikáner en Sudáfrica.

Hizo una pausa. «Existe un clima de animosidad en contra de los afrikáners —me dijo—. Se dicen cosas terribles y absurdas de nosotros solo por defender este caso». Muchos tenían miedo a decir que eran afrikáners. «Luchamos por quedarnos con un trozo de esta tierra, no con toda —me dijo—. No tengo ningún amigo, ni conozco a nadie en ninguno de los círculos en los que me muevo, que no diga que el *apartheid* estuvo moralmente mal». Si quería ocupar un lugar legítimo en la sociedad, me contó, tenía que reconocer ese mal. «Lo único que pedimos es que no sea lo único que nos defina. No todo lo que sucedió antes de 1994 fue malo».

Disfruté hablando con Werner, aunque no siempre coincidiera con él. Creí que su respeto por el tribunal era sincero; se negó, por ejemplo, a criticar a ninguno de los jueces. Su mayor esperanza es que su hijo tuviera espacios para hablar su idioma, que estuviera orgulloso de su herencia, aunque admitiera los errores del pasado. No obstante, nuestra conversación me sorprendió, porque mucha gente en Sudáfrica considera que AfriForum es una organización profundamente racista.

Parece que no todo el mundo en ella reconoce los males del *apartheid*; en los documentos del caso, por ejemplo, AfriForum se refería al «supuesto *apartheid*», enfureciendo a los jueces. En un documental reciente financiado por AfriForum aparece un comentarista que asegura que llamar a Verwoerd el «arquitecto del *apartheid*» es «simplista», más bien era un «filósofo», que «perseguía un ideal».[501] Kallie Kriel, el presidente de la

organización, afirma que el *apartheid* no fue «un crimen contra la humanidad», si bien sentía que estaba mal.[502]

Después de que Elmien du Plessis, una profesora de Derecho, desarmara el argumento de AfriForum de que los asesinatos de granjeros blancos en Sudáfrica constituían una «limpieza étnica», Ernst Roets, el vicepresidente, subió una diatriba de treinta y un minutos a YouTube afirmando que la profesora había malinterpretado su posición. Al final del vídeo, Roets citaba al superviviente del Holocausto Victor Klemperer. Según Roets, Klemperer había escrito que si hubieran cambiado las tornas tras el Holocausto, él habría «colgado a todos los intelectuales y a los profesores a un metro por encima del resto; tendrían que seguir colgados de las farolas todo el tiempo que permitiera la higiene»[503] (Roets descontextualizó la cita; Klemperer era profesor y se cebaba sobre todo con los académicos por darle argumentos a Hitler). Roets grabó el vídeo de madrugada en Washington D. C., donde estaba recabando apoyos de los políticos estadounidenses conservadores (Donald Trump había tuiteado a favor de AfriForum).

Roets negaba que estuviera defendiendo la violencia, pero después de publicar el vídeo a Du Plessis le llovieron las amenazas, incluida una amenaza telefónica: «Serás la siguiente». Cuando la llamé, le pregunté si era afrikáner. Casi visualicé su sorna: «Tanto como estoy dispuesta a admitir», dijo, finalmente, entre risas. Aborrecía la violencia extrema y las torturas que los granjeros habían sufrido, pero, para ella, su dolor no debía de considerarse distinto a la violencia extrema que afectaba a los sudafricanos negros a diario.

En cuanto a AfriForum, según Du Plessis, «les cuesta aceptar que no están en el poder. Si ahora entregamos los nombres de las calles, ¿qué será lo siguiente? Incluso las estadísticas sobre asesinatos en las granjas parecen desdeñarse. Tienen miedo a que los marginalicen». Sentía un orgullo muy complejo por su lengua madre. «¿Cómo recordamos y decimos que el

pasado sucedió sin que parezca que estamos celebrando nuestro pasado?», me preguntó.

En 1652, Jan van Riebeeck, el equivalente afrikáner a Cristóbal Colón, atracó donde hoy día se alza Ciudad del Cabo. Como Colón, forjó vínculos comerciales con Europa y aterrorizó a las personas que encontró allí. En 2008, la ciudad de Potchefstroom (o simplemente «Potch») decidió darle la calle Jan van Riebeeck a un joven activista y héroe de la lucha, Peter Mokaba. A diferencia de Mandela, Mokaba rechazaba una redención fácil para los blancos. Durante el *apartheid*, abogaba por una lucha más radical, incluso violenta, contra el dominio blanco, y es recordado por el eslogan «Mata al granjero, mata al bóer», que ahora está prohibido por considerarse incitación al odio.

Poco después del cambio de nombre, las nuevas placas de la calle Peter Mokaba de Potch aparecieron pintadas con espray negro y tiradas en el río Vaal. Los antropólogos Andre Goodrich y Pia Bombardella entrevistaron a los residentes afrikáners, que habían instalado sus propias placas de Van Riebeeck en su propiedad privada. «La única objeción que tengo a estas nuevas calles —dijo un residente— es que no sé ni dónde demonios estoy». Otro explicó que los niños pequeños se perdían y que los padres «tenían que salir a buscarlos hasta las tantas de la noche, y pocas veces daban con ellos».[504]

He aquí un fragmento de otra conversación que Goodrich y Bombardella presenciaron:

> Vecino: Ahora, si sales a caminar o a dar un paseo en bici y hace mucho que vives en esta zona, y te alejas bastante, y luego quieres regresar, te pierdes, ya no sabes por dónde ir.
> Entrevistador: ¿Lo dice por experiencia propia?
> Vecino: Sí.
> Entrevistador: ¿Se pierde en su propia ciudad?
> Vecino: Sí.

Estas afirmaciones eran, según los investigadores, «bastante difíciles de creer».[505] La gente no se guía por los nombres de las calles si han vivido toda la vida en una zona. Se desplazan siguiendo sus sensaciones, uniendo puntos de referencia o de memoria. ¿Cómo va a perderse la gente en su propia ciudad por culpa de unos rótulos?

Quizá no se perdían en el sentido literal. La primera acepción de «perdido» en el *Oxford English Dictionary* no tiene que ver con la pérdida de la orientación. Hace referencia a algo «deteriorado o destruido; arruinado, esp. moral o espiritualmente; dicho de una persona: maldito».[506] No es que no supieran encontrar el camino de regreso a casa, es que no podían encontrarse en casa. Estaban «desorientados», escriben Goodrich y Bombardella de sus sujetos, «han perdido su sentido de pertenencia, su lugar en el mundo».[507] Los habitantes blancos de Potchefstroom temían que la nueva generación afrikáner creciera «sin un orden simbólico que los orientase y los dotara de pertenencia».

Pero los sudafricanos negros llevan mucho más tiempo perdidos. En Potchefstroom, la población negra vivía en un *township*, mientras que los blancos vivían en la ciudad, una forma de segregación informal no muy distinta al *apartheid*. Hoy, todavía hay muchos que creen que la revolución en Sudáfrica no ha hecho más que empezar. Mandela, ensalzado en todo el mundo por sus dotes de pacificador, ahora es criticado por haber cedido demasiado. Vuelven a despertar movimientos a favor de propuestas que él rechazó, como la restitución de tierras. En 2018, el ANC aprobó una resolución para permitir la expropiación sin compensación de tierras de propietarios blancos en favor de negros. Mientras escribo estas líneas, el Parlamento sudafricano está votando un cambio en la Constitución para autorizarlo.

Es posible que no baste con las tierras. La tensión crece cada año a medida que las condiciones empeoran. En agosto de 2019 el ejército entró en un barrio de Ciudad del Cabo para reprimir un brote de violencia entre

bandas que había matado a casi dos mil personas a lo largo de siete meses.[508] Hubo disturbios cuando dos granjeros blancos empujaron a Matlhomola Mosweu, un adolescente de quince años, de un camión en marcha, matándolo (lo acusaban de robar girasoles).[509] En 2018, dos niños se ahogaron en unas letrinas de Ciudad del Cabo, los únicos retretes que usan cientos de miles de estudiantes negros pobres.[510] Los estudiantes han protagonizado multitudinarias manifestaciones contra el aumento de las tasas y la minoría de profesorado negro en los claustros, a favor de un currículo menos eurocéntrico y en contra de los códigos de vestimenta que prohíben las trenzas y las rastas.

El filósofo Henri Lefebvre escribe que «una revolución que no da lugar a un nuevo espacio no llega a realizar todo su potencial».[511] Si Mandela no quería cambiar las calles porque no quería poner en evidencia que una revolución había tenido lugar…, quizá lo logró con creces.

Después del juicio por los nombres de las calles, comencé a seguir al Tribunal Constitucional de Sudáfrica. Y pronto surgió otro caso que me recordaba la disputa por los nombres de las calles de Pretoria. La Constitución sudafricana dispone que cualquier sudafricano debe recibir su educación en la lengua de su preferencia, pero solo si esto «es razonablemente factible». En la University of the Free State han decidido que dejarán de dar clases en afrikáans. Según la universidad, las sesiones paralelas en afrikáans eran motivo de tensión racial entre el estudiantado.

Una vez más, AfriForum denunció.

Jacob Dlamini es actualmente profesor de Historia en Princeton, pero creció en un *township* sudafricano. El afrikáans, describe, «era la lengua gutural de las órdenes y los insultos, de la educación bantú; la lengua que hizo que los niños se movilizaran en 1979 y tomaran las calles para protestar porque les obligaron a estudiar todo, desde las matemáticas hasta las ciencias, en afrikáans. No ayudó a la causa política del afrikáans entre

los sudafricanos negros —añade— que fuera la lengua que justificaba que había posiciones sociales que no podrían alcanzar».[512]

Hay un pero. «A decir verdad —escribe—, la relación entre las personas negras y el afrikáans es mucho más compleja». Para muchas personas negras, el afrikáans «fluía con mucha más facilidad que el inglés». Era la lengua «de los modernos, del *jazz*, de los negros de ciudad», la lengua de las expresiones coloquiales, la lengua «en la que los ancianos bromean diciéndose "*Jy's nog a laaite!*" (¡Eres un crío!)».[513]

El afrikáans también es la lengua de la nostalgia. Dlamani se pregunta: «¿Podría ser que al usar el afrikáans para expresar nuestra nostalgia por el pasado, por los hogares que hemos perdido o podríamos haber perdido, los sudafricanos negros estuvieran obligando al afrikáans a hablar de sus orígenes en las cocinas o en los barrios de esclavos del Cabo?». Los sudafricanos negros podían utilizar el afrikáans mientras rechazaban «la ideología supremacista de los que afirmaban que el afrikáans, a pesar de su historia, era la lengua del hombre blanco».[514] Y, sin embargo, es una lengua que Dlamini, un hombre negro, negó hablar durante mucho tiempo.

En el Tribunal Constitucional, la causa del afrikáans en la University of the Free State también causó divisiones raciales. Los jueces negros rechazaron la propuesta de AfriForum, señalando que la universidad había declarado que la lengua conducía a aulas segregadas por raza. «La universidad viene a decir que las peores pesadillas del presidente Mandela se han hecho realidad», dijo el juez Mogoeng en esta ocasión. «El uso del afrikáans se ha convertido, inintencionadamente, en un facilitador de la separación étnica y cultural y la tensión racial». Continuar enseñando en afrikáans «no lograría paliar las consecuencias del supremacismo blanco, sino que las perpetuaría».[515]

La minoría de tres jueces blancos, liderados nuevamente por el juez Froneman, discrepaba. No estaban convencidos de que pudiera probarse el vínculo entre la tensión racial en el campus y las clases en afrikáans, y

señalaba que el tribunal debería haber pedido más pruebas a la universidad de que la enseñanza en esa lengua provocaba discriminación.

Pero el voto particular no terminaba ahí. Después de terminar de revisar los argumentos técnicos del caso en inglés, el juez Froneman comenzó a escribir en afrikáans. Ahora se dirigía a su propia comunidad. Les dijo que la opinión mayoritaria reflejaba la idea de que mientras el afrikáans continuase siendo «elitista y vinculado a la raza», no podía «ampararse» en la Constitución. Las alegaciones que AfriForum había llevado ante el tribunal, que no hacían alusión a un tratamiento desigual o los derechos a la lengua de otros grupos, «ahondaban en la caricatura del afrikáner como un ser intransigente e insensible a las necesidades ajenas». El afrikáans era una lengua que podía ser utilizada en la lucha por la liberación, una lengua que a día de hoy hablan más personas de piel oscura que blanca. El afrikáans no era sinónimo de *apartheid*.

Cuando Hermann Giliomee, el gran historiador sudafricano, le preguntó al autor Jan Rabie, que escribe en afrikáans, por el futuro de la lengua, Rabie solo repuso: «*Allesverloren*», «Está todo perdido».

«*Is alles verlore vir Afrikaans?*», se preguntaba el juez Froneman en su voto discrepante.[516] «¿Está todo perdido para el afrikáans?».

---

[460] Constitutional Court Oral History Project, 13 de enero de 2012, Johannesburgo, Historical Papers Research Archive, disponible en: http://www.historicalpapers.wits.ac.za/inventories/inv_pdfo/AG3368/AG3368-R74-001-jpeg.pdf.

[461] Rabkin, Franny, «Law Matters: Judges' Claws Come out in Pretoria Street Name Case», *Business Day*, 2 de agosto de 2016, disponible en: https://www.businesslive.co.za/bd/opinion/columnists/2016-08-02-law-matters-judges-claws-comeout-in-pretoria-street-name-case/.

[462] News24Wire, «Tshwane Can Replace Apartheid Era Street Names with Struggle Heroes», *BusinessTech*, 22 de julio de 2016, disponible en: https://businesstech.co.za/news/government/130982/tshwane-can-replace-apartheid-era-street-names-withstruggle-heroes/.

[463] *Ibid.*

[464] Constitutional Court Trust Oral History Project, Mogoeng Mogoeng, 2 de febrero de 2012, Johannesburgo, Historical Papers Research Archive, 2014, disponible en: http://www.historicalpapers.wits.ac.za/inventories/inv_pdfo/AG3368/AG3368-M57-001-jpeg.pdf.

[465] *Ibid*.

[466] «Celebrating the South African Constitutional Court», *Brand South Africa*, 23 de noviembre de 2017, disponible en: https://www.brandsouthafrica.com/people-culture/democracy/celebrating-the-constitutional-court.

[467] *City of Tshwane Metropolitan Municipality v AfriForum and Another*, ZACC, 2016, p. 19, disponible en: http://www.saflii.org/za/cases/ZACC/2016/19.html.

[468] Dugger, Celia W., «In South Africa, a Justice Delayed Is No Longer Denied», *The New York Times*, 23 de enero de 2009, disponible en: https://www.nytimes.com/2009/01/24/world/africa/24cameron.html.

[469] *City of Tshwane Metropolitan Municipality v AfriForum and Another*, p. 206.

[470] *South African Human Rights Commission, Equality Report, 2017/18*, p. 20, disponible en: https://www.sahrc.org.za/home/21/files/SAHRC%20Equality%20Report%202017_18.pdf.

[471] Goodman, Peter S., «End of Apartheid in South Africa? Not in Economic Terms», *The New York Times*, 24 de octubre de 2017, disponible en: https://www.nytimes.com/2017/10/24/business/south-africa-economy-apartheid.html.

[472] Mount, Ferdinand, «Too Obviously Cleverer», reseña de *Supermac: The Life of Harold Macmillan*, de D. R. Thorpe, y *The Macmillan Diaries*, vol. 2, *Prime Minister and After 1957–66*, ed. de Peter Catterall, *London Review of Books* 33, n.º 17 (8 de septiembre de 2011), disponible en: https://www.lrb.co.uk/v33/n17/ferdinand-mount/too-obviously-cleverer.

[473] Myers, Frank, «Harold Macmillan's "Winds of Change" Speech: A Case Study in the Rhetoric of Policy Change», *Rhetoric & Public Affairs* 3, n.º 4 (enero de 2000), p. 556.

[474] Evans, Martha, *Speeches That Shaped South Africa: From Malan to Malema*, Ciudad del Cabo: Penguin Random House South Africa, 2017, p. 32; Dubow, Saul, «Macmillan, Verwoerd, and the 1960 "Wind of Change" Speech», *Historical Journal* 54, n.º 4 (diciembre de 2011), p. 1097.

[475] Evans, *Speeches That Shaped South Africa*, p. 32.

[476] *Ibid.*

[477] *Ibid*., p. 32.

[478] Mississippi Laws 1960, cap. 519, House Concurrent Resolution n.º 67.

[479] Dubow, «Macmillan, Verwoerd, and the 1960 "Wind of Change" Speech», p. 1107.

[480] Balstad Miller, Roberta, «Science and Society in the Early Career of H. F. Verwoerd», *Journal of Southern African Studies* 19, n.º 4 (diciembre de 1993), p. 640.

[481] Sampson, Anthony, «The Verwoerd Assassination», *Life*, 16 de septiembre de 1966, p. 42.

[482] Giliomee, Hermann, «The Making of the Apartheid Plan, 1929-1948», *Journal of Southern African Studies* 29, n.º 2, (junio de 2003), p. 378.

[483] *Ibid.*, p. 374.

[484] Meredith, Martin, *Diamonds, Gold, and War: The British, the Boers, and the Making of South Africa*, Nueva York: Public Affairs, 2007, pp. 6-8.

[485] *Ibid.*, p. 7.

[486] *Ibid.*, pp. 8-10.

[487] Kreienbaum, Jonas, *A Sad Fiasco: Colonial Concentration Camps in Southern Africa, 1900-1908*, Nueva York: Berghahn Books, 2019, trad. de Elizabeth Janik, p. 39.

[488] Francis Wilson, en entrevista con Mary Marshall Clark, sesión 2, 3 de agosto de 1999, disponible en: http://www.columbia.edu/cu/lweb/digital/collections/oral_hist/carnegie/pdfs/francis-wilson.pdf.

[489] «First Inquiry into Poverty», *Special Feature: Carnegie in South Africa*, Carnegie Corporation Oral History Project, Columbia University Libraries Oral History Research Office, disponible en: http://www.columbia.edu/cu/lweb/digital/collections/oral_hist/carnegie/special-features/.

[490] «Carnegie Corporation in South Africa: A Difficult Past Leads to a Commitment to Change», *Carnegie Results*, invierno de 2004, disponible en: https://www.carnegie.org/media/filer_public/f3/54/f354cbf9-f86c-4681-8573-c697418ee786/ccny_cresults_2004_southafrica.pdf; Jeremy Seekings, «The Carnegie Commission and the Backlash Against Welfare State-Building in South Africa, 1931-1937», Centre for Social Science Research, CSSR Working Paper 159, mayo de 2006, disponible en: http://www.uct.ac.za/sites/default/files/image_tool/images/256/files/pubs/wp159.pdf.

[491] Giliomee, «The Making of the Apartheid Plan», p. 386.

[492] Wooldridge, Mike, «Mandela Death: How He Survived 27 Years in Prison», *BBC News*, 11 de diciembre de 2013, disponible en: https://www.bbc.co.uk/news/worldafrica-23618727.

[493] Christo Brand en conversación con Barbara Jones, *Mandela: My Prisoner, My Friend*, Londres: John Blake, 2004, p. 42.

[494] Norman, Kajsa, *Bridge over Blood River: The Rise and Fall of the Afrikaners*, Londres: Hurst, 2016, pp. 248-249.

[495] Jenkins, Elwyn, *Falling into Place: The Story of Modern South African Place Names*, Claremont: David Philip Publishers, 2007, p. 127.

[496] *Ibid.*

[497] Ndletyana, Mcebisi, «Changing Place Names in Post-Apartheid South Africa: Accounting for the Unevenness», *Social Dynamics* 38, n.º 1 (2012), disponible en: DOI:10.1080/02533952.2012.698949.

[498] «Durban's New Street Names Vandalised», *Sunday Tribune*, 24 de agosto de 2008.

[499] Duminy, James, «Street Renaming, Symbolic Capital, and Resistance in Durban, South Africa», *Environment and Planning D: Society and Space* 32, n.º 2 (enero de 2014), p. 323.

[500] «Johannes Maisha (Stanza) Bopape», *South African History Online*, 17 de febrero de 2011, disponible en: https://www.sahistory.org.za/people/johannes-maishastanza-bopape.

[501] Van Onselen, Gareth, «AfriForum's Disgraceful and Immoral Documentary», *BusinessLIVE*, 13 de marzo de 2019, disponible en: https://www.businesslive.co.za/bd/opinion/columnists/2019-03-13-gareth-van-onselen-afriforums-disgraceful-andimmoral-documentary/.

[502] «“Apartheid Not a Crime against Humanity”: Kallie Kriel AfriForum», *Eusebius McKaiser Show*, Omny.FM, 14 de mayo de 2018, disponible en: https://omny.fm/shows/mid-morning-show-702/apartheid-was-not-a-crime-against-humanity-kallie.

[503] AfriForum, «Farm murders: Feedback from Washington—setting the facts straight», vídeo de YouTube, 31:10, 5 de mayo de 2018, disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=ZIn7f8bgt5I.

[504] Goodrich, Andre y Pia Bombardella, «Street Name-Changes, Abjection and Private Toponymy in Potchefstroom, South Africa», *Anthropology Southern Africa* 35, n.º 1-2 (enero de 2012), pp. 20-30, disponible en: http://dx.doi.org/10.1080/23323256.2012.11500020.

[505] *Ibid*., p. 26.

[506] *Oxford English Dictionary*, «Lost», disponible en: https://www.oed.com/view/Entry/110417.

[507] Goodrich y Bombardella, «Street Name-Changes, Abjection and Private Toponymy in Potchefstroom, South Africa», p. 27.

[508] Burke, Jason, «South African Army Sent into Townships to Curb Gang Violence», *Guardian*, 19 de julio de 2019, disponible en: https://www.theguardian.com/world/2019/jul/19/south-african-army-townships-gang-violence.

[509] Onishi, Norimitsu, «White Farmers Are Jailed in South Africa for Killing Black Teenager», *The New York Times*, 6 de marzo de 2019, disponible en: https://www.nytimes.com/2019/03/06/world/africa/south-africa-white-farmers-black-teenager.html.

[510] De Greef, Kimon, «After Children Die in Pit Toilets, South Africa Vows to Fix School Sanitation», *The New York Times*, 14 de agosto de 2018, disponible en: https://www.nytimes.com/2018/08/14/world/africa/south-africa-school-toilets.html.

[511] Lefebvre, Henri, *La producción del espacio*, Madrid: Capitán Swing, 2020, trad. de Emilio Martínez, p. 111.

[512] Dlamini, Jacob, *Native Nostalgia*, Sunnyside: Jacana Media, 2009, p. 137.

[513] *Ibid.*

[514] *Ibid.*, p. 144.

[515] *AfriForum and Another v. University of the Free State*, ZACC, 48, 2017, disponible en: http://www.saflii.org/za/cases/ZACC/2017/48.pdf.

[516] *Ibid.*

CLASE
Y ESTATUS

13

Manhattan

¿Cuál es el valor del
nombre de una calle?

En 1997, Donald Trump organizó una fiesta de etiqueta en su nuevo edificio, junto a Columbus Circle y Central Park Oeste, en el Upper West Side de Manhattan. «Este es el rascacielos residencial más exitoso jamás construido en Estados Unidos, ¿me has oído decirlo antes?», le dijo a un periodista. Él mismo tenía un apartamento de más de ochocientos metros cuadrados, una caja de cristal en las alturas («Nadie ha visto nunca una habitación tan grande, ni techos tan altos, ni tanto cristal»).[517] El abogado de su divorcio también estaba en la fiesta, pero Marla Maples, de la que Trump se acababa de separar, se quedó en casa. El rascacielos había sido construido en el esqueleto de un antiguo edificio de oficinas, que habían envuelto en cristal reflectante color bronce. «Se ve cutre». «Esto parece Miami Beach». «Es un horror». «¿Por qué no nos avisaste?», preguntaron los neoyorquinos enfadados a Herbert Muschamp, el crítico de arquitectura de *The New York Times*.[518] Muschamp lo definió como un rascacielos de los años cincuenta «envuelto en un vestido de lamé dorado de los años ochenta».[519]

El edificio se anunciaba con un batiburrillo de medias verdades. Trump no era el propietario de todo el edificio, pertenecía a un fondo, el General

Electric Pension Trust.[520] Él dijo que tenía cincuenta y dos plantas y solo eran cuarenta y cuatro; había inventado una fórmula matemática que determinaba cuántas plantas podría tener un edificio si tuvieran una altura de techo «media».[521] Daba igual que las plantas extra no existieran en realidad. Desde entonces, la fórmula de Trump se ha popularizado entre los constructores de Nueva York.

Y estaba el asunto de la dirección. La dirección del nuevo edificio no era exactamente mentira, pero tampoco era la que le había adjudicado la ciudad. La promotora de Trump había pedido al ayuntamiento que cambiara la dirección, del 15 de Columbus Circle al 1 de Central Park Oeste (por entonces Columbus era poco más que un imán para el tráfico y la contaminación).[522] Los anuncios del edificio lo describían como «la dirección postal más importante del mundo».[523]

Pero el edificio de Trump no fue el único número 1 de Central Park Oeste durante mucho tiempo. Unos años después, Time Warner construyó una torre detrás de la de Trump y la llamó One Central Park… a pesar de que su auténtica dirección era el 25 de Columbus Circle.

La cara anaranjada de Trump se tornó roja. «Estamos en Central Park Oeste —declaró ante *The New Yorker*—. Nuestra dirección es el número 1 de Central Park Oeste. Ellos no están en Central Park, aunque se anuncien como tal».[524] El edificio de Trump les obstruía la vista del parque.

Trump desplegó una pancarta gigante en la fachada del edificio que quedaba frente a su rival. «¿A que vuestras vistas no son tan buenas? Nosotros tenemos las verdaderas vistas a Central Park y la dirección. Con mis mejores deseos, Donald». *The New Yorker* publicó, quizá por última vez: «A Trump no le falta razón».[525]

«Posiblemente, el concepto peor entendido del negocio inmobiliario es el de la situación, la situación por encima de todo», escribió Trump (o quizá su coautor) en *El arte de la negociación* en 1987. «Por lo general, quienes así hablan son personas que no saben lo que dicen». No hacía falta que el

edificio tuviera una buena ubicación, lo importante era negociar un buen acuerdo: «Lo mismo que se puede crear una ventaja, también es posible mejorar una situación mediante el uso de una buena promoción y de la psicología».[526]

Pero este tipo de «psicología» inmobiliaria no era un concepto nuevo. Cuando Trump comenzó a construir sus primeros edificios en la década de 1970, los neoyorquinos llevaban más de cien años liándola con los nombres de las calles.

En la década de 1870, los propietarios del Upper West Side de Manhattan se reunieron para hablar de nombres. El West Side estaba lleno de infraviviendas.[527] Las familias de inmigrantes vivían en chozas construidas en madera o barro, tenían un huertecito al lado y cabras para ordeñar. Los hombres solían trabajar cerca y las mujeres buscaban en la basura trapos y algún objeto de valor que pudieran vender. Los propietarios, que nunca acudían desarmados, descubrieron que sus métodos de desalojo no siempre tenían éxito. En una ocasión, *The New York Times* informó de que «el ayudante del jefe de policía, que caminaba por la calle Ochenta y Uno entregando órdenes de desahucio, fue prendido y terminó con una lata de leche medio llena de sombrero».[528] Como Reuben Rose-Redwood señala, los propietarios formaron la Asociación del West Side y comenzaron a buscar armas menos convencionales para atraer a una «clase mejor» a sus barrios chabolistas.[529]

Los nombres de las calles pronto estuvieron al servicio de la gentrificación. «Todos sabemos cómo funciona, cualquier nombre, bueno o malo, asociado a una ubicación, suele permanecer», dijo A. W. Colgate ante la Asociación del West Side. «También debemos recordar que los nombres buenos no cuestan más que los malos y que la única forma de evitar los malos es adelantarse y proponer unos buenos». Los habitantes de las barriadas dejarían el lugar con nombres de baja estofa que dañarían las placas de las calles para siempre. «Fíjense en Londres —dijo—. Pasaje

Podrido, callejón del Puerco, calle del Manzano, calle del Pavo, callejón del Zapato y otros igual de absurdos, que tuvieron este origen y retienen sus nombres de siempre incluso cuando los vecindarios se vuelven aristocráticos».[530]

«Callejón del Puerco» no era una predicción extravagante. Lo que se conocía como Dutch Hill (colina de los Holandeses) antes se llamaba Goat Hill (colina de la Cabra). En Nueva York había cinco cerdos por cada habitante. Charles Dickens quedó asombrado ante la cantidad de «marranos bien cebados» que pululaban por las calles de la ciudad. «Estos cerdos son los carroñeros de la ciudad —escribió con admiración—. Criaturas feas donde las haya, la mayoría tienen el lomo pardo, como las tapas de los antiguos baúles de pelo de caballo, salpicados de desagradables motas negras».[531]

Para evitar que las calles indeseables retuvieran sus nombres indeseables, la Asociación del West Side pasó a la acción. Las calles y avenidas de Manhattan, ahora en forma de cuadrícula, tenían números en lugar de nombres. Pero los propietarios no buscaban la igualdad que los números prometían, más bien al revés. Edward Clark, presidente de la compañía de máquinas de coser Singer, era propietario de muchos terrenos y miembro de la asociación. Además de abogar por un desarrollo progresista, una mezcla de edificios de viviendas asequibles, apartamentos y viviendas unifamiliares, propuso cambiar los nombres de las avenidas numeradas. Creyó que «los nombres de los estados y territorios más nuevos habían sido elegidos con un gusto exquisito» y sugirió llamar Montana Place a la Octava Avenida, Wyoming Place a la Novena, Arizona Place a la Décima e Idaho Place a la Undécima.

Los compañeros de Clark, no obstante, ignoraron sus sugerencias nacionalistas. En 1880, la Undécima Avenida recibió el nombre de West End, imitando el distrito de moda de Londres, y Central Park West pasó a ser el nuevo nombre de la Octava Avenida en 1880. Por fin, en 1890, la

Novena Avenida pasó a ser Columbus y la Décima, Ámsterdam. Clark, el amante de los nombres del Oeste, tuvo que contentarse con ponerle Dakota a su nuevo edificio de apartamentos de lujo en la esquina de Central Park West con la calle 72.

Era una política hueca basada en el querer es poder. Si quieres una calle pija, ponle un nombre pijo. No es casualidad que sea caro vivir en Central Park West: el nombre fue escogido precisamente para que lo fuera.

Más de cien años después, en 2008, William y Arthur Zeckendorf, hermanos, constructores y con un impecable afeitado, terminaron su edificio en el 15 de Central Park West, no muy lejos de la torre Trump. Los Zeckendorf habían demolido el antiguo hotel Mayflower para construir su edificio y supuestamente tuvieron que pagar al último inquilino, soltero y ermitaño, más de diecisiete millones de dólares por su habitación de treinta y dos metros cuadrados.[532] La inversión les compensaba. Con sus cincuenta y cuatro pisos de altura, las viviendas del 15 de Central Park West se vendieron mucho antes de que se pusiera la primera piedra.[533] Los precios aumentaron diecinueve veces. El crítico de arquitectura Paul Goldberger lo llamó en su momento «el edificio de viviendas más rentable de la historia de Nueva York».[534]

En 2016, los Zeckendorf comenzaron un nuevo proyecto, esta vez en el Upper East Side. La normativa de la ciudad de Nueva York limita la altura de los edificios, pero los constructores pueden comprar los derechos aéreos de otro emplazamiento que no los esté explotando al máximo. Los Zeckendorf le pagaron a la iglesia Christ Church de Park Avenue 40 millones de dólares por 6.500 metros cuadrados en derechos aéreos para construir lo que un agente inmobiliario bautizó como un rascacielos «Viagra»: alto y erecto.[535] Pero el trato con la iglesia no solo reportaba altura al edificio. Los Zeckendorf también prometieron un pago anual de treinta mil dólares a cambio de algo muy sencillo: su dirección.[536] El nuevo rascacielos de los Zeckendorf, en el 520 de Park Avenue, no tiene

acceso a Park Avenue, en realidad está en la calle 60 Este, a catorce metros al oeste de la famosa avenida.

¿Cómo es posible? Porque en Nueva York hasta las direcciones están en venta. La ciudad permite que un constructor, por el módico precio de once mil dólares (según tarifas de 2019), cambie la dirección real por otra más atractiva (solo se aceptan pagos con cheque o en efectivo, por favor).[537] Las llamadas direcciones ornamentales se conceden gracias a un acuerdo bastante inusual según el cual se adjudican sin tener muy en cuenta dónde se encuentran. Alrededor de Madison Square Garden y Penn Station, los números de las direcciones de Penn Plaza son, en este orden, 1, 15, 11, 7 y 5.[538] No puedes entrar en el 237 de Park Avenue desde Park Avenue porque en realidad está en Lexington.[539] Nadie diría que el 11 de Times Square está mínimamente cerca de Lexington (Times Square también es una dirección ornamental, antes de 1904 se llamaba Longacre Square, pero le cambiaron el nombre cuando *The New York Times* se mudó allí). Pero hay un buen motivo. Un apartamento en Park Avenue o en la Quinta Avenida puede costar entre un 5 y un 10 por ciento más que una propiedad equivalente en las calles perpendiculares adyacentes.[540]

El programa de direcciones ornamentales tocó techo en la época del presidente del distrito (y después alcalde) David Dinkins, cuando la ciudad fomentaba el desarrollo urbanístico.[541] A la oficina de correos le daba igual si a las autoridades municipales les parecía bien (aunque hubieran estado en desacuerdo, a las autoridades les habría dado igual). Algunos compradores internacionales picarían, pero también hay muchos neoyorquinos que, aunque sepan que en realidad no viven en Park Avenue, están dispuestos a pagar para que digan que es así.[542]

Solicité una lista de direcciones ornamentales al distrito de Manhattan. Algunas de las nuevas direcciones estaban en lugares obviamente deseables, bien por ser en una calle elegante o por llevar un bonito número redondo. Están los números 1 (1 de Times Square, 1 de World Financial

Center, 1 de Columbus Place); los 1 de las plazas (Haven Plaza 1, Liberty Plaza 1, Police Plaza 1); las avenidas y más plazas (sean «Square» o «Circle»): el 400 de la Quinta Avenida, el 4 de Times Square, el 35 de Columbus Circle. Algunos edificios esquineros eligen situar su entrada en la calle menos elegante (esto no requiere de una dirección ornamental). Por ejemplo, la dirección del Lucida, un bloque de viviendas, no es Lexington Avenue, sino calle 85 Este, número 151, porque, al parecer, resulta más chic. Otro edificio de apartamentos eligió la calle 74 Este en lugar de Madison Avenue porque al constructor le parecía que sonaba «exclusivo pero alternativo».[543]

Antes incluso del programa de direcciones ornamentales, como señala Andrew Alpern, los constructores ponían nombres a sus edificios para darles más publicidad. Tomaron prestados nombres ingleses altisonantes: Berkeley, Blenheim, Carlyle, Westminster, Windsor, incluso Buckingham Palace. Luego los nombres de la Europa continental: Grenoble, Lafayette, Versailles, Madrid, El Greco, Venetian. Y después nombres nativos americanos, más próximos: Dakota, Wyoming e Idaho.[544] Pero después ya se podía cambiar la dirección del edificio también.

Las direcciones ornamentales parecen una fórmula barata para incrementar el valor de la propiedad inmobiliaria, pero a veces cuestan más que dinero. La policía y los bomberos pueden verse en apuros si tienen que encontrar una dirección en la Quinta Avenida que no está en la Quinta Avenida (un problema que Manhattan comparte con los pueblos de Virginia Occidental). En Chicago, donde había un programa similar que permitía que los constructores manipulasen las direcciones, Nancy Clay, de treinta y un años, murió en el incendio de una oficina porque los bomberos no sabían que One Illinois Center en realidad estaba en la calle East Wacker Drive.[545]

Acudí a visitar la Oficina Topográfica de Manhattan, que ocupa un rinconcito del Manhattan Municipal Building, un edificio municipal que

alberga más de noventa mil metros cuadrados de oficinas. Allí, Hector Rivera trabaja en una habitación sin ventanas repleta de mapas de la ciudad, incluida la cuadrícula proyectada por John Randel. Rivera creció en Nueva York en las Frederick Douglass Houses, unas casas subvencionadas en el norte de Manhattan. En el instituto obtuvo una beca para trabajar en la oficina del presidente del distrito y ya nunca se marchó. Lleva casi media vida en su oficina, conservando mapas, gestionando los números de las casas, visitando solares y contestando preguntas sobre el paisaje urbano. Cuando alguien quiere construir un nuevo edificio, es Rivera quien investiga la historia de la calle, para asegurarse, según dice él, de que la pala no se topa con un cráneo.[546]

Rivera también está muy orgulloso de la numeración de las casas en su ciudad natal, y me mostró los complejos sistemas que ha creado para gestionar las bases de datos. Los archivos de cada calle de la ciudad están meticulosamente ordenados en cajones en la Sala de Mapas. Hector solo ayuda a administrar el programa de direcciones ornamentales; es el presidente del distrito quien aprueba el cambio. Pero es obvio que estas direcciones postales no le parecen la panacea. «Sí, claro, sacas más dinero por metro cuadrado —me contó—, pero no tiene ningún sentido gastarte tres millones de dólares en una vivienda que una ambulancia no encontrará si tienes un ataque al corazón». No obstante, tiene una pila de solicitudes en su escritorio.

A nuestro alrededor, las grullas planean trazando el *skyline* de la ciudad. Le dije a Hector que debía ser difícil tratar con los constructores. «Es Nueva York —me dijo con una media sonrisa—. Las cosas cambian continuamente».

Los nombres de las calles pueden aumentar o disminuir el valor de una propiedad en todo el mundo. En Geelong, Australia, los estudiantes del instituto Sacred Heart College organizaron un interesante proyecto de investigación e identificaron veintisiete calles en Victoria con nombres

graciosos: Butt Street (calle del Culo), Wanke Road (camino de la Paja), Beaver Street (calle del Chichi). Revisando las fichas del centro nacional de estadística de Australia, descubrieron que las propiedades en esas calles valían un 20 por ciento menos de media que en las calles adyacentes (de media, suponía unos 140.000 dólares para una casa de Melbourne de precio medio).[547]

Y no solo importa el nombre de la calle. En el Reino Unido, las direcciones que terminan en *Street* alcanzan menos de la mitad que las *Lane*. «¿Será que la palabra *street* tiene connotaciones negativas, se asociará con la prostitución y la mendicidad?», se preguntaba en *The Guardian* Richard Coates, profesor de Lingüística. «No hay mujeres que "hagan la avenida" ni "perros placeros", ¿verdad?».[548] Un dato inquietante: las casas y las calles llamadas *King* (rey) o *Prince* (príncipe) tienen más valor que *Queen* (reina) o *Princess* (princesa).[549] El portavoz de una web inmobiliaria en el Reino Unido lo resumía así: «Ni que decir tiene que los factores más importantes para comprar una casa son la ubicación, la ubicación, la ubicación; según nuestras investigaciones, incluso el nombre de la calle que eliges puede marcar la diferencia en cuanto a lo que estás dispuesto a gastar cuando buscas comprar una propiedad».[550]

Algunos nombres de calles son valiosos, claro está, por lo que el nombre revela sobre la calle. Los expertos inmobiliarios Spencer Rascoff y Stan Humphries señalaron que es posible que las casas de Washington Street sean más antiguas que las de Washington Court (las denominaciones *Court*, *Circle* y *Way* estaban de moda en Estados Unidos en la década de 1980).[551] Si vives en un bulevar, es posible que tengas muchos vecinos; si lo haces en un pasaje, posiblemente no.[552] Las viviendas en vías que contienen la palabra «lago» son un 16 por ciento más caras que la media nacional, posiblemente porque estén cerca de un lago pintoresco.[553]

La genialidad de las direcciones ornamentales es que no necesitas un lago de verdad para tener una calle con ese nombre. Es una lección que la *socialité* Martha Bacon aprendería por las malas.

En 1897, Robert y Martha Bacon se mudaron a una casa en la esquina de Park Avenue y la calle 34 en Murray Hill. Su casa neogótica, construida por una antigua familia holandesa, los Ten Eyck, era de ladrillo rojo, con detalles a lo Hansel y Gretel y un pórtico picudo.[554] La casa se vendió a varias personalidades, incluyendo un armador naval, un comerciante papelero y al presidente de la Asociación Americana de Cirujanos Urogenitales (que había escrito un artículo con un nombre espeluznante, «La cura de la constricción uretral con electricidad»).[555] Cuando Robert Bacon y su esposa, Martha, adquirieron la casa, él era la mano derecha de J. P. Morgan (y después adjunto al secretario de Estado) y una leyenda de la universidad. Se ganó la fama como jugador de fútbol americano, remero, corredor y boxeador en su clase de Harvard, donde, como señala Michael Isenberg, «no había irlandeses de Boston, ni negros, ni italianos, ni suecos, ni latinoamericanos, ni judíos».[556] La clase de Harvard de 1880 se conoció a partir de entonces como «la clase de Bacon».[557]

Anne Vanderbilt y Martha Bacon.

Tras comprar las casas adosadas adyacentes, los Bacon ampliaron su casa de Park Avenue para construirse una mansión, decorándola con vidrieras e interiores de madera tallada.[558] Martha había emprendido sus tareas sociales con entusiasmo, aparecía en los bailes de disfraces de Delmonico’s, bailaba con Teddy Roosevelt, organizaba cenas en el Waldorf Astoria. En una foto en la que sale con la señora Vanderbilt, Martha luce un sombrerito con las alas de un pájaro.

Los Bacon incluyeron con orgullo su dirección en el listín: el 1 de Park Avenue.

Park Avenue no siempre había sido elegante. Ni siquiera se llamaba Park. Al principio, cuando se diseñó la cuadrícula, era simple y llanamente la Cuarta Avenida. Como gran parte de Manhattan, antes era bosque; en el

siglo XVII se abrieron los primeros caminos en los bosques primigenios.[559] Pero en el siglo XIX la calle estaba sucia y llena de humo y las vías del tren la atravesaban, entre fábricas, cerveceras y tabernas[560] (un periódico informaba de que varios obreros habían contraído el cólera por comer manzanas verdes cogidas en lo que hoy es la avenida).[561] Cuando los trenes (en su día tirados por caballos) fueron soterrados, la calle se volvió más atractiva. Esa sección de la Cuarta Avenida había tomado el ambicioso nombre de Park en 1888, cuando el humo del carbón todavía impregnaba el aire, pero una década después hacía honor a su nombre, con las antiguas vías llenas de vegetación y flores. Cuando los Bacon se mudaron, ya era una dirección codiciada.

Durante la Gilded Age (Edad Dorada), como la bautizó Mark Twain, para criticar la fina pátina dorada que enmascaraba los graves problemas sociales del país, los neoyorquinos adinerados comenzaron a mudarse al norte de la ciudad, alejándose de la muchedumbre y el cólera. Estados Unidos carecía de la aristocracia hereditaria europea, por eso Nueva York comenzó a crear sus propias élites. Cuatrocientos nombres, más o menos los que cabían en la sala de baile de Caroline Astor, en la Quinta Avenida, constituían la flor y nata de la ciudad (el Empire State Building se erige donde en su día estuvo su mansión). Las apariencias lo eran todo, y eso incluía las direcciones. Las mansiones neogóticas y los castillos con torreones hechos de caliza y ladrillo comenzaron a poblar la milla de oro de la Quinta Avenida.

Las vidas de los Bacon se desenvolvían dentro de lo habitual para la nueva aristocracia de la época. Robert Bacon se convirtió en el secretario de Estado de Theodore Roosevelt, luego en embajador de Estados Unidos en Francia. Allí, Martha Bacon recaudó más de dos millones de dólares para el servicio de ambulancias estadounidense. Su hija, Martha Beatrix, se casó con el futuro presidente de J. P. Morgan con un vestido de antiguo encaje de aguja y, como observó *The New York Times*, «un collar de magníficas perlas» y una Biblia en lugar de un ramo de flores.[562] Su otro hijo siguió

los pasos de su padre y trabajó para J. P. Morgan. Robert Bacon falleció de septicemia a causa de una operación después de la guerra. Pero Martha continuó llevando una existencia tranquila en el número 1 de Park Avenue, sin compañía «si exceptuamos sus nueve sirvientes», como señaló el *Times*.[563]

Un día de 1924, quizá Martha viera a Henry Mandel desde su ventanal paseando por un solar en compañía de su arquitecto. Mandel había comprado unos antiguos establos que quedaban un poco más abajo de la casa de Martha y tenía previsto construir un edificio de oficinas.[564] Técnicamente, el nuevo edificio estaba en la Cuarta Avenida, pero Mandel era un hombre con contactos y convenció a los concejales para extender Park Avenue dos manzanas más hacia el sur: por eso, su edificio sería el 1 de Park Avenue.

Si antes de Donald Trump existió alguien parecido en Nueva York, probablemente fue Henry Mandel. Como Trump, Mandel había construido su carrera tras la estela de su padre. Fred Trump hizo fortuna construyendo casas robustas para la clase media de Brooklyn y Queens.[565] El padre de Henry Mandel había construido viviendas para los inmigrantes que no paraban de llegar a Ellis Island. Pero el joven Mandel buscaba una clientela más selecta.[566]

En la época de Mandel, los edificios de apartamentos —a veces llamados «pisos franceses»— comenzaban a ser frecuentes en Manhattan y solían tener cinco o seis plantas.[567] La gente rica de verdad, como los Bacon, por lo general querían tener una casa para ellos solos. Los pobres vivían en bloques de apartamentos. Pero la creciente clase media urbana —los libreros, los artistas, los editores, los clérigos— no podía permitirse casas. Este era el mercado al que Mandel hijo aspiraba. Después de comprar una manzana entera en Chelsea, Mandel construyó el que se convertiría en el mayor edificio de apartamentos del mundo y lo llamó London Terrace. Era un edificio gigantesco de inspiración toscana que ocupaba toda una

manzana con catorce edificios, más de mil seiscientos apartamentos, una piscina olímpica (donde practicaba el equipo de la Universidad de Nueva York), restaurantes, cuatro mil metros cuadrados de jardines, un parque para niños y un gimnasio.[568] Los porteros iban vestidos como los *bobbies* londinenses.[569] Mandel publicitó mucho su edificio y montó un local donde replicaba los apartamentos, con muebles y electrodomésticos incluidos, en la Quinta Avenida con la calle 36. Incluso construyó partes de la fachada exterior para que «la futura señora de la casa pudiera elegir su apartamento al igual que elegiría un coche».[570]

También los ricos estaban abandonando sus casas y mudándose a apartamentos de lujo, ya que, a causa de los impuestos sobre la renta y la creciente escasez de sirvientes, llevar una vida palaciega en la ciudad se había vuelto poco práctico;[571] a principios del siglo XX casi nadie construía casas en la ciudad.[572] Pero Martha Bacon no tenía ninguna intención de abandonar el 1 de Park Avenue, ni le entregaría su dirección a Mandel sin plantarle cara. El boletín social de Park Avenue lamentaba «que se hubiera hecho tamaña injusticia con la señora Bacon al intentar arrebatarle el "número 1" de su propiedad, en la esquina de la 34 con Park Avenue, que le había pertenecido durante treinta años» y se refería a la extensión de Park Avenue que incluiría la dirección de Mandel como «una flagrante manipulación de la ley». En otra nota de prensa, los partidarios de Bacon manifestaban que «Henry Mandel es el invasor de Park Avenue y su operación de negocios amenaza con comercializar esta afamada vía pública». Para bien o para mal, Martha Bacon se había convertido en la guardiana de la vieja Park Avenue.

Mandel nunca sería bien acogido entre la élite de Park Avenue. Había llegado a Nueva York procedente de Ucrania de pequeño, pero se había convertido rápidamente en uno de los constructores más activos y ricos de la ciudad. Pero además era judío, en una época en que los judíos —sobre todo, los no alemanes— no se mezclaban con la clase alta, sin importar lo

adinerados que fuesen. Daba igual que los constructores judíos hubieran erigido algunos de los edificios más emblemáticos de la ciudad y hubieran hecho dinero con los negocios inmobiliarios mientras otras profesiones les estaban vetadas.[573]

Mandel triunfó sobre Martha: ni funcionó su campaña ni la corte suprema de Nueva York admitió su denuncia para conservar su dirección. «De la misma manera que una rosa con otro nombre olería fatal, una residencia con otro número puede ser maloliente», publicó *The New York Times* sobre la disputa. Bacon se había comportado «como un patricio romano. Más valía ser la primera en cualquier parte que la segunda en Park Avenue». Su casa pasó a ser oficialmente el número 7, pero ella nunca cambió su dirección en el listín de teléfonos. En la placa de su casa se leía sencillamente «Park Avenue esquina calle 34 NE».[574]

Poco después, las casas a su alrededor fueron demolidas. Los constructores intentaron comprar su propiedad, pero al final tuvieron que construir como pudieron alrededor de su mansión de cuento. «En la esquina noreste de la calle 34 —se leía en *The New Yorker* en 1925—, la viuda de Robert Bacon ocupa una ciudadela; no entregará su propia casa con sus tres fachadas de piedra». No había «vendido su propiedad a los bárbaros. Los taladros horadan las vigas y el polvo de los trabajos se eleva de las zanjas abiertas; pero la antigua casona sigue montando guardia y no cederá a las montañosas moles que ahora surgen entre los castillos de la Edad Dorada de Nueva York».[575] Pero después de que muriera, en 1940, su ciudadela fue demolida y sustituida por rectángulos de acero y hormigón.

La casa de Martha Bacon, rodeada de rascacielos.

Otros constructores, como Trump, llevarían aún más lejos las ideas de Mandel, edificando apartamentos de lujo extremo, atrayendo a los ejecutivos, a los magnates tecnológicos y a los billonarios anónimos. Y, como Mandel, la fuerza de Trump residía en su *marketing*. En la oficina de ventas de su edificio en Central Park Oeste, podías pasear por una cocina y un baño de exposición, admirar las encimeras de granito y las luces empotradas.[576] Y, si lo deseabas, podías quedarte a ver un vídeo promocional en el que Trump intenta venderte un apartamento, mientras suena el «New York, New York» de Frank Sinatra de fondo, a pesar de que el *crooner*, según se cuenta, mandó a la mierda a Trump en una ocasión.[577]

Por supuesto, tanto Mandel como Trump sabían que la mejor herramienta de *marketing* es una dirección. Henry Mandel vivió en una época anterior a las direcciones ornamentales. No tenía que comprar una dirección en Park Avenue, la ciudad la creó para él.

Después de ganarle la batalla a Bacon, Mandel continuó construyendo oficinas y apartamentos por toda la ciudad. También en su vida privada se

adelantaría a Trump al dejar a su mujer para casarse con su amante. Poco después, llegó la Depresión. Perdió casi todo lo que tenía, más de catorce millones de dólares (su primera mujer lo denunció por «privación de afecto» y demandó a la segunda mujer por quinientos mil dólares).[578] Cuando él no pudo pagar la pensión alimenticia, el juez lo mandó a la cárcel durante dos meses. Murió sin un centavo.[579] Trump, por otra parte, continuaría hasta hacerse con la mejor dirección postal de todas.

Justo antes de que Trump inaugurara su nuevo rascacielos en Central Park Oeste, había pasado por una mala racha. Sus compañías se habían declarado en bancarrota en dos ocasiones. Su *affaire* y su divorcio fueron muy sonados. Daba igual. Su edificio en el 1 de Central Park Oeste le ayudó a cimentar su posición en el mercado de la vivienda de lujo en Nueva York, un mercado que ha batido récords en la última década. A partir de ahí, tuvo un papel importante en la creación del paraíso para billonarios que es Manhattan hoy en día, una ciudad que no se escandaliza ante la pura codicia travestida de lujo (los cuatro gestores de fondos de inversión mejor pagados ganaron más de 3,5 millones de dólares en 2017… al día).[580] Los reyes del negocio inmobiliario como Mandel contribuyeron a que Martha Bacon y la vida de la Edad Dorada fueran un recuerdo pintoresco, pero fueron los constructores modernos, Trump incluido, los que elevaron a las alturas sin ningún remordimiento a los banqueros, a los plutócratas y al 0,01 por ciento.

Mi madre creció pobre en Nueva York, sobre todo en el Bronx, Brooklyn y Harlem, durante las décadas de 1960 y 1970. Nueva York era entonces un lugar completamente distinto. «Lárgate de mi vista», le enseñaron a mi madre a decir cuando tenía diez años a cualquier extraño que se le acercara. La heroína se vendía en bolsitas de dos y tres dólares, los chulos controlaban Times Square, los grafitis cubrían todos los vagones del metro. Nunca aprendió a nadar porque las piscinas estaban llenas de pedófilos,

nunca aprendió a montar en bici porque los parques estaban repletos de camellos.

En 1975, la ciudad tenía tan poca liquidez que los abogados habían preparado una petición para solicitar la quiebra a la corte suprema del estado (se evitó porque los sindicatos accedieron a avalar los préstamos municipales con sus fondos de pensiones).[581] En 1980 había 1.814 homicidios en Nueva York, seis veces más que hoy en día, aunque la población haya aumentado casi un millón y medio de personas. La ciudad volvía a estar al borde de la quiebra. A mi madre le habría encantado vivir en Park Avenue. Aun así, siempre que visitábamos a sus antiguos vecinos en los gigantescos bloques al norte de la ciudad, decía: «Da igual en qué parte de Manhattan estés, el infierno siempre queda a una manzana».

Pero eso ha dejado de ser cierto. Los constructores compiten por construir rascacielos cada vez más altos, con vistas más espectaculares, piscinas más grandes, gimnasios más sofisticados, salas de cine más lujosas y zonas de juegos infantiles más extravagantes, junto con canchas y falsos mercados de productos ecológicos. Los Zeckendorf, los hermanos promotores, llevaron a cabo un «estudio psicográfico» entre los compradores más exclusivos para saber lo que buscaban en un edificio nuevo (la respuesta es: piedra caliza; su edificio en Central Park Oeste alberga 87.000 bloques).[582] Un nuevo edificio anuncia «*Parking* privado»: un ascensor solo para tu coche.[583]

Pero ya no quedan muchos solares en el infierno. Mientras escribo estas líneas, el valor de un apartamento medio en Hell’s Kitchen (literalmente, «Cocina del Infierno») alcanza 1.100.000 dólares.[584] «No es que eche de menos que me atraquen, la verdad —dijo el director John Waters en un artículo en *The New York Times* sobre la ciudad en la década de 1970—, pero me entristece pensar que si quedara alguna manzana peligrosa en la ciudad, los empresarios se matarían para ver quién abre su restaurante allí

primero. Es casi imposible recordar lo peligroso que era salir por Nueva York».[585]

En cierto modo, estas clases altas amantes de la piedra caliza han moldeado Nueva York más que la élite dorada de Martha Bacon, con sus bailes de disfraces y sus cenas en Delmonico's. «Manhattan es suya —ha declarado el crítico de arquitectura Aaron Betsky—. Nosotros solo podemos admirarla».[586] Me pregunto si en realidad son ya necesarias las direcciones ornamentales. Tengo la sensación de que ahora cualquier calle de Manhattan se ha convertido en Park Avenue.

---

[517] Hoban, Phoebe, «Trump Shows Off His Nest», *The New York Times*, 25 de mayo de 1997, disponible en: https://www.nytimes.com/1997/05/25/style/trump-shows-off-his-nest.html.

[518] Muschamp, Herbert, «Architecture View; Going for Gold on Columbus Circle», *The New York Times*, 19 de noviembre de 1995, disponible en: https://www.nytimes.com/1995/11/19/arts/architecture-view-going-for-the-gold-on-columbus-circle.html.

[519] Muschamp, Herbert, «Trump Tries to Convert 50's Style Into 90's Gold; Makeover Starts on Columbus Circle Hotel», *The New York Times*, 21 de junio de 1995, disponible en: https://www.nytimes.com/1995/06/21/nyregion/trump-tries-convert-50-s-style-into-90-s-gold-makeover-starts-columbus-circle.html.

[520] Dunlap, David W., «Former Gulf and Western Building to Be a Luxury Apartment Tower», *The New York Times*, 23 de marzo de 1994, disponible en: https://www.nytimes.com/1994/03/23/nyregion/former-gulf-and-western-building-to-be-a-luxury-apartment-tower.html.

[521] Yee, Vivian, «Donald Trump's Math Takes His Towers to Greater Heights», *The New York Times*, 1 de noviembre de 2016, disponible en: https://www.nytimes.com/2016/11/02/nyregion/donald-trump-tower-heights.html.

[522] Carta de la oficina del presidente del distrito de Manhattan a 15 Columbus Circle Associates, 7 de junio de 1989, y carta a Robert Profeta, agente del dueño, One Central Park West Associates, 7 de septiembre de 1995, disponible en: http://www.manhattantopographical.com/addresses/15%20Columbus%20Circle.pdf.

[523] McGrath, Ben, «Room Without a View», *The New Yorker*, 24 de noviembre de 2003, disponible en: https://www.newyorker.com/magazine/2003/11/24/roomwithout-a-view.

[524] *Ibid.*

[525] *Ibid.*

[526] Trump, Donald J. y Tony Schwartz, *El arte de la negociación*, Barcelona: Grijalbo, 1989, trad. de J. A. Bravo, pp. 98-99.

[527] Rose-Redwood, Reuben S., «From Number to Name: Symbolic Capital, Places of Memory and the Politics of Street Renaming in New York City», *Social & Cultural Geography* 9, n.º 4 (junio de 2008), p. 438, disponible en: https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/14649360802032702?journalCode=rscg2.

[528] McNeur, Catherine, «The Shantytown: Nineteenth-Century Manhattan's Straggling Suburbs"», *From the Stacks* (blog), New-York Historical Society, 5 de junio de 2013, disponible en: http://blog.nyhistory.org/the-shantytown-nineteenth-century-manhattansstraggling-suburbs/.

[529] Rose-Redwood, «From Number to Name», pp. 438-442.

[530] *Ibid*., pp. 439-440.

[531] Dickens, Charles, *American Notes for General Circulation*, vol. 1, Londres: Chapman & Hall, 1842, pp. 205, 207.

[532] Gross, Michael, «Hotel Hermit Got $17M to Make Way for 15 Central Park West», *New York Post*, 2 de marzo de 2014, disponible en: https://nypost.com/2014/03/02/hotel-hermit-got-17m-to-make-way-for-15-central-park-west/.

[533] Goldberger, Paul, «Past Perfect», *The New Yorker*, 20 de agosto de 2007, disponible en: https://www.newyorker.com/magazine/2007/08/27/past-perfect-2.

[534] *Ibid*.

[535] Bagli, Charles V., «$40 Million in Air Rights Will Let East Side Tower Soar», *The New York Times*, 25 de febrero de 2013, disponible en: https://www.nytimes.com/2013/02/26/nyregion/zeckendorfs-pay-40-million-for-park-avenue-churchs-air-rights.html.

[536] Dailey, Jessica, «Zeckendorfs Buy Air Rights, Address from Park Ave. Church», *Curbed New York*, 3 de marzo de 2014, disponible en: https://ny.curbed.com/2014/3/3/10137320/zeckendorfs-buy-air-rights-address-from-park-ave-church.

[537] «Addresses and House Numbers», Oficina del Presidente del Distrito de Manhattan, disponible en: http://www.manhattanbp.nyc.gov/downloads/pdf/address-assignments-v-web.pdf.

[538] Haberman, Clyde, «A Nice Address, but Where Is It Really?», *The New York Times*, 22 de marzo de 2010, disponible en: https://www.nytimes.com/2010/03/23/nyregion/23nyc.html.

[539] *Ibid*.

[540] Kaufman, Joanne, «A Park Avenue Address, Not Exactly», *The New York Times*, 13 de febrero de 2015, disponible en: https://www.nytimes.com/2015/02/15/realestate/a-park-avenue-address-not-exactly.html.

[541] Rose-Redwood, Reuben S., «Governmentality, the Grid, and the Beginnings of a Critical Spatial History of the Geo-Coded World», tesis doctoral, Pennsylvania State University, mayo de 2006, pp. 197-201, disponible en: https://etda.libraries.psu.edu/files/final_submissions/5324.

[542] *Ibid*.

[543] *Ibid*.

[544] Alpern, Andrew, *Luxury Apartment Houses of Manhattan: An Illustrated History*, Nueva York: Dover, 1993, pp. 3-5.

[545] Kirby, Joseph A., «City Goes After Vanity Addresses», *Chicago Tribune,* 13 de abril de 1995, disponible en: https://www.chicagotribune.com/news/ct-xpm-1995-04-13-9504130068-story.html.

[546] «Odd Jobs: Manhattan Map Keeper», *Wall Street Journal* (vídeo), 1 de noviembre de 2010, disponible en: https://www.wsj.com/video/odd-jobs-manhattan-map-keeper/8A5E1921-3D07-4BE7-9900-5C3A5765749A.html.

[547] Brown, Simon Leo, «House Prices Lower on Streets with Silly Names, High School Students Find», *ABC News*, 27 de noviembre de 2017, disponible en: https://www.abc.net.au/news/2017-11-27/house-prices-lower-on-streets-with-silly-names/9197366.

[548] Wallop, Harry, «"If It Had a Lovely, Posh Name, It Might Have Been Different": Do Street Names Matter?», *Guardian*, 22 de octubre de 2016, disponible en: https://www.theguardian.com/society/2016/oct/22/street-names-matter-property-values.

[549] «What's in a Street Name? Over £600k If You Live on a "Warren"», *Zoopla*, disponible en: https://www.zoopla.co.uk/press/releases/whats-in-a-street-name-overk-if-you-live-on-a-warren/.

[550] *Ibid*.

[551] Rascoff, Spencer y Stan Humphries, «The Secrets of Street Names and Home Values», *The New York Times*, 24 de enero de 2015, disponible en: https://www.nytimes.com/2015/01/25/opinion/sunday/the-secrets-of-street-names-and-home-values.html?r=0.

[552] *Ibid*.

[553] *Ibid*.

[554] Miller, Tom, «The Lost Ten Eyck House—Park Avenue and 34th Street», «Daytonian in Manhattan», *Daytonian* (blog), 13 de febrero de 2017, disponible en: http://daytoninmanhattan.blogspot.com/2017/02/the-lost-ten-eyck-house-park-avenueand.html. El fabuloso blog de Miller explora en profundidad la historia de la casa.

[555] *Ibid.*

[556] Isenberg, Michael T., *John L. Sullivan and His America*, Champaign: University of Illinois Press, 1994, p. 40.

[557] *Ibid.*

[558] Alpern, Andrew y Seymour Durst, *Holdouts!: The Buildings That Got in the Way*, Nueva York: Old York Foundation, 2011, p. 128; Miller, «The Lost Ten Eyck House».

[559] Collins, Francis, *The Romance of Park Avenue: A History of the Growth of Park Avenue from a Railroad Right of Way to the Greatest Residential Thoroughfare in the World*, Ann Arbor: University Microfilms International, 1989, p. 102.

[560] *Ibid.*, p. 104.

[561] *Ibid.*, p. 102.

[562] «Country Wedding for Martha Bacon; Daughter of Ex-Ambassador Marries George Whitney in Quaint Church at Westbury», *The New York Times,* 3 de junio de 1914, disponible en:

https://www.nytimes.com/1914/06/03/archives/country-wedding-for-martha-bacon-daughter-of-exambassador-marries.html.

[563] Gray, Christopher, «History Lessons by the Numbers», *The New York Times,* 7 de noviembre de 2008, disponible en: https://www.nytimes.com/2008/11/09/realestate/09scape.html.

[564] *Ibid.*

[565] Emily Badger, «How Donald Trump Abandoned His Father's Middle-Class Housing Empire for Luxury Building», *The Washington Post*, 10 de agosto de 2015, disponible en: https://www.washingtonpost.com/news/wonk/wp/2015/08/10/themiddle-class-housing-empire-donald-trump-abandoned-for-luxury-building/.

[566] Gray, Christopher, «Streetscapes/Seventh Avenue Between 15th and 16th Streets; Four 30's Apartment Buildings on 4 Chelsea Corners», *The New York Times*, 23 de mayo de 2004, disponible en: https://www.nytimes.com/2004/05/23/realestate/streetscapes-seventh-avenue-between-15th-16th-streets-four-30-s-apartment.html.

[567] Cromley, Elizabeth C., *Alone Together: A History of New York's Early Apartments*, Ithaca: Cornell University Press, 1990, p. 62.

[568] Miller, Tom, «The 1931 London Terrace Apartments», *Daytonian in Manhattan* (blog), 30 de junio de 2010, disponible en: http://daytoninmanhattan.blogspot.com/2010/06/1931-london-terrace-apartments.html.

[569] *Ibid*.

[570] Gray, «Streetscapes/Seventh Avenue Between 15th and 16th Streets».

[571] Alpern, Andrew, *Historic Manhattan Apartment Houses*, Nueva York: Dover, 1996, p. vi.

[572] Cromley, *Alone Together,* p. 4.

[573] Dolkart, Andrew S., «Abraham E. Lefcourt and the Development of New York's Garment District», en *Chosen Capital: Jewish Encounters with American Capitalism*, ed. de Rebecca Kobrin *et al*., New Brunswick: Rutgers University Press, 2012.

[574] «Number One Park Avenue», *The New York Times,* 10 de febrero de 1925, disponible en: http://timesmachine.nytimes.com/timesmachine/1925/02/10/101984245.html.

[575] «On the southeast corner of Thirty-fourth Street», «Siege», Talk of the Town, *The New Yorker,* 17 de octubre de 1925, disponible en: https://www.newyorker.com/magazine/1925/10/17/siege.

[576] Pogrebin, Robin, «52-Story Comeback Is So Very Trump; Columbus Circle Tower Proclaims That Modesty Is an Overrated Virtue», *The New York Times*, 25 de abril de 1996, disponible en: https://www.nytimes.com/1996/04/25/nyregion/52-story-comeback-so-very-trump-columbus-circle-tower-proclaims-that-modesty.html.

[577] Salmon, Natasha, «Frank Sinatra Told Donald Trump to "go f*** himself", New Book Reveals», *The Independent,* 8 de octubre de 2017, disponible en: https://www.independent.co.uk/news/world/americas/frank-sinatra-donald-trump-new-book-f-himself-revealed-casino-a7988666.html.

[578] «Mrs. B. W. Mandel Sues; Accuses Realty Man's Present Wife of Breaking Up Home», *The New York Times,* 23 de mayo de 1933, disponible en:

https://timesmachine.nytimes.com/timesmachine/1933/05/23/99910229.html.

[579] «Henry Mandel Freed; Alimony Slashed; Court Reduces Payments by Builder From $32,500 to About $3,000 a Year», *The New York Times*, 8 de julio de 1933, disponible en: https://www.nytimes.com/1933/07/08/archives/henry-mandel-freed-alimony-slashed-court-reduces-payments-by.html.

[580] Frank, Robert, «These Hedge Fund Managers Made More than $3 Million a Day Last Year», *CNBC*, 30 de mayo de 2018, disponible en: https://www.cnbc.com/2018/05/30/these-hedge-fund-managers-made-more-than-3-million-a-day-last-year.html.

[581] Blumenthal, Ralph, «Recalling New York at the Brink of Bankruptcy», *The New York Times*, 5 de diciembre de 2002, disponible en: https://www.nytimes.com/2002/12/05/nyregion/recalling-new-york-at-the-brink-of-bankruptcy.html.

[582] Lubow, Arthur, «The Traditionalist», *The New York Times*, 15 de octubre de 2010, disponible en: https://www.nytimes.com/2010/10/17/magazine/17KeyStern-t.html.

[583] Baker, Kevin, «The Death of a Once Great City», *Harper's*, julio de 2018, disponible en: https://harpers.org/archive/2018/07/the-death-of-new-york-citygentrification/.

[584] Warburg Realty, «Market Snapshot— Hell's Kitchen», 15 de mayo de 2019, disponible en: https://cbwarburg.com/nabes/market-snapshot-hells-kitchen/.

[585] White, Edmund, «Why Can't We Stop Talking About New York in the Late 1970s?», *The New York Times*, 10 de septiembre de 2015, disponible en: https://www.nytimes.com/2015/09/10/t-magazine/1970s-new-york-history.html.

[586] Betsky, Aaron, «Manhattan Is Theirs, We Just Get to Admire It», *Dezeen*, 15 de noviembre de 2015, disponible en: https://www.dezeen.com/2015/11/15/opinionaaron-betsky-manhattan-new-york-skyscrapers-iconic-skyline-capitalist-jerusalem/.

14

Sin techo

¿Cómo vivir sin dirección?

New Haven, como Manhattan, es una ciudad cuadriculada. Fundada por puritanos que huían de la persecución, el nuevo asentamiento no se inspiraba en Filadelfia, sino en la ciudad ideal de los levitas, tal y como se describe en la Biblia (Números 35, 1-6). Los puritanos trazaron las calles dibujando cuadrados de doscientos cincuenta metros por lado, según las dimensiones extraídas de Ezequiel 45, 2, con un tabernáculo central copiado del Éxodo 26.[587] La manzana central se convirtió en el parque New Haven Green, un lugar para rezar y tomar el aire, adonde llevarían a ejercitarse a los cautivos que había tomado el barco de esclavos *La Amistad*.

Los puritanos también diseñaron el parque para albergar a todas las personas que se salvarían en la segunda venida de Cristo (calculaban que serían 144.000, la población aproximada de Dayton o Pasadena). En la actualidad parece que alberga al mismo número de personas sin techo que la ciudad posindustrial ha desterrado. Cualquier día, bajo la sombra neogótica de la Universidad de Yale, la gente sin hogar usa el parque para pasar el rato.

Aquí, casi cuatrocientos años después de la llegada de los puritanos, Sarah Golabek-Goldman, estudiante de primero de Derecho en Yale, fue en busca de personas sin techo para hablar con ellas. Poco antes había tenido

una experiencia preocupante en un Starbucks durante una tormenta de nieve. Starbucks era como cualquier otra cafetería en cualquier ciudad universitaria en época de exámenes, estaba llena de estudiantes que se afanaban ante sus ordenadores y libros de texto, pasando la tarde con el mismo café *latte*. Sarah estaba estudiando para su examen de Contratos, con sus libros en la mesa. En plena tormenta de nieve entró una mujer despeinada con el pelo blanco y cargada de bolsas de plástico. Se sentó sin comprar una bebida. Sarah levantó la vista cuando un agente de policía comenzó a gritarle a la mujer que se marchara. Cuando Sarah corrió a comprarle una taza de café para pagar por su asiento, la mujer salió huyendo. «Los estudiantes de Yale no entienden nada», le gritó el agente a Sarah cuando esta corrió detrás de la mujer. La perdió en mitad de la ventisca.

Antes de ir a Yale, Sarah había trabajado en temas de derechos civiles y había grabado un documental que se emitió en la PBS sobre la búsqueda de la tumba de su abuela en un cementerio destruido por los nazis. Sarah es una persona idealista, pero también práctica. En realidad no sabía lo que necesitaban las personas sin hogar. Entonces hizo lo que haría cualquier joven que aspirase a entrar en una universidad como Yale: los deberes.

Cuando acudió sola a New Haven Green, no estaba segura de quiénes eran personas sin hogar. Comenzó buscando gente con muchas bolsas, como la señora que había visto en Starbucks. Tras explicar que estaba investigando sobre las personas sin hogar, la persona en cuestión le contestaba o le remitía a algún conocido que fuera sintecho. Al final llevó a cabo decenas de entrevistas tanto con personas sin hogar como con los servicios sociales de New Haven, Washington D. C. y Los Ángeles, y lanzó una encuesta nacional con la ayuda de una organización que apoya a los sintechos.

Casi de inmediato, descubrió que muchas de sus suposiciones sobre las personas sin hogar eran erróneas. Antes creía que encontrar un albergue

adecuado en New Haven era el mayor problema. Aunque la gente del parque carecía de lugares limpios donde pernoctar, sobre todo durante los duros inviernos, también mencionaron el acoso policial y la escasez de servicios de salud mental. Pero esos problemas no representaban lo que más necesitaban. Lo que necesitaban de verdad, le dijeron, era una dirección postal.

La gente sin hogar no tiene hogar por definición. Pero una dirección no es un hogar. Una dirección, hoy en día, es una identidad; es la forma que tiene la sociedad de comprobar que eres una persona y que eres quien dices ser. ¿Cuántas veces me han pedido un documento que acredite mi dirección para matricular a mi hija en el colegio, para votar o para abrir una cuenta nueva? No sirve para que mi gestor bancario venga a buscarme a mi puerta. Es que en el mundo actual tú eres tu dirección.

Mucha gente asegura que quiere salirse del camino establecido, marcharse a buscar aventuras en autocaravana. Pero la gente a la que Sarah entrevistó quería seguir el camino y todo lo que conlleva: hogar, facturas, cuentas bancarias. En resumen, todo lo necesario para la vida moderna. Sobre todo querían trabajos y para trabajar necesitas una dirección. Un hombre le dijo: «Antes trabajaba, pero ahora no tengo dirección». Sarah halló pruebas que confirmaban que las personas sin techo son trabajadores eficaces porque agradecen especialmente el trabajo.

Sarah, a punto de graduarse en la Escuela de Negocios y en la Facultad de Derecho de Yale, comenzó a recoger solicitudes de trabajo en Starbucks, Macy’s, JCPenney y GAP. Una y otra vez, comprobó que en estos formularios solicitaban la dirección a pesar de que lo normal es que te contacten por teléfono o *email*. En algunas solicitudes advertían que podría llevarse a cabo una verificación del currículum para comprobar el «estilo de vida» del aspirante.

En Los Ángeles, donde se había criado, Sarah realizó entrevistas en lugares donde se pagaban salarios bajos. En Pizza Hut, un empleado le

contó que «no había muchos requisitos» para trabajar allí. Pero «necesitas mantener la misma dirección postal durante unos cuantos años. La gente sin hogar no podría trabajar aquí, lo cual es una lástima porque quieren progresar». El dueño del restaurante Denny's le contó que pedía la dirección postal a los candidatos porque quería saber «si estaban arraigados en algún sitio. No contrataría a un sintecho porque olería mal e iría sucio. Empatizo con su desgracia, pero a veces son ellos los que eligen no tener casa». El dueño de un pequeño comercio le dijo a Sarah que «nunca contrataría a una persona sin hogar porque trabajo con niños pequeños y sus padres. No les gustaría ver que uno de mis empleados va desaliñado, huele mal, es un adicto, un alcohólico o un enfermo mental».[588]

La discriminación descarada de los jefes se basa en parte en estereotipos sobre las personas sin hogar. Dennis Culhane, ahora profesor en la Universidad de Pensilvania, vivió unas semanas durante la carrera en un albergue para hacer una investigación. Cuando regresó unos meses más tarde, se dio cuenta de que muchas personas que había conocido ya no estaban; habían pasado por una mala racha y habían vivido en el albergue de manera temporal. Solo una décima parte de los usuarios eran sintechos permanentes.[589]

Hoy sabemos que, aunque los problemas de salud mental y las adicciones afectan más a la población sin hogar, la mayoría están pasando un mal momento (las enfermedades mentales severas son más visibles en las personas que viven en las calles, pero no si viven en sus coches o en el sofá de sus amigos). Un tercio de la población sin hogar son familias con hijos.[590] Y mucha gente sin hogar permanente ya trabaja: en ningún estado de Estados Unidos nadie que trabaje por el salario mínimo puede permitirse un piso de dos dormitorios.[591]

Pero los estereotipos sobre las drogas y la criminalidad permanecen. No tener hogar constituye un estigma profundo. Erving Goffman, uno de los sociólogos más influyentes del siglo XX, pasó años pensando y escribiendo

sobre los estigmas de aquellos que viven sin aceptación social: discapacitados, adictos y enfermos mentales. Describió un estigma como «una identidad manchada». Entrevistado para un estudio que sigue la estela del pensamiento de Goffman, un joven dijo que lo más difícil de vivir sin hogar era «acostumbrarse a la forma que tiene la gente de despreciar a la gente de la calle. Es muy difícil sentirse bien contigo mismo cuando casi todo el mundo te desprecia».[592] Cuando a los participantes de un estudio les mostraron imágenes de personas sin hogar, su actividad cerebral sugería que las veían como seres «infrahumanos o deshumanizados».[593]

Goffman describió cómo algunas personas intentaban evitar el estigma intentando parecer «normales». Por ejemplo, una persona estigmatizada por una deformidad en el rostro se haría una cirugía plástica. Para las personas sin hogar, una forma de afrontar el estigma sería adquirir una dirección postal, lo que significaba que no tenían que identificarse como tales ante el médico o un posible empleador. Porque es esencial tener una identidad positiva. El psicólogo Abraham Maslow tiene la teoría de que la gente necesita satisfacer primero sus necesidades básicas —techo, comida, agua, etc.— antes de centrarse en sus necesidades psicológicas y de realización personal. Pero esta secuencia puede no ser tan sencilla: ¿y si la gente que lucha contra el desamparo necesita una identidad positiva antes de salir de la pobreza?

En un estudio clásico, los investigadores de la Universidad de Texas descubrieron que las personas sin hogar encuentran fórmulas para adaptarse a su situación: se distancian de otras personas sin hogar (no son como «ellos»), aceptan su estatus (como «buscavidas», «trotamundos» o «vagabundo jipi») o incluso inventan historias fabulosas sobre sus vidas.[594] Un hombre sin techo, antes de irse a dormir al suelo de hormigón de un antiguo almacén, le dijo al entrevistador: «Mañana voy a buscar mi dinero y diré: “Que le den a esta mierda”. Voy a tomar un avión a Pittsburgh mañana por la noche. Me daré un baño caliente y cenaré *linguine* y vino tinto en

compañía de una mujer en mi propio restaurante». Cuando se encontraron otro día, le dijo que no podía disponer de su dinero «por una disputa legal». [595] Otro se jactaba de su trabajo patrullando la frontera entre Alaska y Siberia (no existe tal frontera) y de trapichear con vodka con los guardias rusos.[596] Las historias no revelaban necesariamente un trastorno mental; eran una forma de salvaguardar una identidad positiva en unas circunstancias degradantes.

Por este motivo las personas sin hogar no tienen un aspecto definido. No siempre van sucios o huelen mal. Hay muchos que pasan por ser gente con hogar, gracias a que duermen en el sofá de un conocido, utilizan los servicios de las gasolineras y consiguen reunir unas monedas para la lavandería. Se pasan el día en las bibliotecas y en las estaciones de tren en lugar de en la calle, y quizá busquen distanciarse de otras personas sin techo. Un estudio con niños sin hogar mostraba que solo se quedaban con la ropa más estilosa de las donaciones y que a veces se negaban a llevar abrigo si este no era lo bastante resultón. Los investigadores incluyeron una conversación en la que una niña, Rosina, les dice a sus amigas Shelley y Linda que odiaba al chico que dormía «a tres camas» de la suya.

> Shelley: Chsss, calla, alguien te puede oír y entonces sabrá que no tenemos casa.
> Rosina: Me da igual.
> Shelley: A mí no.
> Linda: Y a mí tampoco. Deberías decir que no te gusta Jamal, que vive a tres casas de la tuya, así la gente pensará que estás hablando de un niño de tu barrio.[597]

Puedes decir que vives tres casas más abajo, pero no puedes dar la dirección de esa casa. Y vivir sin dirección es duro. Quizá puedas usar la dirección de un amigo o de un familiar, aunque muchas personas sin hogar no tienen redes de apoyo. O podrías usar la dirección de un albergue, pero con eso no engañarás a los empleadores. «¿Bulevar Ella T. Grasso? —le preguntaron a una solicitante de empleo en New Haven—. ¿Dónde vives? ¿No es una zona de negocios?». «Sabía adónde querían llegar —le explicó esta persona

a Sarah—. Pero es el único lugar que conozco que es habitable. Y entonces te dan las gracias por tu tiempo».[598]

La oficina de correos recibirá y conservará el correo que llegue a tu nombre si lo envías a la oficina (se llama *poste restante* o lista de correos, y es un sistema que se remonta a los primeros tiempos del servicio postal). Ronald Crawford le dijo a un periodista que le encanta la propaganda que recibe, que recoge en una ventanilla específica en la oficina principal de correos de Nueva York. «Tengo algo donde aparece mi nombre y se me reconoce, por eso lo aprecio, la verdad».[599] Pero el servicio postal no ofrece lo que necesitan de verdad las personas sin hogar: una forma de que no las identifiquen como tales.

La solución de Sarah era prohibir las direcciones. Es decir, prohibir a los empleadores preguntar por la dirección antes de extender una oferta de trabajo. Los empleadores contactan con los candidatos por correo electrónico o por teléfono, ¿para qué necesitaban la dirección? Si se quitaba esa casilla de la solicitud se terminaría con la discriminación, y quizá diese a las personas sin hogar la confianza suficiente para solicitar ese empleo.

Prohibir preguntas en un formulario de solicitud no es una novedad. Dorsey Nunn fue condenado a cadena perpetua en 1969. Cuando lo pusieron en libertad doce años más tarde, montó una organización para expresidiarios. Una de las innovaciones que promovió fue «prohibir la casilla», la que preguntaba si el candidato había sido condenado por algún crimen. ¿Y si los empleadores hacían la pregunta después de revisar la solicitud? Nunn viajó por todo el país para vender su idea. Cuando Walmart quitó la casilla de su formulario, otras empresas —Target, Bed Bath & Beyond, Starbucks— los imitaron. En trece estados han prohibido esa casilla.[600] Ahora hay más de doscientos millones de estadounidenses que viven en lugares donde preguntar por los antecedentes penales en la solicitud está prohibido por ley. La postura de Sarah para atajar el problema tiene sentido. Si los empleadores no te pueden preguntar por tu dirección,

no sabrán si tienes casa o no. Es una respuesta barata y sencilla a un problema costoso y complejo.

Aún mejor que prohibir las direcciones habría sido darle una a cada persona. Y entonces encontré a alguien que había dado con esta solución.

A un océano de distancia de New Haven, en la terraza de un soleado café en Hammersmith, en Londres, Chris Hildrey me contó su genialidad. Rondará los treinta y cinco, aunque parece más joven, lleva el pelo muy corto y tiene cara aniñada. Con dieciocho años sacó la nota más alta del país en su examen *A-level* de la asignatura de Dibujo. Hoy es un arquitecto de renombre. Cuando lo conocí en 2018 estaba restaurando la entrada principal del Museo de Historia Natural de Londres, a un kilómetro de donde estábamos sentados.

Desde que Chris comenzó su carrera como arquitecto, Londres se ha visto envuelta en una tremenda crisis de vivienda. Los precios de las casas se han disparado (en mi propio distrito, Hackney, han subido casi un 600 por ciento en veinte años) y nadie construye viviendas asequibles.[601] No obstante, y a diferencia de otras ciudades en las que he vivido, la particularidad de Londres es que los ricos y los pobres suelen vivir muy próximos. Hay casas en mi barrio que cuestan un millón y medio de libras junto a bloques de viviendas de protección oficial. La torre Grenfell, una vivienda social de gente trabajadora donde murieron setenta y dos personas en un incendio en 2017, estaba en uno de los distritos más ricos de Londres, Kensington y Chelsea, donde el precio medio de la vivienda en 2019 alcanzaba los 1,77 millones de libras.

Claro, la solución ideal para los sintechos sería darles uno a todos. Utah redujo su tasa de personas sin hogar en un 91 por ciento en una década ofreciéndoles viviendas gratis o muy baratas. En el Reino Unido, las personas sin hogar han aumentado durante los últimos años, algo asociado a los recortes conservadores en gasto social. Entre 2010 y 2018, el número de personas que dormían en la calle aumentó un 165 por ciento.[602]

A medida que la crisis en la vivienda se iba cociendo, el Gobierno comenzó a exigir a los constructores que incluyeran una determinada cantidad de viviendas asequibles en sus edificios. Chris me contó que los constructores diseñan ampulosos recibidores y atrios para sus pisos a precio de mercado y entradas separadas para las viviendas asequibles, las llamadas «puertas de pobres».[603] En Fitzrovia, unos apartamentos de lujo construidos donde antes había un asilo de pobres tienen su propia entrada y su patio; la entrada de los pisos asequibles da a un callejón. Un constructor solo dejaba que jugaran en el parque infantil los niños de las viviendas a precio de mercado. Otros inversores pagaban una suma de dinero para librarse de la obligación de incluir viviendas asequibles. Los arquitectos no tienen mucho que decir en estas decisiones, por eso la falta de vivienda asequible no es un problema que pueda resolverse con mejoras en el diseño o rascando un poco más de espacio. Lo que pasa es que los constructores quieren construir para la gente rica. «Si la única herramienta que tengo contra el desamparo es construir más viviendas —me dijo Chris—, no es muy efectiva».

Otras innovaciones podrían hacer la vida más fácil para las personas sin hogar. Hay arquitectos que han sugerido instalar cápsulas en el exterior de los edificios de Nueva York, construir apartamentos con impresoras 3D o crear cápsulas de madera para dormir temporalmente. Pero como le dijo a Chris la trabajadora de un albergue: «No construyas una tienda de campaña mejor». Decidió que no solo quería hacer la vida más fácil para las personas sin hogar, ni mucho menos más aceptable a ojos de los demás. Como Sarah, comenzó a hacer preguntas y llamó por teléfono a los albergues para hablar con los funcionarios. Y, como Sarah, llegó a la misma conclusión. La falta de una dirección postal impedía que se materializaran las oportunidades de conseguir una casa de verdad.

Chris hizo una lista en el ordenador con todas las cosas que no puedes hacer sin dirección: conseguir un carné de identidad, un pasaporte. No

puedes hacerte con una licencia matrimonial sin una dirección, ni tampoco utilizar un apartado de correos, al menos en el Reino Unido. Las agencias de crédito las usan para calcular tu capacidad crediticia. Para informar a los pacientes de sus citas, el Servicio Nacional de Salud te envía cartas. Esto lo sé porque lo he experimentado: he perdido algunas citas médicas de las que no tenía noticia por no prestar atención al correo. Y, aunque técnicamente se puede votar sin una dirección postal, te costará obtener alguna identificación que pruebe tu condición para ejercer ese derecho.

Para recibir ayudas por desempleo —lo que en el Reino Unido se conoce como «subsidio para buscar trabajo»— el solicitante debe ir en persona a una oficina de empleo. Estas también te envían las citas por correo postal. Si pierdes una cita después de que te envíen una carta, te pueden sancionar y perderías los beneficios, según me dijo Chris, entre cuatro semanas y tres años. Le quitaron el subsidio a un hombre que fue a visitar a su madre en el lecho de muerte, a pesar de que avisó a la oficina de empleo de antemano.[604] Sancionaron a otro que sufrió un ataque al corazón durante un chequeo para medir su grado de incapacidad para trabajar.[605] Según un estudio reciente, el 21 por ciento de las personas sin hogar que hacen uso de los servicios sociales han terminado en la calle por culpa de las sanciones.

Chris se dio cuenta rápidamente de que, incluso siendo arquitecto, no podía construir hogares para las personas que no lo tenían. Pero quizá podía darles una dirección. Primero se le ocurrió poner buzones en la parte trasera de las placas de las calles, así los sintechos podrían utilizarlos para recibir el correo («Fue una idea terrible», le dijo a *Wired*. «Me dedico a diseñar, estoy acostumbrado a construir cosas»).[606] Pero en una visita al departamento de correos donde clasifican la correspondencia tuvo una epifanía cuando vio que los trabajadores reenviaban el correo de una dirección antigua a otra nueva. Una dirección postal no tiene que estar conectada con una casa real. Si escribes a Santa Claus a principios de diciembre y se la envías a la Casa de Papá Noel en Reindeerland (la Tierra de los Renos), código postal XM4

5HQ, él te contestará. Por lo visto, Reindeerland está en Belfast (qué decepción). Si Papá Noel tiene una dirección falsa, ¿por qué no pueden tenerla las personas sin hogar?

El servicio de correos le entregó a Chris un listado con todas las direcciones postales del Reino Unido. Comenzó a analizarlo rápidamente y a extraer cifras y estadísticas. Descubrió que en las calles del Reino Unido que llegan al número 14, el 34 por ciento (¡en Birmingham es el 74!) no tienen casas con el número 13 por pura superstición. ¿Y si les daban esos números abyectos a las personas sin hogar? Pero el sistema de reenvío de correos no funciona así. A menos que seas Papá Noel, la dirección tiene que ser real.[607]

Se percató de que me costaba entender la idea del todo bien. Por eso utilizó otra analogía. Antes teníamos teléfonos fijos. Estábamos acostumbrados a llamar a un lugar. Ahora rara vez llamamos a los lugares, llamamos a las personas (me di cuenta de que tenía razón cuando desistí de enseñarle a mi hija de cinco años las anticuadas fórmulas de cortesía al teléfono: «Disculpe, ¿puedo hablar con fulano de tal?»; no me la imaginaba diciéndolo). ¿Por qué iban a ser distintas las direcciones?

Entonces Chris cayó en la cuenta: ¿por qué no dejar que las personas sin hogar utilizaran las direcciones de las casas vacías? Es curioso que en Inglaterra, donde los precios están disparados y hay tanta escasez de viviendas, existan más de doscientas mil casas vacías durante más de seis meses al año y al menos once mil deshabitadas durante más de diez años.[608] En Kensington y Chelsea hay más de mil seiscientas casas desocupadas; sus propietarios son oligarcas ucranianos, empresas *offshore*, miembros de la realeza extranjera e incluso Michael Bloomberg (tiene una mansión antigua de siete dormitorios valorada en dieciséis millones de libras, por si te pica la curiosidad).[609] En 2019, había unas 216.000 viviendas vacías en Inglaterra por valor de más de 53.000 millones de libras.[610] A veces se debe a circunstancias normales: alguien ha ingresado

en una residencia o ha dejado la casa para reformarla. Pero hay muchos inversores que consideran que las casas londinenses son cuentas bancarias de ladrillo.

A Chris le resultó divertido que le preguntara si les importaría a los propietarios. Me contó que la gente siempre le preguntaba «cómo iban a entrar» los sintechos. No lo pillaban: la dirección era solo un marcador de lugar. Lo que posees es la casa, no la dirección. De hecho, se podría hacer también con casas que estuvieran ocupadas, pero eso sería un cambio demasiado radical. La gente quizá no comprendería que no entrañaba ningún riesgo y se quejaría.

Chris me mostró una hoja de cálculo en su portátil y me contó cómo funcionaría el plan. La persona sin hogar recibe una dirección de una casa vacía, luego la introduce en una base de datos *online* con la dirección a la que quiere que se la reenvíen (a un albergue, a casa de un amigo, etc.). La oficina de correos después redirige el correo a esa ubicación. Un empleador nunca sabría que la persona sin hogar no vive en la dirección que tiene asignada.

Tanto Sarah como Chris habían identificado un dilema para las personas que pierden su hogar. ¿Lo aceptas o lo niegas? Aceptar el desamparo puede ser positivo. Puedes conseguir el apoyo de otras personas, acceder a las ayudas, encontrar albergue. Pero también puede ser peligroso. Pensar que estás temporalmente sin hogar implica que tendrás uno en el futuro. Aceptar la idea de que vivir sin hogar es un estatus prolongado, no una situación temporal, puede llevar a la desesperación. Me cuentan que es uno de los motivos de que haya personas sin techo que podrían acceder a servicios especializados que no los aceptan; si quieres salir de esa situación, a menudo tienes que fingir que tienes un techo, e incluso creértelo. La ficción de tener un hogar puede ser el primer paso para conseguir uno.[611]

Después de hablar con Chris, cogí el metro para ir a ver el número 1 de Hyde Park en Knightsbridge, uno de los edificios nuevos más decadentes.

Había oído hablar mucho de este proyecto, incluía el apartamento más caro jamás vendido en Londres, un ático de 160 millones de libras. Desde el exterior parece un hotel de categoría, pero su interior alberga saunas, una piscina de ozono, un simulador para jugar al golf, una cancha de *squash* y habitaciones del pánico: todo por el módico precio de 78.000 libras el metro cuadrado. En 2019 había un apartamento en alquiler: costaba cuarenta mil libras… a la semana.[612]

La mayoría de los apartamentos se usan como segunda, tercera o cuarta vivienda y están completamente desocupados.[613] Si pasas junto al edificio de noche, como ha señalado el periodista John Arlidge, lo verás a oscuras. «No solo un poco más oscuro que los edificios colindantes, sino completamente apagado. Solo alguna que otra luz encendida…, parece que no hay nadie en casa». Me quedé mirando a uno de los guardias de seguridad uniformados con bombín (entrenados, por lo visto, por las Fuerzas Especiales Británicas)[614] y me devolvió la mirada.

En la actualidad, Chris trabaja con el Ayuntamiento de Londres para probar su brillante idea. Si el proyecto se implementa alguna vez a gran escala, alguien que haya perdido su hogar en la ciudad quizá tenga una dirección en el 1 de Hyde Park. Me gustaba lo subversivo de la situación, que un sintecho pudiera tener la dirección de Knightsbridge por la que un billonario había desembolsado tanta pasta. ¿Por qué no dársela a alguien que pudiera usarla? Quizá la casa esté vacía, pero la dirección no tiene por qué estarlo nunca.

---

[587] Lewis, Michael J., *City of Refuge: Separatists and Utopian Town Planning,* Princeton: Princeton University Press, 2016, pp. 79-80.

[588] Golabek-Goldman, Sarah, «Ban the Address: Combating Employment Discrimination Against the Homeless», *Yale Law Journal* 1801, n.º 6 (2017), p. 126, disponible en: https://www.yalelawjournal.org/note/ban-the-address-combating-employmentdiscrimination-against-the-homeless.

[589] Gladwell, Malcolm, «Million-Dollar Murray», *The New Yorker,* 5 de febrero de 2006, disponible en: http://archives.newyorker.com/?i=2006-02-13#folio=100.

[590] Consejo Interdepartamental de Estados Unidos, «Homelessness in America: Focus on Families with Children», septiembre de 2018, disponible en: https://www.usich.gov/resources/uploads/asset_library/Homeslessness_in_America_Families_with_Children.pdf.

[591] «How Much Do You Need to Afford a Modest Apartment in Your State», *Out of Reach*, 2019, National Low Income Housing Coalition, disponible en: https://reports.nlihc.org/oor.

[592] Snow, David A. y Leon Anderson, «Identity Work Among the Homeless: The Verbal Construction and Avowal of Personal Identities», *American Journal of Sociology* 92, n.º 6 (mayo de 1987), p. 1340.

[593] Harris, Lasana T. y Susan T. Fiske, «Dehumanizing the Lowest of the Low: Neuroimaging Responses to Extreme Out-Groups», *Psychological Science* 17, n.º 10 (octubre de 2006), pp. 847-853, disponible en: DOI:10.1111/j.1467-9280.2006.01793.x.

[594] Snow y Anderson, «Identity Work Among the Homeless», p. 1355.

[595] *Ibid.*, p. 1362.

[596] *Ibid.*, p. 1360.

[597] Roschelle, Anne R. y Peter Kaufman, «Fitting In and Fighting Back: Stigma Management Strategies among Homeless Kids», *Symbolic Interaction* 27, n.º 1 (invierno de 2004), pp. 34-35.

[598] Golabek-Goldman, «Ban the Address».

[599] Alfano, Sean, «Home Is Where the Mailbox Is», *CBS Evening News with Norah O'Donnell*, 24 de marzo de 2006, disponible en: https://www.cbsnews.com/news/home-is-where-the-mailbox-is/.

[600] Avery, Beth, «Ban the Box: U.S. Cities, Counties, and States Adopt Fair Hiring Policies», *NELP*, 1 de julio de 2019, disponible en: https://www.nelp.org/publication/ban-the-box-fair-chance-hiring-state-and-local-guide.

[601] Ivey, Prudence, «Top Borough: Hackney House Prices See Highest 20-Year Rise in UK, Boosted by Tech Sector and New Homes Building», *Evening Standard*, 6 de junio de 2018, disponible en: https://www.homesandproperty.co.uk/property-news/hackney-house-prices-see-highest-20year-rise-in-uk-boosted-by-tech-sector-and-new-homes-building-a121061.html.

[602] Ministerio de Vivienda, Comunidades y Desarrollo Local, «Rough Sleeping Statistics Autumn 2018, England (Revised)», 25 de febrero de 2019, disponible en: https://assets.publishing.service.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/781567/Rough_Sleeping_Statistics_2018_release.pdf.

[603] Wall, Tom y Hilary Osborne, «"Poor Doors" Are Still Creating Wealth Divide in New Housing», *Observer*, 25 de noviembre de 2018, disponible en: https://www.theguardian.com/society/2018/nov/25/poor-doors-developers-segregate-rich-frompoor-london-housing-blocks.

[604] Butler, Patrick, «Benefit Sanctions: The 10 Trivial Breaches and Administrative Errors», *The Guardian*, 24 de marzo de 2015, disponible en: https://www.theguardian.com/society/2015/mar/24/benefit-sanctions-trivial-breaches-and-administrative-errors.

[605] Rampen, Julia, «A Kebab with Debbie Abrahams: “My Constituent Was Sanctioned for Having a Heart Attack”», *New Statesman*, 28 de noviembre de 2016, disponible en: https://www.newstatesman.com/politics/staggers/2016/11/kebab-debbieabrahams-my-constituent-was-sanctioned-having-heart-attack.

[606] Manthorpe, Rowland, «The Radical Plan to Give Every Homeless Person an Address», *Wired UK*, 14 de marzo de 2018, disponible en: https://www.wired.co.uk/article/proxy-address-design-museum-homelessness.

[607] *Ibid*.

[608] Smith, Sophie, «Number of Empty Homes in England Rises for the First Time in a Decade», *The Telegraph*, 10 de mayo de 2018, disponible en: https://www.telegraph.co.uk/property/uk/number-empty-homes-england-rises-first-time-decade/.

[609] Walker, Peter y David Pegg, «Huge Number of Empty Homes near Grenfell “Simply Unacceptable”», *Guardian*, 2 de agosto de 2017, disponible en: https://www.theguardian.com/uk-news/2017/aug/02/revelations-about-empty-homes-in-grenfellarea-simply-unacceptable.

[610] Batty, David, Niamh McIntyre, David Pegg y Anushka Asthana, «Grenfell: Names of Wealthy Empty-Home Owners in Borough Revealed», *The Guardian*, 2 de agosto de 2017, disponible en: https://www.theguardian.com/society/2017/aug/01/names-of-wealthy-empty-home-owners-in-grenfell-borough-revealed.

[611] Para más información, véase Randall E. Osborne, «I May Be Homeless But I’m Not Helpless: The Costs and Benefits of Identifying with Homelessness», *Self & Identity* 1, n.º 1 (2002), pp. 43-52.

[612] Batty, McIntyre, Pegg y Asthana, «Grenfell: Names of Wealthy Empty-Home Owners in Borough Revealed».

[613] Arlidge, John, *The Sunday Times*, citado en Nicholas Shaxson, «A Tale of Two Londons», *Vanity Fair*, 13 de marzo de 2013, disponible en: https://www.vanityfair.com/style/society/2013/04/mysterious-residents-one-hyde-park-london.

[614] Shaxson, Nicholas, «The Shadowy Residents of One Hyde Park—And How the Super-Wealthy Are Hiding Their Money», *Vanity Fair*, abril de 2013, disponible en: https://www.vanityfair.com/style/society/2013/04/mysterious-residents-one-hydepark-london.

Conclusión

El futuro: ¿están condenadas las direcciones postales?

En septiembre de 1905, Daniel Burnham reveló su nuevo plan para la ciudad de San Francisco en el hotel St. Francis.[615] Burnham ya era uno de los urbanistas y arquitectos más famosos del mundo. Había diseñado la «Ciudad Blanca» en la Exposición Mundial Colombina (1893), una muestra con más de ciento cincuenta edificios neoclásicos con fachadas de yeso blanco, pintados del mismo color e iluminados por cien mil bombillas eléctricas. Unos treinta millones de personas —un tercio de la población de Estados Unidos— visitaron la creación de Burnham. Aunque era poco más que una colección de «chozas decoradas», muchos abandonaron la Ciudad Blanca con lágrimas de emoción.[616]

El plan de Burnham para San Francisco fue bien recibido. Pero en abril de 1906 un terremoto asoló la ciudad, mató a tres mil personas y derribó el 80 por ciento de los edificios. La mayoría de las copias del plan de Burnham, que estaban archivadas en el ayuntamiento, se perdieron. El arquitecto viajó a la ciudad para recabar nuevos apoyos para su plan, pero en San Francisco querían reconstruir, no reinventar.

En el largo viaje en tren de regreso a Chicago, Burnham se sentó junto a Joseph Medill McCormick, que estaba al frente del *Chicago Tribune* y era miembro del círculo de empresarios de la ciudad. Le sugirió a Burnham que

dirigiera sus esfuerzos a crear un gran plan para Chicago. Burnham contestó que sería una «tarea ingente» y que tendría que pensárselo.[617] Al llegar a Chicago, otros miembros del círculo lo acorralaron para convencerlo de que aceptase. «Estoy a su disposición para lo que necesiten», les dijo finalmente.[618] Desde su estudio en el ático frente al Art Institute de Chicago dedicó los años siguientes a diseñar un elaborado plan para que la ciudad se convirtiese en el «París de las Praderas».[619]

La ciudad necesitaba desesperadamente ese plan. En la segunda mitad del siglo XIX, Chicago había crecido más rápido que cualquier otra ciudad del mundo occidental. Había comenzado como un pequeño puesto para comerciar con los nativos americanos, pero la riqueza de su suelo, su red ferroviaria y su localización estratégica a orillas del lago Míchigan atrajeron al comercio —y a los inmigrantes, trenes repletos de inmigrantes— de todo el mundo.[620] Pero era una ciudad fea, de callejones llenos de aguas residuales, lodazales por orillas y ponzoñosas chimeneas. El hedor de los mataderos, donde se sacrificaron cuatrocientos millones de reses entre 1865 y 1900, flotaba hasta el centro de la ciudad.[621] En su novela *La jungla*, Upton Sinclair había expuesto poco antes las prácticas crueles de los mataderos: «Del cerdo se aprovecha todo, menos los gruñidos».[622]

La comisión de Burnham para diseñar un nuevo Chicago se reunió cientos de veces antes de publicar un libro de 164 páginas acompañado de unas ilustraciones bellísimas de la futura ciudad. Gracias al plan, el rústico Chicago pasaría a ser decididamente europeo: proyectaba grandes calles diagonales, parques públicos, muelles municipales y un gigantesco paseo junto al lago. Se le atribuye una cita famosa que (probablemente) dijese: «No hagas planes pequeños, no tienen la magia suficiente para apasionar a los hombres». Sus grandes planes para Chicago habrían dejado la ciudad completamente irreconocible.

Apenas unos años antes de publicar el *Plan of Chicago* (Plan de Chicago), un chicagüense muy distinto se embarcó en su propio plan de

mejora para la ciudad. Edward P. Brennan era un gran conocedor de la locura de las calles de Chicago porque había trabajado de repartidor y cobrador. Como señala Patrick Reardon, Brennan se llevó consigo un puñado de mapas cuando se fue a veranear a Paw, en Míchigan, con la intención de organizar el endemoniado paisaje urbano.[623] Chicago se había anexionado las ciudades de los alrededores —solo en 1889, la ciudad creció 324 kilómetros cuadrados— y los nombres duplicados de las calles y los sistemas de numeración incoherentes nunca se habían unificado.[624] Reardon estima que al menos cinco calles se llamaban Schuyler Colfax (posiblemente no lo recuerdes, pero fue el primer vicepresidente de Ulysses S. Grant).[625]

Con la ayuda de un primo segundo que era concejal, Brennan se convirtió en el único responsable de reorganizar el paisaje urbano de Chicago.[626] Su plan era de una lógica aplastante. Números pares para los edificios en los lados norte y oeste de las calles y números impares en los lados sur y este. Los números se asignaban en bloques de ochocientos por cada milla; por eso era más fácil intuir la ubicación de un número en una arteria larga. Los nombres de calles duplicados se eliminarían y se escogería en cambio un nuevo nombre de relevancia histórica o literaria. Las vías interrumpidas, que tenían nombres distintos según el tramo, ahora solo tendrían uno.[627] En una carta al concejal, Brennan escribió: «Sigamos adelante con el mismo espíritu con el que construimos la Exposición Universal, corrijamos nuestro error y ofrezcamos a los habitantes de Chicago un plan de numeración perfecto».[628]

Daniel Burnham había deseado que Chicago tuviese un aspecto romano. Edward Brennan envidiaba que Roma representase el epicentro del imperio. En una entrevista para un periódico de 1936, Brennan dijo: «Recuerdo el viejo refrán, “Todos los caminos llevan a Roma”. Me parecía que podía actualizarse y aplicarse a nivel local y que fuese “Todas las calles llevan a

State y Madison”».[629] Las calles State y Madison se convertían en la intersección de la que partían todos los números de la ciudad.

Al final, el ayuntamiento apoyó el plan de Brennan. Aparecieron gruesos listines y los vendedores de postales hicieron su agosto, ya que la gente anunciaba sus nuevas direcciones por correo. Western Union, la compañía de productos de limpieza Riddiford Brothers y los grandes almacenes Marshall Field’s escribieron cartas de apoyo alabando a Brennan. Él las pegó diligentemente en su álbum de recortes.

En 2009, se celebró el centenario del plan de Daniel Burnham con actos en tres estados bajo el lema «Planes valientes y grandes sueños».[630] Se organizaron decenas de eventos en honor a Burnham. Para conmemorar la ocasión, los afamados arquitectos Zaha Hadid y Ben van Berkel diseñaron los pabellones de arquitectura en el fantástico Millennium Park. El compositor Michael Torke estrenó *Plans* en el parque, una pieza para coro y orquesta basada en las palabras de Burnham. Los alumnos de quinto curso diseñaron un mapa vivo de la ciudad. Hoy, Chicago tiene un puerto Burnham, una biblioteca Burnham, un parque Burnham, un centro Burnham y una avenida Burnham.[631] La Asociación Americana de Urbanismo acoge un foro anual sobre grandes ideas en honor a Daniel Burnham.[632]

Hoy en día solo unos cuantos reconocen el increíble proyecto cívico que llevó a cabo Edward Brennan, cuyo plan se implementó el mismo año en el que Burnham publicó el suyo. Normalmente aparece en una nota al pie de la historia pública de Chicago, y su nombre se conserva en el pasaje urbano en una calle residencial anodina de dos manzanas llamada South Brennan Avenue y una placa honorífica en State y Madison.

A Burnham se le conoce por haber sido el impulsor del City Beautiful Movement, un movimiento para embellecer las ciudades que inspiró el urbanismo durante décadas. Pero antes de ser hermosa, Chicago tenía que estar organizada. En 1908, un año antes de que se pusiera en práctica el proyecto de Brennan para las calles, el superintendente de reparto de

correos de Chicago dio un discurso en el que lamentaba los ciento veinticinco pueblos incluidos en el término de la ciudad, cada uno con sus calles, su numeración, y más de quinientas calles duplicadas. Después, se preguntaba: «¿Qué sentido tiene gastar grandes sumas de dinero para embellecer la ciudad si no puedes orientarte en ella?».

Aun así, la historia tiene grandes planes y adora a los grandes hombres. Burnham era un hombre alto y atlético, de ojos azules chispeantes, con un teatral bigote pelirrojo y trajes de corte impecable que importaba de Londres. Uno de sus empleados lo definió como «el hombre más apuesto que he visto nunca».[633] Era un aristócrata del Nuevo Mundo, un estadounidense de octava generación, habida cuenta que su primer ancestro llegó a las costas de Ipswich, Massachusetts, en 1635.[634] Cuando creó su *Plan of Chicago* ya no vivía en la ciudad. Incapaz de imaginarse a sus cinco hijos jugando en las calles asquerosas de la ciudad, se mudó a Evanston a una casa de dieciséis habitaciones.[635]

Edward Brennan, por su parte, era irlando-estadounidense y vivía en Chicago con su esposa y sus tres hijas, que corrían a buscarlo a la esquina cuando volvía de trabajar por la noche.[636] De él se conserva una imagen en blanco y negro que muestra a un hombre menudo y pulcro con gafas de montura oscura, reloj de bolsillo y un traje de raya diplomática. Tanto Burnham como Brennan dedicaron su tiempo a la causa, pero Burnham, un hombre rico, podía permitírselo. Trabajó junto a un montón de arquitectos y peritos a sueldo. Brennan, que asistió a unas seiscientas reuniones con el ayuntamiento, trabajó sin descanso, sin cobrar y casi siempre solo durante muchos años en pro de lo que Andrew Oleksiuk ha definido como la «arquitectura invisible» de la ciudad.[637]

La clase podría justificar su relativo renombre. El plan de Burnham apelaba a la sensibilidad de la élite y ha sido criticado por desatender las crecientes necesidades de las clases trabajadoras en pos de una belleza abstracta. Su plan tuvo éxito en distintos aspectos; la visión que tuvo para

orientar a Chicago hacia el lago, por ejemplo, tuvo un impacto dramático en el paisaje urbano. Pero, al final, el plan de Burnham no fue del todo implementado y el entusiasmo por sus grandes ideas comenzó a decrecer durante la Depresión.

El sistema de Brennan para las calles, en cambio, funcionaba para todo el mundo, sobre todo para los repartidores y carteros de clase obrera. En esa época, la ciudad alababa públicamente la eficiencia y la pulcritud de su sistema, y observaba: «Ahora hay menos nombres de calles en Chicago que en cualquier otra ciudad del país, aunque tengan la mitad de su tamaño». [638]

Yo sospechaba que el presente sería igual, celebramos lo que nos parece hermoso y desdeñamos el valor de la infraestructura invisible. Decidí buscar a los Edward Brennan del presente para otorgarles el crédito que se merecen. No son exactamente quienes esperaba que fueran.

Para comprender el futuro de las direcciones postales, permíteme que te presente a un doctor sudafricano llamado Coenie Louw. De joven, el doctor Louw trabajaba como médico de familia en un consultorio público, donde había veces que veía a ciento veinte pacientes antes de la una del mediodía. Admite que le agotaba la mundana tarea de firmar recetas, que creía que había formas mejores de atajar las crisis sanitarias que veía en su consulta cada día. Al cabo del tiempo fundó una organización llamada Gateway Health Institute para enfrentarse a problemas de salud en zonas desfavorecidas de Sudáfrica.

Uno de los proyectos de la organización está dedicado a la atención materna. El doctor Louw me contó que un médico podía verse haciendo una cesárea en una clínica rural cuando la paciente debería haber sido enviada a un hospital. El Gobierno ha admitido que solo posee un tercio de las ambulancias que realmente necesita. Algunas mujeres de poblados han llegado en carretilla al hospital para dar a luz.[639] Incluso si una mujer embarazada pudiera llamar para pedir una ambulancia o un taxi, no tendría

forma de explicarle al conductor cómo ir a buscarla. En muchas de las zonas de Sudáfrica, como ya sabía, no había nombres ni números a causa del *apartheid*, sobre todo en aquellas *townships* que se llamaban simplemente *blocks* (bloques) y no figuraban en los mapas. Hoy en día no es muy diferente. El doctor Louw buscaba una solución cuando se topó con What3words.

What3words es una *startup* que ha creado un nuevo sistema que reemplaza las direcciones postales. Su fundador, Chris Sheldrick, es de Hertfordshire, en el sur de Inglaterra. «Todos los días, la gente tiene problemas con las direcciones», relataba hace poco en una charla TED.[640] Antes trabajaba en el negocio de la música y colaboraba organizando festivales y conciertos (también había sido músico, pero se había seccionado varios tendones y una arteria al atravesar una ventana mientras caminaba dormido).[641] Sheldrick se dio cuenta de que los músicos y las productoras siempre se perdían cuando buscaban los conciertos; por ejemplo, iban a una hora al norte de Roma cuando deberían haber ido a una hora al sur, o se presentaban en la boda que no era.[642]

Tener la dirección adecuada no te garantizaba llegar al sitio correcto. «Normalmente tenía que llevar a una treintena de músicos y conductores a la entrada trasera de un estadio», contaba Sheldrick,[643] pero el GPS lo llevaba a una entrada lateral.[644] Otras ubicaciones —un campo, por ejemplo— no tenían dirección postal.

Sheldrick pensó que podía resolver el problema. Con la ayuda de un amigo matemático, compañero de ajedrez en Eton, se le ocurrió una idea ingeniosa: dividir el mundo en cuadrados de tres metros por tres. En lugar de usar coordenadas, decidieron utilizar palabras, que son más fáciles de recordar que una cadena de números. Tres palabras para identificar cada cuadrado: con 40.000 palabras, tenía 64 trillones de combinaciones de tres palabras.

Y así nació What3words. Cada punto de la superficie del mundo ahora tiene su propia dirección What3words. Es fácil buscarla en la web de la compañía o en su aplicación gratuita. En mitad del Taj Mahal encontramos *volvían.reportan.enfoques*. La torre Eiffel está en *ocurren.quedas.marchar*. What3words puede llevarte a lugares que no tienen direcciones tradicionales. En mitad de la rosaleda de la Casa Blanca está *dejó.alertando.ostra*. El tobogán que adoran mis hijas está en *llevado.tejer.rodeada*.

Los usos de la tecnología son infinitos. ¿Quieres encontrar a tus amigos sentados bajo un árbol para hacer un pícnic? No tienes más que usar una dirección What3words. ¿Necesitas localizar en qué punto exacto de esa acera tomaste una foto? ¿O encontrar tu casa en el árbol de Airbnb en Costa Rica? What3words también te puede ayudar. La tecnología tiene usos más serios. El campamento de refugiados Rhino Camp, en Uganda, usa What3words para que la gente ubique las iglesias, las mezquitas, los mercados y el consultorio.[645] El servicio postal de Mongolia está usando las direcciones para enviar el correo a las familias nómadas. Y el doctor Louw ahora utiliza las tres palabras para encontrar a sus pacientes en los *townships* de Sudáfrica.

En el Reino Unido, los servicios de emergencia también han comenzado a adoptar esta tecnología. La policía de Humberside localizó a una mujer que había sufrido una agresión sexual y había sido raptada ayudándola a averiguar su ubicación en What3words con el GPS de su móvil. Llegaron hasta ella rápidamente y arrestaron a su agresor. Y la BBC informó de que las palabras «irrumpe», «lidera» e «incumplida» ayudaron a que la policía encontrase a una madre y a su hijo después de un accidente de tráfico.[646] Sam Sheppard, que trabaja con la policía de Avon y Somerset, lo explicó así: «Hemos dejado atrás las preguntas que solíamos hacer: “¿De dónde venías?”, “¿Hacia dónde ibas?”, “¿Qué puedes ver?”, etc. Esas preguntas llevan su tiempo y nunca son tan exactas».[647]

Fui a conocer What3words por mí misma a su moderna oficina en el oeste de Londres. El director de *marketing* de la compañía, Giles Rhys Jones, me recibió en la cafetería de la planta baja del edificio, con la gorra hacia atrás y una camiseta térmica roja, nada más bajarse de su bici, un día húmedo y frío. El proyecto puede parecer joven e idealista, pero llevan a cabo un trabajo concienzudo y complejo. What3words está disponible en treinta y seis idiomas, incluido el bengalí, el finés, el tamil, el tailandés, el afrikáans y el zulú.

Giles me llevó a conocer a Jamie Brown, un joven lingüista de rostro amable y cabello rojizo recogido en un moño informal, que le ayuda a traducir el mapa a otras lenguas. No se trata únicamente de traducir todo mapa a otro idioma. Lo que hace What3words es contratar a hablantes nativos, muchos de ellos reclutados en los programas de Lingüística de las universidades londinenses, para pronunciar en alto cada palabra y eliminar las homofonías que pudieran llevar a confusión (por ejemplo, *hecho* y *echó*). Estos asesores también filtran las palabras malsonantes y coloquiales (la palabra *tortuga* no aparece en la lista de palabras en bengalí porque hay gente que considera que traen mala suerte tenerlas en casa). Expurgan las palabras que no funcionan: *Rechtsschutzversicherungsgesellschaften*, por ejemplo, que significa «compañías de seguros que proporcionan cobertura para gastos legales», es demasiado larga para identificar una ubicación que se caracteriza por su brevedad.[648] Y también se aseguran de que cada palabra solo aparezca en una ocasión en todas las ediciones del mapa. Por ejemplo, *barn*, que en noruego significa «niño», no puede utilizarse en el mapa noruego porque *barn* (granero) ya aparece en la versión en inglés.[649]

Los lingüistas, poco a poco, van puliendo la lista de palabras con ojo experto. Y entonces, las palabras más frecuentes en un idioma se adjudican a lugares en el mapa donde los hablantes de esa lengua suelen vivir. En el mapa francés, la palabra *chat* (gato) forma parte de las direcciones What3words de París, o quizá en Montreal. En un mapa coreano, la palabra

para *gato* aparece sobre todo en Seúl. Las direcciones menos frecuentes y más complicadas se ubican en el Ártico (altruistas.confundan.implique) o en el desierto de Afganistán (condene.artístico.chuñas).[650]

Esperaba que aquellos que están cambiando el futuro de las direcciones se parecieran más al ejército de expertos que había entrevistado hasta el momento: geógrafos cerebritos, historiadores con traje de pana y burócratas experimentados. No me esperaba que también los jóvenes, los modernos, los más tecnológicos fueran a revolucionar las direcciones. No solo está What3words. Google ha diseñado Plus Codes, un sistema que usa una cadena de cifras y letras para generar una dirección digital en cualquier punto del mundo.[651] Plus Codes, que se basa en las coordenadas de longitud y latitud, tiene casi los mismos dígitos que un número de teléfono. Pero también puede abreviarse cuando se combina con el nombre de un lugar. Por eso, mi puesto habitual en la British Library es GVHC+XW Kings Cross, Londres. Addressing the Unaddressed, la ONG que proporciona direcciones postales en los barrios pobres de Kolkata que visité en el capítulo 1, utiliza ahora tecnología de Google para terminar su proyecto en la India, con un enorme éxito.

A Facebook también le interesan las direcciones. Se ha aliado con investigadores del MIT para crear un algoritmo basado en tecnología *deep-learning* para escanear imágenes de satélite y usar los píxeles para detectar caminos en zonas que no suelen tener direcciones postales. El algoritmo entonces «toma los píxeles y los une para crear una red de vías que se analizan y se dividen en cuadrantes» (no estoy segura de qué significa, pero impresiona).[652] Luego numera las calles de forma lógica, parecida a tantas calles estadounidenses: Primera, Segunda, etc. El nombre que los científicos le han dado al algoritmo es Robocodes.

Las direcciones digitales tienen el potencial de revolucionar el comercio electrónico en todo el mundo. En muchas zonas del mundo que carecen de direcciones postales el problema no está en recibir un paquete de China o de

Tanzania. Más bien reside en lo que se conoce como «última milla» en términos de logística: el último tramo antes de entregar un pedido, que puede suponer a veces la mitad de los costes de envío.[653]

Andrew Kent, un estadounidense que vive en Uganda, recibió la tarjeta de crédito que le enviaba su banco de Estados Unidos en solo dos días y medio. Pero «después de viajar trece mil kilómetros desde Omaha a Kampala —escribió—, la tarjeta de crédito no podía salvar los cinco últimos kilómetros que separaban la oficina de DHL de mi casa, porque mi casa no tenía dirección. Tenía que ir a la oficina a recogerla». Cuando se mudó a Ruanda, tenía que dar siempre indicaciones enrevesadas, pidiendo a los repartidores que fueran hasta un club llamado el Rosty (el nuevo Rosty, precisaba, no el viejo). Pero siempre terminaba sus indicaciones de la misma manera que hacen millones de personas cada día: «Ya salgo yo a buscarte».[654]

El comercio electrónico está creciendo muy rápido en muchas zonas de África. En Nigeria, por ejemplo, Jumia compite para convertirse en el Amazon africano y vende cualquier cosa, ya sean generadores, perfume o copos de avena. Hay una enorme competencia entre las *startups* de reparto, que entregan paquetes en moto por todo Lagos. Como las direcciones son difíciles de encontrar, los repartidores suelen llamar a los clientes para que les den indicaciones. Pero, como señala Kent, las llamadas de teléfono son caras: una llamada podría costar cuarenta centavos, lo que supone un coste muy elevado en el beneficio de una pizzería, de en torno a siete dólares por pedido.[655]

Ya sabía lo negativo que es no tener una dirección. Las direcciones digitales pueden conseguir que estos problemas desaparezcan. Y estas nuevas direcciones ofrecen una solución rápida y fácil a un problema que muchos Gobiernos no están afrontando. El Banco Mundial ha creado «Street Addressing and the Management of Cities» (Direcciones postales y gestión urbana), un curso gratuito y accesible para funcionarios y cargos

municipales sobre la infraestructura de las direcciones. Es como un curso de iniciación a cargo del tipo de expertos que deberían afrontar el problema hoy en día. El curso es excelente, es claro pero tiene fundamento. Pero sospecho que sería difícil implantar las enseñanzas en una ciudad que está creciendo sin un presupuesto decente y personal cualificado. Los pasos que seguir son muchos y complejos. Hace falta llevar a cabo un «estudio de idoneidad». Tienes que crear un mapa base, si puedes, con la ayuda de un topógrafo, un cartógrafo o un arquitecto. Necesitas inventariar las calles para descubrir todas las vías, su estado, sus nombres y sus sistemas de numeración, si es que tienen alguno. Y eso antes de poner un solo nombre.

Después te tocará elegir un sistema de codificación, seleccionar un tipo de nomenclatura y aprender a dividir la ciudad en zonas. Tienes que decidir cómo numerar cada casa, usando un sistema secuencial, métrico o decamétrico. Pero ¿qué se considera una casa? El curso me dejó exhausta, y eso que no estaba haciendo más que tomar notas en la mesa de mi cocina. Luego estaba la cuestión de que los vecinos decidieran utilizar las direcciones que se les asignaban.

Encontrar a las personas era un problema que la Ilustración quería atajar, pero sigue siendo un problema que nos derrota a día de hoy. Las nuevas soluciones tecnológicas parecen una respuesta fácil. ¿Por qué entonces no me entusiasman?

El primer problema, nada original, es el dinero. What3words está para sacarle partido económico a su invento y ha recaudado decenas de millones de dólares para financiar su *startup*. No tiene por qué ser algo malo —requiere mucho trabajo generar direcciones de tres palabras—, pero no deja de ser desafortunado que, en una época en la que los datos importan más que nunca, las nuevas direcciones digitales pasen por ser patentes. No puedes saber tu dirección What3words ni la de tus vecinos a menos que entres en su aplicación o en su web. Y aunque me han dicho que no intentan reemplazar las direcciones tradicionales, sí que tienen el potencial de

convertirse en las direcciones oficiales en lugares como Mongolia, donde el servicio de correos ha adoptado el sistema. La compañía promete que la aplicación y la web siempre serán gratuitas, pero no sé si quiero que un nuevo *software* desarrollado por una *startup* sea la única forma de saber dónde estoy.

Es admirable que Google emplee una tecnología en código abierto, a diferencia de What3words. Pero estamos hablando de Google, una de las compañías más ricas y poderosas del país más rico y poderoso del mundo. Entre otras cosas, sus Plus Codes orientan a la gente a la virtualidad y a los productos de Google. No sé cómo puede monetizar Facebook las direcciones, pero no me extrañaría nada que encontrara una forma de hacerlo.

Es probable que mi resistencia no tenga que ver con la lógica. Echaría de menos las direcciones. La casa donde vivía de pequeña solo tenía el número de la oficina de correos rural: ruta 7, apartado de correos 663A. Me gustaba escribirla en mis formularios del colegio. Después tuve una dirección formal en Old Lystra Road. También me gustaba, aunque no tenía ni idea de qué significaba Lystra. Pero no sé qué pensar de *vaquero.carritos.derivando*, su dirección What3words.

Al principio, creí que aferrarnos a nuestro sistema actual era simple nostalgia. Pero es más que eso. Es quizá un síntoma de la condición moderna. No sabemos qué nos deparará el futuro cercano, sea a nivel tecnológico o político. Los cambios parecen sucederse cada vez más vertiginosamente. Y cuanto más cambian las cosas, más sentimos la necesidad de anclarnos al pasado. Los nombres del callejero nos sirven para recordar.

Y recordar es algo que las direcciones digitales no pueden hacer.

El campo de refugiados Zaatari, en Jordania, junto a la frontera de Siria, alberga a casi ochenta mil refugiados, treinta y dos escuelas y cincuenta y ocho centros comunitarios. Según algunos cálculos, es la cuarta ciudad más

grande del país.[656] Estuvo sin calles hasta 2016; ahora se llaman calle Albahaca, calle Olivo, calle Anís, calle Zaytoun. «Los nombres de las calles son civilizados y a cada uno le recuerdan a su país, y todos tenemos una dirección. Solíamos vivir en una zona abandonada y ahora tenemos dirección», afirmó el refugiado Abu Ismail ante Reuters. «¿Dónde vives? En esta calle concreta. Gracias a Dios, ahora tengo una dirección de verdad».[657]

Si este libro me ha enseñado algo es que los nombres de las calles no siempre generan acuerdo. Las direcciones digitales evitan las polémicas por el significado de los nombres. Pero me gustan las polémicas. Tienen la capacidad de dividir comunidades, pero también les dan sentido como tales.

Y las direcciones digitales no crean comunidad. En cierto modo, la dividen. La dirección What3words de tu vecina está completamente desvinculada de la tuya. No sabes su dirección con solo mirar a su casa, tienes que preguntárselo a una aplicación, un tercer partido. No puedes pedir a alguien por la calle que te dé indicaciones. Y, como Graham Rhind, un experto en direcciones, me dijo, las digitales, como las de What3words, «no generan un vínculo entre nuestros mapas mentales y las direcciones, y suprimir ese vínculo provoca que tenerlas deje de ser efectivo. No hay relación entre *caballo.ciudad.rápido* y mi experiencia cuando transito por mi mundo». Las direcciones digitales crean un mundo en el que todos existimos como puntos en un mapa, cada uno en nuestra propia isla, bautizados por una corporación. Y también crean un mundo donde, como señala el experto en datos Terence Eden, *hijos.alimentados.perdía* es una dirección en el campo de concentración de Auschwitz.[658]

No obstante, admiro a compañías como What3words, que al menos intentan resolver los problemas derivados por la falta de direcciones. Y admiro los Plus Codes de Google, y su código abierto, todavía más, y valoro mucho el trabajo que están haciendo en la India. Sé de primera mano que estas nuevas direcciones tienen la capacidad de dar acceso a millones

de personas a servicios que siempre había dado por sentados: una cuenta bancaria, votar, recibir un paquete. Si me secuestrasen y fuera camino de un destino desconocido, querría que la policía usara la *app* de What3words para encontrarme. Las direcciones digitales nos hacen la vida más fácil. Pero no creo que la enriquezcan.

Escribiendo este libro me he apoyado en las obras de investigadores brillantes que han dedicado su carrera académica a contestar las preguntas que plantea este ensayo. Uno de estos expertos es el profesor Maoz Azaryahu, un geógrafo cultural que ha escrito largo y tendido sobre las direcciones. Un día lo llamé. Estaba en su despacho en la Universidad de Haifa, en Israel, y llevábamos una hora hablando cuando le conté mi dilema. Si las direcciones digitales podrían ser un final feliz para este libro, ¿por qué me siento tan triste?

Desde mi despacho en Londres me lo imaginaba frunciendo el ceño al otro lado del Mediterráneo. «Puede que no hablemos de Karl Marx —dijo —, pero hablaremos de la calle Karl Marx». Las polémicas sobre los nombres de las calles se han convertido en una fórmula de debatir cuestiones fundamentales en nuestra sociedad en una época en que hacerlo a veces parece imposible. ¿Con qué frecuencia nos llaman para pedirnos opinión y decidir lo que queremos como comunidad? Perdemos algo nuestro si no participamos en esa tarea implacable, polémica y común que es cartografiar y nombrar los lugares donde vivimos. Deberíamos seguir hablando de la calle Karl Marx.

Es probable que la historia esté en mi contra. No es la primera vez que hemos revolucionado las formas de encontrarnos unos a otros. Pero en el siglo XVIII la ciudadanía protestó con violencia cuando los oficiales atravesaron sus pueblos pintando números en sus hogares con una tinta espesa hecha a base de aceite y huesos hervidos. La gente comprendió que los nuevos números eran una forma de que los encontrasen, los gravasen,

los controlasen y los gobernasen, tanto si les gustaba como si no. Comprendieron que dotar de direcciones al mundo no es un acto neutral.

¿Lo comprendemos nosotros?

---

[615] Kamiya, Gary, «SF's Lost Opportunity to be Reborn as "Paris, with Hills"», *San Francisco Chronicle*, 27 de octubre de 2017, disponible en: https://www.sfchronicle.com/bayarea/article/SF-s-lost-opportunity-to-be-reborn-as-Paris-12312727.php.

[616] McClendon, Denis, «The Plan of Chicago: A Regional Legacy», Burnham Plan Centennial, Chicago Community Trust, disponible en: http://burnhamplan100.lib.uchicago.edu/files/content/documents/Plan_of_Chicago_booklet.pdf.

[617] Smith, Carl, *The Plan of Chicago: Daniel Burnham and the Remaking of the American City*, Chicago: University of Chicago Press, 2006, p. 68.

[618] *Ibid*.

[619] Roché, Dena, «Paris of the Prairie: Exploring Chicago's Rich Architectural Past and Present», *Iconic Life*, disponible en: https://iconiclife.com/chicagos-architecturalpast-and-present.

[620] «How Chicago Lifted Itself Out of the Swamp and Became a Modern Metropolis», *Zócalo Public Square* (blog), 11 de octubre de 2018, disponible en: https://www.zocalopublicsquare.org/2018/10/11/chicago-lifted-swamp-became-modern-metropolis/ideas/essay/.

[621] «Union Stock Yard & Transit Co.», *Encyclopedia of Chicago*, disponible en: http://www.encyclopedia.chicagohistory.org/pages/2883.html.

[622] Sinclair, Upton, *La jungla*, Madrid: Capitán Swing, 2012, trad. de Antonio Samons, p. 87.

[623] Reardon, Patrick T., «Who Was Edward P. Brennan? Thank Heaven for Edward Brennan *The Burnham Plan Centennial*, 23 de noviembre de 2009, disponible en: http://burnhamplan100.lib.uchicago.edu/node/2561. Véase también: *Chicago Daily News*, 2 de octubre de 1936).

[624] «Annexation», *Encyclopedia of Chicago*, disponible en: http://www.encyclopedia.chicagohistory.org/pages/53.html.

[625] Reardon, «Who Was Edward P. Brennan?».

[626] Bentley, Chris y Jennifer Masengarb, «The Unsung Hero of Urban Planning Who Made It Easy to Get Around Chicago», *WBEZ*, 20 de mayo de 2015, disponible en: https://www.wbez.org/shows/wbez-news/the-unsung-hero-of-urban-planningwho-made-it-easy-to-get-around-chicago/43dcf0ab-6c2b-49c3-9ccf-08a52b5d325a.

[627] Reardon, Patrick T., «A Form of MapQuest Back in the Day», *Chicago Tribune*, 25 de agosto de 2015, disponible en: https://www.chicagotribune.com/opinion/ct-xpm-2013-08-25-ct-perspec-0825-madison-20130825-story.html.

[628] Bentley y Masengarb, «The Unsung Hero».

[629] Craven, Karen, «Agnes Brennan, “Answer Lady”», *Chicago Tribune,* 21 de mayo de 1999, disponible en: https://www.chicagotribune.com/news/ct-xpm-1999-05-21-9905210343-story.html.

[630] «The Burnham Plan Centennial», disponible en: http://burnhamplan100.lib.uchicago.edu/.

[631] Bentley y Masengarb, «The Unsung Hero».

[632] *Ibid.*

[633] Hines, Thomas S., *Burnham of Chicago: Architect and Planner*, Chicago: University of Chicago Press, 2009, p. 3.

[634] *Ibid.*

[635] Smith, *The Plan of Chicago*, p. 58.

[636] Reardon, Patrick T., «Adelaide Brennan, 1914-2014», *Chicago Tribune,* 1 de abril de 2014, disponible en: https://www.chicagotribune.com/nes/ct-xpm-2014-04-01-ct-adelaide-brennan-obituary-met-20140401-story.html.

[637] *Ibid.*

[638] Ayuntamiento de Chicago, «The Proceedings of the Chicago City Council», 21 de abril de 1937.

[639] Adams, Tim, «The GPS App That Can Find Anyone Anywhere», *The Guardian*, 23 de junio de 2018, disponible en: https://www.theguardian.com/technology/2018/jun/23/the-gps-app-that-can-find-anyone-anywhere.

[640] «Chris Sheldrick: A Precise, Three-Word Address for Every Place on Earth», charla TED, disponible en: https://www.ted.com/talks/chris_sheldrick_a_precise_three_word_address_for_every_place_on_earth.

[641] Adams, «The GPS App That Can Find Anyone Anywhere».

[642] «How what3words Is “Addressing the World”», *MinuteHack*, 12 de julio de 2016, disponible en: https://minutehack.com/interviews/how-what3words-is-addressingthe-world.

[643] Gross, Lottie, «Lost? Not Anymore», *Adventure.com*, 26 de septiembre de 2018, disponible en: https://adventure.com/what3words-map-navigation-app/.

[644] «Nuestra historia», What3words, disponible en: https://what3words.com/es/our-story.

[645] «Improving Living Conditions in Rhino Refugee Camp, Uganda», *What3words*, disponible en: https://what3words.com/news/humanitarian/how-what3words-isbeing-used-to-address-refugee-settlements-in-uganda.

[646] Wakefield, Jane, «Three-Unique-Words “Map” Used to Rescue Mother and Child», *BBC News*, 20 de marzo de 2019, disponible en: https://www.bbc.co.uk/news/technology-47705912.

[647] *Ibid*.

[648] Brown, Jamie, «What Is a Word?», *Medium*, 20 de febrero de 2019, disponible en: https://what3words.medium.com/what-is-a-word-9b7532ed9369.

[649] Turk, Victoria, «What3words Changed How We Mapped the World. And It Didn’t Stop There», *Wired*, 18 de agosto de 2018, disponible en: https://www.wired.co.uk/article/what3words-languages-translation-china-launch.

[650] Rocks, David y Nate Lanxon, «This Startup Slices the World Into 58 Trillion Squares», *Bloomberg Businessweek*, 28 de agosto de 2018, disponible en: https://www.bloomberg.com/news/features/2018-08-28/mapping-startup-aims-to-disrupt-addressesusing-three-word-system.

[651] «Addresses for Everyone», Plus Codes, disponible en: https://plus.codes/.

[652] Dellinger, A. J., «Facebook and MIT Tap AI to Give Addresses to People Without Them», *Engadget*, 30 de noviembre de 2018, disponible en: https://www.engadget.com/2018/11/30/facebook-mit-assign-addresses-with-ai/.

[653] Joerss, Martin, Jürgen Schröder, Florian Neuhaus, Christoph Klink y Florian Mann, *Parcel Delivery: The Future of the Last Mile*, Nueva York: McKinsey, 2016, p. 6.

[654] Kent, Andrew, «Where the Streets Have No Name: How Africa Could Leapfrog the Humble Address and Lead the World in GPS-Based Shipping», *Afrikent*, 26 de octubre de 2015, disponible en: https://afrikent.wordpress.com/2015/10/26/wherethe-streets-have-no-name-how-africa-could-leapfrog-the-humble-address-and-leadthe-world-in-gps-based-shipping/.

[655] *Ibid.*

[656] Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, «Zaatari Refugee Camp—Factsheet, February 2019», *Reliefweb*, 25 de marzo de 2019, disponible en: https://reliefweb.int/report/jordan/zaatari-refugee-camp-factsheet-february-2019.

[657] «Zaatari Street Names Give Syrian Refugees a Sense of Home», *Reuters*, 21 de marzo de 2016, disponible en: https://www.orient-news.net/en/news_show/106715/0/Zaatari-street-names-give-Syrian-refugees-a-sense-of-home.

[658] @edent, «Why Bother with What Three Words?», *Terence Eden's Blog*, 28 de marzo de 2019, https://shkspr.mobi/blog/2019/03/why-bother-with-what-three-words.

Agradecimientos

Este libro ha sido posible gracias al trabajo de muchos investigadores cuyas ideas iluminan estas páginas. Dedico un agradecimiento especial a Reuben Rose-Redwood, Derek Alderman, Maoz Azaryahu y Anton Tantner por sus investigaciones, su colaboración y su apoyo a lo largo del libro. Rose-Redwood, en concreto, me condujo a Virginia Occidental al comienzo de mi viaje, y siempre le estaré agradecida por su excelente trabajo y su entusiasmo a la hora de contestar todas mis consultas relacionadas con las direcciones. Todo mi agradecimiento a James Scott y a la ya fallecida Priscilla Parkhurst Ferguson, cuyos extraordinarios trabajos (*Seeing Like a State* y *Paris as Revolution*, respectivamente) cambiaron mi forma de ver el mundo.

Hay muchas personas que han hecho posible este libro gracias a su labor, sea leyendo, editando, colaborando o contribuyendo de diversas maneras: gracias a Sina Akbari, Andrew Alpern, Kevin Birmingham, Ed Charlton, Serena Coetzee, Rebecca Richman Cohen, Bryan Di Salvatore, Rosalind Dixon, Stuart Elden, Daniel Farbman, Rachel Faulkner-Gurstein, Katherine Flynn, Declan Forde, Ralph Frerichs, David Garrioch, Rishi Gulati, Paul Hughes, Bruce Hunt, David Kilburn, Tom Koch, Eric Idsvoog, Louisa Jacobs, Sarah Stewart Johnson, Kate Julian, Ha Ryong Jung, Bernard Keenan, Leah Kronenberg, Howard Lee, Paul MacMahon, David Madden, Hannah Marriott, Colin Marshall, Peter Masters, Adele Nicholas, Hillary

Nye, Brian O’Neill, Nichola O’Neill, Jessica Reed, Krista Reynen, Jan Schütte, Elaine McMillion Sheldon, Christina Thompson, Ian Tomb, Trina Vargo, Peter Wells y Ellen Wiles. Gracias especialmente a Ritush Dalmia, Martina Plaschka y Chris Shin por su labor traductora.

Cualquier error que puedas hallar en este libro es exclusivamente mío.

Dedico un agradecimiento especial a mi agente, Laurie Abkemeier, que tuvo fe en el libro cuando no era más que una idea imprecisa. Gracias a Anna DeVries, mi editora incansable, y al resto de la gente brillante que trabaja en la editorial St. Martin’s Press, especialmente a Alex Brown, Michelle Cashman, Dori Weintraub y al equipo de correctores y editores de mesa. Gracias también a Rebecca Gray y al magnífico personal de Profile Books, que respaldó mi libro en Londres con entusiasmo.

Gracias a mis padres, Allen y Deirdre Mask, por su siempre fantástico apoyo: me han dado la vida y me la han alegrado. Y gracias al resto de mi familia: Bryan Batch, Alton Williams, Kenny Batch, Kaleah Smith, Sydney Batch, Patrick Williams, Allen Mask, Carly Mask, Alex Mask, Anderson Shackleford, Skip Batch, Fay Batch, Julia Batch, Taylor Batch, Dakota Batch, Aaron Batch, Lloyd Vance, Jeanne Mask, Ken Mask, mis abuelas Jean Vance y Gloria Mask, y mis sobrinos y sobrina.

Y gracias a mi familia MacMahon: Claire MacMahon, Marc Height, Grainne MacMahon, Christopher Collins y, sobre todo, Maura MacMahon, que me habría encantado que leyera este libro.

Mil gracias a Danny Parker y Nina Gershon por su infinita sabiduría y a esta última por cederme su nombre para mi hija. Gracias a Barbara Stoodley, Claudine Noury, Amena Subratie y Shakira Subratie por cuidar también de mis hijas. A Una y Kieran Martin, gracias por darme la oportunidad de retirarme a escribir en Belfast. Alice Morgan dio un paso adelante cuando más la necesitaba. Margo Strucker y Susie Flug-Silva, gracias por estar ahí cada día desde hace más de veinte años, a veces con un océano de por medio. Brian MacMahon, esto no habría sido posible sin ti;

ojalá se me ocurriera algo mejor que decirte que gracias de nuevo: mil gracias de nuevo.

Estoy en deuda con el personal de la British Library, que siempre me ha ayudado con mis peticiones eclécticas sin enarcar una ceja.

Y, por supuesto, gracias a Maeve y a Nina, cuya deliciosa presencia me ha distraído a menudo de este libro, siempre en el mejor de los sentidos.

Índice

Portada

El callejero

Introducción. La dirección postal sí importa

Desarrollo

- 01. Kolkata. ¿Cómo pueden transformar los suburbios las direcciones postales?
- 02. Haití. ¿Podrían las direcciones detener una epidemia?

Orígenes

- 03. Roma. ¿Cómo se orientaban en la antigua Roma?
- 04. Londres. ¿De dónde proceden los nombres de las calles?
- 05. Viena. ¿Qué nos enseñan los números de las casas sobre el poder?
- 06. Filadelfia. ¿Por qué gustan tanto en Estados Unidos las calles numeradas?
- 07. Corea y Japón. ¿Deben nombrarse las calles?

Política

- 08. Irán. ¿Por qué poner nombres de revolucionarios a las calles?
- 09. Berlín. ¿Qué nos dicen los nombres nazis sobre la *Vergangenheitsbewältigung?*

Raza

- 10. Hollywood, Florida. ¿Por qué los estadounidenses siguen peleando por los nombres confederados?
- 11. San Luis. ¿Qué cuentan las calles Martin Luther King sobre la raza en Estados Unidos?
- 12. Sudáfrica. ¿Quién sale en las placas de calles de Sudáfrica?

Clase y estatus

- 13. Manhattan. ¿Cuál es el valor del nombre de una calle?
- 14. Sin techo. ¿Cómo vivir sin dirección?
- Conclusión. El futuro: ¿están condenadas las direcciones postales?

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Deirdre Mask

Créditos

El callejero

Cuando la mayoría de la gente piensa en las direcciones de las calles, si es que piensa en ellas, es en su capacidad para garantizar que el cartero pueda entregar el correo o que un viajero no se pierda. Pero las direcciones no se inventaron para ayudar a encontrar el camino, sino para encontrarlo a usted. En muchas partes del mundo, tu dirección puede revelar tu raza y tu clase.

En este amplio y extraordinario libro, Deirdre Mask examina el destino de las calles que llevan el nombre de Martin Luther King Jr, los medios de orientación de los antiguos romanos y cómo los nazis rondan las calles de la Alemania moderna. La otra cara de la moneda de tener una dirección es no tenerla, y también vemos lo que eso significa para millones de personas hoy en día, incluidos los que viven en los barrios bajos de Calcuta y en las calles de Londres.

Lleno de personas e historias fascinantes, ‘La libreta de direcciones’ ilumina las complejas y a veces ocultas historias que se esconden detrás de los nombres de las calles y su poder para nombrar, ocultar, decidir quién cuenta, quién no y por qué.

Deirdre Mask. Escritora, abogada y a veces académica. Deirdre Mask se graduó en el Harvard College con la máxima calificación, Cum Laude. Tras licenciarse pasó un año en la Universidad de Oxford con una beca Harlech antes de volver a Harvard para estudiar Derecho. Después pasó tres años trabajando como abogada y secretaria judicial federal antes de completar un máster en escritura en la Universidad Nacional de Irlanda como becaria Mitchell. Sus trabajos han aparecido en *The Atlantic, The Guardian, The New York Times, The Economist, Lit Hub, The Harvard Law Review, The New Hibernia Review, The Dublin Review* e *Irish Pages*. Originaria de Carolina del Norte, ha enseñado escritura en Harvard y ciencias sociales en la London School of Economics, y actualmente vive con su marido y sus hijas en Londres.

Título original: *The Address Book: What Street Addresses Reveal About Identity, Race, Wealth, and Power* (2020)

© Del libro: Deirdre Mask
© De la traducción: María Porras Sánchez
Edición en ebook: abril de 2023

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-126200-6-1

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.